

5492







L. G.

JAQUE Á LA REINA

OBRAS PUBLICADAS.

<i>Los primeros acordes</i>	2	pesetas.
<i>La casa y la calle</i> (crónicas contemporáneas)	3	»
<i>La ilustre figuranta</i>	4	»
<i>Un rincón del Paraíso</i>	2,50	»
<i>Un santo varón</i> ⁽¹⁾	1	»
<i>Faque á la reina</i> (dos tomos)	5	»

EN PREPARACIÓN.

Figuras en escena (proverbios y monólogos).
El profesor Merlín.

(1) Publicada por los Sres. E. Gutiérrez y Compañía en la Colección contemporánea de novelas cortas.

JAQUE
Á LA REINA

POR

JOSÉ M. MATHEU



TOMO PRIMERO



MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Don Evaristo, 8

1889



AL INSIGNE ESCRITOR Y PERIODISTA

DON MARIANO ARAUS

DIRECTOR DE «EL LIBERAL»

MI distinguido y estimadísimo amigo:
Á muy poco de acabar el penúltimo de mis libros, tuve intención de colocar al frente el nombre de un antiguo amigo y compañero de estudios, ya por referirse á una pintura de la familia aragonesa, ya por recordarle en expresivas líneas la época de nuestra juventud, tan grata de recordar á los que pueden verla desde cierta distancia con plácida y reflexiva serenidad. Llevéle, pues, la dedicatoria que agradeció en el alma, como era de suponer, dada nuestra buena amistad, si bien después le entraron ciertos escrúpulos y reparillos que, por nimios que fuesen, había yo de respetar como hijos de una extremada delicade-

za. Creía él que, si por afortunada coincidencia, alcanzaba esta obrilla alguna resonancia, formaría disonante y pésimo contraste un nombre obscuro, tan desconocido en la república literaria como en el abultado tomo de la Guía oficial, con su feliz éxito, la buena acogida, el ruido, el prestigio ó como quiera llamarse.

Otra consideración le vino también á las mientes, porque en algo se ha de conocer que somos una raza digna de mejor suerte, altiva y pundonorosa á ratos, con esas quisquillas y puntos de honra que á veces están más en nuestra imaginación que en la realidad; y fué la consideración de que si en la dedicatoria le declaraba y ponía como padrino del hijo que iba á sacar yo á luz, ¿qué podía hacer de provecho por su ahijado? Poca cosa, ó más bien nada, pues se reducía á tan poco que, á decir verdad, no merecía siquiera que se tomase el trabajo de ofrecerlo. Quise á mi vez convencerle de que esta clase de ahijados traen consigo todo lo necesario para vivir, si han de lograr larga y gloriosa vida; que los que no se recomiendan por sí mismos á los lectores, será inútil que busquen entre la aristocracia de las letras la recomendación de algún ilustre maestro; que la mayor gloria del libro estriba precisamente en

esta atmósfera de independencia y desinterés que debe respirar desde el primer momento de su concepción, y, por último, que á mí me bastaba la satisfacción de ver nuestros nombres reunidos en la misma página, después de quince ó veinte años que nuestras plumas lo colocaban juntos. Mas aun hablándole de esta suerte lo hallé tan prevenido contra mi pensamiento, que tuve que desistir desde luego, comprendiendo por su carácter que no era realmente una falsa modestia la que le inspiraba en este completo desacuerdo de pareceres.

He aquí una de las razones de que al verme en idénticas circunstancias, queriendo consagrar un recuerdo, gratísimo para el principiante, haya acudido á mi memoria el nombre de otro paisano mío, que no rehusara el modesto ofrecimiento con las excusas del inolvidable amigo. Usted figura entre las personalidades más ilustres del periodismo, y para imponerse esa ímproba tarea de esclarecer la opinión pública, ha necesitado usted relevantes condiciones de carácter, de inteligencia, de vario y no común saber, que no se reúnen fácilmente en un hombre que no haya sentido viva y poderosamente la atracción de todos los grandes problemas de nuestros días, la ciencia, el arte, la literatura,

la política vidente y elevada, el bienestar y el engrandecimiento de la patria. Y en cuanto al recuerdo á que antes me refería, quiero dejarlo consignado con la mayor brevedad posible, aunque sea un hecho particularísimo, insignificante y sin interés para la generalidad de los lectores: el primer artículo que publiqué en Los Lunes del Imparcial, hace ya diez años, pasó por sus manos de usted, para no ir solo y como desamparado á las del Director, D. Isidoro Fernández Flórez. Los que sean del oficio y los que se hayan sentido con verdadera vocación literaria, comprenderán lo que significaba para el desconocido provinciano la inserción de un trabajo pagado en un periódico de tanta importancia y significación en aquella época, una de sus más brillantes. Sospecho, sin embargo, que algo han debilitado esta singular emoción del escritor el número siempre creciente de periódicos, de revistas, de publicaciones semanales, de ilustraciones baratas, y la gran facilidad con que los autores noveles logran dar salida á una multitud de artículos, variedades, apuntes y tentativas que no há muchos lustros se destinaban, sobre todo en provincias, á saborearse y discutirse entre compañeros. Pero aquí lo esencial es el recuerdo, que yo re-

nuevo con íntima complacencia, porque me dió motivo para traer el nombre de un insigne hijo de Aragón—entre los muchos con que Aragón cuenta—á la primera página de un libro, que por sola esta razón quisiera que fuese el mejor de todos, el de mayor intención social como pensamiento, y el de más subido valor literario considerado como obra de arte, si á tanto alcanzara mi fortuna.

Acéptelo usted, pues, como débil expresión del respeto, de la simpatía y de la estimación que le profesa su afectísimo amigo y paisano

JOSÉ M. MATHEU.

MADRID 20 de Marzo de 1889.





I.

TROPIEZO.

A eso de las tres y media de la tarde, bañaba todavía la modesta fachada de la Bolsa un sol de septiembre, que parecía alumbrar desde los trópicos según lo ardoroso de sus luces, y se veían delante de la puerta algunos grupos de jugadores zurupetos, agregados y noticieros, con los sombreros en la mano, comentando la animación que dentro del miserable saloncillo se notaba. Era una de las cosas que más debían llamar la atención del observador en Madrid en aquel tiempo y aun hoy mismo, al encontrarse con la pequeñez y pobreza de este edificio público cuando se trata de un vicio tan ostentoso, sostenido por gentes no menos espléndidas y rumbosas. Pero esto, Dios mediante, no ha de tardar mucho tiempo en re-

mediarse, y entonces no faltará tampoco quien lo eche de menos hasta por sus mismos defectos de vulgaridad, de modestia y de escasa amplitud.

Á pesar de tener abiertos todos los respiraderos, mamparas y puertas, dentro del salón se sudaba la gota gorda, como vulgarmente se dice, por lo cual algunos que jugaban á la baja, más impacientes ó menos sufridos, se lanzaban á la calle desesperando de poder hacer negocio en medio de aquella animación y aquella temperatura. Entre estos últimos salió un hombre como de treinta y seis años que vestía levita gris de alpaca, pantalón claro y sombrero finísimo de paja, prendas limpias y flamantes, aunque llevadas con cierta negligencia. En aquel instante asomó un simón que subía por la calle de la Paz, y á él se dirigió nuestro hombre con tanto apresuramiento como distracción por ir repasando las notas de una cartera que devolvió á su bolsillo. Sin volver siquiera la cabeza, al oír su voz el cochero, dejó caer de pronto la fusta sobre el escuálido jamelgo, y cruzó con rapidez por delante de la Bolsa. Desde la misma esquina lanzóle el chasqueado caballero una rabiosa mirada que, á poseer la potencia milagrosa de los huéspedes de Lot, lo hubiera convertido probablemente en piedra berroqueña, y sin espe-

rar otro carruaje continuó bajando por la calle de la Paz.

Esta detención dió lugar á que don Juan José Boronat, que así se llamaba el caballero, y una señora joven que cruzaba la plazuela de Pontejos, se encontraran casi de frente en el ángulo que debía formar su marcha. Traía la señora medio oculto entre las puntas de la mantilla un pañuelo de cuadros de color café, donde había metido indudablemente algunas compras, ropa ó lo que fuere, pero que abultaba bastante. Este detalle del pañuelo, el aire particular de la señora, su vestimenta y aun la hora misma, despertaron la curiosidad de Boronat, que la tuvo desde luego por alguna modesta dama de provincias. Cuando pudo examinar de más cerca su fisonomía, halló que era agradable, dulce y simpática en extremo. Además de esta simpatía, el ojo de un buen artista habría sorprendido, al observar de perfil aquel rostro moreno, pálido y algún tanto aguileño, el sello de una raza que ha vivido muchos siglos entre nosotros. Siquiera apareciese desvanecido y borroso, era acaso este sello lo que caracterizaba el tipo de aquella mujer y lo que debía atraer las miradas de Boronat cuando se decidió á seguir sus pasos. Al llegar á la Puerta del Sol la señora se detuvo unos instantes como para orientarse, movi-

miento que ratificó á nuestro hombre en su idea de considerarla provinciana. Después de mirar á una y otra parte se dirigió hacia la calle de Preciados. En la misma entrada Boronat se vió detenido por un caballero alto y canoso, respetable por su edad y por su distinción, hasta tal punto que no se atrevió á pretextar la urgencia de ningún negocio ni asunto para escapar de su lado. Mediaba también la circunstancia de que este respetable personaje había sido el padrino de su mujer, una prima hermana de Boronat; los visitaba de vez en cuando, y se consideraba como uno de los antiguos amigos de la familia. Por desgracia, don Rosendo Benavides, accionista del Banco, diputado reincidente de los más viejos, político formalista, repleto de reglamentos, lugares comunes y recuerdos históricos, alardeaba de estar en los secretos de la política y tenía el fatalísimo don de la palabra, es decir, era de esos hombres que no saben escuchar á los demás, porque su excesiva facilidad les impulsa á dar sus ideas diluídas en un incoloro océano de palabras.

Empezó, pues, á sacar los trapos sucios de la Unión liberal, asegurando que aquello no era partido, sino partida y de la peor clase, una á modo de componenda en que ciertos prohombres sacrificaban sus principios políticos

por lograr sus fines y dar bulas á los amigos. Estos fines se reducían á ocupar el mayor tiempo posible las poltronas ministeriales. Tanto les importaba á ellos la voluntad nacional como el prestigio secular del trono... ¡Sí, buen hato de rabadanes se habían juntado para esquilmar al pobre país, ya tan esquilgado y deslucido!

Cuando llevaba diez largos minutos de perorata, Boronat pensó para sí: «Ella ha llegado á la travesía.» Don Rosendo continuó hablando mal del militarismo con el solo objeto de rebajar la personalidad de O'Donnell, á quien aborrecía de muerte, como si el ilustre general hubiera tratado de enviarlo á la horca ó á las islas Marianas. Pasado otro rato de charla, Boronat volvió á pensar en lo mismo: «Ya habrá cruzado la plaza de Santo Domingo... ya no hay alcance posible...» Y rabioso ante semejante idea exclamó involuntariamente:

—¡Muy bien, admirable!

—¿Cómo muy bien? Dirá usted muy mal— repuso el político con alguna viveza.—¿Creerá usted que esa agrupación de cabos sueltos pueda constituir un gobierno sólido, durable, homogéneo; un gobierno con unidad de miras, con un estudiado plan administrativo; un gobierno de garantías que llegue á poseer por completo la confianza de la Corona? De nin-

guna manera. Examinemos la filiación política de cada uno de esos personajes, y usted mismo deducirá el vicio de desorganización que corroe al Ministerio y que ha de acabar tarde ó temprano con su vida. Tengo entendido que va á ser más pronto de lo que algunos se figuran. El Duque de Valencia volvió ayer tarde de la Granja, y se susurra entre sus amigos que... (aquí don Rosendo bajó la voz, porque en aquella feliz época todas estas murmuraciones, sospechas y noticias de tremendos cambios políticos se comunicaban en voz baja). ¡Eh! ¿qué le parece á usted? ¿Hay fundamento ó no hay fundamento para temer?...—Y después de bosquejar la caricatura de algunos ministros, se despidió de Boronat, pronosticando por segunda vez la caída del Ministerio, una caída innoble y vergonzosa que los anularía para volver á sus poltronas.

Y en esto sí que podía asegurarse que erraba el pronosticador. Por mucha vergüenza que pasen en sus gestiones, y por enorme porrazo que sufran al caer nuestros honrados políticos, nunca se ha visto que ninguno de ellos se inhabilite ó quede manco para maldita la cosa.

Por fin Boronat lo vió confundirse entre los curiosos, y pensando en aquella interminable serie de reflexiones político-burlescas, de las que vagamente recordaba alguna menos difu-

sa que las demás, llegó á la plaza de Santo Domingo, desde cuyo punto se encaminó á la calle Ancha, después de haber dirigido una mirada á las tres ó cuatro que convergen en la misma plaza. Excusado era mirar, porque ignoraba por completo el camino que había seguido la desconocida. Volvió, pues, á su primera idea, que era la de cumplir con un antiguo corresponsal que acababa de llegar á Madrid para instalarse definitivamente en esta plaza. El tal corresponsal había estado dos veces en su casa, siendo ya forzoso devolverle la visita, además de que al bolsista le aguijoneaba la impaciencia, ó mejor dicho, la curiosidad que hubo de despertar su venida. ¿Cómo don Máximo Gali abandonaba un punto de operaciones conocido por un terreno que totalmente desconocía? ¿Significaría esto un desbarajuste de última hora en sus negocios? ¿Habría emprendido algo nuevo que le obligara á personarse en la corte? En las cartas le había indicado su venida, pero no su objeto. Así es que pensando y discurriendo sobre lo que podía ser aquello, apresuró el paso y se halló á los pocos minutos en una de las calles que desembocan en la de San Bernardo, entre la Universidad y la plaza de las Comendadoras. Llegó hasta el final y contó los números: la calle era triste, la casa también tenía mediano as-

pecto, y estaba frente á una carbonería. El portal, estrecho y no muy limpio, daba paso á un patio interior, pues la casa, como algunas del antiguo y nuevo Madrid, se componía de pisos exteriores é interiores. Subió al tercero derecha, y tiró de la campanilla. Como tardasen largo rato en abrir, tornó á llamar con alguna más fuerza, sospechando que no hubiese alma viviente en el cuarto. Oyéronse pasos menudos como de mujer, y una voz fresca y clara que le preguntó el nombre de la persona que buscaba.

—Don Máximo Gali, ¿no vive aquí?...

Abierta la puerta, no pudo reconocer al pronto el rostro de la sirvienta ó señora que le indicaba que pasara adelante, porque la obscuridad era casi completa, y apenas se divisaba un pasillo estrecho y tenebroso con frescura de cueva, en cuyo fondo se veía un resquicio de luz. Luego este resquicio sufrió breve eclipse en el momento en que el bolsista se dirigía hacia él, pero en cambio oyó cerca de sí la voz de un hombre que le decía:

—Por aquí, señor de Boronat, pase usted por aquí...

Guiado por la voz torció hacia la izquierda, y pudo enterarse de que estaba en el centro de una salita de pobre aspecto, con un solo balcón, por el cual entraba una luz amarillenta y

como de reflejo. La sillería, que era de lana verde, parecía comprada de lance, así como la cómoda que estaba enfrente del sofá, y el espejo con estrecho marco dorado, que se inclinaba más de lo debido, como en señal de duelo, en el mismo testero de la sala. Sobre el pavimento de baldosa no había más que una esterilla de junco, que se arrastraba con la mayor humildad á los pies del sofá. Si el visitante se decidía á levantar la vista á una regular altura, veía en los dos restantes lienzos de pared tres cuadros con marcos de color obscuro, de nogal, recién barnizados, representando el primero el desembarco de Hernán Cortés en Méjico, con la vista de aquellas gallardas naves que habían de ser después pasto del fuego, y el segundo la marcha de Moctezuma, muy empenachado, con rico manto de pedrería, al palacio de Hernán Cortés. Estos dos cuadritos, que formaban parte de alguna antigua colección, estaban grabados en acero, y el papel había adquirido en sus muchos años un medio tono de color que se asemejaba á la manteca. De diversa forma que sus compañeros, más alto que ancho, arrinconado en el ángulo de la sala donde se abría el balcón, el tercer cuadro representaba á San Joaquín, con luengas barbas, llevando de la mano á la Virgen, todavía niña, y era un bordado en cañamazo, con lin-

dos colores, ejecutado por alguna habilidosa mano de señorita.

Al poco rato de entrar en la sala, ya la vista de Boronat, asomándose á aquella semi-obscuridad, distinguió la fisonomía del caballero que le hablaba desde el sillón de enfrente: un hombre que frisaría en los cincuenta, según el cáriz de viejo mal conservado que presentaba. Con el pelo muy canoso, algo cargado de espaldas, y la amarillez de su rostro entreverada de algunas manchas leves de un tinte rojizo, no habría quien no le diese de seguida la patente de viejo. Únicamente sus ojos negros y pequeños, que tenían de vez en cuando cierto relampagueo, declaraban al observador lo que podía haber de vida y de energía en esta naturaleza visiblemente enfermiza. Su cara era larga, biliosa, triste, con la boca grande y las mandíbulas bastante señaladas á causa de la delgadez de la piel, y de que debía ser huesudo, de recia y sólida musculatura.

En este momento, conservando entre las manos su gorro de terciopelo morado, con su traje obscuro y su aspecto de tristeza, hubiérase creído que era uno de esos humildes empleados de la Iglesia á quienes las privaciones, la miseria y la monotonía de la vida convierten en seres eternamente fúnebres y sombríos. Hasta su voz, un poco bronca y velada, se aco-

modaba también á la idea que tenemos formada de estos servidores que de cuando en cuando se unen al coro general de cantores y clérigos en las grandes festividades. Hablaba despacio, bajando tanto el tono que á veces el bolsista se echaba hacia adelante para oírle mejor ó preguntarle la frase que no había entendido. Hacía cinco ó seis días que había llegado de Alicante, y hubo de instalarse de primera intención en aquel punto que lo consideraba bastante retirado del centro. Sin embargo, como contaba con buenas piernas, no le arredraba el cruzar todo Madrid tres veces al día. Lo único que le molestaba era el estómago, porque no podía pasar muchas horas sin tomar algo, y debía tomar algo por necesidad, puesto que sus comidas no eran ni abundantes ni substanciosas. Después habló del comercio del país, que hubo de resentirse por la cuestión de Méjico y la quiebra de dos casas importantes de Marsella. Á él le había tocado también el perder cuatro mil cántaras de vino vendido á una de las casas quebradas, á los señores Duvernet hermanos, dos potencias comerciales. Esto no lo dijo muy claro, por lo cual el bolsista insistió en enterarse.

—De modo que usted se entendía con la casa Du...

—Duvernet hermanos. Fué un negocio des-

graciado, porque quién iba á pensar que una casa de tanto crédito hiciese suspensión de pagos. Es la suerte de las personas, desengáñese usted. La guerra que hace el caldo gordo á tantos negociantes, viene luego á echar abajo al que trabaja con más fe. Ya lo vió usted con la guerra de Crimea, que favoreció como pocas la salida de nuestros vinos y cereales; pues engatusados con esto hemos seguido enviando, enviando, y de la noche á la mañana se encuentra usted con que Duvernet y Taupin, dos potencias comerciales, se van á pique. Desengáñese usted, señor de Boronat, en el comercio todo depende de la suerte.

—Sin embargo—objetó el bolsista,—hay personas privilegiadas que ven desde lejos; que huelen, digámoslo así, los buenos y los malos negocios.

—No, señor de Boronat, está usted en un error—repuso don Máximo alzando más la voz y accionando con el gorro en la mano, como si la objeción de su amigo le tocara alguna de sus más delicadas fibras.—Yo le probaré á usted lo contrario con un hecho reciente, recientísimo... Sin ir más lejos, el año pasado mi amigo Gálvez, que trabaja en granos y tiene una suerte loca, me dijo una mañana en el mismo paseo de la Princesa:—Tú y yo vamos á *engarbanzar* á todos los tenderos de por acá, si

no hay inconveniente por tu parte.—Y, en efecto, nos arreglamos con los cosecheros y abastecedores de fuera, y hubiera sido un negocio de los morrocotudos si colocamos los ochenta y tantos sacos que metimos en el almacén. Yo no sé por qué; pero es el caso que, ó la gente comió menos garbanzos que otros años, ó hubo una cosecha desesperada, y no quisieron pagarlos al precio que los pusimos. Total: que perdí diez mil reales y las ganas de meterme en otra. Mi amigo Gálvez se tiraba luego de los pelos y me decía:—Pero usted ve si no merecía uno tomar un carro y marcharse al muelle entre los cargadores... Es el primer volteretazo que llevo en esta clase de negocios.—Desengañese usted, señor de Boronat, la suerte, no busque usted otra cosa que la suerte. Comprar una canasta de huevos por un ochavo, como aquél que dice, y venderlos á real de vellón... eso sólo se queda para los afortunados. Allí tiene usted á los de Ramírez, uno de los buenos bolsillos de Alicante, que empezaron con cuatro cuartos en una tenducha cerca del Mercado, llena, á todo tirar, de cuatro trapos, cuatro varas de cotanza, cuatro de cotí, una pieza de cretona, otra de dril y dos de crehuela... no habría más. Total: cero. Pero después entraron con la pañolería de anascote, de hilo, de seda, con los tejidos de

lana, y, sobre todo, con los paños, género barato que vendieron á tutiplén, nada, cuanto quisieron. Hoy quizás no le darían á usted el género almacenado por veinticinco mil duros, y harían perfectamente.

Mientras don Máximo argüía de este modo, sacó una petaca de cuero blando, vieja y mugrienta, como las que se ven rodar por algunas sacristías, y ofreció tabaco á su interlocutor, que le mostró el puro habano que aún saboreaba en sus postrimerías. Arrancó una hojilla tenue del librilla después de desmenuzar la picadura, y en cuanto tuvo liado el cigarro echó mano al bolsillo, pescó el eslabón, puso la yesca encima, y tiró de recio varios golpes hasta que la vió encendida.

—Pero usted se los ofrecería desde luego, ¿no es eso?—interrogó Boronat.

Chupaba don Máximo en este momento el cigarrillo con ansia satisfecha de fumador, pero no pudo menos de sonreirse al oír tal pregunta, acabando por enseñar dos fuertes hileras de dientes grandes y amarillos que se cerraban herméticamente á semejanza de los de un caballo viejo.

—Á cierra ojos, créalo usted. Y haría un negocio redondo. Lo malo es que no los tenga yo en caja. En fin, veremos, veremos cómo se presentan aquí las cosas.

—¿Va usted á trabajar por su cuenta?—preguntó el bolsista cada vez más escarabajado por el pensamiento oculto, ó mejor dicho, por las palabras ambiguas de don Máximo.—Usted no dejará de traerse algún negocijo entre ceja y ceja...

—Veremos, veremos... ¿Cómo anda hoy por hoy la plaza? Usted conocerá este teje maneje, y me podría facilitar algunas indicaciones, algunas referencias...

—Esto promete—afirmó Boronat, echándose otra vez hacia adelante al tirar la punta del cigarro, y sirviéndose del bastón para trazar sobre la esterilla los signos de aquellas innumerables empresas que surgían á la voz mágica de los capitales.—Hemos entrado en un período de renovación y de movimiento; llevamos tres años de paz política, que no es poco; ya no se conspira ni se subleva ningún general, según los ministeriales; se han hecho tratados beneficiosos, y el país, que necesita ante todo tranquilidad, se ha convencido de que puede trabajar y negociar y divertirse y explotar lo poco ó lo mucho, y ha dicho: «pues allá voy yo.» Así es que tiene usted movimiento en Bolsa, movimiento comercial, movimiento industrial, movimiento en la propiedad; se trazan barrios enteros, se abren calles nuevas, se estudian nuevas líneas de ferroca-

rriles, se explotan un sinnúmero de minas, y naturalmente, el que es emprendedor y cuenta con un capitalillo regular, se mete en la danza y pesca lo que puede. Por lo demás, señor don Máximo, el que tiene pecho y ancha conciencia, arremete con otra clase de jugadas, donde se arriesga el todo por el todo. Se da un golpe de mano á una sociedad de crédito; el primer golpe de mano que yo recuerde se dió hace ya bastante tiempo por un industrial obscuro, pero que debía ser un peje de *primitísimo cartello*. Montó el tal una fábrica en grande de bujías de todas clases, y consiguió asegurarla en catorce mil duros. Á los cuatro años justos se declaró en la fábrica un espantoso incendio; se vinieron á tierra algunos muros, y la sociedad, que estaba bien de fondos, le pagó religiosamente los catorce mil duros. Un amigo íntimo del industrial me dijo en confianza que el valor total del armatoste, sebo, esperma, estearina y maquinaria no pasaría de tres mil duros. ¿Sería tonto el industrialillo? Luego se puede negociar un convento, se vende al municipio, se presta al gobierno, se monopoliza una buena subasta, ó se envenena al público durante quince años seguidos. La cuestión es *anexionarse*, como dicen los políticos, media docena de millones.

—Pero hombre, pero hombre...—apuntó el

alicantino, en cuyos ojillos negros se avivaba aquel relampagueo tan suyo, que podía ser en este instante el reflejo de una ardiente codicia, el ansia viva de ese fabuloso capital soñado noche por noche en sus veinte años de comerciante metódico, humilde y sin fortuna,—usted no se para en barras para hablar de esta gente.

—Qué quiere usted, señor don Máximo, aquí no se hila tan delgado como por allá, aunque ya sé yo que por allá también hay ciudadanos que han hilado gordo. Pero usted irá aprendiendo, si Dios le da vida, y según lo que piense emprender.

—Allá, sin excepción, todos los negocios se han puesto muy malamente. No sé qué vamos á hacer las personas honradas que no pasamos por ciertas y determinadas maneras de engañar á la gente... ya usted me entiende. Entre tanto, veremos, veremos cómo se maneja uno y lo que esto promete para...

—Pues usted dirá,—repuso Boronat azotando la esterilla con el bastón, algo impaciente ante las varias reflexiones del comerciante, que no transparentaban gran cosa acerca de su nuevo plan de campaña.

Vacilaba, sin duda, entre la repugnancia á manifestar á su compañero la situación exacta ó aproximada de sus intereses, y la esperan-

za de que esta persona, experta en los negocios, le sugiriese la idea de alguna empresa, de algo nuevo que fuera de éxito casi seguro. Sin darse cuenta, sorprendido por la visita de Boronat, á quien no esperaba á tal hora ni aquella tarde, habíase establecido en su espíritu la lucha de estos dos movimientos, uno expansivo y otro represivo, todo suspicacias y recelos; y de aquí provenían, por un lado, las enumeraciones de sus malos negocios, bastante vagas, y, por otro, los alientos, los buenos deseos, las grandes esperanzas de estos proyectos que traía á Madrid.

—¿No cree usted, señor de Boronat, que en la cuestión de vinos pudiera sacarse un magnífico partido? Y le hablo á usted de este particular como le hablaría de cualquier otro, porque lo conozco, porque he estado dos años en compañía de don Juan Olmos, uno de los buenos caldistas de allá.

—Le diré á usted—contestó el bolsista algún tanto admirado de la naturaleza de estos negocios,—nuestro comercio, en España, tropieza siempre con una insuperable dificultad: la del transporte. En cualquier empresa de éstas no ha de calcular usted el valor del caldo, sino la suma de tiempo, trabajo y enormes gastos que ha de cubrir usted antes de ponerlo en la plaza.

—Este año tendría yo mil y tantas cántaras de buen vino á cualquier precio, por treinta dineros como aquél que dice.

—Sin embargo, sin embargo—repuso Boronat volviendo á sacudir la esterilla con el bastón cada vez con mayor fuerza,—no cabe la competencia de ninguna manera. Yo así lo entiendo, señor don Máximo... porque mírele usted por el lado más favorable...

En este instante apareció un nuevo personaje en escena: un perro blanco, algo manchado de color canela, de mediana talla, con las orejas en punta, largo y recio de hocico y la cola gruesa, de tal conformidad que más parecía al primer golpe de vista una raposa que un perro. Entró gruñendo y mirando de reojo al bolsista, que se apresuró á hacerle una demostración de simpatía chasqueando uno de sus dedos sobre la palma de la mano; pero el animal no venía de broma y se lanzó á la mano que lo acariciaba, ladrando fuerte y con evidente intención de morderla.

—¡Cuidado! señor de Boronat, es el bastón. ¡Esconda usted el bastón!—gritó don Máximo.—No puede usted figurarse el mal efecto que le hacen los bastones. ¡Aquí, *Malekadel!* Silencio, échese usted aquí.

Quedóse Boronat un poco frío, ocultando el bastón por puro miramiento y oyendo el gru-

nido del animalucho, que se tendía á regañadientes detrás del sillón de su amo, muy despacio, como una persona sumamente incomodada.

—¿Lo ha traído usted de allá á esta buena pieza?—preguntó el bolsista, no sin cierta ironía.

—Sí, señor. Mi mujer estaba encariñada con él, porque los aprendices lo llevaron á casa de muy pequeño. Dicen que lo hallaron en el puerto; lo había traído un argelino entre una docena de babuchas y un paquete de vainilla. El caso es que el perro olía muy bien, y tenía una cabeza tan rara y tan guapetona que nos dió lástima echarlo á la calle. Por eso los chicos, que son el diablo, le pusieron Malekadel, y con Malekadel se quedó. Mi mujer lo acabó de criar; como es tan aficionada á los bichos...

De rato en rato el can levantaba la cabeza y continuaba gruñendo, como si comprendiera que á él se referían y se sintiera con esto poco menos molestado que con el ruido de los bastonazos del bolsista.

—Bien se conoce que no somos paisanos—repuso este último mirando al animal con una sonrisita impregnada de malicia que venía á decir: «Si te cogiera entre dos puertas ya te había yo de medir las costillas á mi sabor.» Luego añadió, siempre en tono de broma:

—Ni siquiera será cristiano.

—Sí, señor, eso sí—repuso don Máximo con espontánea sencillez, por no decir simpleza.— Al otro día lo bautizó mi mujer; tuvo ese capricho.

Boronat soltó la carcajada. Era ello lo más nuevo y estupendo que había oído hablando de perros. Además, la formalidad con que lo dijo el comerciante le provocó doblemente la hilaridad, de tal modo, que tuvo que variar de conversación y volver á la cuestión de los vinos.

Diez minutos después cogió el sombrero para despedirse de don Máximo. Ofrecióle éste la casa con mucha cortesía, y á tiempo que se dirigían al pasillo tropezaron con una señora muy joven y agraciada que cruzaba sin duda hacia otro cuarto. Saludó Boronat al pasar, mientras el comerciante mascullaba estas palabras:

—Mi mujer... Dispense usted que no le haya llamado, porque andamos todavía en el arreglo de la habitación. Ya se sabe, las señoras reparan más que nosotros en presentarse así... como van.

Aunque era escasa la luz del pasillo, creyó reconocer Boronat en el perfil y porte de esta señora la propia fisonomía de la desconocida que él había seguido desde la plaza de Ponte-

jos. «¿Será la misma?» se preguntó con no poco asombro. Subyugado por esta idea, después que cerraron la puerta los señores de Gali, detúvose unos instantes en el descansillo y pudo oír por esta coincidencia la voz de don Máximo recia y brusca, que parecía resonar dentro de la habitación como los ladridos de su perro. ¿Se dirigía acaso en son de reprimenda ó de amenaza á otra persona? Las contestaciones de esta segunda persona se oían tan débilmente, que no podía marcarse de ninguna manera el tono en que eran pronunciadas. En suma: las voces se percibían con alguna claridad; pero no así las expresiones, por cuya razón, aunque el bolsista se acercó á la puerta, nada sacó en limpio acerca del motivo de la contienda.

Cuando llegó á la calle de San Bernardo iba pensando todavía en el aspecto de la casa, en la figura de don Máximo, en el por qué de su venida, en su conversación, en la historia de Malekadel, en la aparición de la desconocida, en las voces que le tuvieron como suspenso al lado de la puerta, y todo esto le dejaba la impresión de un sueño extraño y agradable, dulcemente acariciado en el sestar de una tarde de verano, cuando apenas abiertos los ojos vemos con extrañeza clarear por los huecos del balcón mal cerrado los reflejos del sol. ¿Es el

amanecer ó el declinar del día? ¿Es la luz despertadora ó las sombras indecisas del crepúsculo?... En esta duda quisiéramos que nuestro sueño se prolongara, porque se nos antoja haber entrevisto, hace poco, la imagen de una felicidad que vamos á poseer... ¡Era tan hermosa! Pero en la tal impresión influyó más que otros incentivos y pormenores el enigma de la desconocida mujer, que tuvo para Boronat el atractivo de esa curiosidad que se interpone entre la imaginación y los objetos que forman el curso ordinario de nuestra vida.





II.

POLÍTICA Y NEGOCIOS.

EN 1857 don Juan José Boronat y Velezguito contaba con un capital flotante de trescientas treinta y cinco mil pesetas, en su mayor parte papel del consolidado, dos ó tres créditos negociables, acciones de minas y del ferrocarril del Norte, que iba viento en popa, sobre todo desde el célebre decreto de Collantes. Poco después, algunas jugadas de *doble en alza*, hechas en Bolsa con vaga intuición de la situación política del país, y más que esto, con declarada fortuna, llegaron á aumentar este capitalito, sin contar con la compra de unos solares en el ensanche de la calle de Preciados, que le valieron un veinticinco por ciento de beneficio al pasar de mano. Aun sin creerse un potentado, ni mucho menos, no dejaba de ser hombre de algún porvenir en los negocios el que á los

treinta y dos años se había formado una regular posición, en medio de continuos disturbios políticos y sin el concurso de un respetable padrino. En vista de este acierto, aconsejóle la familia la conveniencia de un enlace con una prima hermana que acababa de heredar y quedar huérfana. No titubeó Juan José; la actividad del negocio la aplicó á su empresa matrimonial, y nueve ó diez meses después se encontró casado.

Para completar el cuadro, el hermano de su mujer le escribió, al primer anuncio de las próximas elecciones, ponderándole su influencia en la población y halagando las ambiciones políticas de Boronat. Carecía el bolsista de ambiciones políticas, en el sentido que suele darse á esta palabra, y únicamente sentía el estímulo de cierta notoriedad muy común entre las personas activas, que una vez realizada su posición, y hallando el vivir fácil y desembarazado, desean que esta obra suya obtenga el aplauso, la admiración y hasta la envidia de sus contemporáneos. En cuanto á sus ideas, acentuadamente liberales, las había respirado en aquel ambiente cálido y tempestuoso de los últimos progresistas de combate. Y así como hoy, en general, el comercio adinerado prefiere un gobierno conservador y enervante á un partido de iniciativa que traiga perturbaciones

y reformas, así en aquella época la palabra liberal sonaba para la mayoría de estos Cresos pequeñitos, banqueros y comerciantes, igual que para el pueblo: como un himno que anunciaba tiempos mejores, tiempos de justicia, de prosperidad, de libre y expansivo desenvolvimiento. Estas ideas conocidas de un hombre, mercader ó letrado, bastaban para que de la noche á la mañana se declarase político militante. Hoy día, que la cosa se ha tomado como oficio ó como medio, se exige al neófito cierta iniciación: servicios prestados al cacique, discursos en las juntas, trabajos electorales, dos ó tres años de periodismo, adhesión incondicional al jefe de un grupo, siquiera sea éste tan exiguo como el del *reloj*, y otra porción de servidumbres más ó menos molestas.

Explícate de esta suerte cómo Boronat, una vez pensada y aceptada la proposición de su cuñado, se decidiese á entrar en la vida política, presentándose en frente de dos adversarios para la diputación de Elche. Hemos conservado la carta en que el cuñado ofrecía su influencia al bolsista como un documento curioso, no por la letra, sino por el espíritu que depone en favor de los que creen que no tenemos costumbres políticas como las tienen en Inglaterra y las van teniendo en Francia; y que aun hoy mismo saldría diputado, si volviera á la vida,

Poncio Pilatos, á pesar de no conservar relación ni parentesco en ningún distrito de España.

«Querido hermano Juan (decía la tal carta): Ya sabrás cómo tenemos á nuestro primo Manuel en la Secretaría del Ayuntamiento, cosa que nos sirvió de mucha satisfacción, porque siendo Manuel hombre de provecho, no es de los que vuelven la espalda á sus parientes. Hace ya tiempo que esperábamos esta colocación, sobre todo desde la muerte de don Baltasar Escuembre, que era el amo de todo este cotarro. De más comprenderás que hoy por hoy no hay quien nos haga sombra, y que si te conviene, como yo así lo creo, hemos de dejar la *mona* electoral tan bien preparada, que venir tú y merendártela sea todo uno; pues á mí me parece que si la cosa se hace con cabeza, te calzas la Diputación del difunto y dejamos á los Baltasarillos soplando y con la cuchara en la mano. Por aquí la gente de campanario habla mucho de ese señor O'Donnell, y corre la voz de que es hombre de gobierno, que sabe dónde le aprieta el zapato y muy capaz de salirse con la suya; pero tú, que lo conoces mejor por verlo más de cerca, ya me dirás si todo eso es conversación y habladurías de los papeles. Con que decídete y vente, porque hemos de dar nuestro programa, como decís por allá,

y veremos quién es el valentón que antes se sube á la cucaña, además de que cuento con la buena voluntad de la gente, los unos por conveniencia y los otros por lo que tú sabes y yo no ignoro...»

Luego entraba en algunos pormenores referentes á ciertos personajes de la localidad, elegibles y electores; con todo lo cual podía cualquiera imaginarse la originalísima idea que tenía formada el cuñado del cacho de soberanía que nos regalaba la Constitución del 45, y de lo que era el voto de un ciudadano en una elección de diputados. Don Juan José no se lo imaginó, por su desdicha; que si el hombre se lo imagina, claro está que no se hubiera metido en esa clase de fregados. Por lo contrario, decidido á entrar en la contienda, se preparó desde luego con la actividad propia de su carácter.

Había entre sus relaciones nuevas un don Eloy Pastor, antiguo progresista, liberal después de los de menos cantidad posible de liberalismo, jefe político de Cáceres, coronel retirado y muy devoto de O'Donnell, que le presentó en el círculo de sus correligionarios, y consiguió una audiencia particular del Ministro de la Gobernación. Comenzó, pues, á maniobrar la máquina gubernamental, cruzáronse cartas y volantes, se hicieron los trabajos

preparatorios, y cuando Boronat se presentó en Elche, llevaba la esperanza, ó más bien la convicción del triunfo. No le hubo de prometer el Gobierno su apoyo incondicional, absoluto, un apoyo de mandarín chino, sino que con aquella prudencia que debía ser la norma de su conducta le facilitaría sus votos, le allanaría las dificultades, aunque en apariencia dejase á los electores y autoridades del distrito en completa libertad de acción. Luchaban tres candidatos: un decidido esparterista y dos ministeriales, Boronat y Maicas Bonet, un caballero de Valencia vecindado recientemente en Elche. En vista de este dualismo, el Gobierno, según decían, se cruzaba de brazos para que los contendientes, mercedores ambos de sus simpatías, ganasen en buena y honrada lid el título que ambicionaban. Ya apuntamos antes que á Boronat le faltaba la iniciación política, y es muy dudoso que la mayor suma de malicia alcance á suplir el conocimiento práctico del que ha echado los dientes en estos aventurados negocios. Grande fué, pues, el asombro de nuestro bolsista cuando por torpeza y dejadez de los electores, que anduvieron sobrado remisos, vió proclamar diputado en el escrutinio general á don Vicente Maicas Bonet. Y eso que uno de los que hoy llamamos interventores, con voz y voto, era el

famoso primo Manuel, que pudo influir muchísimo en favor de su pariente dada su práctica y su indubitable marrullería. Desde luego á Boronat ya no le entró por el ojo derecho aquel hombrecillo flaco, pequeño, decidido, con el hocico largo y un color de hoja de tabaco que le prestaba el parecido de un atún en conserva. Este hombrecillo, vestido siempre de paño pardo aun en el rigor del verano, lo había recibido en su casa con los brazos abiertos, tratándolo como pariente, como casi un hermano, con una franqueza verdaderamente campechana, y no obstante...

También el cuñado se llevó mucho chasco con el resultado de la elección, pero se conformó muy pronto; circunstancia que no dejó de extrañarle al bolsista, porque conocido su temperamento, era natural que hubiese desahogado su bilis en palabrotas, maldiciones y amenazas contra los amigos remisos y los parientes tibios. Por último, desconfiando de unos y de otros, decidió Boronat volver á Madrid, de donde juró no moverse así le prometieran sus conciudadanos la bienaventuranza eterna. Pero lo que más hirió su amor propio fué la reseña de las elecciones que traía un periódico ministerial que cayó en sus manos á los pocos días de su llegada. *La Opinión Nacional* escribía lo siguiente:

«Circunscripción de Elche.—Diputado, don Vicente Maicas Bonet. El Gobierno no debe dudar en darse la enhorabuena por el nombramiento de este hombre público, tan conocido por sus opiniones liberales y templadas, tan estimado por sus prendas de carácter, representante de un país rico, donde por sus simpatías ha sabido captarse el voto sincero de la opinión pública, que en pocas ocasiones como ésta ha demostrado más cordura y acierto triunfando en unas elecciones, por otra parte tan empeñadas y reñidas.»

Quedóse Boronat poco menos que tonto, después de releer estas fatigosas líneas. Ni siquiera se dignaban nombrar á los contrincantes... ¿Tan poco representaba su personalidad en el país? ¿Tan mísero y despreciable era su nombre que no hubiese manera de sacarlo á luz?... Y con respecto al señor Maicas Bonet, ¿qué diablo de simpatías podía tener en Elche un caballero que no hacía más de diez meses que vivía en la villa? Tan mala fué su impresión, que desde esta memorable campaña tomó un odio profundo, fijo, latente, un odio meridional á todo cuanto olía á política y á los hombres que andaban metidos en ella. Ya por aquellos años habían corrido con justo aplauso estos versos de don José Bartolomé Gallardo, que al bolsista le parecieron de

perlas una vez que los oyó declamar á un aficionado:

¡Pero, hombre, no todo ha de ser Numancia!
 La constancia es virtud, pero algo rancia:
 Yo siempre, en este género de esgrima,
 Me voy al lado del que cae encima.

Consecuencia de ello fué también el volver á los negocios con mayor ardor si cabe, preparándose por medio de cartas y circulares á establecer una casa de banca que extendiese su crédito y fecundizase su capital. Habiendo negociado por aquella época un crédito, valor de quince mil pesetas, que conservaba contra el marqués de Morevieja, túvolo por feliz augurio, y se decidió á abandonar su casa de la calle de Hortaleza por un principal que alquiló en la Concepción Jerónima, frente á la iglesia. Allí instaló su despacho, modesto, pero amplio y con excelentes luces de mediodía. Para comprender esta decisión de Boronat, hay que tener en cuenta algunos antecedentes: había estado años antes en compañía de don Félix Perales, *el Toledano*, al frente de un comercio de paños en los portales de la Plaza Mayor. Boronat, que entró con ocho mil reales para llevar la contabilidad, logró ganarse desde el primer día las simpatías de don Félix, hombre ya maduro y habituado al antiguo sistema. Éste,

por su parte, en fuerza de muchos años, de constantes ahorros y de una perseverancia de hormiga, se formó un capitalito regular, muy limpio y saneado, mediante el cual, en sus horas de reposo, acariciaba la idea de comprar una casa en Carabanchel, cerca del campo, para acabar su vida como la había empezado: al aire libre, con mucha tierra y mucho cielo por delante.

Después de dar á Boronat participación en el negocio cuando ya cumplía seis años metido en la huronera del establecimiento, llevo su afecto hasta proponerle un traspaso en ventajosas condiciones; pero aquél no se avenía bien con la perezosa y uniforme labor de este comercio. El capital parecía estancarse entre los géneros; llegaban los beneficios á la caja como la marea á las orillas de una ría, en oleadas mansas, pequeñas, casi imperceptibles. Cuarenta años nada menos le hubo de costar á don Félix levantar su crédito y recoger una fortuna de setenta ú ochenta y cinco mil duros. Es que Juan José llevaba ya en sus venas la sangre de esta nueva generación, activa, laboriosa, pero insaciable y codiciosa como pocas, que debe haber tomado para sus empresas el lema de Olózoga: «Ó todo, ó nada.» Así que, sin despreciar la generosa proposición del toledano, le hizo ver prácticamente que no había nacido

para encerrarse detrás de un mostrador, arriesgando en Bolsa la mejor parte de sus intereses y comprando acciones de una empresa naciente de dudoso éxito.

Dos años después, don Félix, que no tuvo más que hijas, mandó venir del país á un sobrino que despuntaba un poco, y lo puso á su lado con intención de hacerle traspaso de la tienda el día de mañana, si el chico lo merecía no desmintiendo su buena cepa. Separado Boronat de su asociado y amigo, hemos visto que de tal modo prosperaron sus negocios, que se decidió á entrar en una nueva fase, á subir un escalón más en aquella ascensión tan afortunada. En cuanto á la familia, tampoco podía quejarse de haber hecho una *chambonada*: si por consejo de sus parientes fué aquello un matrimonio de conveniencia, en cambio tropezó con una mujer hacendosa, razonable, fría como una hija de Leyden, pero grandemente humilde y de buena pasta. Prometía ser tan fecunda como los Borbones, porque ya en el primer año le regaló al marido dos gemelos: niño y niña. Sucumbió ésta y quedó el varón, con íntima satisfacción del padre, que ambicionaba ante todo un heredero. En el segundo alumbramiento cumplieronse los deseos de la madre, que secretamente puso al vástago que naciera bajo la advocación de Nuestra Señora de

la Merced. Sin embargo, poco duró á la pobre mujer esta alegría. Á pesar de su juventud, no consiguió la naturaleza realizar con toda felicidad su tercera tentativa, y un aborto inesperado trajo consigo un espantoso derrame, y como consecuencia la fiebre, el insomnio, la extenuación y la muerte.

Acaso por la primera vez volvíale la espalda la fortuna á nuestro banquero, que sintió esta desgracia como una terrible contrariedad, como una quiebra imprevista que le dejaba aturdido y desesperado. Todavía entre marido y mujer no se habían fundido sus almas en una viva y penetrante efusión de amor, como se habían estrechado sus cuerpos en un fecundo abrazo; por eso hemos comparado el sentimiento del viudo al dolor producido por la pérdida irreparable de algo material. Pero dos meses después, cuando se vió solo en la alcoba, con dos muñecos de carne al lado, como él llamaba á sus hijos, comprendió que había en esto algo más que un mal negocio y empezó á sentirse dominado por inexplicable tristeza. No amaba ciertamente á su mujer; pero era amargo para él pensar que le fué arrebatada á la fuerza, de improviso, y que nunca más en la vida la encontraría á su lado. Existen, en efecto, sentimientos que nacen con el hábito. Boronat se había habituado á esta simpatía dulce

y afectuosa, á esta íntima amistad que se consagra en la cabecera del lecho, y se humaniza como pasión á la vista del primer hijo que salta á nuestros brazos. Además, su debilidad y su ignorancia reclaman en todas las ocasiones solemnes un protector: cuando esta amiga desaparece para siempre, compréndese lo que es la fuerza del hábito, el género de sentimientos que despierta, y lo que son las satisfacciones del amor propio que existían como ocultas y reconcentradas en aquel sencillo papel de protector, porque nada puede halagar tanto al marido como esta prueba irrecusable de su fortaleza.

Una mañana, á la hora del correo, entró el criado en el despacho y dejó sobre la mesa media docena de cartas, entre las cuales había una de papel moreno, de menor tamaño que las otras y con dos placas pequeñitas de lacre verde que cuidadosamente la cerraban. Sin abandonar la pluma, tomó Boronat las cartas al peso una por una, como si por esto sólo conociese su valor, y abrió aquélla, la de las placas de lacre, acaso porque no era de las que esperaba. La carta venía de Alicante y estaba firmada por don Máximo Gali, corresponsal suyo y comerciante de algún crédito en la población. Más de siete minutos empleó Boronat en su lectura, por ser larga, minuciosa, escri-

ta en una letra limpia y menudita de escasos perfiles, todo lo cual parecía retratar fotográficamente la personalidad del comerciante metódico y ordenado. Manifestábase en ella que dentro de pocas semanas se daría de baja en el gremio (asociación agremiada del antiguo comercio de Alicante); que le remitiría la nota de las diferencias para formar el saldo definitivo, y que regularmente en el septiembre próximo trasladaría su domicilio á la corte. Enterado nuestro banquero, continuó abriendo y hojeando las demás cartas que venían con notas ó facturas, sin acordarse para nada de la de don Máximo, una vez colocada entre las que no exigían inmediata contestación. Y, sin embargo, aquella carta era el signo de acontecimientos que debían influir años después en su vida, puesto que todo cuanto acaece á nuestro alrededor viene precedido de algo vulgar, pequeño, obscuro, embrionario, de cuya significación profética nunca nos damos cuenta.





III.

TENTATIVAS.

A ÚLTIMOS de octubre, don Máximo Gali se paseaba, ó mejor dicho, iba de un lado á otro del comedor de su casa mirando la hora en una antigua saboneta de plata con viva impaciencia, por ser ya la del mediodía, y sentir en su estómago aquella angustia lancinante que solía calmarse á veces con la ingestión de los alimentos. En poco tiempo su rostro se había demacrado algún tanto y se le obscurecía el color, y la irritabilidad de su carácter tomaba, según los días, una forma tan brusca y persistente, que la menor contradicción le ponía furioso. Oyendo todavía el ruido sordo ó metálico del almirer en la cocina, se paró delante de la ventana que daba al patio y clavó sus miradas en la de enfrente, detrás de cuyos cristales bailaba la cara flácida y paliducha de una niña. En cuan-

to ésta reparó en el busto sombrío de aquel señor con sus flacos brazos, su semblante de enfermo, el relampagueo de sus ojos y el gorro de terciopelo calado hasta las cejas, cesó repentinamente de saltar y desapareció de la ventana. Luego en el fondo del cuarto, aún con la impresión del miedo, se vió que alargaba el cuello arrastrada por infantil curiosidad. Entonces don Máximo alzó la vista y se fijó en las buhardillas, adornadas de camisas, chambras y delantales de indiana, todavía húmedos y lacios. Estas ventanas servían de remate por ambos lados al inmenso tubo que subía desde el patio hasta los buhardillones, pues tal semejaba mirando desde arriba aquel lóbrego espacio encerrado entre cuatro paredes. No podía darse construcción más fea y desagradable. Cernida así la luz, y absorbida luego por los tonos sucios y terrosos de las tapias, se repartía con tan grande escasez por todos los cuartos, que es casi seguro que los inquilinos del principal debían vivir en perdurable noche.

Al poco rato, sintiendo pasos en el comedor, volvió don Máximo la cabeza y vió que su mujer depositaba la sopera humeante en el centro de la mesa.

—¡Gracias á Dios ó al demonio que podemos empezar!—exclamó con repentina furia

dejándose caer sobre la silla y pegándose con movimientos convulsivos á uno de los lados de la mesa.—Sabéis que es la una y media, que hay que descansar un rato, que debo estar en la Bolsa á las tres en punto... y nada. ¿Qué hacéis ahí en la cocina toda la santa mañana? Y, sobre todo, que mi estómago no aguanta... Parece que tenéis empeño en hacerme sufrir...

La mujer se sentó enfrente, sin decir palabra, alargando el plato para que su marido le sirviera si quería, y cuando comprendió que la irritación se había calmado, repuso en voz baja:—El retraso consiste en que deseaba hacer la sopa de arroz á tu gusto... La chica no se había acordado de traerla... Es de lo más desmanotado que he visto esta pobre criatura... Pero yo te aseguro que no volverá á suceder.

—Sí, hija, sí, que no vuelva á suceder. Y si hubiera sabido que era por culpa de esa Remigia ó Pelagia ó como se llame, salgo y la planto en la calle.

—No tiene de bueno más que la fidelidad, que es como un perro. Si la mandas echarse, se echa; si la mandas sentarse en un rincón, allí se está sentada toda la tarde.

La idea del perro le hizo mirar á don Máximo á uno y otro lado de la mesa con algún interés.—¿Dónde está Malekadel? ¿Le habéis encerrado?

—Se fué esta mañana con la Remigia y todavía no ha vuelto.

—Ya he dicho y redicho que no quiero que salga con ella—afirmó el marido golpeando con el cuchillo sobre la mesa, dejándose llevar de un brusco movimiento de ira.—Tendremos otro disgusto como el de marras. ¿Cuántas veces lo he de repetir? No quiero de ninguna manera que el perro se mueva de casa.

—Pero si en cuanto vió la puerta abierta...

—Pues se le ata.

—¡Pobre animal! Va á estar todo el día...

—Pues no se le ata, y tendremos otro disgusto, y pagaremos la multa ó nos citarán al juzgado... Porque vosotras sois así: lo queréis todo.

Calló la mujer mientras don Máximo machacaba sobre el tema de lo que ellas querían ó no querían, hasta que catado ligeramente el cocido, mandó traer un huevo pasado por agua. Á pesar de tan frugal comida, solía caer la mayor parte de los días en un sopor triste y doloroso, causado sin duda por la molesta pesadez que sentía invariablemente hacia el epigastrio. Otras veces se le llenaba la boca como de agua salada, y después de arrojarla quedábase en completa inmovilidad, sordo y mudo, para que aquello no degenerase en un verdadero vómito. Aquella tarde, aún más que

las anteriores, permaneció largo rato recostado en la silla, semejante á un santo de madera, en medio de un enmudecimiento tan sombrío que puso en cuidado á su mujer.

—Vaya, que si alguno escuchara nuestra conversación... quedaría enterado—dijo ésta.—¿Te encuentras mal? ¿Quieres tomar una cucharada de?..

—No quiero nada,—contestó el marido secamente. Pasaron unos cuantos minutos; y luego, como si coincidiera la molestia del estómago, el dolor físico, con el dolor moral, recrudecido por recuerdos que acudían en aquel momento á su imaginación, añadió que en la pasada semana hubo de perder en la diferencia del cambio más de cinco mil reales, y eso que no se arriesgaba mucho. Pero estaba visto que tampoco en Bolsa debía esperar gran cosa de la suerte.

—Yo en tu lugar—repuso Eugenia bajando la voz,—no me metería entre tanta gente como danza por allí, según tú me contaste... gente ya experta en el oficio, y no pocos bribones que vivirán probablemente de engañar á los demás... Yo colocaría el dinero en otra parte.

Volvióse don Máximo de repente como si le hubiera picado una víbora, y preguntó:—¿Y dónde?

Dominada por aquella mirada de súbita cólera, la mujer no se atrevió á contestar.

—¿Y dónde? Vamos á ver. ¿Crees tú que es tan fácil colocar el dinero? ¿Crees tú que es tan fácil sacarle el jugo? ¿Crees que se puede hacer en los negocios lo primero que á uno le ocurre? Estas mujeres son así; todo lo encuentran fácil, y todo ha de salir á pedir de boca. ¿Qué culpa tengo yo de que la suerte no sea jamás para el que la busca? La suerte es una lotería: te toca ó no te toca, y se concluyó.

Esta era su idea favorita. Después de increpar á su mujer por lo que él tomó imaginariamente como un cargo, volvió la cabeza al otro lado y echó otra bocanada de agua salada. Observábalo Eugenia con alguna inquietud, porque se había quedado por segunda vez como derrengadísimo, inmóvil y mudo, y más amarillo que la cera. Luego vió que se llevaba la mano al vientre, que se lo apretaba con fuerza, que se retorció en su asiento bajo la sensación de aquellas horribles punzadas que parecían garfios de acero clavados en el fondo del estómago, y que, por último, apartando violentamente la silla á un lado, exclamaba:— ¡Oh, esto es insufrible, insufrible!

Salió del comedor como un borracho y se tendió en la cama, quedándose al cabo de unos cuantos minutos en esa inmovilidad dolorosa y

expectante en que se queda el herido que ve refulgir en la mano del operador el siniestro acero que ha de desgarrar sus carnes. Poco después, cuando notó que las punzadas no hacían ya presa como dientes cansados de morder, levantó la cabeza y vió que su mujer, apoyada en los hierros de la cama, espiaba con silenciosa inquietud sus menores movimientos.

—Lo peor es que á las tres tengo que estar en la Bolsa... Ayer se inició una baja...

—Pues no vayas. Antes es la salud que los intereses...

—Bien, bien. Déjame, vete—gritó don Máximo con repentina furia.—Yo haré lo que me parezca.

En estos momentos no podía sufrir la menor contradicción; y comprendiéndolo así, la pobre mujer salió de la alcoba sin proferir una palabra, acostumbrada ya desde el primer año de matrimonio á aquel despotismo marital, que no era ciertamente el *despotismo ilustrado* de Cea Bermúdez. Y, en efecto, á las dos y media en punto oyó las pisadas de su marido y la despedida sacramental que murmuraba desde la puerta del cuarto, asomando algo más del tercio de su persona: «Hasta luego.» Eugenia dejaba la costura y le acompañaba por todo el pasillo para recomendarle

que no se le hiciera de noche sin venir á tomar un caldo.

Aquella tarde tornó á coger la costura; pero se sentía fatigada, y con la tela blanca sobre las rodillas quedóse pensativa, triste, hondamente preocupada con la enfermedad de su marido. ¡Oh, sí! el porvenir no tenía nada halagüeño que ofrecerle... Don Máximo se desmejoraba de día en día; su inapetencia y, sobre todo, las molestias del estómago se repetían con aterradora frecuencia; y aunque él no le confiase la marcha ni el resultado de la gestión, harto comprendía ella que los negocios no prosperaban, que aquella gran empresa que había de iniciarse con mejor suerte que las de Alicante, no se encontraba por ninguna parte. En cambio crecían los gastos, y cada semana el antiguo comerciante le escatimaba el presupuesto añadiéndole observaciones y advertencias que entristecían su espíritu, ya apesadumbrado por otras infinitas causas.

Pocas ó muchas, en Alicante tenían relaciones, antiguos amigos, personas de la familia á quienes acudir en un momento supremo; en Madrid bien podía decirse que se hallaba sola. Los únicos conocidos cuyas casas había visitado eran los señores de Ortolán, almacenistas de paños que surtieron un tiempo á don Máximo; los de Javaloyes, ricos comerciantes de la

Concepción Jerónima, oriundos de su país, la viuda de don Joaquín Manjón y Flora Venero, también paisana suya, que trabajaba en ropa blanca ó cosía trajes para señoras, según se proporcionaba. Esta relación se la había recomendado el señor Boronat, que continuaba visitándolos de vez en cuando. Reflexionando sobre todo esto, levantó Eugenia la vista y observó por centésima vez la pobreza del comedor, que no tenía lámpara que colgara del techo, ni aparador para el servicio de la mesa, ni un juego de sillas de nueva forma como las que había visto en casa de los de Javaloyes. Recordó que aún no haría dos semanas se había parado delante de una lampistería, en no sé qué calle del centro, por el gusto de contemplar una infinidad de quinqués y lámparas, limpias, brillantes, de metal ó de porcelana, grandes y pequeñas, alguna de las cuales hubiera elegido ella para su comedor, si no costaran tanto dinero. Bajo la impresión de esta idea, dejó la costura y se dirigió á la salita donde estaba la cómoda, guardadora de sus ahorros. Abierto el último cajoncito, empezó á contar por la plata y acabó por el cobre, cuya suma total le pareció tan exigua y tan miserable que no se atrevió á darle el menor pellizco. Como no era de los objetos indispensables, tampoco podía contar para su coste con la ayuda de su

marido, que en ocasiones iba poniendo tasa hasta en lo necesario. Por lo tanto, cerró el cajón y volvió otra vez al comedor, más pensativa y descorazonada que cuando había salido. Su imaginación conservaba todavía algunas de las ilusiones de la juventud, puesto que solicitada por un vivo y repentino deseo, tuvo, á no dudar, la inefable visión de una esperanza: la esperanza de que el dinero oculto se hubiese multiplicado.

Á las cinco y media declinaba ya el sol, y la luz que recibía el comedor era tan escasa, que Eugenia empezó á recoger los enseres de la costura. Sonó en este instante la campanilla, y creyendo que fuese su marido se apresuró á abrir la puerta antes que la sirvienta tuviera tiempo de asomarse al pasillo. Pero no era don Máximo, sino don Juan José Boronat, que solía venir algunas tardes á aquella hora. Aunque el primero se hallara fuera de casa, el amigo se dirigía á la salita y allí se acomodaba, haciendo uso de una familiaridad alegre y expansiva que extrañó un poco á Eugenia las primeras veces. Luego, la costumbre y la repetición de estas intrusiones convirtieron su extrañeza en afectuosa complacencia, puesto que Boronat le hablaba de su país, de su familia, doliéndose al mismo tiempo de que el bueno de don Máximo no fuese con él más comunica-

tivo en lo referente á los negocios. Habíase metido en las operaciones de Bolsa sin conveniente preparación, á su juicio, y sin aconsejarse de su experiencia, porque Boronat llevaba algunos años en estos dares y tomares; y aunque la experiencia sirve de poco en el juego, sin embargo, sin embargo... siempre ven cuatro ojos lo que no ven dos, etc., etc.

Abrió Eugenia las maderas entornadas del balcón y entró en la salita la última luz de la tarde, algo más clara que la del comedor, debido á que la casa de enfrente levantaba sólo dos pisos, dejando ver por encima del tejado un estrecho pedazo de cielo. El banquero se había recostado en el sillón que estaba frente al balcón, de modo que su fisonomía, animada por cierto buen humor, igual que su flamante traje de levita negra y pantalón claro, aparecían iluminados y permitían estudiarse mejor que la figura de Eugenia, sentada de espaldas en esa decreciente claridad que resulta penumbra para el que la mira con la luz en los ojos. No por esto pasó inadvertida para el amigo la tristeza ó la preocupación que sombreaba el rostro de la dueña de la casa; de tal manera que á los pocos minutos de conversación, volviendo á enderezarse en el asiento, como para dar más calor y más interés á la palabra, le dijo:

—La encuentro á usted así... un poco triste, contrariada... Ya sé yo que usted no es habladora, quiero decir, muy amiga de contar lo que pasa, pero esta tarde cada palabra le cuesta á usted un sacrificio... Usted tiene algo.

—No, lo de siempre. Hace quince días que no recibo carta de allá... luego mi marido se ha puesto hoy, después de comer, de tan mal color, tan mediano, tan no sé cómo... que... Va á peor, va á peor. Esto es indudable.

—Pero ¿qué opina el médico? ¿No lo visita alguno?

—Máximo es enemigo de los médicos. Se empeña en que él se entiende, y que si se ha de curar, se curará él mismo. Que no necesita médicos, sino un buen régimen: el régimen que lleva desde hace mucho tiempo. Eso sí, tiene las horas marcadas para levantarse, para el desayuno, para comer, para las medicinas; en fin... aquí vivimos siempre con el reloj en la mano.

—¡Eso no es vivir! —exclamó Boronat echando una mirada de lástima á aquella mujer bella y joven todavía, aunque de una belleza plácida y severa, si cabe expresar con estos dos vocablos la de esas mujeres tímidas y algo frías en apariencia, cuyos atractivos suelen dejar en reposo los malos deseos.— Además, ¿qué ha conseguido con tomarse ta-

mañas molestias? Usted misma cree que no mejora gran cosa, ya que no vaya á peor. No, eso no, tampoco conviene exagerar, amiga mía, porque yo le ví anteayer en Bolsa y me pareció lo mismo que siempre. Pero el médico ¿qué le dijo?...

—El médico me dijo que todos esos doiores y malas digestiones provenían de la ulceración del estómago. Que Máximo tenía una úlcera pequeña, y que ésta era curable á fuerza de paciencia, de una alimentación especial y de las medicinas que le recetaría.

—Sí, sí, y de las que él se propina. Vamos, señora, ¿quiere usted que le envíe un buen médico, una persona práctica, acreditada y sumamente fina?... Da gusto hablar con él de cualquier asunto. Verá usted qué bien se entiende con su señor marido. Es imposible reñir con él, porque, ya le digo á usted, pregunta con una amabilidad, con una finura, con un afecto, que nada, es un don particular de tratar á los enfermos que ha recibido este buen doctor. Se llama don Aureliano Astudillo. Mañana mismo me paso por su casa y le dejo una tarjeta con las señas de ustedes y con la consiguiente recomendación. Como cuenta con una crecida clientela, no crea usted que va á todas partes; pero aquí vendrá, yo le doy á usted mi palabra. Y si no viniera, cogería un coche y

me plantaría delante de la puerta de su casa. Sería la única manera de cazarlo. Él saldría, creería que era su coche y adentro con él.

Mientras Boronat manifestaba tan excelentes deseos de servir á sus amigos, observábalo Eugenia desde su penumbra, y comparaba mentalmente esta figura viva, animada, simpática, atractiva, con la estampa sacristanesca de su marido, hombre tan serio, que según la expresión de un pariente que le cobró ojeriza, tenía aún en plena salud el desabrido gesto de aquel inglés insufrible que se imaginaba acreedor de todo el mundo.—Y ya sabe, añadía el pariente, que los ingleses son los seres más tétricos, más agrios y más aburridos del universo conocido.—En cuanto á lo físico, nuestro banquero aparecía, aun sin ser alto, como buen mozo por lo bien plantado y el desembarazo natural de sus movimientos, al revés del alicantino, que se inclinaba hacia adelante por ser algo cargado de espaldas. La cabeza del primero se aproximaba, por su estructura, á las que forman el tipo de la cabeza española, más ancha hacia la parte occipitoparietal que por la frente, diferenciándose bajo tal aspecto de las francesas, que se inclinan á la redondez. Esto, unido al color de su rostro, de un moreno sano y como sonrosado; á la frente, que se dibujaba á la manera de un cua-

dro con fondo obscuro, que era el cabello crespo y abundante; á la nariz saliente y al bigote, recio y negro lo mismo que la perilla, es casi seguro que un pintor como Pradilla ó como Casto Plasencia no le hubieran desdeñado para modelo de un soldado heróico de Flandes ó de un cortesano de segunda fila en la corte de Felipe IV.

Eugenia se distrajo un poco con estas comparaciones, y respondió lo que ya tenía pensado al escuchar las primeras palabras del ofrecimiento:

—Lo consultaré con Máximo; como es así... Y extraño mucho que no haya venido, siendo ya las seis de la tarde. No sé qué le habrá detenido.

—Yo en su lugar no le diría nada. Sería para él una buena sorpresa el encontrarse con el médico.

—¡Oh! no, señor de Boronat, no le gustan á él las sorpresas. Las cosas han de venir por sus pasos contados.

—¡Toma! ¿Que no le gustan?... ¡Vaya una rareza! Pero, señora, cuando se trata de la salud, cuando se trata de un médico como Astudillo, que es una notabilidad, no sé qué inconveniente pueda oponer para recibirlo.

—Hay otra razón además—repuso Eugenia inclinando la cabeza para mirar una sortija

que se entretenía en sacar y meter en el dedo anular, movimiento que retardó algunos segundos la enunciación de su idea.—La verdad, señor de Boronat: nosotros, por desgracia, no estamos en el caso de sostener un médico de esa clase... En Madrid no es como en Alicante: aquí cuesta todo doble, cuando no triple. Máximo siempre se está quejando, y con razón, del gasto excesivo que llevamos, porque...

—Eso tampoco es óbice—afirmó Boronat esforzándose en buscar palabras que velasen de alguna manera el verdadero sentido de su proposición.—Mire usted, el señor Astudillo es amigo mío, y si aquí viene será por deferencia á nuestra buena amistad, por un favor que yo le agradezco y... nada más.

—No, señor, no; eso de ninguna manera. Ni Máximo ni esta servidora pueden aceptar favor tan grande sin haberlo merecido. Crea usted que de ninguna manera,—añadió la mujer, sin ocuparse ya de su sortija.

—Vamos, señora, ¿aceptaría usted esos servicios si fuera yo el médico? Sí ó no.

—Eso es distinto. Entre nosotros median relaciones, somos del mismo país, en fin...

—Pues es lo mismo. Hágase usted cuenta de que soy yo, Juan José Boronat, que vengo disfrazado de doctor.

—No, señor de Boronat, no puede ser.

Levantóse del sillón el banquero visiblemente contrariado, y agitó el bastón entre sus manos contemplando, aunque sin verlo, el cuadrado de la sala que representaba el desembarco de Hernán Cortés en el suelo mejicano. Luego se acercó al sofá y se dejó caer en el asiento, al lado mismo de Eugenia, como si en realidad sintiera gran cansancio.

—Francamente, señora—dijo él de pronto volviéndose hacia esta última,—yo ofrezco de buena voluntad lo que ofrecería un amigo; no puedo hacer más. Ahora, que ustedes crean ó no en la sinceridad de mis sentimientos... eso es ya harina de otro costal. Yo vengo notando que su marido de usted, á pesar de sus indicaciones, todavía no me ha dicho á esta fecha: «pues he comprado este papel, tomé este negocio, me metí en este otro:» nada. ¿Qué le parece á usted, amiga Eugenia, de esta confianza? Y francamente, esperaba merecerle alguna, puesto que los primeros días que nos vimos repitió dos ó tres veces estas mismas palabras: «Señor de Boronat, he de consultarle á usted sobre un negocio que tengo medio... medio escabechado. Usted me proporcionará datos.»—Los que usted quiera,—le contesté yo.—Pues bien, llega ahora la cuestión del médico: yo les ofrezco á ustedes el mío como una garantía de acierto por su larga práctica, y usted es

la primera que se niega á recibirlo por una delicadeza mal entendida, ¿no es así? No comprendo que pueda haber otro motivo. Pero si existe otro motivo...

Eugenia, que había vuelto distraidamente á quitarse la sortija del dedo, levantó la cabeza y miró como un poco sorprendida al amigo Boronat.

—No, no es eso, señor de Boronat. Por mi parte, no sabe usted cuánto le agradezco su ofrecimiento... La que se encuentra sola, sin relaciones, sin familia... pero conozco el genio de mi marido, y por eso que lo conozco no me agradaría que recibiera usted un feo. Porque él es así, no se casa con nadie. Vale, pues, más que le desengañe á tiempo y sea también sincera con usted por agradecimiento. Máximo no quiere consultas de ningún género.

—Pero se trata de su salud...

—Aunque se tratara de la salud de toda la familia.

—¿Y si esa enfermedad fuera gravísima?...

—Aunque estuviera ya para morirse.

—Señora, ¿tan terco es?

Eugenia no contestó. Por su parte también Boronat guardó silencio, quedándose por algunos momentos pensativo. Empezaba á faltar la luz, y los mismos tejados de enfrente parecían más cercanos y más negros, como si pau-

latinamente se fueran agigantando y cubriendo con sus lomos la tenue claridad que venía del cielo. ¿No se diría que es esta hora de las indiscreciones? Así como se ha descubierto que el peso y hasta la estatura de nuestro cuerpo varían con las horas del día, del propio modo es de esperar que la psicología experimental descubra, en tiempo no lejano, las causas de la variación de nuestra temperatura moral. Imaginamos que nuestro espíritu, á semejanza de una flor misteriosa, aguarda para abrir sus hojas los intervalos de reposo, ó la vaguedad del crepúsculo, ó el calor de la emoción provocada por los recuerdos, ó las excitaciones nerviosas de la noche; pues es lo cierto que en determinadas horas nos sentimos más dispuestos á confiarnos al amigo, á la mujer querida ó á la persona de nuestra intimidad. Tanto es así, que aun en estos momentos críticos varían de un modo extraordinario según los temperamentos ó los hábitos, y hay hombre que no se muestra expansivo, sincero, tal cual es, con su peculiar cualidad ó sus grandes debilidades, sino en aquellas solemnes horas en que acaba la noche, cuando todos los seres parecen haber entrado en un eterno reposo. Por una, pues, de estas infinitas causas, Eugenia, que era naturalmente reservada, se sintió con propensión á desahogar una parte mínima de sus penas,

como en correspondencia al afecto que le mostraba aquel buen amigo. Y éste, que había meditado bastante, explanó su meditación en las siguientes lacónicas palabras:

—Nunca hubiera creído que fuese tan duro de cascos... Parece mentira. Cierto que yo le había tratado muy poco para formar juicio...

—Lo que me ha hecho sufrir con semejante carácter... Y eso que ya estaba acostumbrada desde niña, porque mi madre, que se quedó viuda á los treinta y dos años, tenía un genio vivo, dominante, un poco arisco, muy raro si se quiere, pero vamos... no hay comparación. ¡Ay! ¡quién pudiera volver á aquellos tiempos!... Siquiera entonces... En fin, cómo ha de ser, habremos de llevarlo con paciencia.

Boronat se aproximó al sillón donde estaba sentada Eugenia. En el fondo de la salita, tan escasa de luz, aquellas dos personas conservaban el aspecto de dos devotos á quienes se les ve orar juntos en el ángulo de una capilla, como dos sombras inmóviles en medio de la obscuridad medrosa que les rodea. Las palabras de Eugenia decían poco; pero conocido su carácter, revelaban mucho más de lo que ella quiso dar á entender: aquellos cinco años de tiranía doméstica se agitaban dolorosamente en el fondo de su exclamación, tan natural como sentida. Por lo que toca á Boronat, sin

comprender todo su significado, sintió renacer por simpatía, y como de rechazo, esa inclinación á la protección del débil, que era la parte sana y sentimental de su naturaleza.

—Cada cual tiene sus defectos, amiguita mía... Yo también soy demasiado impaciente, lo conozco, algo intolerante con las faltas de los demás, duro algunas veces... Sin embargo, creo que usted merecía algo más: merecía ser tratada con respeto, con cariño, con esa atención que tanto agradecen ustedes, ¿no es verdad? Usted es joven y bonita... ¿no quiere usted contar con la confianza de un buen amigo, de un amigo que la considere en todo y por todo? Créalo usted, Eugenia, yo la hubiera á usted tratado con mucho más cariño...

Hablando de este modo habíase ido aproximando hasta confundir su aliento con el de Eugenia y coger una de las manos de ésta para llevarla á sus labios con apasionada viveza. Pero la mujer se levantó apresuradamente como sobrecogida de espanto, y se dirigió hacia la puerta llamando con fuerte voz:

—¡Remigia! ¡Remigia!

Boronat, que continuó sentado, miraba también hacia aquel punto entre suspenso y temeroso. Cuando asomó el hocico la muchacha, Eugenia le preguntó con alguna acritud:

—¿No hay luces en la cocina? ¿No ve usted

que estamos á obscuras? Lo sabe usted de siempre... y nada. Traiga usted en seguida el quinqué de la sala.

Eugenia permaneció de pie por algunos minutos. Luego, á tiempo que la llamada Remigia entraba la luz, sonó la campanilla de la puerta, y oyéronse al momento las duras pisadas de don Máximo. Entró éste en la salita, tan amarillo como de costumbre, bromeando, aunque sin sonreirse, acerca de su inusitada tardanza.

—¿Eh? señor de Boronat, qué horas de venir á casa... Tú ya estarías con cuidado—añadió dirigiéndose á su mujer.—Pues entré á descansar en el almacén de Javaloyes, y me obligaron á tomar un caldo. En efecto, me sentía tan débil que creo que se me fué la vista, y tuve que sentarme un rato. Luego llegó el señor de Arriaga, que venía del Congreso, y nos contó que había fuerte marejada. Acababa de hablar Olózaga y quedaba contestándole Alonso Martínez. Olózaga no se contentó con decir pestes del Ministerio, sino que hubo también indirectas ponzoñosas para la familia real... Eso ya no me gusta á mí... ¿Qué tiene que ver la dotación de las infantitas, que es de lo que se trata, con la política del Ministerio?...

—Pues eso no le debe á usted quitar el sue-

ño—repuso Boronat.—Pura comedia y nada más. Verá usted cómo el día de mañana almuercen juntos tirios y troyanos.

—Sin embargo, la protesta de la Reina contra la entrada del ejército sardo en las Sicilias, pudiera traernos alguna complicación... Aquello se pone muy mediano, según aseguró el señor de Arriaga. Pero yo pregunto: ¿á qué meternos nosotros en lo del vecino? Que se las compongán como puedan.

Viendo que continuaban de pie en medio de la sala, Eugenia les dió el ejemplo acomodándose en un sillón, y preguntándoles si no era esto un doble cansancio: discutir á pie firme sobre política como si se tratara de un gran negocio. Pero Boronat anunció que se retiraba, y entonces ella saltó del asiento; y aunque con humilde manera y en son de ruego, se encaró con su marido para advertirle que Boronat se había empeñado en enviarle su médico.

—Me ha ponderado tanto la práctica y el mérito del doctor Astudillo—insistió la mujer,—que prometí hablarte de este asunto. Nosotros agradecemos este buen deseo; pero ya le dije que no eras aficionado á las consultas. Gracias á Dios, no estás en el caso de llamar á una notabilidad...

—Eso es—interrumpió don Máximo,—ni á notabilidades ni á los que no lo son. Los mé-

dicos no curan á nadie, desengáñese usted, la naturaleza lo hace todo.

—El señor tiene mucha confianza en el doctor Astudillo—replicó Eugenia con no poco asombro de Boronat, que se extasiaba contemplando aquel rostro más expresivo entre los resplandores de la luz artificial que en la vaguedad crepuscular de la tarde.—Si tú quisieras hablarle sobre eso de las aguas que arrojas después de las comidas... Aquí vendría como un amigo, ¿no es verdad, señor de Boronat?

—Justamente, nada se perdía. Usted le escuchaba, y luego hacía su santa voluntad.

—Pues no, que no se moleste—repuso don Máximo inclinando sombríamente la cabeza como si se hallara preocupado por hondos y gravísimos pensamientos.—Mientras uno pueda... pasará sin ellos. Desengáñese usted, amigo Boronat, cuando llega la hora...

—Bueno, sí... cuando llega... Lo difícil es saber si ha llegado,—interrumpió el banquero, aunque no añadió otras razones de buen sentido por no alargar la sesión y conocer la inutilidad de su empeño. Despidióse, por lo tanto, del matrimonio, que le acompañó, como de costumbre, hasta la misma puerta. Estaba ya obscurísima la escalera, y Boronat encendió una cerilla para ver la hora y bajar sin ningún tropiezo. No obstante, incitado por una ar-

diente curiosidad, se acercó á la puerta de la habitación y escuchó: no se percibía el menor ruido, ni siquiera el aliento de un sér vivo. También aquel prolongado silencio le llamó la atención, pues no parecía sino que esta aparente ausencia de vida fuese siniestro augurio de la muerte.





IV.

BORONAT Y FAMILIA.

ENTRE diez y once de la mañana uno de los escribientes que trabajaban en la mesa que había frente al gran pupitre de Boronat, se acercó á éste y le presentó una factura de descuento, cuyo líquido á pagar, contando con la comisión, no concordaba con las notas tomadas anteriormente. Concluía nuestro banquero de revisar la suma sin echar de ver la omisión de un número que trastornaba, aunque de un modo leve, la liquidación. Después de pasar la vista por el papel con algún detenimiento, tomó la pluma y verificó de nuevo la operación. Luego se lo devolvió al escribiente diciéndole:

—Bueno, sí. Hay que rehacerla.

Este despacho, que era el que conocía el público, no era grande, pero sí alegre y clarísimo, por la sencilla razón de recibir desde las

nueve de la mañana la espléndida visita del sol madrileño, uno de los soles más regocijados que se conocen. Contiguo al despacho se encontraba otro segundo, como á manera de gabinete, más reducido y mejor adornado, donde el banquero recibía á las personas ó amigos que iban á hablarle reservadamente de cualquier asunto. En lugar del transparente con su medallón de flores desvanecidas que se veía en el balcón del primero, ostentaba éste colgaduras de lana de color de guinda obscuro en el fondo, con ramos y dibujos de grana entremezclados de negro. La sillería venía á ser del mismo tejido y color, algún tanto ajados por los años de servicio que llevaban en la casa. El resto lo componían dos sillas comunes; un velador arrinconado, cubierto de fino tapete encarnado con rosetones negros, encima del cual había un tablero de ajedrez y varios libros; sobre la repisa de la chimenea algunas fotografías incoloras, y adornando las paredes dos grandes cuadros: un retrato de María Cristina en grabado fino, que hablaba en favor de las ideas monárquicas de la familia, y un San Juan, niño todavía, recostado sobre un cordero y con un banderín en la diestra á guisa de estandarte. La alfombra era la que no correspondía al gabinete: sus grandes óvalos de un rubio dorado, que se unían en los centros con

manojos de flores, harto declaraban que para su perspectiva y mejor vista fuéales precisas la amplitud y la extensión de una magnífica sala de tres balcones.

Había por aquellos años un gran movimiento en la riqueza pública, y estos negocios de la banca particular eran campos, si no vírgenes, cuando menos fecundos, siempre que el cultivador fuera hombre de inteligencia y tuviese la exactitud y la formalidad como norma de sus operaciones. Conviene tener también en cuenta que el Banco de España no había llegado á ser una entidad comercial tan absorbente y tan omnipotente como lo es hoy día, ni disponía de ese ejército de empleados de que dispone al presente, ni contaba con esa falange de sucursales en las provincias, con las cuales es difícil que compita el crédito de una banca particular. Por esto bien puede asegurarse que aun empezando con un capital, pequeño relativamente, obtuvo nuestro banquero pingües beneficios por haber alcanzado los mejores otoños de este florecimiento comercial, que duró, sobre poco más ó menos, hasta el 65, algún tiempo después del *retraimiento* de los progresistas y de la vuelta á Francia de la Reina Cristina.

Fué aquella agitada época como la segunda juventud de nuestros partidos políticos, á pe-

sar de que algunos de ellos eran sobrado viejos. La nación entera confió extremadamente en los prohombres, civiles ó militares, que si quiera demostraban ambición y hablaban con apasionada elocuencia de las libertades públicas, de los intereses patrios, de los sacrificios que estaban dispuestos á hacer en honra y provecho del país. Por nuestra desdicha, de tantos hierofantes políticos, de tantos excelsos oradores, moderados, polacos, unionistas, conservadores y progresistas, no nos quedó un solo hombre de Estado; uno solo cuyo glorioso nombre se pueda grabar en el pedestal de un monumento nacional, sólido y duradero. El que mostró más ambición y más genio de todos ellos, sucumbió trágicamente en los comienzos de su epopeya política. ¡Cómo recordaría al morir el ilustre caudillo las palabras proféticas de su amigo y correligionario Muñiz! «Aquí hay un partido vigoroso que necesita una espada, y un personaje de primera talla que necesita á su vez un gran partido.»

Transpiran estos tiempos tanta vida política, que debe contar por necesidad con este factor, entre otros muchos, el que estudie nuestras costumbres, si ha de entender la significación de algunas muecas que afean y desfiguran la fisonomía de este cuarto de siglo; esa multitud de opiniones tan efímeras como las modas; ese

positivismo burdo y mal disimulado; esa afección de los caracteres; esa vanidad aparatosa de los pequeños; ese escepticismo de la juventud que entra por las puertas de la vida sin ningún entusiasmo, exigiendo antes que todo el pañ del festín *bien untado de manteca*, venga de donde viniere; y, por último, esa funesta inconstancia de los grandes que han sido sucesivamente lobos, perros y corderos á gusto de la mano que les ha enseñado el men-drugo.

Dedúcese de lo dicho, que muchas veces la agitación política no fué, como creen los teóricos de gabinete, síntoma morboso, sino indicio de poderosa vitalidad; y que estas épocas de grandes marejadas son las que más aprovechan á los hombres de declarada suerte, como Juan José Boronat. Acostumbrado al trabajo desde su juventud, era el primero que daba ejemplo bajando al despacho á las nueve de la mañana, y no abandonando su puesto de jefe hasta las dos ó dos y media de la tarde, que subía á comer. Con frecuencia en estas antiguas casas del centro el peor cuarto de todos, por sus malas condiciones, suele ser el comedor: un tabuco angosto, con balcón ó ventana al interior, sin luz, sin ventilación, pegado á la cocina, y refugio, por consiguiente, de todos los olores malos y buenos que se exhalan de

allí. El de la habitación de Boronat no era tabuco; pero tampoco se aproximaba, ni aun de lejos, al modelo del comedor moderno: un aposento alegre, desahogado, con notas claras de color que devuelvan á la vista, como risueño iris, los reflejos dorados de la luz, impresiones de un ambiente agradable, tal como debe ser para el espíritu la preparación serena y expansiva del trabajo. Cuando se presentó el banquero, ya estaba sentada á la mesa doña Balbina, su voluminosa madre, y su prima Manuela acomodaba á los niños, después de haberles atado al cuello su correspondiente servilleta.

—Pero ¿no nos sirves?...—preguntó la madre, poco menos que admirada de que su hijo se sentase tranquilamente sin haber desempeñado su cometido.

—¿No nos sirves, papá?—repitieron á coro los chicos.

En efecto, Boronat, todavía de pie, acostumbraba á servir la sopa á toda la familia antes de desplegar su servilleta.

—Anda algo distraído estos días, mi señor don Juan,—apuntó la prima alzando la voz, á causa de la sordera incipiente de doña Balbina.

—Te diré: yo no creo en los martes ni en los días aciagos, pero esto no quita para que

cada uno tenga sus días negros y sus semanas en que todo parece del color de la tinta.

—Pues, hijo, daca la mano. En eso estamos iguales,—repuso la prima con un mohín de coquetería que no agraciaba tanto como era de desear su fisonomía, casi majestuosa por la amplitud y relieve de sus perfiles.

Para comprender el significado de las palabras cruzadas entre primo y prima, conviene estar en antecedentes de su situación. Á la muerte de la señora de Boronat, hallóse éste como un extraño en su casa, sin saber qué partido tomar, entre dos amas de leche venidas de Colmenar Viejo, que eran dos reses bravas; su madre, postrada en cama por el reúma; dos monigotes, según su expresión, que pasaban el día en lamentable lloriqueo, y dos criadas á quienes veía en el servicio de la casa por turno, pues una de las dos había de estar forzosamente en la calle con excusa ó sin ella. Además de esto, hubo de abrirle los ojos el gasto espantoso del consumo diario, que suponía un presupuesto de ciento veinticinco duros mensuales.

Á los once meses de viudedad todavía la marea iba en creciente, y fué inútil que exigiera cuentas á la doncella y á la cocinera. No por esto dejaba de costar menos la vitualla, ni había de tardar más tiempo en agotarse la des-

pensa. Boronat las llamaba á parlamento, les hacía ver las sumas invertidas y les pedía la explicación natural de este milagro de disminución y desaparecimiento, que resultaba la antítesis de aquel otro de los siete panes y cuatro peces que abastecieron á cuatro mil hombres. Pero ellas no entendían de matemáticas, es decir, no se avenían sino rara vez á la minuciosidad, á la exactitud, al último pormenor, como era el empeño del banquero. Así es que acababa por enfurecerse y echarlas á la calle. Á la semana siguiente, nueva pelotera y nuevo corte de cuentas. El personal que entraba era lo mismo, si no peor que el saliente. De este modo conocieron un sin fin de servidoras de diverso pelaje, todas medianas, hasta que doña Balbina, notando tamaño desbarajuste, se levantó un día de peor humor que los otros, y le dijo:

—Pero, hijo, ayer una y hoy otra... ¿Vas á traer á casa todas las criadas desacomodadas de Madrid?

—Y ¿qué hacer, si no sale una que valga un comino?

—¡Qué hacer, qué hacer!...—repuso la madre, que, como todos los sordos incipientes, tenía sus días buenos en los que hasta la voz natural llegaba á su nervio acústico,—pues buscar un alma caritativa que nos proporcione una

servienta menos mala que las demás... ¡Ah! si yo pudiera coger la mantilla á las ocho de la mañana como antes... pero estas piernas, estas maldecidas piernas que no me quieren llevar... Nunca, jamás se ha conocido en nuestra casa este trasiego de mujeres... y no sé qué van á decir.

—Mire usted, que digan lo que quieran: ¿qué remedio tiene?

—Me ocurre una cosa. ¿Por qué no podía venir tu prima hasta que esto entrara en caja y encontrásemos una mujer regular?

—¿Y querría venir?

—¿Qué?...

—Que falta saber si sería de su gusto,—gritó Boronat aproximando su rostro al de su madre.

—Hombre, eso... tú se lo indicabas. Yo creo que sí. Porque oí mal, ó tengo entendido que trasladan á Valencia al regimiento de su hermano. Ya ves, el sueldo de un capitán no da para muchos viajes... y eso de rodar de aquí por allá si no consigue volver pronto á Madrid... Por mi parte, yo se lo propondría; pero eso á tu parecer.

Como el parecer de Boronat coincidió con el de doña Balbina en este punto, la prudente indicación se hizo á los pocos días. He aquí, pues, la explicación de la presencia de la pri-

ma en casa del banquero. Para el arreglo y dirección de una familia, no pudieron haber elegido persona mejor que la señorita doña Manuela Díaz de Fernández. Madrugadora como pocas, ágil y dispuesta lo mismo para los trabajos de limpieza que para la labor fina, bien valía ella sola por dos y aun por tres medianas maritornes. En cuanto á su físico, con su cara ovalada, casi redonda, de marcados contornos, su buena talla, su excelente y sano color, sus recios y morenos brazos, constituía el tipo de esas mujeres fornidas, aunque bien formadas, cuya belleza resulta algún tanto varonil y como fatigosa. Temperamento bien equilibrado, entre sanguíneo y bilioso, que igual se acomoda á vivir en el ardiente suelo de África que en el centro de Wardohuus, cuya temperatura puede descender á 38° bajo cero. Era, por lo tanto, una mujer fuerte, no en el sentido bíblico, sino como materia admirablemente organizada, de grande resistencia y que hubiera podido cambiar de sexo sin ofensa mayor de la naturaleza. Este apellido Díaz de Fernández nos sugiere la idea de que en su ascendencia y genealogía no hubiera acaso alguno de esos numerosos Díaz, Paredes, González ó Quiñones, parientes á su vez de aquellos ilustres héroes que así aporreaban moros y ganaban batallas campales, como saca hoy cualquier cristia-

no, si á mano viene, un ánima del Purgatorio.

Ello es que, bajo el gobierno de la señorita Manuela, acabó el período constituyente y entraron los asuntos domésticos en una época de sosegado florecimiento. Despidiéronse por consejo del médico á las dos bravas colmenareñas, y se tomó para la niña una sola ama, castellana, buena mujer, morenucha, seca y dura de carnes como un tasajo de cecina. También en la cuestión del servicio se vinieron á la mano dos muchachuelas, una de Carabanchel y otra de Navalcarnero, que, dirigidas muy diplomáticamente por la joven ama, continuaban en la casa hacía ya tres años, cumpliendo con su obligación á gusto de todos. Las había buscado jovencitas antes que nada, y ésta era una de las primeras bases diplomáticas de que partía para obtener un servicio de satisfactoria confianza.

Subyugado por esta tranquilidad y regular marcha de la familia, ó tal vez por los atractivos naturales de la persona, Boronat empezó á mirar con buenos ojos á su prima. Las conversaciones familiares de sobremesa se prolongaban algunas tardes mucho más de lo ordinario. El primo comenzó á fijarse en los ojos negros y vivaces de la prima, que se asemejaban por coincidencia á los suyos, y sobre todo en las curvas amplias y tentadoras de su

seno, que se relacionaban con otras perfecciones escultóricas no menos exuberantes y apetitosas. Sus bromas tomaban en ocasiones un carácter de dulce y picaresca intimidad. Boronat decía cosas que su prima no se resignaba á escuchar, por lo cual se levantaba como ruborizada de la mesa; él corría detrás, y si la alcanzaba antes de que entrara en su cuarto le tiraba un pellizco en alguno de aquellos redondos brazos, tan repletos de carne que pudiera temerse que al menor esfuerzo reventaran la fina tela ó se descosiera la costura. Cierto que no producían gracioso efecto estos repulgos de pudor ó estos mohines de risueño enfado en una mujer como la señorita Manuela, que podía representarlo todo idealmente menos la figura de la muchacha enamorada, asustadiza y pudorosa. Pero, ó el primo no poseía sino con alguna rudeza el sentido de lo cómico, ó miraba siempre á su prima con el recuerdo de esa perturbación fisiológica que suelen llevar consigo ciertas sensaciones. Tampoco presentaba mala cara doña Balbina cuando los veía bullir, después de comer, entre cabezada y cabezada, y aun se daba ocasión de repetir ó mascullar esta frase:—El día menos pensado me van á dar un disgusto, estos chicos.

De modo que en su ánimo, lo mismo que en el de su sobrina, al fin y á la postre de estas

afectuosas familiaridades, surgió idéntico pensamiento; un pensamiento que la señorita Manuela acarició innumerables noches al desembarazarse de la ropa y sentir en su imaginación el revoloteo de las impresiones, de los deseos, de las esperanzas despertadas y concedidas durante el día.—Estos diablos de solteras, como decía el banquero algunos meses después, todo lo convierten en substancia;—pero no apostaría yo cinco céntimos á que no le hubiera pasado por las mientes la misma idea que á su prima.

El caso es que en estas andanzas, insensiblemente transcurrieron dos años ó poco menos; pues los negocios de la casa absorbían de tal modo la atención de Boronat, que había largas temporadas en que acabada la comida escapaba á Bolsa, y ya no se le echaba la vista encima hasta la mañana siguiente. Esto no obstante, continuaba siendo el mismo de siempre: decidór, alegre y afectuoso para su prima, á quien acompañaba de vez en cuando al teatro ó al Prado con los niños, si era llegada la época veraniega.

Mas un día, por casualidad coincidió este día con la aparición de don Máximo Gali en Madrid, notó la señorita Manuela que la corriente de este fluido, que los físicos no han clasificado todavía, comenzaba á sufrir algu-

nas interrupciones: por de pronto no era tan directa ni tan persistente como antes. Debido á su organización ó á su especial manera de ver las cosas, son ellas linceas para percibir, en cuanto atañe al sentimiento, esa infinita variedad de sus matices. Primero varía la temperatura, que de cálida baja á templada; luego se presentan las alteraciones parciales, motivadas por obstáculos que se interponen; más tarde cae nuestro ánimo en un estado de apatía moral, signo de completo enfriamiento... En fin, Boronat, que había pasado por toda esta sutilísima serie de cambios, llegaba al presente á la más grave y desconsoladora: á la de las distracciones.

Aquí el lector conoce ya la situación de ambos personajes, y debe perdonarnos la relación de los hechos que la precedieron, en gracia á la claridad que esparcen en derredor de aquéllos.

Después que la prima hubo pronunciado las significativas palabras «pues, hijo, daca la mano, en eso estamos iguales,» Boronat guardó silencio un rato, y luego, alzando el rostro, preguntó:

—Y ¿por qué dices eso?

—¡Toma! Porque yo también tengo mis días negros, y hoy es uno de ellos. Así es que si tú quisieras acompañarnos al teatro del Circo,

vendrían con nosotros las chicas de Arriaga. Las pobres chicas... están rabiando por ver esa comedia que ponen allí.

—Pero entendámonos, ¿son ellas, ó eres tú la que rabia por verla?

Removiósese la señorita en la silla como contrariada, y limpiándose los labios con alguna viveza, contestó secamente:

—Yo no rabio por nada, bien lo sabes. Pero dí francamente que no quieres acompañarnos, y hemos acabado.

—Calma, calma, señorita fuguillas, mucha calma es lo que nos conviene para hacer una buena digestión. Si hoy no puedo acompañaros, otro día será, y asistiremos á esa función tan deseada. Y vaya de franqueza. Á mí me sucede que en estos días negros que uno tiene no iría, no digo al teatro, sino al mismo Paraíso terrenal.

—Pues ahí verás. Á mí me pasa lo contrario: justamente en estos días de murria es cuando se apetece la distracción. Y creo que esto es lo natural.

—De gustos no hay nada escrito, según dicen, chica... Por eso...

—Justo—repuso la prima con marcado desabrimiento,—por eso se despacha todo en este mundo.

Boronat la miró con extrañeza, y pensó pa-

ra sí: «¿qué mal bicho habrá picado hoy á mi cara prima?» Desde este momento varióse el tema de la conversación, y ambos contendientes se fijaron en doña Balbina y en los niños. —La tía engruesa demasiado... debía salir más de casa... pasear algún rato que otro,—afirmó la señorita Manuela. El banquero convino en ello, porque, en efecto, era así. Su madre comía y dormía como cualquiera persona joven, y apenas si bajaba algunas mañanas á oír misa á la Concepción, ó alargaba su paseo hasta San Isidro si había novena ó estaba expuesto el Señor. Pero ¿qué remedio? Á las personas de edad, habituadas á un sistema determinado de vida, con dificultad se las convence. Al llegar los postres, Emilita, la niña menor, que era golosa como una gatita joven, pidió segunda vez compota de melocotón. Su padre le apartó dos pedazos para acallar sus insistentes clamores.—¡Más, papá, más! Yo quiero más,—gruñó la chiquilla. En esto intervino la señorita Manuela ordenando á la doncella que se llevase la compotera al instante, sin pérdida de tiempo. Entonces la golosa torció el cuerpo y se quedó sentada de medio lado, empezando á llorar desesperadamente, entre chillidos que parecían los de un cochinillo al que un maldiciente matarife le echa el ominoso gancho.

—¡Nemesia!—gritó por fin el padre viendo

que el tono de la desesperación infantil iba en *crecendo*.—Traiga usted la comptera, mujer, tráigala usted, á ver si esta criatura revienta.

—No, bien lo puedes decir—añadió la tía con severidad de dómine.—Lo que es esta chiquilla se pone algunas veces tan cargante...

—¿No ves cómo tu hermanito no pide más?—insistió Boronat procurando convencer con el ejemplo á la temible golosa.

Entonces Adolfo volvió la cara, una carita pálida y chupada de niño precoz, hacia su tía Manolita, y expresó en pocas palabras su opinión:—Á mí me empalagan esos dulces que hace la Ramona; á mí sólo me gustan las yemas.

—¡Otro que tall!—exclamó la señorita sonriendo y mirando al primo con cierta languidez que intentaba traducir al exterior la ternura de su corazón y la santa paciencia que se necesita á todas horas para lidiar con estos caprichosos tiranuelos.

Boronat, que debía estar preocupado, no hizo gran caso de estos pormenores y se levantó de la mesa en cuanto encendió el cigarro, porque tenía una cita con su agente de cambios con motivo de un alza iniciada inesperadamente á última hora. La prima lo vió desaparecer con alguna tristeza, presintiendo ó deduciendo de sus expresiones, hechos y miradas,

que la corriente, aquella antigua corriente establecida entre sus corazones, bajaba espantosamente de temperatura, y algunos días ya no era templada, sino...—Pero ¡Dios mío! ¿Qué habré hecho yo para no ser la misma?...—se preguntaba la señorita en un momento de desesperación, delante del viejo armario que guardaba la ropita de los niños.

Clara y alegre continuaba la tarde, aun siendo de invierno, y quedaban todavía dos horas de sol que ella quería aprovechar para ir á casa de las de Arriaga. Abrió, pues, el armario y comenzó á sacar los trajecitos de tafetán doble de medio color y los sombreros de grandes alas, que debían comunicar á los rostros de sus sobrinos la graciosa pequeñez de los de las muñecas. Hallábase sola en uno de los gabinetes interiores donde ella dormía, y mientras la doncella los lavaba y aseaba preventivamente, su imaginación se perdía en un laberinto de suposiciones más ó menos fundadas.—¿Si habré visto yo visiones en vez de?...—decía en voz natural, dejando los pantaloncitos blancos con puntilla, de Emilia, sobre una de las sillas.—Pero no, vamos... si ello estaba tan claro como la luz; si hay cosas que no necesitan explicarse... Á no ser que, como él es un poco apegado al dinero, no entre en sus cálculos el matrimonio por... amor, ¡quién

sabel! La verdad es que nuestra prima Antonia era rica y le llevaría en dote...—Aquí la señorita Manuela se quedó con las enaguillas de la sobrina en la mano, volviéndolas á plegar inadvertidamente, en tanto que recordaba la cantidad que la primera mujer de Boronat aportó al matrimonio, según se habló y se comentó entre los parientes. Luego, su imaginación sofocada, aturdida sin duda por la realidad abrumadora de los números, exhaló por vía de consuelo, y á modo de protesta, esta larga exclamación, en cuyo fondo no dejaba de haber una gran dosis de buen sentido:—Pero, señor... una mujer puede valer mucho y puede valer poco: de este modo todo está compensado en este mundo. La que no sabe gobernar su casa, ni dar un punto á la ropa, ni atender al servicio, y vive hecha una tonta como si viniera del limbo, por mucho dinero que traiga... Porque el dinero se acaba y se va de las manos en un periquete; mientras que la mujer que tiene un poco de cálculo... ésta es la verdad. Dios mío, yo no comprendo lo que hace este hombre... Por más vueltas que le doy... vamos, que no lo entiendo. Porque eso de que él ha cambiado es tan claro como la luz, tan claro como lo otro...

Entraron en este instante los niños saltando y gritando:—Vamos al Prado, vamos al Prado con la Nemesia.

—No, señor, esta tarde no se va al Prado porque hace mucho frío—afirmó la tía con repentina severidad.—Iremos á casa de las señoritas de Arriaga, aquellas señoritas que os quieren tanto y os regalan caramelos.

Ambos niños se quedaron al pronto un poco parados con el anuncio de esta visita, que no les halagaba ni con mucho lo que la ida y la libertad del paseo; pero de repente les vino á la imaginación la idea de la rebeldía, y la niña se tendió cuanto larga era en la alfombra de fieltro y empezó á patalear diciendo que quería ir al Prado y nada más que al Prado. Adolfo no llegó á este extremo; pero dando vueltas por el gabinete alegó la razón suprema de su negativa:—Á mí no me gustan los caramelos: se me pegan á los dientes.

—Sí, ya sé que á tí sólo te gustan las yemas—repuso la señorita enojadísima.—Este chiquillo parece tonto... es lo más testarudo... Cuando se le pone una idea en la cabeza... ¿Les ha lavado usted bien la cara y las manos, Nemesia?—añadió dirigiéndose á la doncella, que acababa de entrar en el cuarto.—Pues ahora á vestirse.

Al oír tales órdenes redobló la niña sus lloros y sus pataditas; pero su admirable tía, sin aspavientos ni amenazas, la levantó del suelo, y quitándole la ropa puesta comenzó á vestir-

la de prisa, al mismo tiempo que le hacía las consiguientes reflexiones:—¿Te parece eso bien, que una niña como tú se arrastre por los suelos y se ponga feísima como una cucaracha? ¡No puedes tú figurarte lo feas que se ponen las niñas en esa postura!

Y sea que se dieran por convencidos, ó que obedecieran á fuerza mayor, al poco rato ya los dos sobrinos estaban vestidos de nuevo y seguían entretenida conversación con su tía. Púsose ésta también su vestido de lana de doble falda, color habana; su mantón alfombrado y su velo-toalla de encaje, que era la mantilla de moda, y con los guantes en la mano todavía, ordenó á la gente menuda que saliera del gabinete y avisara á la Nemesia. Después de cerrar el armario, nuestra señorita echó dos ó tres vistazos al espejo del modesto tocador para recrearse en su imagen y ver ciertos aspectos de su figura, que en aquel momento aparecía majestuosa por el ahuecamiento de las faldas y el artificio algún tanto exagerado de sus cabellos. Sin haber cumplido los veinticinco, podía muy bien pasar, mirada desde conveniente distancia, por una de aquellas matronas romanas de la época del imperio que habían usado y aun abusado de cinco ó seis maridos. Entiéndase que esta comparación se refiere tan sólo á la parte externa, á la voz, al continente,

á lo varonil, á esa majestad y mesura en el andar con que aparece á nuestros ojos la persona que cruza entre la gente, satisfecha de sí misma. Así, salió pues, á la calle la señorita Manuela, llevando á la sobrinilla de una mano y á Nemesia á su izquierda con Adolfo. Cruzaron la Puerta del Sol, y subiendo por la empinada cuesta de la Montera tardaron largo rato en llegar al promedio de la calle de Hortaleza, donde moraban las señoritas de Arriaga. Afortunadamente era piso segundo con pocas escaleras, y pronto se hallaron frente á frente de las dos amigas, que se apresuraron á recibir las en la misma puerta con mucha cháchara y extremado regocijo.

Huérfanas de madre, estas dos muchachas, Asunción y Paquita, vivían con un hermano menor y su respetable padre don Saturnino Arriaga, comerciante retirado que, bajo una modesta apariencia y un honesto vivir, ocultaba una fortuna de cuatro millones de reales, según informes de personas que debían estar bien enteradas. Aseguraban estas personas, exagerando la singular economía de esta buena gente, que durante los veintisiete años que tuvieron tienda abierta en la calle de Toledo, se habían mantenido únicamente de cañamones. Para los maliciosos, tenía el atractivo de dos aspectos la tal idea: por el anverso, pinta-

ba de un modo gráfico la miseria en que vivieron bajo los rigores del ahorro; por el reverso, significaba que la señora de Arriaga, como hija de un pobre albañil, había vendido cañamones y otras menudencias en la plaza de la Cebada, por lo cual se la conoció algún tiempo en el barrio por la *Cañamonera*. Como es natural, á éstos seguían otros detalles no menos pintorescos. Hasta la muerte de su mujer, don Saturnino no vistió más que de chaqueta, esas chaquetas holgadísimas, de grueso paño de color de castaña, que tomaban hasta lustre envejeciendo sobre los hombros del dueño, y que han sido sustituidas en nuestros días por la popular americana. En la casa no había entrado sirvienta alguna, y contábase que en el nacimiento de su segunda hija, estando la madre en cama todavía, suplicó á una buena vecina y á un amigo que le acompañasen, y sin más testigos, gastos ni aparato, llevó á bautizar á la criatura como el que lleva á facturar á la Central un cajón de pasas. ¿No pinta este detalle, esta calculada indiferencia, al hombre para quien los usos y formalidades de la vida son como negocios de mínima importancia? Pero después que murió la *Cañamonera*, que, según decían, era la que llevaba los pantalones y la que doblaba al marido en lo de tacaño y miserable, y hechas las mozuelas unas

verdaderas señoritas, obligaron al padre á salir de aquellos barrios y á vestir de levita. Esto no obsta, sin embargo, para que la casa continuase en un pie de modestia relativa, y que ni por asomo indicase al visitante la positiva riqueza de los dueños.

Al entrar la señorita Manuela, las dos hermanas habían dejado su cuartito de costura, donde se veía al lado del balcón una canastilla vieja llena de retazos de tela arrollados y atados con cintas de la misma, y enfrente el costurero cubierto de patronos y dibujos grandes, todo lo cual declaraba que por aquellos días se hallaban en las faenas del corte y preparación de un traje nuevo. Aunque tipos diferentes, por ser la mayor trigueña, de fino y delicado dibujo, y la menor [morena, de más color y pastosidad, ambas hermanas resultaban agradables y simpáticas en el trato social, porque tenían, ya por razones de temperamento, ya por haber vivido en la disciplina del trabajo, la sinceridad y la alegría de la primera juventud. En estas visitas de intimidad, entre personas conocidas, como era su amiga Manuela, la facundia de las dos chicas se desbordaba por completo, y era aquello de empezar y no concluir. Acaso fuese éste uno de sus mayores defectos. Después de las primeras expansiones, nuestra soltera explicó el objeto triste de

su visita, disculpando á su primo que, á causa de sus múltiples ocupaciones, no las acompañaría aquella noche á Jovellanos.

—¿Usted ha visto *El último mono*?—preguntó Asunción, que era la mayor.

—Dicen que la música es bonitísima, y que se ríe una hasta más no poder...—apuntó Paquita.

—Lo que es como música—repuso la otra hermana,—no será mejor que la de *Campanone*. ¡Cuánto daría yo por verla!

—Hay que verla. Se lo diremos á papá.

—De eso no dudo yo tampoco. Ustedes dejarían muy pocas por ver,—afirmó una señora grandemente respetable, vestida como de medio luto, que era el aya que las acompañaba á todas partes y dirigía el timón de la casa, por ser las dos hermanas muy jóvenes todavía y de escasa experiencia.

—Como que nos gusta mucho la música.

—Mucho más que los dramas—añadió Paquita;—y eso que vimos uno...

—Verdad: yo he visto *Cazar en vedado* y me pareció muy bonito,—repuso la mayor quitando la palabra de la boca á su hermana.

Estando en esta discursión lírico-dramática, asomó la cabeza por la puerta un caballero de unos veinte á veintitrés años, y preguntó:—¿Se puede?...

—Pase usted, pase usted, Manolito,—exclamaron á duo las muchachas, expresando en sus rostros y ademanes nueva animación y nuevo regocijo con la venida, acaso inesperada, del joven Manolito.

Saludó éste á todos y dió graciosamente la mano hasta á la aya de las niñas, doña Evarista, que le devolvió el saludo sonriendo con cierto movimiento repetido de cabeza que podía significar: «Ya, ya sé cuál es el santo de tu devoción.»

—Tantos días sin verle á usted por aquí—expresó Paquita.—Ya está usted buen pícaro.

—Hemos tenido á mamá en cama con una neuralgia horrible... Figúrese usted, más de quince días que le ha durado la función.

—Ya, ya, con estos fríos...—repuso doña Evarista llevándose la mano á la frente,—quién se ve libre de... Yo también tuve mi correspondiente jaqueca. Lo que es el invierno... No sé, no sé cómo hay personas que les gusta el invierno.

—En invierno tiene usted más diversiones, ¿no es verdad, Manolito?—afirmó Asunción, mostrando al sonreír sus dientecillos blancos y menudos como los de un conejito chino.

—Eso sí—contestó el aludido.—En verano se pone Madrid un poco sosón y desanimado. En cambio, ahora puede usted distraerse todo

lo que usted quiera. ¡Ah! hablemos de... ¿Saben ustedes la flor de moda?

—¡Cómo! ¿de moda?

—¡Diga usted, diga usted!

—Estuve anoche en Jovellanos y me encontré con esta sorpresa: como hacía bastantes noches que no íbamos al teatro... Pues bien, todas nuestras elegantes llevaban una rosa encarnada muy grande encima de la frente, sobre el peinado...

—Una rosa doble, ¡qué vistoso estará! Sí, sí, yo he oído algo de eso á las de Camarasa,— exclamó Asunción, ya medio enamorada de estos adornos y futilidades que son la eterna ilusión de la mujer.

—Á mí me hicieron el efecto de una colección de gallos del Japón con sus hermosas crestas de color de sangre. Y ya digo, eso será muy *comm'il faut*; pero lo confieso: me disuena, me desagrada la uniformidad. Un pavo real no deja de tener cierto realce por la brillantez de sus colores; pero una serie de pavos reales ya no me gusta tanto.

—Todo depende de la costumbre y... de la moda—afirmó la señorita Manuela, que permanecía callada largos ratos observando las menores particularidades de los que hablaban, ó acaso distraída por pertinaces ideas que acudían de repente á su imaginación.—Luego

siendo *comilfó*, como usted dice... nada tiene de extraño. Aquí en Madrid hay muchas monjas de imitación... Basta que lo lleven las señoras de tal ó las condesas de cual para que las vecinas de enfrente lo saquen también á relucir, ¿no es así?

—Así es, así es,—repuso Manolito como el hombre más convencido de la tierra.

Por más que la palabra hablada pinta casi siempre al hombre, bueno será, sin embargo, bosquejar esta fisonomía madrileña de aquella época, aunque no sea sino echando mano á los colores ligeros y transparentes de la acuarela. Manolito Calatrava, pues por tal nombre se le conocía, era uno de esos jóvenes que, gracias á un vistoso traje de etiqueta, abundosa labia, algo de canto y piano, mucha coreografía y no poca audacia, danzaban y bullían hasta en algunos distinguidos salones. Añádase á esto el que el tal Manolito se jactaba de pertenecer á una familia de las de la sangre azul. Fuese ó no cierto, preciso es convenir en que por sus prendas personales de buena educación, trato fino y una disposición admirable para todos los servicios que pueden exigirse á un caballero en buena sociedad, Manolito Calatrava se hacía acreedor á la simpatía general con que era recibido en la mayoría de las reuniones. Alto, moreno, de buena figura y no vulgares

maneras, con sólo observar sus zancas y escuchar su conversación variadísima, fluida, inacabable, que, á modo de fuente de diversos caños, distribuía frases y atenciones á los de su alrededor, comprendíase que había nacido para la sociedad, y que en medio de este escenario agitado y ruidoso debería vivir como el pez en el agua. ¡Cuántos ejemplares de este tipo, apoyados por sus buenas relaciones con lo que hoy llamamos el mundo oficial, llegaron á consejeros de Estado y aun á académicos, sin más bagaje literario ni científico que un par de discursos, algún opusculito ó un librito de dudosa originalidad! Si era éste el objetivo de nuestro joven, bien puede asegurarse que iba por buen camino. Por lo demás, su relación con la familia de Arriaga, no siendo de las influyentes ni distinguidas, no debía figurar en su programa; pero es el caso que sin darse bien cuenta de ello, sentía Manolito una atracción particular por la hija mayor del comerciante. Esta muchacha trigueña, esbelta, fina, con sus manos blancas y pequeñas, su donoso palmito y su color algo pálido, no desmerecía ciertamente al lado de cualquiera señorita de la aristocracia. Luego, su excelente natural le salía á la cara, como suele decirse, y verla reírse y charlar y animarse por cualquier fruslería, era ya conocerla como se co-

noce todo cuanto nace natural y espontáneo y como de la primera impresión. Su hermana, aunque menor de edad, pues apenas habría cumplido los diez y seis años, en cierto sentido era más mujer que Asunción: tenía desde luego más dosis de malicia, procedía en sus cosas con mayor reflexión y procuraba *reservarse*, como decimos de los cantantes.

—¿Estuvieron ustedes el domingo en San Martín?—preguntó Manolito, cambiando de postura como hombre inquieto que reventaría con seguridad si no comunicase á sus oyentes las noticias frescas y diversas que ha recogido en todas partes.

—¿Hubo algo de nuevo?

—Ya lo creo que hubo: el bautizo de dos jóvenes africanos, oriundos del Cabo de San Juan, apadrinados por Sus Majestades y en su nombre por don Antonio Flores, secretario de la Intendencia de Palacio. La iglesia estaba de bote en bote... Nosotros cogimos un rinconcito, y ¡gracias! Pero antes de entrar, el señor Vicario de Madrid leyó á los catecúmenos las oraciones y advertencias que previene el ritual en estos casos, delante de un numeroso clero y de infinitas personas notables, como las señoras de Weisweiller y Comy, las condesas de Superunda, Fuentes, Fuenterrubia, Toreno, la marquesa de Sierra-Bullones, la de Arenales,

la de Villaseca, la de Molíns... ¡Ah! también estaba la duquesa de Fernandina. Detrás de la comitiva había un piquete de alabarderos.

—Eso tendría que ver... ¡Vaya un lujo que habría!—exclamó Asunción, cuyos bonitos ojos chispeaban en la media luz de la sala, por la viva curiosidad que la relación de la ceremonia despertaba en su espíritu.

—¡Toma! como que no se ve todos los días.

La entrada de don Saturnino interrumpió el relato del joven Calatrava, que estaba, sin duda, decidido á dar á sus amigas un extracto de las advertencias del Vicario de Madrid, para probarles que había sido uno de los contados y felices mortales que asistieron. Frisaría nuestro comerciante en los sesenta y cuatro, aunque por lo derecho, por su buen color y sus buenas carnes, parecía haberse estacionado en los cincuenta. Bajo de talla, regordete, arrebolado de rostro, siempre rasurado y limpio como el de un capellán, y con un buen humor tan inalterable como su salud, nadie habría pensado que la avaricia pudiese tomar un aspecto tal de llaneza y de hombría de bien. Y no obstante, aun traspasada la tienda y vestido de caballero, salía de vez en cuando á colocar parte de los réditos, se interesaba en algún negocijo y decíase que llevaba á medias la dirección de la casa de cambio que acababa

de abrirse en los portales de la calle de Toledo. En aquellos barrios de tanto movimiento convenía un centro así, modesto, que facilitara el cambio de toda clase de moneda y papel, y él había concebido el primero esta feliz idea, que fué de resultados positivos.

Después de saludar á unos y á otros y á tiempo de sentarse, se le acercó su hija Asunción y le dijo en voz baja:—Pero, papá, ¿cómo lleva usted cambiados estos botones de la levita? Así le hacen á usted esa arruga que se ve desde una legua...

Don Saturnino dejó complacientemente que su hija ordenase cada botón con su propio ojal. Había días en los que el viejo salía preocupado de su cuarto con algún asunto, y lo más común era que cambiase el orden de los botones y alterase el producto, es decir, que se echara á la calle vestido de cualquier manera y de prisa, como quien nunca llevó levita ni se fija en si le cae á derechas ó á torcidas. Por fin se acomodó en su asiento, dispuesto á referir sus impresiones con una prolijidad desesperante. Venía de la calle del Príncipe, de la tienda de un óptico que le había proporcionado un lente de aumento con una manecilla ó mango de madera, á propósito para distinguir lo más imperceptible de cualquier objeto, por ejemplo: las letras de una moneda dudosa; las cifras, rasgos

y números de un billete del Banco, etc. etc... Para el présbita ó de vista cansada venía á ser una póderosa ayuda, según su propio concepto. Sacó, pues, el lente grande, claro, biconvexo, que se manejaba con facilidad suma, y lo mostró á las señoras, que lo examinaron como cosa rara con curiosidad de niñas. Luego desempapeló otro lente igual que el primero, y al verlo en sus manos, sin acordarse de la monomanía del viejo, la hija mayor exclamó con ingenua sorpresa:

—Pero, papá, ¿cuántos lentes te traes á casa?

—Dos, naturalmente. Mañana se te rompe por cualquier motivo, y si vas á comprar otro ya no te lo dan igual, ó te cuesta doble que es lo probable...

Calatrava, que desconocía semejantes caprichos, sonrióse disimuladamente; pero al levantar la vista observó que la señorita Manuela disimulaba también una sonrisa, que hubiera estallado en carcajada al hallarse en otra parte. Aquello de comprar los objetos por duplicado, le pareció al joven pretendiente un poco ridículo. Hasta tiempo después no llegó á enterarse de que don Saturnino, por una de esas anomalías tan frecuentes en la naturaleza humana, á pesar de su extremada avaricia, tenía para su uso dos áncoras de plata, dos cajas de navajas inglesas, dos buenos espejos, dos ma-

quinillas para hacer cigarros, dos bastones con estoque, dos pares de gafas, dos lentes, etc., etc... Mas, por el momento, el bien educado señorito se levantó de la silla, miró al través del lente, y ponderó la excelencia de aquel método tan previsor, que atendía á los percances del porvenir tanto ó más que á los del presente. Á él mismo le había sucedido infinidad de veces el querer comprar tijeritas para un estuche, un canutillo, una boquilla de ámbar, cualquier chuchería de esas que se pierden, y no encontrarla luego ni en el Rastro, donde un buen madrileño encontraba de todo. Por eso alababa tanto el método de don Saturnino.

Oyendo esto, volvió la señorita Manuela á dejar caer otra mirada entre irónica y plácida sobre el joven Calatrava, cuya significación debía de ser la siguiente, poco más ó menos: «Ya te entiendo, ya te entiendo, farfantón, que si no fuera por la peana... buen caso harías tú del santo.» Á seguida el comerciante continuó la relación de lo que había visto en la Cava Baja: había visto agarrarse á dos chicuelos y sacudirse el polvo desafortadamente, ciegos de coraje, sin que ninguno de los que presenciaban la pelea acudiera á separarlos, hasta que un caballero bien portado se metió en medio, y empezó á repartirles unos cuantos pescozones, puesto que no atendían á buenas palabras.

Llegó en tal momento el padre de uno de los contendientes, y amenazó al caballero después de insultarlo y llenarle de desvergüenzas. Acaloróse el otro, y á poco hay un disgusto gordo; porque el pacificador, además de ir cargado de razón, llevaba un bastón grueso como la muñeca, que ya tenía levantado para romperle la cabeza al bestia del padre. De todo lo cual dedujo don Saturnino que éste era un país indisciplinado, un país de salvajes, y que nadie podía meterse á redentor sin llevar un trabuco en cada bolsillo.

De pronto el narrador se dirigió á la señorita Manuela para preguntarle por Boronat, y por las razones de no dejarse ver en tantos días por su casa. La joven excusó la presencia del primo aquella tarde por asuntos urgentes que le traían sumamente atareado.

—¿Su primo de usted?...—repuso á su vez Calatrava.—¡Toma! Pues si lo ví yo ayer muy plantado en la esquina de la Palma Baja... Alguno hubiera dicho, pero entiéndase que no soy yo, que estaba *haciendo el oso*.

Las chicas del comerciante se rieron de buena gana; pero su amiga Manuela, que no comprendía el significado de esta expresión, que por entonces empezaba á estar en uso, quedóse algo parada y preguntó ocultando su ignorancia:

—¿Y por qué dice usted eso de que?...

—Porque estaba mirando á todos los lados y parecía esperar á alguna persona. Esperaría á un amigo, á un conocido, á cualquiera; pero no dude usted que los maliciosos sospecharían otra cosa... Y, en fin, aunque fuera lo que fuera, ¿qué de particular tiene?...

—El señor don Juan José es joven aún— afirmó el comerciante.—Yo le conocí en casa de don Félix Perales, en la Plaza Mayor... Tendría entonces veintidós años; esto que cuento hará unos quince á diez y seis; de modo que... está en la flor de la vida, como aquél que dice, muy buena edad, vamos... ¿Y su señora madre? Tan gruesa como siempre, ¿no es eso? Sale muy poco de casa y eso no es útil para la salud, porque ya se sabe que á la mujer y al fraile les conviene el aire. Doña Balbina debe de andar alrededor de los sesenta... Yo recuerdo que una vez me habló de que nuestra diferencia era corta, de cinco á seis abriles: ¡vaya unos abriles los nuestros! ¿Eh? Pero todavía, todavía...

Con esto de los años varió el tema de la conversación, sin que volviera á tocarse ni por incidencia el de Boronat; pero no por eso preocupaba menos á la señorita Manuela, que sentía calor en el rostro y un vivo deseo de abandonar aquella postura de oyente atento, siem

pre molesta para el que cree saber lo bastante. Así que, con motivo de anochecer y de los sobrinillos, se levantó de la silla y comenzaron las despedidas. Llamados por Asunción se presentaron los niños en la sala, cada uno con sus correspondientes dulces, pringados los dedos y cariacontecidos, porque eso de volver á casa era para ellos como volver á la clausura después de las delicias de una agradable libertad.

Saliendo ya á la calle, tomó la señorita Manuela un paso más que regular, por cuya razón los sobrinillos iban como á remolque, gruñendo ó lloriqueando, al ver que con precipitación semejante no podían acabar los dulces á su sabor.—Eso en casa—repitió la tía por dos ó tres veces.—En la calle no se come.—Por supuesto que esto lo dijo por decir algo; en lo que menos pensaba ella era en los chicos. ¡Oh, sí! De qué buena gana habría apretado el paso en aquel momento y se hubiera plantado en la esquina de la calle de la Palma... ¡Porque si no mirara al buen parecer y á lo que pensarían las gentes al verla andar sola! Hasta tuvo intención de dejar á los sobrinos en casa, coger á la Nemesia y correr hacia la calle Ancha, al punto designado por Calatrava. Bien calculaba ella que por el punto donde un hombre tiene interés, ó siquiera curiosidad, no

se pasa una sola vez. Lo espiaría desde un portal, le seguiría con cautela, vería el fin de su camino, y sabría, por último, lo que ahora no sabía, aunque se lo sospechaba. ¡María Santísima! y qué paso llevaba la prima pensando en estos incidentes y probabilidades. Llegó un momento en que la propia Nemesia, que tiraba del brazo de Adolfito, cansada y asombrada de tan inesperado trote, prorrumpió en esta sentida exclamación:

—¡Por Dios, señorita, mire usted que llevamos un paso... que ya, ya!...

La señorita se limitó á contestar que se había hecho tarde por dar alguna razón únicamente; pero no por la queja de la otra suspendió la prisa que al parecer traía. En cuanto entraron en casa, después de desnudar á los niños, se metió en su gabinete, y quedóse pensativa delante del armario de la ropa, con la llave en la mano.—No, no; esto no puede quedar así—dijo á media voz, pero con resolución.—Yo he de averiguar lo que á ese... hombre le trae tan preocupado. Vamos, estaría gracioso que ahora... Calle de la Palma... eso es, mañana; sí, mañana mismo. Sea como fuere, yo he de pasar por allí.

Estas breves frases, tan espontáneas como enérgicas por la manera y la expresión con que fueron pronunciadas, descubrían acaso el

lado más saliente de su carácter; y la persona que hubiera podido observar su fisonomía desde el fondo de la alcoba, habría sorprendido algún rasgo, algún matiz, algo nuevo en aquella naturaleza privilegiada de mujer, dispuesta, como pocas, para la lucha.





V.

LA INICIACIÓN.

AL volver de la plazuela, una de las mañanas en que Eugenia salía á comprar acompañada de la sirvienta, entró en el comedor y halló á su marido reclinado entre dos sillas, con la cabeza caída, desencajado, pálido y sudoroso, como el que acaba de pasar por las mayores angustias del mundo. Veíase todavía sobre la mesa una botella de *Leroy*, el homicida brebaje causante de todas aquellas malandanzas; á sus pies yacía la jofaina casi rebosante, y á su alrededor, aquí y allá, á modo de esos mapas de relieve de indefinibles colores, se divisaban las primeras aguas que acudieron á la boca atropelladamente y sin oportuno aviso. Á pesar de tal estado, admiróse Eugenia de que el enfermo no se quejase ni presentara mayores síntomas de alarma.

—Pero, Máximo, ¿por Dios! ¿por qué no aguardaste á que estuviéramos en casa?...

Levantó él la cabeza oyendo las preguntas de su mujer, y miró filosóficamente los restos del desastre, después de lanzar breve suspiro. Se hallaba en aquel momento de paciente expectación en que tomada la medicina, bien desagradable por cierto, espera el enfermo un período de favorable reacción, que ha de ser el comienzo de su convalecencia. ¡Tan pasmosa era la fe de aquel buen hombre y tanto puede la esperanza hasta en los más grandes apuros y estrecheces! Esperaba, pues, la salud como se espera la visita de un amigo perezoso, pero que no ha de faltar. Sin embargo, al cabo de unos diez ó doce minutos sintió un ligerísimo vahido, en vista de lo cual su mujer le aconsejó acostarse siquiera hasta la hora de comer. Su debilidad era tan grande, que al entrar en la cama experimentó otro desvanecimiento, aunque también pasó pronto.

Eugenia se quedó sentada en la silla de la cabecera procurando convencerle de la necesidad de llamar á un buen médico, al doctor Astudillo, por ejemplo. El enfermo continuaba callado como todo un señor filósofo, y miraba de vez en cuando á su mujer con los ojos casi cerrados, como diciéndole: «Mujer de poca fe, ¿hasta cuándo dudarás del excelente

método curativo que he adoptado para acabar radicalmente con mi dolencia?» Y si no añadió, á imitación de Jesús: «Ve, date una vuelta y vuelve por acá,» porque era demasiado pronto, por lo menos escuchó á la consejera con una benevolencia muda y desdeñosa. Y hasta cierto punto casi tenía razón don Máximo. Debido á uno de esos misterios del organismo humano que son la desesperación de la terapéutica, la primera vez que tomó el *Leroy* le sirvió de bastante alivio, y á una constante irritación siguieron días de verdadera convalecencia, días plácidos en los que la bilis, los alimentos y los jugos gástricos arreglaban sus cuestiones internas de una manera pacífica. Lo peor del caso fué que esto concluyó muy pronto. Creyó don Máximo que todo dependía de la cantidad del brebaje, y en esta ocasión vino á doblarla para lograr mayores efectos.

En fin, después de un rato, como no contestaba nada y parecía haber quedado derren-
gadísimo por la debilidad y los esfuerzos hechos, Eugenia le echó ropa á los pies y salió de la alcoba. Hubiera querido ella encontrar una persona de la familia, un amigo de confianza para consultarle el caso; pues aun conociendo el carácter irritable de su marido, dudaba si llamar á un buen médico, cosa á la que se sentía inclinada. Pero por una parte el

temor de exacerbarle, y por otra la idea de los considerables gastos que podía ocasionar una consulta, paralizaron este primer impulso y el asunto se quedó como estaba.

Al mediodía el enfermo no mostró gran empeño en levantarse, por cuya razón continuó en la cama. Lo mismo el cuerpo que su espíritu sufrían, al parecer, un singular aletargamiento. Servíale Eugenia algún caldo que otro, en horas determinadas; pero él los tomaba con repugnancia, sólo por demostrarle que no debía ser el caldo, más ó menos substancioso, el principal agente de su curación. Por último, al día siguiente decidió vestirse, preocupado siempre con la esperanza de una próxima mejoría. Por la tarde, que era sábado, subió Boronat á visitarlo, extrañándose de no haber visto á su amigo en la Bolsa en estos cuatro días. Cuando observó su decaimiento y lo mal parado que lo había dejado la famosa purga, le dijo resueltamente que le enviaría al amigo Astudillo. Don Máximo meneaba la cabeza, y en cuanto Boronat concluyó de hablar sostuvo que los médicos no sabían una triste palabra de nada, que caminaban á ciegas, que las enfermedades provenían de los malos humores, y que lo único que cabía era la limpieza de estos humores y luego dejar obrar á la naturaleza. —Yo he oído contar á una persona muy docta

—añadió el enfermo como remate,—que asistiendo Santa Teresa á un moribundo, personaje de alto copete, pudo observar milagrosamente que todos los médicos que entraron á pulsarle iban con los ojos vendados.

—Sin embargo, conviene distinguir...—repuso Boronat:—no vaya usted á confundir el barbero que viene á arrancarle una muela y se titula médico-cirujano, con el señor Astudillo, que tiene hecha su reputación.

—Los dos yerran, amigo Boronat, y eso no me lo negará usted,—insistió el otro con la terquedad del monómano.

—No se lo niego, bueno. Pero quedamos en que Astudillo vendrá á visitarle á usted mañana.

Don Máximo escuchó esta sentencia con cristiana resignación, y ya no se habló más de ello. Al marcharse el banquero, acompañóle Eugenia hasta la puerta y le dijo bajando la voz:—Muchísimas gracias, señor de Boronat... ha conseguido usted lo que yo no podía...

—Por usted lo hago únicamente, porque la verdad es que nuestro hombre se resiste, se resiste como un diantre. ¡Ah! oiga usted, Eugenia, ¿ha estado Flora por aquí? La encontré anteayer en la calle y me dió muchos recuerdos para usted... No habrá usted ido á verla en todos estos días...

—¿Á casa de Flora? No. Le dice usted que me dispense... No voy á ninguna parte y estoy faltando con todos... lo conozco.

Volvió Eugenia á la alcoba, y con sólo observar la cara de su marido ya comprendió que estaba pesaroso de haber consentido en lo del médico. Pero ahora lo tomó por el lado de los gastos, lamentándose de la oficiosidad de ciertos amigos que no comprendían la situación de cada uno. Su mujer convino en lo mismo, por evitar que se irritase, aunque en el fondo opinaba lo contrario. Amaneció el domingo, y pasó la mañana sin que pareciese por la casa el doctor Astudillo. «Como día de fiesta, pensó Eugenia, no le habrá quedado tiempo.» Llegó el lunes, y tampoco vino. Entonces hasta el mismo don Máximo se sintió como molestado por esta inexplicable falta. Cuando alguien llamaba y se oía la campanilla, estiraba el cuello, mirando hacia la puerta, y preguntaba con mal humorada ansiedad: — ¿Es el médico?...

Una de éstas veces resultó ser un escribiente del banquero, portador de una tarjeta. Decíale en la tarjeta que el señor Astudillo, que era de bastante edad, se había puesto enfermo gravemente, y no podía, por lo tanto, cumplirle la palabra. Si mejoraba pronto, el propio Boronat vendría ó iría con él.

—¡Ya lo ves!—exclamó don Máximo alargando la tarjeta á su mujer.—Como somos pobres se habrá negado. Ahora que uno había consentido... y eso no es obrar con delicadeza, porque lo de la gravedad no pasa de ser una excusa como cualquier otra. Tenlo entendido. Qué ¿no conoce otro médico que valga tanto como Astudillo?

Eugenia, ante tan injusta interpretación, se atrevió á llevarle la contraria.—No, Máximo, no digas eso: no hay motivo para pensar mal de nuestro amigo...

—¿Cómo que no hay motivo?

—Si no hubiera tenido intención de hacer ese favor, no lo habría ofrecido. Además, ¿qué sabemos nosotros si él ha puesto su confianza en Astudillo y no se atreve á enviar otro? Todo será esperar dos días más.

—Sí, sí, al asno muerto la cebada al rabo, —gruñó el enfermo.

Eugenia salió sin contestar del comedor y se dirigió á la cocina. A los pocos instantes volvió con la muchacha, que se había echado un mantoncillo viejo sobre los hombros, y le dijo al marido en un tono de triste complacencia:—Aquí tienes vestida á la Remigia. Cuando tú quieras irá á preguntar por un buen médico, y si te parece se le avisa inmediatamente.

—¡Vaya una hora de salir á buscar médicos, á la hora de comer! ¿Y á dónde va á preguntar?

—Tienes razón—repuso ella con dulzura; y volviéndose á la criada añadió:—Vete, vete á la cocina. Ya saldré yo esta tarde y me enteraré mejor.

Aquella tarde, después de comer, con el bocado en la boca, como vulgarmente se dice, se echó á la calle y se encaminó á casa de los señores de Javaloyes, comerciantes ricos, oriundos de Alicante, donde tenían parientes y relaciones. Vivía esta familia por aquellos años en la bajada de la Concepción Jerónima. La señora, y sobre todo las señoritas, por su defectuosa educación, así como por sus exageraciones, se hallaban clasificadas en lo que posteriormente hemos llamado la cursilería. Eran, pues, cursis aun antes de inventarse esta palabra. Á Eugenia, modesta por naturaleza y por necesidad, le cargaban un poco estas buenas paisanas, que no hablaban de otra cosa que de sus aderezos, de sus vestidos, de sus sombreros, de sus fincas, de sus proyectos y de su dinero; pero no dejaba de ir á verlas de tarde en tarde. En cambio, ellas la recibían con aparatosa amabilidad, como se recibe á un antiguo criado que se portó bien en la casa. Como era natural, en cuanto Eugenia les expuso su si-

tuación, le recomendaron su médico: un hombre reputadísimo y conocido hasta en Palacio, que moraba como un simple mortal en la calle de Segovia.

Con la tarjeta de recomendación en la mano marchó á buen paso á la propia vivienda del doctor. Mas antes de entrar echó una mirada á la portería, otra á los balcones y aspecto de la casa, y otra última á la calle, quedándose en la duda de si en esto, como en todo, hubiesen exagerado sus paisanos los méritos de aquella maravilla médica que habitaba tan humildemente en los confines de la villa. Por otra parte, empezaba á caer la tarde, y se había visto obligada á ir preguntando á unos y otros la dirección de estas calles que desconocía por completo; así es que desistió de subir, creyendo mejor consultarlo con su marido.

Cuando volvió á casa, ya se sentía don Máximo más fuerte, siempre con la idea de una completa convalecencia. Tenía también éste una opinión muy mediana acerca de la discreción y formalidad de los señores de Javaloyes, y, por lo tanto, convino con Eugenia en no aprovechar la asistencia de su médico.—Cualquier otro sería mejor, de seguro,—repitió el enfermo; pero no parecía ya tan dispuesto como por la mañana á que buscasen á ese otro. Al día siguiente lo pasó menos mal. Su mujer,

por no disgustarle, no sacó esta conversación; pero no dejó de pensar en la conveniencia de hallar una persona de quien echar mano para un momento dado. Aquella misma semana se acordó de Flora, y discurrió cumplir con ella yendo á verla, al propio tiempo que le pediría el nombre y las señas de un buen médico.

Esta Flora, que se declaraba natural de Jijona y vecina por algunos años de Alicante, vivía al final de la calle del Rubio, en un cuarto tercero de modesta apariencia. Sobre la puerta de la habitación había colocado un tarjetón enorme que decía: *Modas*. Realmente allí no se encontraba el taller de tales modas, ni oficialas, ni aun aprendizas que ayudasen á la maestra. Flora y dos amigas, no mal parecidas, que se reunían todas las tardes con la labor, eran las únicas personas con quienes se tropezaba, y las que vió Eugenia las cuatro ó cinco veces que estuvo en su casa. Al lado del cuarto donde trabajaban, había una salita donde fué recibida, y que le pareció adornada con excesivo lujo, considerando que la dueña no dejaba de ser, al fin y al cabo, una simple modista. Constituía este lujo una alfombra de moqueta bastante usada, una sillería de lana encarnada, un espejo de marco negro sobre el sofá, cortinaje blanco delante del balcón y un velador en el centro. A la derecha, casi frente al sofá, se

veía también una mesita de madera obscura, muy pulimentada, que imitaba en el color al palo santo, sobre la cual lucían mucho dos jarrones sencillos de china con flores de trapo; un San Antonio de barro cocido, con el Niño en los brazos, bastante bien hecho y bastante bien pintado; dos candeleros de metal blanco y una cajita de terciopelo azul, que debía ser algún neceser ó estuche, ó cosa por el estilo.

La segunda tarde recibieron á Eugenia en el cuarto de costura, y ahora sucedió lo mismo. Estaba Flora poniendo forros á una chaquetilla de paño, de esas que la moda llamaba *zua-vas*, y su amiga Pura concluía de sacar los patrones, con la idea de cortar otra semejante para ella, porque hay que confesar que tenía un cuerpo muy bonito, merecedor de la mejor chaquetilla de Madrid. Notó Eugenia que las dos amigas se asemejaban por sus maneras y hasta por el modo de hablar. Pura trataba de expresarse con finura, y era una rubia que no carecía de gracia, de calor en la expresión y de viveza en sus movimientos. Flora recibía á todos, amigos y extraños, con una amabilidad dulzona, y esto, unido á una cabeza oblonga, á una cara larga, á unos ojos rasgados, á una nariz curva, á una boca grande y á un talle esbelto, pero algo flaco, producían al pronto una impresión particular, la impresión agridulce

que deja en nuestro paladar el vinagre azucarado.—¿Qué clase de mujer será ésta?—se preguntó la alicantina la primera tarde que tuvo la satisfacción de conocerla, pues para ella era satisfactorio seguramente alternar con gente de su país.

Flora venía á contar unos treinta y dos años; pero como la mayoría de las morenás nervudas y flacas, representaba alguna más edad. Á pesar de todo esto, vestía con esmero, procurando aparecer agradable, vistosa y pulcra por su aspecto exterior, por su tocado, por sus adornos, por su vestimenta, tanto ó más que por sus cualidades personales. Había observado también la alicantina que Flora conocía á muchos personajes de la corte, y que hablaba de algunos como si hubiera estado con ellos mano á mano dos días antes; por lo menos sabía tanto como el que más de su vida y milagros, y hasta de conocidísimos prohombres que figuraban ó habían figurado bastante en la política. En suma, que Eugenia la miraba con grande curiosidad, como á un pájaro raro que no perteneciese á la fauna de su país ni le hubiese visto en ninguna otra parte. En cuanto tomó asiento preguntóle Flora por su marido, jurándole que había hecho intención de ir á visitarla, porque sabía por Boronat la indisposición sufrida; pero sus ocupaciones, los encar-

gos de ropa, el trabajo atrasado... no se lo permitieron; en fin, que se pasaban semanas enteras sin pisar la calle. Después de algunas preguntas y contestaciones disponíase Eugenia á hablarle de la elección de médico puesto que no podía venir más á propósito cuando en este momento oyóse la campanilla, y luego los pasos de un caballero que entró cubierto en el cuarto, usando de una franca y simpática llaneza. Mas advertido de su presencia se dirigió al instante á aquélla, y le pidió mil perdones y excusas con una finura tan natural y tan agradable, que la alicantina no sabía cómo contestarle.

—Lo que son las cosas: le había confundido con Anita, su amiga de usted—añadió el caballero volviéndose hacia Flora.—¿No es verdad que existe algún parecido, así al primer golpe de vista?

—Esta señora es de Alicante, y ha venido hace pocos meses á Madrid.

—Tengo oído que hay allí un excelente vino y un clima delicioso. Usted me dirá, señorita, si me han engañado... para que me devuelvan el dinero en ese caso.

—Yo no entiendo mucho de vinos—contestó Eugenia con alguna timidez;—pero lo que es el clima no tiene comparación.

—Aquí decimos: de Madrid al cielo, sin con-

tar con el clima—repuso el caballero.—Pero esto es una galantería cortesana y nada más, porque yo le aseguro á usted que el que aquí se hace viejo, si va á Alicante se eterniza.

—Pues ¿y el verano?—terció Pura riendo.—¿Dónde me deja usted el verano?

—¡Carambis con el verano! Aquí es una enfermedad muy frecuente eso de que se le vuelvan á una persona los sesos agua de tanto sudar.

Como lo decía con tanta seriedad, Eugenia lo miró un instante y no pudo menos de sonreirse.

—No se ría usted, no, que no es cuento. Esto lo ha visto Flora.

—¡Yo! ¿Dónde?

—En la Plaza de toros, una tarde que mataba *Cúchares*. Usted lo contó... Acuérdesese usted.

—Vamos, este don Carlos siempre de tan buen humor. Así me gusta á mí la gente. Oiga usted, Carlos—añadió Flora volviéndose hacia Eugenia.—Esta paisanita es también amiga de Boronat, aquel caballero que encontró usted aquí una de las tardes de feria de este último septiembre.

—Sí, recuerdo: un caballero que llevaba una cadena de oro muy gruesa y con muchos dijes... ¡Diantre! cualquiera pobrete como yo se

dejaba ahorcar, si le echasen al cuello una cadena como aquélla... ¡ya lo creo! Por lo demás, me pareció muy simpático, buen mozo, moreno y con bigote.

—Justo, el mismo. Es un buen sujeto el señor don Juan José...

—No, no, y la cadena también es buena,—repuso el caballero levantándose de pronto y mirando por los cristales al oír el ruido de un coche que debía subir calle arriba.

Eugenia entonces lo observó por segunda vez, y pudo notar que la distinción de sus maneras corría parejas con la soltura y la elegancia natural con que llevaba las finas prendas del traje. Vestía levita cerrada, de azul oscuro, y un pantalón de color gris claro, de cuadros grandes, como lo requería la moda de aquellos años, cayendo aplomadamente sobre la limpia bota de charol. Cuello y puños eran de una blancura brillante y realzaban los tonos morenos de su fisonomía, una fisonomía inteligente, atractiva y cortesana sobre todo, donde armonizaban á maravilla estos tres rasgos personales: el cabello negro y abundante, los ojos dulces y oscuros, los dientes blancos, iguales y limpios. No siendo ni muy grueso ni muy delgado, hasta la estatura regular de este caballero contribuía á hacer de él una distinguida figura de salón ó una personalidad simpática para el escenario.

—¿Ese es su coche?—preguntó á las modistas.

—Esa es la banquera, que vuelve de paseo con su marido—afirmó Pura.—Todas las tardes me lo saca á tomar el sol; sólo que en vez de espuerta lleva una berlina.

—¡Carambis! Si no fuera por el temor de que ustedes se acatarrasen, abriría el balcón. Me gusta mucho la señora de Montalvo... Es una morenita tan graciosa, tan redonda y tan bien formada, que... Debe ser gaditana, ¿ustedes saben? Pero vamos á cuentas, querida Flora: ¿no se sospecha quién es el que le ayuda á llevar esa cruz?...

—Pero ¿usted cree que todas?...—preguntó Pura fingiendo seriedad.

—No, hija mía, no. ¡Qué todas! Me basta con esa. Porque cuidado que el marido viejo, paralítico, gotoso, sin pelo conocido... es una ganga para cualquier mujer. En fin, yo le llamo el señor de Montalvo por aquello de:

Montalvo casó en Segovia

Cojo, maneco, tuerto y calvo...

Lo demás del epigrama no es cierto, porque la novia era de lo superfino. Y ahí está el ejemplar, que no me dejará mentir. Oiga usted, Flora, me dijeron que á ciertas horas subía á la casa un capitán de artillería, el cual

capitán pasaba por pariente de Conchita: ¿no se llama Conchita? Usted, como vecina, debe saber algo.

—Á ese capitán le han visto hablar varias veces con la portera. De ahí viene la suposición de...

—¡Cabalito, cabalito! cuando yo decía... Cá, si estos militarotes se atreven con todo el mundo, hasta con los paralíticos.

—¿Y usted no se atrevería?—preguntó Pura guiñando el ojo con su poquito de gracia.—Vamos, hombre, atrévase usted.

—¿Á qué, á hablar con la portera?

—Quiá, no. Á subir á ciertas horas.

—Le diré á usted, Purita, le diré á usted. Si me dan mimbres y tiempo, yo haré un cesto como cualquier capitancillo, y hasta subiré á la casa por la escalera que sube el aguador.

Á todo esto Eugenia, sentada en segundo término, sin tomar parte en la conversación, conservaba un pañolito blanco entre las manos y parecía como distraída con el pañuelo, ya mirando la marca, ya observando á ratos las fisonomías de los que conversaban. Ciertas palabras le causaban algo parecido al rubor; pero al mismo tiempo le seducían y fascinaban la ligereza, la gracia, el brillo de las frases que se cruzaban entre unos y otros como bien esgrimidos floretes. De pronto, este

misterioso hechizo se trocó para ella en ligera turbación, cuando aquel caballero que hablaba con tan pasmosa facilidad se acercó á la silla donde estaba sentada y le preguntó:

—Y esta señorita ¿no dice nada? Tiene usted cara de guardarse muy buenas cosas.

—Á mi paisana no le gusta Madrid, porque hace mucho frío...—afirmó Flora no sin cierto dejo de ironía.

—Pues al frío se le soborna como á cualquier personaje político. Con unos cuantos miles de reales, yo le prometo á usted ponerla en condiciones de no sentir el frío.

—No es eso sólo precisamente—contestó Eugenia.—Hay multitud de cosas que una echa de menos... y aún más la que no conoce la población y no tiene parientes ni relaciones. Algunas personas me han dicho: «ya se irá usted acostumbrando, y luego después no sabrá usted vivir en otra parte.» Siendo así...

Mientras hablaba la alicantina volviósese á oír la campanilla de la puerta, por estar muy próxima al cuarto de costura. Luego se escuchó una voz de hombre que preguntaba á la criada no sé qué, y que dejó muda á nuestra interpelada. Acudieron los colores á su rostro, y sin poderlo evitar, inconscientemente, clavó la mirada en la puerta que iba á abrirse. La sorpresa, al parecer, fué grande para

todos. Flora se levantó al momento y quitó el sombrero de la mano al recién venido, el cual saludó á las señoras y se fijó mucho en el caballero don Carlos.

—El señor de Boronat, que ya usted conoce—expresó Flora dirigiéndose al antedicho, que alargó la mano y saludó afectuosamente al banquero.—Vamos, señores, tomen ustedes asiento. Aquí todos somos antiguos amigos, y no hay que gastar mucho cumplido.

—Del señor recuerdo perfectamente, por haberle visto dos ó tres veces aquí mismo.

Boronat miraba al otro con cierta curiosidad y hasta con algún recelo; pero después de sentarse y entrar en conversación, se disiparon éstos.—Yo también recuerdo, aunque no me precio de buen fisonomista. Usted es don Carlos Cetina, el actor de Variedades que trabaja con Romea.

—Servidor de usted. Veo que tiene usted buena memoria.

—Pues celebro muchísimo encontrarle aquí. Alguna vez, ¿qué digo alguna? bastantes veces hemos tenido el gusto de aplaudirle, pero con justicia.

—Y yo se lo agradezco á usted en el alma; pero... no nos acordemos de eso. Al entrar aquí perdemos, á lo menos por mi parte, nuestras categorías. Aquí somos únicamente los amigos

de Flora, que es como si dijéramos los amigos de Benito.

—¡Hombre!... señor don Carlos, los amigos de Benito debían ser muy medianos—repuso Boronat.—Nos hace usted poco favor...

—Pues qué, ¿usted se tiene por bueno?

—Dicen que soy tan bueno como el pan,—contestó el banquero continuando en el mismo tono familiar de broma.

—Bueno... como el pan de munición en todo caso. Regla general: el hombre mejor del mundo es cien veces peor que la mujer más mala y más rematada. Perdonen ustedes, dije regla general cuando debí decir opinión particular mía. Y no la sostengo ahora por adular á estas señoras, sino porque la creo la más acertada en mi conciencia.

Replicó Boronat que, en su concepto, no era cuestión de reglas; pues entre hombres y mujeres había de todo, bueno y malo, igual que en la viña del Señor, abundando más lo bueno, aunque esto pareciese falso ó paradógico.

—En fin, señores, dispensen ustedes mi franqueza—añadió don Carlos Cetina después de una animada discusión.—Siempre que me veo reunido con buenas y excelentes personas me acuerdo del marrasquino ó del ron, como de un amigo de buen humor. No lo puedo remediar; así que... Flora, ¡por Dios! amiga del al-

ma, ¿para cuándo se guardan esas botellitas que usted tiene? Pero entendámonos, esto no es un abuso de confianza; yo pagó los pasteles que van á comerse estas señoritas y este caballero.

—No, eso de ninguna manera—repuso Boronat levantándose de la silla.—Eso me toca á mí, porque soy el último que he entrado, y ya se sabe que el último mono...

—Está bien. Flora podrá decidir á quién le toca; pero yo por mi parte no cedo.

—Señores, todo puede arreglarse, á mi parecer. Si el señor de Boronat se empeña en obsequiarnos, no habría inconveniente en reunirnos los mismos otra tarde. Esta chocita estará siempre á disposición de ustedes.

—Otra cosa—repuso la amiga Purita sin el menor sonrojo.—Puesto que el señor de Boronat no quiere ser menos que don Carlos, con mandar traer cualquier otra golosina ya está cumplido.

—Perfectamente. Aceptado—expresó el aludido sonriendo y mirando intencionadamente al actor.—Se trae una empanada de perdiz, un plato de jamón en dulce... lo que á usted más le guste, Flora; lo dejo á su elección.

Viendo el giro que tomaba la conversación y considerándose allí como extraña, se puso Eugenia de pie, se arregló la mantilla y anun-

ció que los dejaba, con harto sentimiento, por hacer falta en su casa.

—¡Cómo! ¿marcharse?... de ninguna manera—objetó Flora acercándose apresuradamente á su paisana y tratando de quitarle los alfileres con que traía sujeta la mantilla.—Si todavía es de día... son las tres y media de la tarde. Además, tenemos un verdadero gusto en que usted nos acompañe. Aquí todos somos amigos ó paisanos: usted, Boronat, este caballero, mi amiga Pura... Vamos, no sea usted niña, Eugenia; me haría usted un desprecio, y lo haría usted á estos buenos amigos.

Todos se aproximaron dando la razón á Flora, suplicando que se quedase; y aunque la alicantina no parecía dispuesta á ceder, al fin cedió y se sentó de nuevo, sin mantilla y sin guantes, algo sofocada al verse objeto de aquella manifestación general de simpatía.

Iba vestida muy modestamente. Llevaba una chaquetilla de paño de color verde oscuro, entallada, con faldones largos, prenda que pasó de moda haría ya tres años. La falda era de lana azul ó más bien morada, sencilla, sin volantes ni adornos, y sólo por los bajos ó extremos asomaba un cordoncillo encarnado, todo lo cual la asemejaba en cierto modo á las señoras que visten hábito de Jesús.

Esto no obstante, por la proporción de su

cuerpo, por la morbidez de aquellas curvas que no alcanzan á desfigurar ni los trajes mal cortados, por la esbeltez natural de la figura que, como sencilla, resulta todavía más agradable, no desmerecía en nada, comparándola con los tipos de Pura y Flora. Por el contrario, esta comparación marcaba la diferencia que debía existir entre la belleza humilde y sin disfraz de Eugenia y los atractivos picañtes de sus compañeras. Tenía además otra ventaja inmensa: la de conservar en sus maneras, igual que en su fisonomía, el encanto de una juventud que no ha sido vilmente desflorada por la precocidad del vicio ni por el fuego de una pasión malsana. Así su frente, que era ovalada, á pesar de que el rostro venía á ser largo y descolorido como el de las vírgenes primitivas, atraía las miradas del artista por la pureza de sus líneas, lo mismo que sus ojos negros, realzados por ese brillo risueño, si se nos permite este calificativo, que prueba excelente salud ó costumbres muy puras. Por último, delineaban, aunque de una manera vaga, este tipo heredado y maravilloso de judía, el cabello negro y sedoso, el perfil aguileño del rostro, el color moreno, pero pálido, intenso, indefinible, que varía según la luz, la delgadez de los labios y el remate característico de su barba.

El actor la observaba de vez en cuando como persona inteligente y curiosa. La admiración, ó mejor dicho la pasión de Boronat, se expresaba por esa mirada fija, insistente en algunos momentos, que parece desnudar al ídolo y besar lo que desnuda. Flora, como de más edad que aquélla, la estudiaba con profundo desprecio, al mismo tiempo que una secreta avidez la arrastraba á valuar esta belleza al igual de un objeto de arte ó de una joya que ha de tener numerosos compradores. Pura, por su parte, le había escudriñado desde la punta del pie hasta los últimos pelos de la cabeza, y le sonreía siempre que se encontraban sus miradas, como á una rival temible á quien se quiere conocer á fondo.

Una vez aceptado el convite, recogió Flora la tela medio hilvanada, forros, hilos y trapos que había amontonados sobre una mesilla baja, pulimentada, de color de caoba, con dos cajoncitos por delante, y la colocó en medio, sin duda para el servicio. Luego sacó dos ó tres botellas de licor, copas, platos, cuchillos y demás menesteres, después de cubrir la mesa con una servilleta grande y blanca como el ampo de la nieve; pormenores todos que animaron extraordinariamente á los convidados. Al poco rato se presentó la criada, que no habría cumplido aún los quince años, una *gatita* de los

barrios bajos peinada como una señorita, de ojos negros y picarescos, que se permitió dirigir al actor en voz baja esta indirecta:—Señorito, si usted convida que *haiga* para todos.—La vista de las empanadas y pasteles promovió una segunda animación, más ruidosa que la primera. Flora salió y entró veinte veces en el cuarto. Trajo ella misma de la cocina lo indispensable, lo preciso, lo que hacía falta en el momento, desplegando para todas estas menudencias una actividad del diablo.

—Vamos, patrona, acabe usted de menearse —le repetía el actor.—Siéntese usted y arri-mémonos. Nos tiene usted en expectación con tanta vuelta.

—No me llame usted patrona, porque eso parece cosa de huéspedes y huele mal.

—Lo digo en el buen sentido, señora; en el sentido de intercesora, procuradora y abastecedora de estos pobres feligreses.

—Sin embargo, eso puesto en solfa sonaría mejor,—añadió Boronat.

—Para solfa yo—saltó Pura por decir algo; pues aquí donde me ven ustedes, sé una atrocidad de música. Mi mamá me dedicaba al teatro...

—Su mamá de usted no sabía lo que se hacía.

—¡Toma! ¿Por qué?

—Porque el teatro no se hizo para las niñas que tienen mamá. Y si no que lo diga esta señorita, que probablemente no tuvo nunca una mamá que le ocurriera semejante disparate,— repuso el actor volviéndose hacia Eugenia. Eugenia lo miró con asombro, sin acertar al pronto con la intención oculta ó la idea que envolvía la pregunta. Como se quedó en suspenso, todos soltaron la risa, y ella acabó también por reirse, al entender que era una pura broma del llamado Cetina.

Boronat entre tanto llenó las copas de las señoras con una afabilidad y una cortesía que hizo sonreír al actor, que sin duda no tomaba la cosa tan en serio. Acabada la empanada, Pura, que fué la primera que probó el jamón, aseguró que estaba riquísimo, invitándoles para que cada cual se sirviera en su plato, como así lo hicieron. Este bocado substancioso y exquisito, tan abundante en grasa, requería una segunda ronda de lo añejo. No tardó, pues, Boronat en levantarse para llenar de nuevo las copas, ponderando aquel vinillo de Flora, un tinto de Arganda viejo y seco, pero agradable al paladar, que lo había recibido como gran regalo de un amigo cosechero, huésped por algunas temporadas de Madrid. Con este motivo la conversación giró unos instantes sobre los vinos de provincias, prefiriendo unos los

manchegos y otros los andaluces, finos de color, pero mal intencionados.

Á la cuarta ronda, Eugenia se negó á beber más porque no estaba acostumbrada.—¡Cómo! ¿era eso natural? ¿comer y no beber!—preguntaron sus compañeros. Si aquello era empezar y nada más... La alicantina los miraba entre atemorizada y risueña, sobre todo á Pura y Flora, cuando observó que apuraban la quinta copa y se quedaban tan frescas. Lo que es del licor, un anisete claro como el agua y que parecía no tener malicia alguna, no pudo eximirse de beber una copita. Los hombres lo mezclaron con el ron y tomó un hermoso color de ámbar del Brasil con matices de rosa, lo cual dió pie para que Pura cogiera una de las copas por saber el gusto que tenía. ¡Delicioso, delicioso! Había que probarlo, nada más que probarlo. Eugenia lo probó casi á la fuerza, quedándose después de apurar la copa en un estado de dulce exaltación, de crecientes ardores que invadieron su estómago, su cerebro y luego todo su cuerpo, seguidos de impulsos inconscientes, deseos de reir y decir algo, mezclándose en la animación y regocijo de sus compañeros.

El actor contaba en este momento una aventura personal, interesante y chusca como todo lo que refería aquel hombre. Tratábase

de un comandante retirado que vivía en un cuarto tercero con su mujer y su cuñada, ambas jóvenes y guapas. Según parece, la cuñadita, que era algo débil ante los buenos mozos, recibía á Cetina á espalda de su hermana y del comandante. La mayoría de las noches la familia salía á pasar la velada á casa de unos amigos; pero alguna que otra fingía la cuñadita el dolor de una pertinaz jaqueca, y se metía en cama antes de que sus hermanos se marcharan. La criada, que estaba de parte de Cetina, abría el ventanillo en cuanto los señores doblaban la esquina y se ponía en acecho. Subía al poco rato Cetina, y si la suerte le era propicia encontraba oportuno aviso y fácil entrada. Pero una noche, sospechándose ó no sospechándose algo la hermana, pues esto nunca lo supo el actor, volvió á casa á muy poco de salir, dejando al comandante en su tresillo, y naturalmente... cogió *infraganti* á la pareja. Hubo el consiguiente disgustazo entre las dos hermanas; chilló la casada, desmayóse la soltera, y Cetina escapó como pudo, jurando que aquellas relaciones eran formales, y que lo sabría el comandante, y que se haría luz sobre el asunto, y que por arriba y que por abajo... En resumen...

—En resumen, que usted no volvió por allá,
—interrumpió el banquero.

—No volví, pero por otro motivo del que usted supone. Me encontré á la casada al salir de San Martín, y me apresuré á saludarla por atención, preguntándole por su hermana. Por cierto que me fijé bien y me pareció más bonita que la otra... tanto que debí caerle en gracia, puesto que luego nos veíamos con frecuencia en casa de una amiga suya, viuda y pensionista. Pero desistí, desistí de estas visitas, porque me daban mucho que hacer: huir del marido y librarse de la soltera, que me andaba buscando... figúrese usted, póngase usted en mi lugar.

—Pues, hombre, no era una situación tan despreciable: tener dos mujeres á quienes agradar y un solo marido á quien temer...

—No, no, si las temibles eran ellas. Los maridos nunca son temibles más que en un solo caso.

—¡Á ver, á ver!—saltó Pura después de sorber un poco de ron.—Eso tiene chispa.

—El marido sólo es temible en el caso de que sea cómplice de su mujer y traten los dos de... ¿ustedes me comprenden?

—¡Hombre, por mi santo patrón! don Carlos, no diga usted enormidades,—exclamó Boronat riendo gustosamente, pero un poco asustado de las doctrinas que asentaba el actor.

—Para chispa lo que me contó días atrás el

conde de Riverada—terció Flora, echando hacia adelante su cabeza oblonga y movable de animalejo enjaulado.—¿Ustedes conocen al marqués de Casanieva?... Yo lo conozco únicamente de vista. Pues bien, el marqués tiene una mujer bastante celosa, aunque con motivo. Este otoño se reunieron á pasar la tarde en la posesión de un amigo, también título y también casado. La posesión está cerca del Pardo, si no me enteré mal. El caso es que se reunieron tres amigos y llevaron á tres amiguitas de su intimidad, y lo chistoso fué que una de éstas era la baronesa de Robledales, muy amiga de la de Casanieva. Cátate, pues, que á lo mejor de la función, después de los postres, porque esta gente come á la francesa, cuando el asunto estaba que ardía... cátate, digo, que ¡pum! amanece mi señora marquesa. No oyeron nada, porque el coche lo había mandado parar á alguna distancia. Y ella sola se presentó en medio de los seis, es decir, delante de la pareja, que andaban correteando por allá. ¡Si tendrá alma la mujer! Llevaba un abanico precioso de nácar con remates de oro, un abanico que le había costado al marido en París setenta y cinco duros, mil quinientos reales. Pues, hija mía, en cuanto tuvo á la prójima á su alcance levantó el abanico, y ¡zis, zas! ¡zis, zas! se lo hizo añicos en las narices. Luego se

le tiró á los pelos; y si no es por los caballeros que las separaron, me la deja pelona. ¿Eh? ¡si será fina la mujer! Yo la he visto una vez en la Capilla Real un día de gran solemnidad, que bajaron casi todas las de Palacio, pues ésta es de las que entran en Palacio como Pedro por su casa. Me pareció una mujerona no muy alta, pero gruesa, maciza, con cada brazo mayor que mi pierna. En fin... ¡buena me la puso á la amiga y buena me la dejó!

—No sé qué hubiera dado por ver la gresca desde cualquier parte—expresó Pura apurando la copa de ron y guiñando el ojo al actor.—¿No le parece á usted, señor de Cetina? Porque, vamos, que dos marquesas andando á bofetada limpia tienen mucho que ver...

—¡Ya lo creo!—contestó el aludido;—pero, hija mía, esos espectáculos no se anuncian nunca por carteles.

—Tengo entendido que este marqués era íntimo compañero del general Liberuaga—añadió el banquero,—y tengo también entendido que ambos compinches la han corrido bastante...

—No, no, la han corrido demasiado.

—¡Ahí va una buena noticia!—interrumpió Flora.—Me ha asegurado cierta persona de viso que nuestro Nuncio es todo un caballero, espléndido, dadivoso, muy cumplido con las

damas y muy devoto de las... susodichas. Le voy á escribir. Nada, nada, que le voy á escribir.

—Mire usted que hay que escribirle en italiano,—repuso el actor.

—¿En italiano? Pues... ¿no me negará usted un favor que le pida? porque yo tengo buena memoria, amigo Carlos, muy buena memoria,—afirmó la modista animadísima como si se tratara de algún excelente negocio.

—Pídame usted lo que quiera, menos dinero.

—Fuera de broma, señor don Carlos: usted me dijo en cierta ocasión que sabía usted italiano. De modo que ya puede usted suponerse lo que yo deseo.

—¡Carambis!

—¡Otra ronda, otra ronda!—exclamó Pura, —y trato hecho.

Boronat, que no necesitaba la menor indicación, empuñó rápidamente la botella y fué llenando las copas hasta llegar á la de Eugenia, que se negaba á beber más, aunque oponiendo débil resistencia. Cedió, pues, arrastrada por la animación, por las risas, por los ruegos de sus compañeros, que aguardaban con toda intención los efectos del licor en ella como el incidente más agradable que pudiera ocurrir. Para animarla chocó Boronat su copa con la

suya, que acababa de llenar, y la levantó diciendo:

—¡Brindo por el Nuncio y su dignísima familia!

Volvióse Cetina hacia el banquero, y encarándose con él, gravemente, con rostro de profunda sorpresa, repuso:

—Extraño mucho, señor de Boronat, que una persona tan caracterizada y tan cristiana como usted promiscue de ese modo los sexos. Yo no dudo que al Nuncio le gusten las faldas, porque al fin él también las gasta; pero usted baraja aquí faldas y pantalones con ofensa notoria de su Eminencia, y eso ya es grave, pero ¡muy grave!

Estallaron de nuevo las carcajadas de los comensales tras estas intencionadas palabras, y mucho más al reparar en la gravedad cómica del actor, que sostenía el entrecejo y sumía los labios sin perder ni un ápice de su característica expresión de extrañeza. Únicamente Eugenia, aun sonriendo ante el cuadro, asombrábase no poco de que una falta de respeto como aquélla produjese entre sus compañeros regocijo tan grande, que hasta el mismo Boronat se llevaba la mano al vientre y abandonaba el asiento en medio de repetidas explosiones de risa.

• Á este punto se oyó parar un coche á la puer-

ta misma de la casa, según el ruido que pudo percibirse, y el actor, cambiando de repente de expresión, tomó un buche de agua y dijo en voz baja acercándose á Flora:—Esta debe ser. No la esperaba tan pronto.—Luego se dirigió á los demás, y añadió en voz natural con la cortesía que le era propia:—Un momento, señores... dispensen ustedes por un momento.

En cuanto salió Cetina del cuarto, sentóse Boronat al lado de Eugenia, y comenzó á animarla para que se decidiera á apurar la última copa. Sin conseguir ponerse sería por completo, la alicantina rechazaba tan absurda proposición; pero se veía como estrechada y cercada por el brazo del amigo, que observaba con intenso placer el calor gratísimo de sus mejillas, el color casi rojo de sus labios y la brillantez de los ojos, húmedos todavía á causa de las pasadas risas. Pura y Flora, entre tanto, charlaban aparte y discutían con algún calor sobre no sé qué carta. De repente se levantaron á un tiempo como buscando algo que se hubiera perdido.

—Este condenado de don Carlos nos ha escondido el jarrito del agua... Vamos á beber á la cocina. Si ustedes gustan...

Boronat contestó que les agradecería se acordasen de los sedientos, y, sobre todo, que no tardasen mucho en traerles aquella bendi-

ción. Quedaron, pues, solos, y el banquero, más animado que nunca, deshacía en preguntas sobre lo que le parecían á ella éstas tan corrientes y serviciales amigas, y el buen humor de Cetina, y la improvisada merienda con aquellas copas rebosantes, donde el licor mezclado tomaba transparencias y matices de piedra preciosa. Respondía también Eugenia, como muy contenta, sintiendo un bienestar completo y maravilloso que le hacía mirar con agrado á cuanto bullía á su alrededor, y poner un poco de olvido en todo lo que no era su presente. Poco á poco se iba acercando el banquero; y cuando ya podía leer en sus ojos y hasta respirar su aliento, murmuró una galantería y acabó por posar los labios sobre la mejilla caliente de la alicantina, con la pasión y la vehemencia del estudiante que sorprende á una modistilla. Levantóse ella al instante con repentino susto, yéndose hacia el balcón y repitiendo las frases á la manera de una persona confusa ó llena de dudas que no sabe qué partido tomar.

—Si va á obscurecer, ¿ve usted? si va á obscurecer. ¡Dios mío, qué tarde! Ya debía estar en mi casa hace más de una hora... Me voy, me voy. ¿No le parece á usted que es muy tarde?

Boronat quiso cogerle una mano y atraerla hacia sí; pero ella burlaba este intento corrien-

do de un lado á otro, fingiendo una seriedad que no sentía, igual que si se tratara de una broma entre personas de gran intimidad.—No, déjeme usted... por Dios; mire usted que es muy tarde para mí. Me despediré de estas señoras... Voy á llamarlas. Vamos, permítame usted que pase. ¡Qué terquedad!

Por fin alcanzó la puerta y salió al pasillo. Boronat, que salió detrás, llamó á Pura y Flora, que, tan risueñas como antes, vinieron corriendo y bromeando del comedor. Díjoles que por ser algo tarde Eugenia se marchaba á su casa y quería despedirse, dándose él también por despedido, pues iba á tener el gusto de acompañar á su paisanita. Al cruzar por delante de la puerta de la sala, que estaba cerrada, lo mismo que al bajar la escalera, notó ella un olor particular por todo extremo agradable, como si acabara de pasar por aquel punto una de esas damas de la aristocracia que llevan el último perfume de moda, una esencia aromática y exquisita, desconocida para el vulgo de las mujeres. Ofrecióle Boronat el brazo, á pesar de que la estrechez de la escalera no permitía mucho desahogo para los que se empeñaban en bajar en esta forma, cortés ó afectuosamente enlazados. Momentos después, estando ya en la calle, Eugenia, presa de viva impaciencia, negábase á aceptar su compañía;

pero él, comprendiendo algo de lo que dejaba traslucir su semblante, se puso á su lado y apretó el paso. Al llegar á la esquina de la calle de la Palma, alargóle el banquero la mano, y estrechando cariñosamente la de ella entre las suyas, le dijo:

—Y ahora corra usted... No son las seis todavía. Pero me ha de dar usted palabra de que no será ésta la última tarde que nos veamos en casa de Flora. Sin esa palabra no le suelto á usted la mano. Conque usted elegirá... Además de que bien habrá usted podido conocer lo mucho que la queremos, lo mucho que le aprecian mis amigas, lo mucho que... Conque palabra, ¿eh?... Mire usted que iré á recordársela.

Eugenia respondió que sí, que aceptaba el compromiso, entre risueña y seria, pugnando por desasirse y echar á correr, con ese atolondramiento propio de los caracteres débiles ó supeditados á otros, que se arrepienten á última hora de las indecisiones ó de las condescendencias pasadas. Su idea fija era ésta: ¿qué contestaría á su marido cuando le pidiese las señas que había logrado recoger de algún médico de nota? Entre tanta broma y tantos obsequios se hubo de olvidar de lo principal, del único objeto que le obligó á pisar la calle. Atosegada, pues, con semejante idea, todo fué

premura. En dos saltos llegó á su casa. Las escaleras las subió atropelladamente, y se paró delante de la puerta antes de tirar del cordón, porque sentía el ahogo del correr desatinado y los latidos del corazón, que parecía agitarse como si acudiera al llamamiento de un tribunal de justicia. Abrióle la Remigia, y entró en el comedor creyendo que su marido estaría sentado á la mesa esperando su llegada con la impaciencia natural del que vive esclavo de las horas. Afortunadamente no era tan tarde como ella imaginaba, y halló á don Máximo encerrado en su cuarto, delante de un gran cuaderno donde debía apuntar el resultado de sus operaciones ó el balance de sus ingresos y gastos.

—Parece que te has entretenido bastante esta tarde,—dijo él volviendo la cabeza y sin quitarse las gafas, que le daban el aire de un humilde notario de cualquier villa envejecido entre escrituras y protocolos, y amarillo como los pergaminos antiguos que han debido pasar alguna vez por sus manos.

Contó entonces Eugenia cómo con intención de detenerse media hora ó tres cuartos había salido á visitar á su paisana doña Flora Venero, y que, invitada á tomar unos dulces, parecióle muy mal concluir de comerlos y escapar de su casa.

—Pues, vamos, ¡dichosos dulces!—repuso el

comerciante sin levantar la vista del papel.— Por poco te aguardas un rato más y te hubieran dado de cenar seguramente... ya, para lo que faltaba...

Con pretexto de quitarse la mantilla y dar una vuelta por la labor culinaria de Remigia, escabullóse la mujer del cuarto, viendo por fortuna suya que con la atención de las cuentas y operaciones nada le había interrogado él sobre los informes del médico. Antes de llegar á su casa, igual que en aquel momento, había sido ésta la preocupación constante, el tormento más grande de su imaginación. No le apesadumbraba tanto el retardo de la vuelta, ni aun siquiera el recuerdo de aquel beso rápido, tan rápido como apasionado, que abrazó su mejilla, como esto de haber ido á tomar nota de un buen médico y venirse á casa sin la menor referencia. ¿No pinta este solo detalle una naturaleza femenina? En el fondo de esta preocupación, ¿no existe acaso un principio de debilidad que ha de llegar á transigir más adelante con mayores ofensas?

Á la hora de la cena, y cuando Eugenia, ya más tranquila, creía que hubiera pasado del todo el chubasco producido por su tardanza, oyó la voz de su marido que se acercaba á la mesa, machacando de nuevo y con mayor furia sobre el consabido tema.



VI.

TRISTEZAS.

A LA mañana siguiente se levantó Boronat de tan buen humor y sirvió de todos los platos que hubo en la comida con tal amabilidad, lo mismo á los grandes que á los chicos, que la señorita Manuela no pudo menos de preguntarse: «¿Qué habrá ocurrido de extraordinario para que mi primo lo celebre de ese modo?» La explicación de este fenómeno creyó encontrarla quince días más tarde en los bolsillos de un gabán de invierno, de color gris, fuertemente peludo, que Boronat entregó á la doncella para su más pronta limpieza y compostura.— Señorita, aquí se ha caído una carta que no tiene sello—indicó Nemesia poniendo la misiva bajo la mirada investigadora de su ama.— Será de algún agente de mi primo ó de algún amigo...—Pues mire usted que el sobre pare-

ce letra de mujer.—¡Bah! no haga usted caso... hay hombres que escriben peor que cualquiera de nosotras,—repuso la señorita al tomarla con cierto desdén y como distraidamente de manos de la doncella.

Diálogos de este género sólo pueden tener lugar cuando la señorita de la casa, sin perder gran cosa de su autoridad, posee las simpatías y desde luego la confianza relativa de sus servidoras. No es éste el momento oportuno de estudiar esa diplomacia privada, merced á la cual había sabido aquélla granjearse la de Nemesis y Rita, que contaban en todas ocasiones con el favor y la influencia del ama joven, como la llamaban ellas, para salir con bien de cualquier apuro. En cuanto á la carta, sin concederle, al parecer, la más mínima importancia, la dejó sobre el costurero, y volvió á salir de seguida para ayudar á la doncella en todas esas menudas faenas en que pasaban juntas y en perpetuo movimiento las primeras horas de la mañana.

Acabada esta labor y cuando pudo entrar de nuevo en su gabinete, cerró la puerta, se aproximó al balcón y de pie leyó la carta, que empezaba de este modo: «Señor don Juan José Boronat. Muy señor mío y estimado amigo: Dispénsame usted que le moleste con estas cortas líneas que le pongo, para tener el gusto de

decirle que ayer tarde me tropecé en una tienda con su amiga y paisanita doña Eugenia. Me dió palabra de que esta tarde viernes, después de comer, ó mañana sábado á la misma hora, subiría por ésta su casa á gastar un poco de palique con nosotras. Si usted se digna acompañarnos ya sabe usted que será recibido como se merece, y no temo equivocarme si le digo que nuestra amiguita saldrá de aquí tan complacida y tan alegre como la última, de la que nunca nos olvidaremos...»

Antes de concluir miró la lectora la firma y echóse á discurrir sobre quién podría ser esta Flora Venero que se dirigía al banquero con tan poco fundamento, con el objeto de anunciarle una visita. Bien cayó en la cuenta de que la susodicha no aparecía en la carta más que como tercera persona, y que la principal sería, á no dudar, aquella amiguita que se marchó de su casa tan alegre y tan complacida. ¿Y por qué? La verdad es que después de leer lo escrito segunda vez la señorita Manuela se quedó muy disgustada, porque en tales casos la imaginación va más allá de lo que razonablemente cabe pensar, y sólo Dios sabe lo que ella resolvió en su majín abultando y estimando sus sospechas.

Por de pronto cerró la carta como estaba, y esperó á que la doncella le devolviera el gabán

para meterla en uno de sus bolsillos. Luego calculó que, siendo aquel día sábado, pudiera ocurrírsele á Boronat acceder á la indicación de la amiga y acudir á la cita, si por sus ocupaciones no hubiera acudido el día anterior. ¿No habría acaso relación entre esta cita y los *plantones* que suponía haberse dado en la calle de la Palma, según se desprendía de lo dicho por Manolito Calatrava? Este maldito pensamiento le hizo cavilar á la pobre señorita diez veces más que cualquier otro asunto de la casa, por enrevesado y peliagudo que fuese. ¿Cómo saberlo? ¿De qué manera encontrar un dato, una circunstancia, algo que le diese luz?... En fin, lo más sencillo era buscar este dato en el mismo terreno. Iría ella misma, con un pretexto cualquiera, acompañada de la Nemesia, á la calle de la Palma. Al pronto no le pareció que un expediente tan fácil fuera un disparate; pero luego... ¡Dios mío! no hallaba más que inconvenientes y tropiezos por todas partes. Tendría que inventar un pretexto para salir de casa á aquella hora y ponerlo en conocimiento de su tía Balbina; otro pretexto á la criada para detenerse algunos momentos en la calle y no pasar por allí como un relámpago; otro pretexto para el caso de un mal encuentro con el *enemigo* ó con persona conocida. Había que pensar en todo. En suma, que la

empresa, bien considerada, presentábase á sus ojos erizada de peligros y dificultades, que eran en aquel doloroso instante como púas y pinchos de acero que llegaban á su corazón. Tanta era la desazón que le ocasionaban. Y sin embargo, cuatro horas después, al sentarse á la mesa, nuestra angustiada prima no había perdido el apetito.

En estas tardes de invierno solía venir alguna visita, ó bajaba con el bordado la señorita del segundo, Rosario Cárdenas, que le contaba menudamente sus cuitas porque era muchacha muy sensible y muy enamoradiza. Entrando y saliendo, entre visitas y labores, transcurrieron horas y más horas; pero conforme avanzaba el día la prima se iba metiendo en harina, es decir, aferrándose á su primera idea de hacer un viaje de exploración, hasta que al oír las cinco tuvo un momento de repentina emoción y se decidió de golpe. Había anochecido; estaba sola, y con la mantilla puesta pasó al gabinete donde su tía Balbina leía ó dormitaba al amor de la lumbre, una vez desamparada de amigos, deudos ó importunos. Pegando los labios á la oreja de la sorda, por no levantar mucho la voz, le indicó el compromiso recién contraído de acompañar á su amiga Rosario á una tienda de la calle Mayor para solventar una cuenta de importancia.

Habían pasado tres días desde la compra, y por un olvido involuntario, ó más bien por caer en cama su mamá, no llevaron el importe, y de ahí que... etc., etc...

Á la Nemesia, que sacó á su izquierda, la fué enterando por el camino de que, según noticias de una señora amiga de la casa, solía venir á parar á una carbonería de la calle de la Palma un arriero de Fuente-Saúco portador de finos y baratos garbanzos. Esto no debía extrañarle á la doncella, porque comprando al por mayor, sabía que al señorito Juan José le gustaba sobremanera la economía.—Si por casualidad le viésemos—añadió la exploradora,—no le diga usted nada de los garbanzos... Yo le daría una excusa cualquiera sobre el motivo de salir de casa á estas horas. Andando y charlando de diversas fruslerías, pues siempre tenía ella conversación de sobra, llegaron en poco tiempo á la calle de la Palma. En este punto detuvo la señorita el precipitado paso que traía y comenzó á mirar casa por casa, observando y parándose como el que pasea por una feria. Hacia el extremo de la calle únicamente encontraron una carbonería de pobrísimo aspecto. Entró ella la primera, y se dirigió á una mujer de edad que hacía media al lado de unos cuantos sacos arrinconados contra la pared, alumbrándose de una sucia candileja de hojalata que, por tener dos

dedos de torcida fuera, perfumaba la tienda con insufrible y apestoso tufo. Aquello del arriero que traía garbanzos le chocó mucho á la mujer, puesto que se lo hizo repetir hasta tres veces; pero luego ya comprendieron que era algo sorda y trataba de disimularlo todo lo posible. En resumidas cuentas: que allí no iba á parar ningún arriero ni cosa que se le pareciese.

No desmayó por esto nuestra exploradora. Sobre si sería en la Palma Alta ó si sería en la Baja; si en la misma calle ó en alguna de las travesías, anduvieron largo rato arriba y abajo, ya tomando la izquierda, ya la derecha, convertidas en dos paletas, como decía Nemesia, que traen trasconejadas las señas. Afortunadamente por aquel barrio y á tales horas transitaba poca gente, y no llamaron la atención ni tropezaron con persona conocida. En la misma esquina, frente á la calle Ancha, la señorita se detuvo algunos instantes discutiendo sobre el quid de la equivocación. Nada, estaba visto: debía ser una equivocación, lo mismo de la calle que del punto en donde paraba el hombre y de todos los demás por menores.

Si la doncella hubiera sido de mayores alcances, habría notado desde luego la diferencia de conversación que sostenía su señorita, larga

y animadísima á la ida, breve y desmayada á la vuelta. Pero ella iba pensando tan sólo en el cierzo enfilado por las bocacalles que le helaba las orejas, mientras que esta última se lamentaba rabiosamente en su interior de que la suerte ó la casualidad no le hubieran puesto la carta en las manos dos días antes. Quedaba, pues, en la terrible duda de si habría ó no relación entre la visita hecha á Flora y la presencia del primo en la consabida esquina. Para otro género de temperamentos, la duda, ó más bien, la imposibilidad de aclararla, hubiera traído consigo un ligero abatimiento, y más tarde la calma para concluir en una completa resignación. Pero no, no se conformaba ella con soluciones de tal linaje, ni menos con lo de cruzarse de brazos y permanecer indiferente. Entró en casa y se encerró en su gabinete, con un airecillo que hasta la doncella acabó por comprender que, sea por lo que fuere, la señorita Manuela no venía de buen humor.

Después, á la hora de la cena, y una vez puesta en el camino de las exploraciones, observó que Boronat, aunque parecía animado y risueño, comía con escaso apetito. Lo general era que éste desempeñase perfectamente su cometido. Así es que esta pequeña variación dió mucho que pensar á la prima. De rato en rato levantaba la cabeza, y hablando con los sobri-

nillos miraba á hurtadillas á su primo, y lo hallaba muy simpático con los cabellos un poco en desorden, su bigote apuntado de soldado heróico, y, sobre todo, el conjunto de la cabeza y busto, que no carecían de carácter y animación.—Este Juan José... este Juan José...— Pero luego veníale á las mientes el recuerdo de la carta, y esto, la verdad, le amargaba atrozmente, y aun parecía dificultarle el trasiego de ciertos pedacitos finos de ternera que iban, como en volandas, desde el plato al buche. ¡Válgame Dios, y qué sacrificios no habría hecho ella por adivinar su pensamiento y estar al corriente de todos los pasos, buenos y malos, que había dado aquella tarde! Desconocía nuestra señorita las artes mágicas, así como la bellaquería de ciertas mujeres que son el oráculo del vulgo; pero es seguro que á existir en Madrid por aquellos años alguna célebre *Denise*, á semejanza de la que en la actualidad existe en París, hubiera ido sin vacilación ninguna á consultarle. Capricho ó curiosidad, fe ciega ó superstición de incrédulo, esta inclinación del hombre á conocer lo porvenir tiene tan profundas raíces en la naturaleza humana, que el historiador de las costumbres la ve aparecer en todos los siglos bajo una ú otra forma, sin que ni la religión ni la ciencia hayan conseguido extirparla. Puede creerse, por lo tanto,

que por salir de dudas y de zozobras hubiera visitado y pagado la prima no á una, sino á dos docenas de Dionisias.

Aquella noche tardó largo rato en conciliar el sueño, á pesar de que su buena naturaleza obedecía con docilidad á las menores indicaciones. La mañana la halló más tranquila. Recordaba muy confusamente alguno de aquellos innumerables medios y trazas que habían cruzado por su imaginación durante la hora del insomnio; pero ni entonces ni después logró calmar del todo las efervescencias de la duda, la terrible duda que atormentaba ó entristecía su espíritu como el más amargo de los engaños. Y así, en este estado, con crisis más ó menos frecuentes, transcurrió mes y medio. Lo de la carta no se había repetido; pero sí lo de las noches de buen humor y excesiva amabilidad del primo, que correspondían, por extraña coincidencia, á ciertos y determinados sábados. Á las frases de la prima:—Parece que venimos muy satisfechos, señor don Juan José,—ó bien:—¿Nos ha tocado algún premio de la lotería? Pues me llamo á la parte...—respondía invariablemente el aludido con lo de:—Hoy descanso, cara prima, descanso completo como víspera de fiesta. Los mejores días son las vísperas.—La señorita, con mucha cara de pascua, decía para sus aden-

tros: «Y como no pasen de vísperas... todo irá bueno.»

Una de estas noches tuvo ella la audacia de sorprenderle con esta noticia:—Hoy ha estado á preguntar por tí una señora que se llama doña... doña Eugenia; del apellido no me acuerdo.

Boronat, en efecto, se quedó como sorprendido y parado, mirando á su prima con cada ojo que no cabía dudar de la impresión. Luego inclinó la cabeza y contestó:—No puede ser... no conozco ninguna que se llame doña Eugenia.

—Nemesia ha recibido el recado; de modo que...—y mientras hacía esta delicada advertencia pensaba para sí: «Ahora me suelta una mentira como un templo.»

—Pues no lo entiendo... Á no ser que fuera la señora de don Máximo, que se llama...

—¿Cómo se llama esa señora?—interrumpió la prima sin poder contenerse.

—Pero esa no vendría á preguntar por mí... Yo voy á visitar al marido de tarde en tarde. Y por cierto que la última vez que estuve lo encontré muy mediano; tan mediano, que les aconsejé que consultaran el caso con nuestro famoso Astudillo.

—¿Tan grave era la cosa?

—Mucho más de lo que ellos creen, á mi pa-

recer. ¡Cuidado con la cara que tenía!... Una cara de difunto que metía miedo. Te digo que me llegué á asustar.

—Vamos, ya veo que te interesas por ellos.

—Eso es natural, como paisanos y como amigos. Además son muy buenas gentes.

—Ya.

Este «ya» fué pronunciado por la señorita de una manera tan insinuante y tan finamente irónica, que Boronat, que la conocía, aunque no muy á fondo, la miró con algún recelo y dijo para sí imitando á Cetina: «¡Carambis! ¿si sabrá ésta algo?» Pero á seguida pensó que no cabía suponer tal figuración, porque su prima estaba á cien leguas de conocer á ninguna de las personas que mediaban en el asunto ó podían sospechase alguna cosa. Tranquilizado, pues, en esta parte, continuó la ilación del interrumpido pensamiento:

—Buenas gentes en el sentido de que no han de abusar de la amistad, ni son de esas que acaban por meterse por los ojos.

—Cierto, cierto... yo no las he visto por aquí. Y según tú crees, esa doña Eugenia que habló con Nemesia no debe ser la mujer de... ¿cómo se llama el marido?

—Máximo; don Máximo Gali, comerciante retirado y antiguo corresponsal de la casa.

—Muy señor mío, aunque no tengo el gusto

de conocerle—añadió la prima con tanta naturalidad, que Boronat, olvidando del todo sus recelos, siguió la conversación tal y como lo deseaba nuestra infatigable exploradora.

—Él es un buen sujeto, prescindiendo de sus rarezas y excentricidades. Un hombre raro, lo que llamamos un ente. La mujer vale más, á mi parecer: es mucho más joven y discurre con bastante discreción. Desde luego sólo con aguantar al viejo y saber llevarle el genio, ya tiene ganado para mí y para cualquiera persona imparcial un diploma de mérito.

—Pues por mí concedido,—repuso ella con un tonillo que lo mismo podía sonar á broma que á refinada ironía.

Boronat se echó á reir y se levantó diciendo:—Los conozco bastante, aunque no hace muchos meses que nos tratamos. Y con esto concluyo, señora prima, y se levanta la sesión, y me marcho, y buenas noches, y hasta mañana.

—Vaya, pues buen viaje,—contestó ella alegremente; pero en cuánto lo vió salir reclinó la mejilla sobre la regordeta mano y quedóse pensativa, rumiando las anteriores palabras de su primo, que constituían para su excitada imaginación un mundo de ideas. No cabía duda de que esta última exploración, intentada y realizada al fin por esa diplomacia par-

ticular de la mujer, no le había dejado satisfecha. Su impresión en este momento podía compararse á la toma y deglución de una pócima que no se sabe el gusto que tiene, pero que desde luego deja mal gusto en la boca. Á pesar de los datos recogidos no estaba contenta, no veía claro en el asunto. Y no ver claro era como volver á la tenebrosidad y á las inquietudes de la duda. Amiga por temperamento de las soluciones rápidas, sintióse asaltada de pronto por un deseo vivo, imperioso, profundo: por el deseo de conocer á la mujer de don Máximo. Pero ¿cómo lograrlo? No quiso pensar más en esto por no calentarse la cabeza con nuevas cavilaciones, y se acercó á su tía Balbina, que dormitaba al lado del brasero, por hábito ó por necesidad, momentos antes de recogerse.

Al otro día, entre diez y once de la mañana, hallándose la prima en la distribución de la ropa blanca, oyó al salir del gabinete una voz de mujer que hablaba con Nemesia en la puerta.—¿De parte de quién?—preguntó esta última.—De parte de don Máximo Gali—contestó la interrogada.—Oír este nombre y correr hacia la puerta de la habitación, fué todo uno. Ya había cerrado Nemesia; pero la señorita abrió rápidamente y llamó á la joven que bajaba las escaleras. Tornó á subir ésta, que

no era otra que Remigia, portadora de una carta para el banquero, y encontróse con la mirada fija y curiosona de la prima.

—¿Le han dicho á usted si es urgente? porque Juan José está ocupadísimo en el despacho y no se le ve hasta las dos de la tarde.

—No sé... puede que sea. La señorita no me encargó más que dejara la carta para...

—¡Ah! ¿Es de esos señores que viven en?...

Remigia, dispuesta siempre á sacar la lengua al aire, explicó quiénes fueran estos señores, el sitio por dónde venía á caer su calle poco más ó menos, y el número y piso de la casa, con las razones que hubiera de darle para que no equivocara las señas.

—¿Su señorita de usted saldrá poco de casa?...—preguntó la prima como de pasada.

—Muy poco, sí, señora. Los domingos, que va á misa de diez á San Antonio, y alguna tarde que va en cás de una amiga, si no hace frío. Mi señorita siente mucho el frío, y por eso. Como mi señorita no es de Castilla... Nosotras las castellanas ya estamos más acostumbradas, y por eso.

Aún tuvo la exploradora que atajarla, viendo que la joven fámula se metía en digresiones que no venían al caso. Despidióla, pues, por cierto miramiento y hasta por el temor de que pudiera escuchar tanta conversación al-

guna de las criadas. En seguida entróse á donde estaba Nemesia y recobró la carta traída, para tener el gusto de observar la impresión que hacía en Boronat al ponerla ella misma en sus manos. Esto sucedió á la hora de comer. Salía él del despacho muy contento, palmoreando recio y llamando en alta voz á los niños, á tiempo que la señorita Manuela, yendo á su encuentro, le entregó el consabido papelito.

—Esto trajeron para tí.

—¡Toma! ¿Y cómo no me la entró Nemesia?...

—Como no venía con urgencia y era particular... creo que de don Máximo Gali...

Abrióla entonces el primo con alguna precipitación, exclamando: — ¡Es extraño que me escriba don Máximo, cuando no hace muchos días que!...

La señorita lo dejó entregado á su lectura sin ver gesto ni cosa que le llamara la atención; pero después, durante la comida, observó que el primo hablaba poco y miraba como distraído ó pensativo, á pesar de haber salido del despacho con tan buen humor.

Hubiera querido ella, en cuanto llegaron los postres y él encendió un cigarro, sacar la conversación de la carta ó traer á colación algo que se refiriese á don Máximo. Sin embargo, no se atrevió á tanto. Lo dejó para mejor oca-

sión, y no fué nada más que por el temor de que él sospechara algo de sus exploraciones anteriores viendo el interés que se tomaba por los *otros*. De haber adivinado ella el sentido de la carta, y, sobre todo, sabiendo que la firmaba Eugenia, habría encontrado muy significativa la preocupación del banquero.

Éste, por su parte, en cuanto acabó de fumar, se lanzó á la calle y subió á un coche para no perder tiempo, dando las señas de la casa de Astudillo, que vivía en aquella época al final de la costanilla de los Ángeles. Por casualidad el doctor se hallaba todavía de sobremesa, por haber retrasado la comida á causa de una consulta.

—No sabe usted cuánto celebro encontrarle, querido doctor—le dijo Boronat al verle entrar en el despacho.—Esta es la segunda vez que vengo en su busca con el mismo objeto, y hubiera sentido mucho no poder darle un apretón de manos y preguntarle: ¿tiene usted tiempo disponible para hacer una visita conmigo?

—Á la orden de usted, amigo Boronat—contestó Astudillo con suma afabilidad.—¿Pero usted ha estado otra vez á buscarme?

—¿No recuerda usted?... Cuando su pulmonía...

—Sí, sí, en efecto: ahora recuerdo que me tropecé con una tarjeta suya...

—Pues era para la misma persona.

—Entonces, cuando usted guste,—repuso el doctor, un viejecillo de cabello blanco, amable, fino, cortesano, vestido con esmerada pulcritud, ostentando en la pechera de la camisa dos brillantitos y en el dedo anular una sortija de oro con gruesa esmeralda en el centro, regalo de un señor duque á quien había salvado por dos veces de inminente peligro de muerte.

El coche los llevó en contados minutos al extremo de la calle de la Palma. De qué linaje fuese el enfermo y de su carácter y dolencia ya iba el señor Astudillo bien enterado, no extrañándole por esta razón el humilde aspecto de la vivienda á donde acababan de trasladarse. Eugenia en persona salió á recibirles y los guió por la angostura de un oscuro pasillo hasta la misma puerta de la alcoba. Saludaron á don Máximo uno y otro, y él los miró con cierta curiosidad, aunque conservando en su fisonomía el gesto agrio del incrédulo que sólo por desesperación transige con los antiguos símbolos de la fe. Después de observarle un buen espacio de tiempo, comenzó Astudillo á dirigirle multitud de preguntas. Su voz, aunque algo enronquecida, vibraba en los oídos del enfermo con una sonoridad grave y musical, que se escuchaba con sumo agrado por

unirse á una palabra fácil, elocuente, persuasiva, tan persuasiva como la experiencia. Y en realidad, su gran experiencia, una práctica constante de cuarenta años, era lo que le había acreditado y hecho conocedor experto de las dolencias humanas. Pertenecía, pues, en cuerpo y alma á ese empirismo doctrinario que ha dominado por tantos años en nuestra patria, lo mismo en medicina que en todas las demás ciencias experimentales. Cierto que en las grandes ocasiones le salvaba su talento de observación, y habría sido desde luego un patólogo notable si hubiera alcanzado á orientarse en estas nuevas corrientes de la ciencia que van desde la fisiología hasta la química.

Luego se sentó á la cabecera, como un íntimo amigo del enfermo, y continuó preguntando y hablando con la mayor minuciosidad acerca de los primeros síntomas característicos de la dolencia.

—¿Quién le visitaba á usted?

—Hace cosa de mes y medio vino varias veces el señor Párrega,—contestó don Máximo.

—Usted no habrá seguido indudablemente la medicación del señor Párrega, ¿no es verdad? Ha debido usted desconfiar de su habilidad viendo que el alivio no era más que pasajero. Sea usted franco conmigo, señor don Máximo... No tenía usted fe ni confianza de

ninguna clase en ese señor Párrega cuando no quiso usted hacer caso de sus observaciones. Creía usted que exageraba, que aumentaba, que no atinaba con la verdadera causa morbosa de esos dolores, ¿no es eso? Pues bien: nosotros nos engañamos ciertamente, pero nos engañamos de buena fe, y exigimos por esto mismo que el enfermo sea sincero, no ocultándonos nada en absoluto de cuanto pueda proporcionarnos alguna luz... Desearía ver ahora las recetas del señor Párrega, que supongo habrán conservado ustedes.

Salió Eugenia al punto de la alcoba y trajo varios papeles blancos que puso en manos del doctor Astudillo. Colocóse éste los lentes con armadura de oro que llevaba colgados de una cinta estrecha de seda, y una vez leídas las recetas con algún detenimiento las devolvió diciendo:

—Mil gracias, señora, está bien,—y dirigiéndose á don Máximo:—Usted seguirá guardando cama... y veremos el resultado de la medicación que empezará desde esta noche.

En seguida pasó á la salita, acompañado de Eugenia, y escribió en mediana letra los nombres y dosis de los medicamentos que habían de traerse de la botica. Volviendo á entrar en la alcoba, despidiéronse del enfermo él y Boronat; y al acomodarse de nuevo en el carrua-

je, este último le preguntó al doctor el juicio que acababa de formar sobre su amigo.

—¿Usted ha reparado en ese color amarillo de paja que presenta su semblante?...—contestó Astudillo después de breve pausa:—ese es uno de los signos característicos del cáncer, es decir, del cáncer del estómago... Ya lo oyó usted también; ese buen señor ha cometido disparates mayúsculos: se ha medicinado como y cuando y de la manera que le ha parecido; no ha hecho caso ninguno de los consejos del señor Párrega; ha vivido meses y meses en un completo abandono de su dolencia... El vicio humoral, concentrado al principio en un punto de la víscera, ha invadido los tejidos de tal modo, que, á mi juicio, no caben ya ni los paliativos. Ahora veremos el resultado de mi tratamiento... pero crea usted, amigo Boronat, que esto no tiene remedio.

Sabía el banquero de oídas, más bien que por experiencia propia, que el doctor acostumbraba á inclinarse generalmente á los pronósticos tristes. Era hombre que enmudecía ante el peligro, y no daba esperanzas de triunfo sino á última hora, cuando la enfermedad iba ya de vencida, y hasta el mismo enfermo se consideraba como convaleciente. Y, sin embargo, esta vez lo oyó con ese espanto secreto que produce el relato de una catástrofe inmen-

sa, cierta, terrible, que ocurrió á nuestro lado sin que nos diéramos cuenta de ella. Por lo mismo que la temía, le pareció que Astudillo afirmaba la verdad sin exageraciones ni visos de pesimismo. Y cosa extraña: aquella catástrofe anunciada y temida había llegado á conmoverle como si se tratara de alguna persona de su familia, de algo propio que le interesara extremadamente. Quedóse, pues, pensativo, tardando largo rato en reanudar la conversación. Al bajar del coche le preguntó al doctor si volvería al día siguiente y la hora que podría convenirle.

—Yo arreglaré el modo y manera de ir á la misma hora. Algo distante está, y ya sabe usted que nunca me sobra tiempo; pero procuraré no faltar...

—Allí me encontrará usted,—repuso Boronnat estrechando la diestra de su amigo.

Tras aquella tarde vinieron una serie de tardes en que la señorita Manuela pudo observar el apresuramiento con que su primo se levantaba de la mesa, con el cigarro en la boca, dejando sin plegar la servilleta y yéndose alguna vez hasta sin besar á los niños.

—Algo le pasa á este hombre,—decía ella al retirarse á su gabinete en busca de la labor empezada. Con el corazón oprimido por la tremenda sospecha, su imaginación formaba con-

jeturas, ó más bien escribía la novela verosímil, puesto que toda mujer joven ha de tener su novela. Únicamente que nuestra señorita, por razones de temperamento más que por la edad, no era aficionada á fantasear, sino que se apoyaba en hechos reales y positivos, engañándose, las veces que se engañaba, más bien por ignorancia que por exceso de idealismo. Por último, tan apesadumbrada se hallaba una de aquellas tardes, que entrando con tía Balbina en su gabinete, cuarto arrinconado en el extremo de la casa, cerró la puerta y la hizo sentarse á su lado. Á pesar de sus devociones, doña Balbina era tan curiosa como el demonio, que, según la leyenda, anda siempre descalzo y con poca ropa para atisbar por el ventanillo de cada vecino y enterarse de lo que no le importa. Alcanzando ya la edad de las comodidades, así como también la de los alifafes, hubiérase alegrado esta buena señora que Juan José se fijara por completo en aquella sobrina tan laboriosa, tan económica, tan excelente mujer de su casa, que sabía adivinar sus gustos y contemplarla como si fuese ella su madre. Además, no le agradaba conocer caras nuevas en la familia... Si de la primera empresa matrimonial salió cosa buena, ¡Dios sólo sabe lo que podría salir de la segunda!... Y, sobre todo, que eran primos, lo que equivalía á la mis-

ma sangre, familia conocida, juego limpio y buena cepa. Así es que la tía se quedó un poco parada cuando, después de los convenientes preparativos, oyó de los labios de su sobrina lo siguiente:

—No le quepa á usted duda, querida tía: Juan José tiene una amistad.

Tener una amistad significaba, en el honesto lenguaje de algunas familias de provincias, lo que decimos hoy con la libertad de esta moderna jerga, malamente copiada de nuestros vecinos: mantener una querida ó liarse con una mujer.

—Yo ya he notado que va siempre de prisa, que para muy poco en casa; pero tanto como... ¿tú estás segura? —preguntó doña Balbina abriendo cuanto podía sus ojillos un poco admirados.

—Tan segura como si lo viera. He recibido yo cartas con letra de mujer, dirigidas á él mismo. Hasta Nemesia encontró una en el bolsillo del gabán, que por cierto no leí, y ahora me pesa.

La señorita mentía descaradamente, pero esto era lo de menos. Su tía creyó á cierra ojos cuanto le contaba, y volvió á insistir en aquella horrible idea de la amistad, con deseos de saber quién fuese la pecadora, si á tanto llegaba la ciencia adivinatoria de la sobrina.

—Una mujer casada... Y no dude usted, tía, de que hoy por hoy... allí pasa las tardes. Porque ya recordará usted que antes nos acompañaba algún rato, salía con nosotras, iba á buscarnos á casa de Arriaga, y ahora... nada, no hay quien lo saque de allí.

—Pero, mujer, ¿tan distraído va á estar que se olvide de?... Vamos, me dejas... ¡Todo sea por Dios!—exclamó doña Balbina sorprendida y contrariada con aquellas noticias que por el momento venían á echar por tierra sus acariciados proyectos.

Luego, observando su sobrina que no decía una palabra más acerca del particular, miróla de un modo lánguido y triste que expresaba bastante el estado de pasajera aflicción en que había caído. Nacía esta aflicción de haber comprendido ó sospechado que por mediana que fuese la impresión de su tía, no había de tomar cartas en aquel asunto en la forma batalladora, fuerte y agresiva que ella deseaba. Doña Balbina quería mucho á su hijo; pero apreciaba también muchísimo la tranquilidad, la paz, ese sosiego de la casa que le permitía disfrutar con los suyos, sin graves alteraciones ni amarguras, de todos los placeres sedentarios de la vida. Era, pues, difícil que á sus años, debiéndole parte de las comodidades que le rodeaban, sostuviese con él una lucha sorda

ó declarada en el mismo seno de la familia.

De pronto desenlazó la buena señora su diestra, y golpeando con suavidad en el brazo de la sobrina, le dijo así:—Cállate, yo lo cogeré una noche por mi cuenta, y veremos, veremos lo que contesta. No hay que desesperarse por eso. ¡Quién sabe! A veces una mala voluntad...

—No, tía, no—repuso la señorita con viveza y en voz más alta, como si recordara en aquel momento la incipiente sordera de la otra, —no le quepa á usted duda. Lo sé positivamente... Me lo ha asegurado Manolito Calatrava... Si lo han visto, señora, lo han visto.

Tornó á abrir los adormilados ojos doña Balbina, y suspiró ruidosamente removiéndose en el asiento y exclamando:—Vamos, vamos, es cosa que... que... que no sé lo que haría. ¡Todo sea por Dios!

En realidad, la expresión de su disgusto era sincera; y por lo que manifestó después á la sobrina de tocar en la conciencia á Juan José, dedujo ésta que no habían sido perdidos por completo sus tres años de adhesión á la casa, de solicitud, de contemplaciones y de hábil diplomacia. Comprendió asimismo que mediaba entre ellas dos un convenio tácito de mutua protección, quedando desde luego establecido por interés de una y otra, sin necesidad de palabras ni promesas.

Coincidió esta conferencia de las dos mujeres con el empeoramiento de don Máximo, á quien su amigo y paisano Boronat iba á ver la mayor parte de las tardes á la hora que subía el médico. El pronóstico formulado por éste se había cumplido al pie de la letra; pero con tal rapidez, que el mismo Astudillo estudiaba el caso como una de esas evoluciones raras y sorprendentes de la naturaleza. ¿Quién hubiera reconocido á don Máximo en aquel viejo flaco, amarillo, rugoso y lacio como un fruto podrido, con las crecidas barbas grises que le comían la cara, turbios los ojos, doblado por los dolores, aniquilado por los repetidos vómitos, roído interiormente por las mil bocas del cáncer? Eugenia, á pesar de no separarse de su cabecera, lo hallaba cada mañana más desfigurado. Boronat lo miraba con tristeza y á veces con repugnancia. Astudillo lo examinaba con recelo. Se temía un desenlace inesperado, repentino, extraordinario; un desenlace que no se igualase con ninguno de los que conservaba memoria en su dilatada práctica de cuarenta años. En virtud, pues, de semejantes temores, una de las últimas tardes de invierno habló á Eugenia del estado gravísimo de su marido, y le aconsejó que llamara á uno ó dos compañeros para tranquilidad de su conciencia. Ella se dirigió en seguida á Boronat, por-

que además de no conocer más que al doctor Párrega, la situación económica de su casa no le permitía este nuevo gasto de la consulta. Siendo el mal incurable y teniendo completa confianza en la experiencia de Astudillo, ¿á qué hacer mayores sacrificios? Ya se adivinaba desde luego el pensamiento del doctor... Quería él que del examen verificado por sus compañeros viniera la sanción científica de su tratamiento... Por lo tanto, el mismo banquero procuró convencerle manifestándole que Eugenia no había dudado ni un solo momento de su acertadísimo régimen para el enfermo, de su capacidad, de su experiencia, de sus muchas luces... pero ¿cabía combatir lo irremediable?

¡Oh! qué triste noche aquélla en que declarada, hacía tres ó cuatro días, una peritonitis aguda, casi fulminante, el grueso Javaloyes y su amigo Boronat se esforzaban en arrancar á Eugenia del lado de su marido. El doctor llegó media hora después para aconsejarles que preparasen al enfermo aprovechando los momentos de lucidez que podían quedarle, puesto que á los dolores agudísimos, á los continuos vómitos, al espantoso enflaquecimiento, había seguido la debilidad gradual de todas las fuerzas. En medio de esta debilidad acometíanle ligeras convulsiones que acaso revelaban el trabajo intenso de su cerebro, ó la vida portentosa agi-

tándose entre los músculos vigorosos, bajo el férreo armazón de hueso destinado á más largos años de existencia. No cabía duda que aquella naturaleza era fuerte y sufrida; pero el mal había depositado á traición su ponzoña en una de las grandes vísceras sustentadoras del organismo. Cómo hiere el pesar y de qué manera nos envenenan los sufrimientos morales, no lo explica la ciencia, porque varía hasta lo infinito la forma de herir y de envenenar en cada individuo; pero es innegable que en estas explosiones de una dolencia repentina, sin causa ni antecedentes conocidos, se adivina la huella del dolor acerbo, fijo días y meses en nuestro corazón ó en nuestro espíritu.

Después de cenar, entre ocho y nueve, acudieron la señora de Javaloyes y su hija mayor, vestidas como si fueran á una visita de cumplido. No demostraban tener malos sentimientos estas buenas señoras, aunque nunca se daba el caso de que salieran de casa sino puestas de veinticinco alfileres, con faldas adornadísimas, manteletas de seda y sombreros de moda. Á seguida que entraron les indicó el marido la situación de Eugenia, clavada en la cabecera del enfermo, y determinaron hacer una nueva tentativa. Colóse, pues, doña María en la alcoba con mucha prosopopeya; pero se quedó un poco parada al ver la miserable es-

tampa de don Máximo, consumido, flaco, con los ojos en el cogote, la nariz afilada, salientes los pómulos de tal modo que no parecía ni su sombra.

Abrazó Eugenia á su amiga, conteniendo á duras penas las lágrimas que asomaban á sus ojos, y expresó su agradecimiento en voz baja, entrecortada, de la manera que pudo.

—Aquí no está usted bien, querida mía, permítame usted que se lo diga—repitió la señora de Javaloyes;—no está usted bien de ninguna manera... Conmigo ha venido Merceditas, que se ha quedado ahí fuera, en la sala, y nos complacería que viniera usted con nosotras... Sí, sí, véngase usted, querida, véngase usted por aquí...

Y uniendo la acción á la palabra, la bendita señora echó el brazo á Eugenia y, con ayuda del marido, la fué sacando y llevando hacia la vecina sala, donde la recibió Merceditas, algún tanto asustada del aspecto lúgubre que presentaban la casa y las personas. Al poco rato sintió un ligero desvanecimiento á causa, sin duda, de no haber tomado desde las diez de la mañana más que una simple taza de sopa. Y así, en este estado angustioso de debilidad, de pena, de aplanamiento moral y físico, oyó los pasos del sacerdote, las voces de los que contestaban á las preces, ese rumor grave y soño-

lento que surge del acabado funeral, palabras de fórmula, pisadas recias, ruidos de gentes extrañas, y, por último, el silencio, un triste y desconsolador silencio que va apagando como por turno plegarias, voces, rumores y pisadas. ¡Qué horrible noche aquélla! Después, en medio de este silencio, se oyó un aullido lúgubre y prolongado, que parecía queja dolorida de sér humano á quien ahogaba la pena. Era el fiel Malekadel, que en la soledad del patio, á donde le habían hecho bajar, se lamentaba á su modo del triste suceso, venteando sin duda, por maravilloso instinto, las invisibles huellas de la muerte. Al oírle las personas que acompañaban á Eugenia, se miraron con espanto. Con esto y con los recuerdos traídos á su memoria, en medio de las emociones y temores avivados por el trágico desenlace, vibraron sus nervios y rompió en un llanto abundoso, interminable, amargo, interrumpido á ratos por los sollozos que subían á su garganta. Las señoras de Javaloyes la obligaron en seguida á acostarse, notando que sus manos, su frente, su cabeza abrasaban espantosamente como si se hubiese declarado una tremenda fiebre. Se acostó, pues, en su cuarto, porque hacía ya muchos meses que don Máximo dormía solo, convertido en un verdadero misántropo. Á la mañana siguiente todo había concluído.

Boronat y Javaloyes se encargaron de muy buena gana, como amigos y paisanos, de cumplir con los últimos requisitos referentes al funeral, entierro y pago de nicho, puesto que no había parientes ni allegados que se ofreciesen á hacerlo. Eugenia tuvo que recurrir al dinero de sus ahorros para vestir de luto y comprar una falda barata y un pañuelo negro á Remigia. Durante estos primeros días que siguieron al fallecimiento de don Máximo, estuvieron á visitarla algunas tardes la familia de Javaloyes, la de Hidalgo, y hasta su paisana Flora. Dos ó tres semanas después ya no pisaba nadie la casa. Se halló, por lo tanto, sola, triste, abandonada á su propia iniciativa, y pensó forzosamente en la única persona que no había perdido la costumbre de subir á verla: en don Juan José Boronat.

Al finar el mes, Eugenia tenía cierto aspecto enfermizo, pues sea por el sentimiento natural de su desgracia ó por cualquier otra causa, había enflaquecido bastante, perdiendo algo de color y algo de su antigua frescura juvenil. Echábase de ver de tal modo este desmejoramiento, que una tarde Boronat, antes de despedirse, le dijo:

—Le voy á usted á pedir un favor, Eugenia... Desearía que fuera usted más franca... más explícita conmigo. Usted sufre mucho,

usted tiene quizás una pena muy grande, y sin embargo se calla. ¿No quiere usted que yo sepa la causa?

—No me siento bien... esa es la verdad. Pero no creo que sea cosa de cuidado. Yo me iré reponiendo poco á poco,—respondió ella, esquivando las miradas de su amigo, á la vez que inclinaba la cabeza con dolorosa expresión de abatimiento.

Como no habló más ni parecía de su agrado esta conversación, Boronat no quiso insistir de nuevo y se levantó malhumorado de la butaca, comprendiendo que algo de extraordinario ó de fatal pasaba en el fondo de aquella pobre mujer.

Otra tarde, al entrar en la salita, reparó el banquero que la cómoda que adornaba uno de los testers había desaparecido. Era un mueble macizo, fuerte, recio, como los que se hacen de encargo, con cinco grandes cajones, chapeado de caoba, de forma amazacotada, pero que aún conservaba el lustre primitivo del pulimento. No dejó de extrañarle la falta, y hasta llegó á confirmarse en sus sospechas acerca de lo que podía ocurrir en la casa; ahora, que como Eugenia no le habló nunca de intereses, no se atrevía por su parte á tocar esta cuestión por no herir su delicadeza. Y no obstante, cuando ella se sentó á su derecha y pu-

do observar de cerca la palidez de su rostro que hacía más dolorosa y elocuente la tristeza que sombreaba sus ojos, sintió irresistible impulso de volver sobre el difícil tema.

—Dispéñseme usted, Eugenia... aun á riesgo de que le parezca pesado, y molesto, y machacón, y todo lo que usted quiera... Hace algunas tardes le pregunté por su salud, y, si mal no recuerdo, usted me contestó que no era cosa de cuidado. Pero ahora, al saludarla á usted, me fijé un poco en su semblante y veo que usted no mejora. ¿Es que hizo intención formal de no mejorar?... Francamente, yo respeto como el primero las intenciones del prójimo, y mucho más las de usted, sin ocultar por eso que me gustaría ver el tamaño de esas grandes penas, y deducir por el tamaño si merecen que usted las sienta de este modo. ¿Qué responde usted á todo esto, queridísima Eugenia?

Levantó ella la cabeza y miró al amigo con cierta expresión risueña de bondad, como si tratara de desmentir lo de las grandes penas. —Usted conoce mi situación—afirmó después de una ligera pausa,—la situación de una mujer que pierde el único apoyo con que contaba. ¿Hay cosa más triste y más desairada que una mujer sola, aislada, sin parientes, sin relaciones, sin amigos que le hagan buena som-

bra?... Por fuerza he de sentirlo, y cada día que pase lo sentiré mucho más... Pero no hablemos de esto... me pone de mal humor. Y ahora, para que vea usted que gasto alguna franqueza con usted, voy á decirle que... Mire usted, yo iría á coser de buena gana á casa de Flora; pero la verdad... aunque parecen buenas personas, sentiría en el alma tener que dirigirme á esas señoras. Usted conocerá mucha gente en Madrid, y había pensado que... Bien, yo... por mi parte, desearía únicamente que me proporcionasen alguna casa donde hubiera quehacer: esto mientras determino quedarme ó marcharme á Alicante. Desde que estamos solas, nuestras tareas se concluyen muy pronto. Á las nueve de la mañana ya lo tenemos todo arreglado, de modo que... ya usted ve si nos sobra tiempo.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Boronat.—Por fin me ha sacado usted de dudas. Cuente usted conmigo para todo cuanto necesite. ¿Y ahora?...

—Si yo no necesito más que ese favor que le pido.

Lo dijo ella con tal entereza y dignidad, que el banquero se quedó como helado, mirándola fijamente por el espacio de algunos segundos.

—¡Caramba! Veo que se queda usted á mitad de camino, y eso ya no me gusta, eso ya

no es contar con un buen amigo. En fin, sépalo usted. Hace unas cuantas noches su criada de usted salió á la calle después de haberme marchado, y... esto no debía yo decirlo; pero... franqueza por franqueza. La llamé y traté de sobornarla; no, entendámonos, traté de saber lo que me sospechaba. La chica... ya la conoce usted; la chica no es larga de lengua que digamos, y échese usted á discurrir lo que me contaría...

Calló Boronat esperando una pronta contestación de Eugenia, que ni siquiera movió la cabeza. Hubo, pues, unos instantes de silencio, hasta que él, estrechando la diestra de su amiga entre sus manos, le preguntó con el calor y la ingenuidad con que suele preguntar la pasión irreflexiva, exigente y dominadora:

—Vamos á ver, ¿por qué es usted tan niña, querida Eugenia? ¿Qué concepto le merezco yo á usted para que me oculte la verdad? Yo he oído repetir millares de veces que para las ocasiones son los amigos, y creí que había llegado la ocasión de contar con Juan José Boronat. ¿Usted lo conoce?

—La verdad, la verdad...—repuso Eugenia disimulando la impresión causada por las palabras del banquero.—¿Qué le ha contado á usted la criada?... ¿Que aquí economizamos hasta un pedazo de pan? ¿que pasamos con lo

estrictamente necesario? ¿que se ahorra demasiado en mi casa? Otra cosa no puede decir.

—Pues me dijo otra cosa: que les faltaba á ustedes hasta garbanzos para poner el cocido; que vivían ustedes...

—Pues ha mentido.

—Yo creo que ha dicho la verdad.

—Repito que ha mentido.

—¡Por Dios! Eugenia, no me haga usted tan necio que no comprenda...

Eugenia no contestó ni una palabra. Varió de postura volviendo la cabeza á un lado, y sacó un pañuelo blanco para sonarse, aunque en realidad fué más bien para limpiarse los ojos, que se le habían llenado de lágrimas. En cuanto Boronat reparó en este movimiento, se aproximó con viveza y preguntó:

—¿Qué es eso?... ¿Dije algo que no debía? ¿Se ha ofendido usted por lo de?... Vamos, Eugenia, hable usted, quéjese usted, riñame usted si lo merezco...

—No, no es nada.

—Ahora es cuando á mí me duele el haber sido tan explícito, tan sincero, porque en la cara le conozco á usted que no dice la verdad.

—Pero, señor, si usted lo sabe ó lo supone, ¿he de pasar yo por la humillación de confesárselo?—repuso Eugenia con desacostumbrado brío.—Usted, que trató á mi marido con al-

guna intimidad, estará muy bien enterado de su poca fortuna en los negocios. No teniendo, pues, rentas, ni fincas, ni viudedad, ni cosa parecida, es natural que me encuentre con pocos recursos... Si usted me aprecia y quiere prestarme el favor que le pedí, no veo yo la necesidad de contarle á usted nuestros apuros tan á la menuda: de si hay garbanzos en casa, de si escatimamos el pan, de si... Crea usted, amigo Boronat, que no entiendo el aprecio de ese modo.

—Ni yo tampoco, queridísima Eugenia, ni yo tampoco. Pero ¡qué quiere usted! me he dejado llevar del prurito de indagar y saber lo que ni me va ni me viene, lo mismo que si fuera un empleado del Fisco. ¿Ha visto usted qué mala costumbre? Y es que entre nosotros, con la estimación, con la amistad, con el cariño ¿no es eso? con el cariño que media, creía yo que había franqueza para eso y para mucho más. Me equivoqué de medio á medio... Corriente; pues con no volver á equivocarme, héteme á mi queridita Eugenia contenta y satisfecha. ¿No es esto tanta verdad como el evangelio? ¿Hay ó no hay remisión para mis culpas? porque estoy observando el gesto que usted pone, y me temo que dure todavía el enfado... ¿Acerté? ¿Dura ó no dura?

—Ahora es á usted á quien le toca hacer el

niño...—contestó por fin la amiga, animando su rostro con una de esas ligeras sonrisas que pintan la satisfacción y la bondad de un hermoso carácter.—No dudo yo de su enmienda; y como no dudo de su enmienda... de ahí el que no haya para qué guardar resentimiento.

—¿Sabe usted en lo que pienso?—preguntó él, contemplando apasionadamente aquella carita pálida, desmedrada, escasa de color y de sangre como la de una anémica, pero típica y bellísima, que, unida al busto y realzada por el traje negro que vestía, se destacaba del asiento como una gentil figura de otra época, á la cual hubiera venido á maravilla la saya entera de seda, con anchos ribetes de terciopelo, las mangas abiertas desde la sangría, el jubón interior blanco vareteado de oro, la gorguera y los puños de encaje, el cinturón de gruesa pedrería, y aquel peinado sencillo que se arremangaba sobre las sienes sujeto con un cordón del mismo cabello, á modo de diadema, ó se coronaba con una graciosa gorra adornada de plumas y un cintillo de finas piedras, como se admira todavía en los pulidos retratos de Sánchez Coello;—¿sabe usted en lo que pienso? En que merecía usted ser dichosa, muy dichosa, dichosísima. No nos acordemos de lo pasado, pensemos tan sólo en nuestro presente; pero no sea usted niña, acepte usted la vida co-

mo viene, con lo bueno y lo malo, sin reparar en pequeñeces que no significan nada. ¿Con que de veras se olvidó usted del mal rato que le hice pasar antes? Quisiera que usted se confesara conmigo para imponerle una buena penitencia, precisamente por eso, por su falta de franqueza.

—Y ¿qué penitencia sería?—preguntó ella, volviendo á iluminar su semblante con otra sonrisa de infantil malicia.

Para responderle cumplidamente, en medio del arrebató de la pasión, tomola Boronat poco menos que en brazos, y la zarandeó de lo lindo como si fuera, en efecto, una niña caprichosa y tenaz, acabando por besarle en los labios, cosa que obligó á Eugenia á ponerse seria y á alejarse algún tanto.

—¿No quería usted saber la penitencia que le impondría? Pues esa... ¡Ah! ¿huye usted?... Perfectamente, hasta mañana. Mañana...

—Mañana será otro día,—repuso la alicantina, atenuando con un gracioso movimiento de cabeza la seriedad de que se había revestido momentos antes.

Boronat la miró con fijeza y añadió á su vez:

—Me está usted provocando, Eugenia... En fin, volveré.

—Cuando usted guste.



VII.

TRISTEZAS Y ALEGRÍAS.

LA primavera de aquel año apareció en nuestro cielo con mayor retraso que de costumbre, preludiando quizás estos tiempos donde la vemos casi siempre de pasada; pero es indudable que fué una magnífica primavera. Disfrutaron de la templanza deleitosa de sus tardes, lo mismo los concurrentes al Retiro y los que asistieron á la revista de tropas celebrada en honor del príncipe Rodolfo, á quien acompañaba el general O'Donnell, que nuestra triste y pensativa Eugenia. Y no es que ella fuera al Retiro ni bajara al Prado, donde se desplegaron en vistosa fila regimientos, escuadrones y brigadas, sino que, por consejo de Boronat, se cambió de casa, alquilando un cuartito reducido en la calle de la Estrella; había que subir ochenta y seis escalones, pero le enamoró desde lue-

go la circunstancia de que el cuarto tenía un pequeño terrado, que le hizo recordar los de su país, oreados por las brisas del mar en las claras noches de junio. Componíase la nueva habitación de cinco departamentos: el comedor, la cocina, un cuarto á la derecha, en el centro la sala con balcón al terrado, y un gabinete con ventana á la izquierda, donde dormía Eugenia. Cuartos, sala, dormitorios, todo era estrecho, exiguo, reducido; pero cuando lo vió Boronat aún le pareció más pequeño y miserable de lo que era. Sacrificó, pues, la comodidad de vivir en un piso más bajo; y hasta el gusto de complacer á su amigo por la inesperada ventaja del terrado. Allí colocó á los pocos días infinidad de tuestos, grandes y chicos, y un enorme cajón de madera á modo de caseta ó perrera, apoyado en la tapia, que fué destinado para el gruñón Malekadel. Pero éste, por desgracia, no pudo disfrutar por mucho tiempo de su nueva vivienda, pues al igual del ama, desde la muerte de don Máximo había caído en una singular melancolía que iba amortiguando en sus sentidos toda excitación exterior y todo estímulo. No comiendo ni moviéndose de su cajón, empezó á enflaquecer de tal manera, que los recursos y medicinas de última hora traídos por la portera fueron completamente ineficaces. El día que espiró el pobre

Malekadel, lo mismo Eugenia que la criada lloraron mucho. ¡Les recordaba tantas cosas de su difunto amo este guardián de la casa tan fiel como descontentadizo y gruñón!

En estos primeros días de abril empezó Eugenia á recobrar sus fuerzas, ganando en carnes, en color, en animación y en belleza lo perdido con los apuros y tristezas de los últimos meses del invierno. Ya sospechará con nosotros el lector que en esta dichosa transformación no dejaría de influir sobremanera la discreta cooperación de Boronat. Existen tantos medios de cooperar y prestar auxilio material á una persona querida, que sería difícilísimo acertar con el más decoroso, ingenioso y reservado. Apuntátemos, pues, uno de tantos, que logró pasar á los ojos de Eugenia como delicada muestra de cortesía y respetuoso afecto.

Entre los muebles antiguos de su casa había conservado un tocadorcito de nogal de forma un poco anticuada, con el espejo movable y un cajón en la base para guardar los peines y cepillos. Teníalo arrinconado en el gabinete donde dormía, y una mañana á la hora de peinarse lo puso cerca de la ventana para ver mejor. Sentóse delante, abrió el cajón y tropezó con un papel azul muy plegado donde se leía «Recuerdo.» Desdoblándolo por curiosidad, halló

que contenía cinco monedas de oro nuevecitas de cinco duros cada una. Al momento supuso de la mano que podía venir el tal recuerdo. Agradóle, como ya dijimos, la manera de ofrecerlo, y, sin embargo, dobló al punto el papel con los centenes intactos dentro, y lo dejó en el mismo sitio donde lo había encontrado. Su fantasía evocó entonces la imagen del amigo, complaciéndose en añadir á sus prendas personales la generosidad, que no era despreciable por cierto para un espíritu económico conservador y algo positivo.

Este matiz de positivismo, este apego instintivo y como naciente al dinero que ella debió heredar, no estaba reñido con una exquisita delicadeza y una honradez admirable que supo luchar contra la miseria por espacio de mes y medio. No pertenecía, por lo tanto, á la familia de esas Margaritas soñadoras que pierden la cabeza delante de un cofrecillo de joyas, sino á aquella raza semítica, laboriosa y pacífica que hubiera sido en nuestra patria el contrapeso de este espíritu meridional creador de los aventureros, de los místicos, de los hidalgos altivos y holgazanes, de los arbitristas ignorantes, de los oradores hueros y de los danzantes políticos, gente toda ella indisciplinada y estéril, sin fundamento ni atadero. Á la contada dosis de sinceridad que suele mostrar

una mujer que ha vivido en familia, bajo el despotismo de una madre y la tiranía de un marido, unía Eugenia la pureza de otro sentimiento que no es patrimonio de las personas interesadas: el agradecimiento. No podía olvidar que Boronat se había portado con ella como un excelente amigo; y aunque su primer impulso fué el devolverle las monedas, luego reflexionó más despacio y creyó que sería mejor dejarlas en el mismo sitio. Algún día volvería su dueño á recogerlas. Así es que al depositar el amigo las segundas, se encontró con el papelito doblado de las primeras. Según parece no le sentó muy bien, porque una tarde le oyó hablar su amiga de interpretaciones torcidas, de favores mal pagados, de las equivocaciones que sufrían algunas personas al juzgar los sentimientos ajenos... Dolióle mucho á ella este resentimiento que en más de una ocasión salió á los labios del banquero, y á pesar de eso aún transcurrieron quince días antes que las necesidades apremiantes de la casa le obligaran á echar mano de aquel recurso. Pero al desenvolver el papel juró para sí que sería ésta la primera y la última vez que llegase á tal extremo.

Como ya no le atemorizaba el frío y como Boronat no le traía recomendación ni conocimiento de ningún género, aquella misma tar-

de, apenas acabó de comer, tomó la mantilla y se dirigió á casa de Flora. Sin saber por qué, ignorando todavía lo mucho que guardaban en secreto las paredes de la tal vivienda, sentía una invencible repugnancia á manifestarle á la amiga su verdadera situación... á pedirle el más pequeño favor, que era lo mismo que darle pie para que se tomara mayores confianzas. En resumen, no le había nunca agradado la idea de tener cierta intimidad con Flora. Así es que, pensando lógicamente, grande debió ser su necesidad y mucha saliva amarga tuvo que tragar antes que se decidiera á hablarle de sus propósitos de trabajar, de ocuparse en cualquiera clase de costura. Estaban como siempre las dos amigas con la labor en el gabinete, y en cuanto Eugenia les explicó estos buenos propósitos, miráronse como sorprendidas. ¿Cómo permitía Boronat que su amiguita, su querida Eugenia, se metiese en semejantes faenas? Esta es la pregunta que se hicieron ambas modistas al cruzar sus miradas. Pura se sonrió levemente, y para disimular esta manera de expresar el chiste de la cosa, inclinó la cabeza mirando las puntadas que acababa de dar. Pero Flora, más sagaz ó más previsora, calculó que si por parte del banquero no se había andado el camino, pudiera muy bien andarse el día menos pensado, y convenía quedar en buenas rela-

ciones con la amiguita... Ciertamente que era asombroso que no hubiera hallado ocasión en tanto tiempo... Casualmente la amiguita estaba monísima y guapa como pocas veces... ¿Qué demonio de misterio habría en todo esto? Mientras la alicantina contaba las peripecias del cambio de casa y hacía la pintura del terrado, Flora se calentaba la cabeza buscando la clave de aquel endiablado intrínquilis que no atinaba á desenmarañar. Arrastrada por esta gran curiosidad, en cuanto su paisana hizo una parada le faltó tiempo para preguntarle:—Y el señor de Boronat, ¿no va por su casa de usted? Parecía tan buen amigo y la estimaba á usted tanto...

—Algunas tardes,—contestó Eugenia sin reparar en el tono ni en la mueca con que iban acompañadas las anteriores palabras.

—Aquí viene poco... Se va olvidando de nosotras el muy picarón. En cuanto yo le vea...

—Calla, mujer... puede ser que esté también de luto,—añadió Pura con cierto retintín.

Cayó entonces en la cuenta nuestra alicantina, y mirando á una y á otra amiga leyó en sus ojos la significación oculta de aquellas preguntas, al parecer tan sencillas y naturales: creyó, pues, lo más prudente variar de conversación, y sin darse por entendida anunció que le quedaba por devolver una visita á los de Ja-

valoyes, con la idea de perderlas cuanto antes de vista.

—Pues bien, respecto á lo que usted ha pensado—expresó Flora con dulzona amabilidad,—yo le acompañaré á usted á un comercio de la calle de la Montera, que tienen infinidad de encargos. Usted sabe bordar en blanco, en fino, en color, en todo cuanto salga, ¿no es eso? Entonces no hay más que hablar. Es lo mejor que se paga, y creo que si usted cumple bien no le faltará tarea. Vuelva usted el domingo por la mañana: yo le esperaré á usted vestida, entre nueve y diez.

Eugenia le dió las gracias con caluroso afecto, prometiéndole ser puntual en la cita. Lo difícil era este primer paso, y la verdad es que ella bajó las escaleras algo sofocada, en medio de la satisfacción que le producía el haberlo dado. Todo lo demás salió como una seda, habiendo conseguido, por recomendación de su paisana, el encargo de diversos bordados, que no lograra de seguro presentándose sola. Sucedió, sin embargo, que las tardes que subía Boronat á verla y la hallaba atareadísima con el bastidor en la mano, tenía el singular capricho de no dejarla dar una puntada. De palabra y de obra, con preguntas incesantes ó pellizcándole en el brazo, había de entorpecerla, hasta que cansada y aburrida

abandonaba la labor y se cruzaba de brazos.

Este era su mayor gusto. Deseaba ser el solo y único objeto de la atención de su amiga. Comprendiéndolo así, concluía ella por satisfacer su capricho después de habérselo hecho desear por espacio de media hora. Era un juego peligrosísimo, sobre todo para ella, que por agradecimiento, por cariño y por debilidad, debía sucumbir tarde ó temprano. Y en efecto, una tarde se hallaban solos... Remigia había salido de casa... ¿Cómo dispuso la casualidad que perdiera ella sus fuerzas, que su razón se turbara, que no valieran las súplicas?... pero el modo y manera importan poco. Con lágrimas en los ojos recordaba después Eugenia aquel declinar hermoso de la tarde, aquella temperatura enervante que recordaba las dulzuras primaverales de su patria, aquella turbación de sus sentidos que se asemejaba á los últimos momentos de una pesadilla con la que se sigue en lucha... ¡Qué dulce y profundo sueño si no se despertara después á la realidad! ¡Qué gran misterio fisiológico de la pasión si ese mismo sueño no fuera un hecho real que trae las consecuencias inevitables de lo que se realiza y se consume! Otra de las grandes contrariedades es la exigencia creciente del vencedor, que no se satisface con los primeros trofeos de la victoria. Por cuya razón,

desde aquella tarde, Boronat se dejaba ver todos los días en el cuartito de la calle de la Estrella y exigía que su amiga abandonara ocupaciones y labores para dedicarle á él solo las atenciones merecidas. Exigió, también, que cambiara su vestido humilde de lanilla barata por otro de más viso y mejores hechuras; un traje algo mejor cortado que realizara las perfecciones de su talle, lo bien modelado del cuerpo, donde formaban admirable conjunto de belleza la seductora morbidez de sus carnes y las justas proporciones del dibujo. Nunca imaginó Boronat que bajo aquella apariencia de mujer delgada, esbelta y pobre de sangre, hubiera tal tesoro de niveos relieves y virginales durezas, sin contar con la vida, con el calor, con el fuego dulce y apasionado que palpitaba al través de sus mudas caricias y pudorosos halagos. Ya no podía decirse que se destacara del asiento como una gentil figura de otra época, arrancada á los retratos de Sánchez Coello, sino que había recobrado su verdadera expresión de mujer contemporánea, fresca y joven todavía. Para ella el amor intranquilo, arrebatado, sorprendido en su lecho, lleno de temores y recelos, vino á ser como la satisfacción de una gran dicha: la había rejuvenecido. Á Boronat, hombre ya de treinta y tantos años, le agradaba sobremanera sentir el calor, la juven-

tud, los latidos de esta naturaleza femenina, que se sazónaba dichosa y calladamente á los primeros movimientos de la pasión. Así que algunas noches, después de cenar, salía á escape de su casa, entre nueve y diez, y comenzaba la ascensión de aquellos ochenta y seis escalones, que no eran ciertamente lo más agradable de la visita. Si la temperatura lo permitía, Eugenia lo esperaba en el terrado sentada en una silla baja, que le servía por lo común para la costura. Mientras él reposaba de la ligera fatiga de la ascensión, ella se vestía, arreglábale un poco, y en esta forma de señora enlutada, que no excluye ciertos aliños y composturas lo mismo en la persona que en el traje, se presentaba de nuevo, á su vista, recatada y dichosa. Parecía como asombrada y temerosa de aquella felicidad que henchía su corazón, á pesar de no traer aparejada la sanción legal de su disfrute. De tal modo que, al salir luego á la calle, iba ella con la cabeza algo inclinada y el velo echado, hasta que entrando en las más retiradas ó de escasas tiendas, Boronat le obligaba á apoyarse en su brazo y á seguir atentamente el giro de la conversación. Por lo común ella hablaba poco y se distraía con frecuencia al cruzarse con los grupos de caballeros ó señoras que les miraban con curiosidad de fisgones. Boronat se reía al ver la preocu-

pación de Eugenia, y deslizaba en su oído estas frases: «Deben ser de la policía secreta esos señores,» ó bien «Insurrectos de Loja... estoy seguro que son insurrectos que andan escapados.»—Subían á veces por la calla Ancha, pasando por delante del Hospital de la Princesa, recién construído, hasta la misma ronda, que era por entonces un páramo con pequeños manchones de yerba visitados por rebaños de cabras. Una obscuridad inmensa y silenciosa envolvía esta llanura sin término, que más se asemejaba á cercanías de aldea miserable que á confines de ciudad moderna, centro y capital de una península. Agradábale más á Eugenia andar por los alrededores de este páramo, entre tinieblas y olores de estercolero, que por las aceras anchas de una calle iluminada por las farolas y por las luces de los abiertos escaparates. Otras noches, si era algo más tarde, limitábanse sus paseos á las callejas y callejones que forman ese gran paralelogramo cuyos cuatro ángulos se apoyan en la Red de San Luis, Puerta del Sol, plaza de Santo Domingo y plaza de Isabel III. Á ciertas horas ya no temían á los curiosos; aumentaba la obscuridad; cesaban los rumores, las voces, la agitación, refugiada en los cafés y teatros, y únicamente al revolver de una esquina tropezaban con alguna pareja desperdigada ó con

algún grupo de camaradas alegres y decididos. Nunca había trasnochado Eugenia tanto ni con tanta frecuencia. Y como de temperamento nervioso, sentía redoblarse la agudeza de sus sentidos y la excitación de las sensaciones. Muchas veces, al subir la cuesta imperceptible de la calle Ancha, se paraba un momento y decía á Boronat:—Esta población no huele nunca á campo, ni á flores, ni á cotral, ni á ganado, aunque salga usted á las afueras... Las nuestras huelen mejor...

—Usted ha estado en Murcia, población agrícola; usted ha vivido en Alicante, población semi-agrícola, con campos y viñedos. En Madrid no se conoce nada de eso, ni siquiera por el forro... Aquí hallará usted industria, comercio, lujo, grandeza, palacios, teatros y un cielo muy bonito; en fin, de todo, menos campo.

—Pues no deja de ser bien triste. ¡Es tan hermoso el campo!—exclamó Eugenia sorprendida de improviso por una de esas plácidas y fugaces visiones que traen á nuestra imaginación recuerdos, escenas ó paisajes, encanto de la juventud, iluminados vagamente con la eterna poesía de lo pasado. Figurósele ver los viñedos alicantinos; la planicie verdosa ondeando entre olivos, naranjos y algarrobos; los caminos polvorientos y perfumados que atraviesan la huerta de Murcia, y hasta los

senderos de Elche, frescos y umbrosos, bajo el gallardo follaje de las palmeras. Allí había pasado un verano siendo ella niña, en casa de unos parientes de su madre, y recordaba las meriendas campestres á las orillas del Vinalapó, y las alegres tardes de Pascua cuando se iba á *matar la mona* y á *tomar el pello*.

—Se ha quedado usted pensativa... ¿En quién pensaba usted, si puede saberse?—preguntó Boronat, observando el prolongado silencio y la pasajera enervación de su amiga, que subía despacio y como fatigada la cuestecilla de la calle.

—¡Ea! Ya estamos en casa. Pues no crea usted que me he cansado, aunque parezca otra cosa. ¿No sube usted á sentarse un rato?

—Esta noche no subo. ¿No me dice usted en quién pensaba?...

—Es usted más niño que los niños de la escuela...—repuso Eugenia, sonriendo con la satisfacción del amor correspondido que se siente dueño y poseedor absoluto de la persona querida.—¿No sube usted? Entonces mañana se lo diré...

A la anterior correría nocturna siguieron otras muchas que representaban en todas sus múltiples fases y matices la pasión renaciente, viva, alimentada cada noche y cada tarde con nuevos incidentes y nuevas satisfacciones...

Según los temperamentos y caracteres, sostenese esta suprema fascinación de los sentidos por espacio de un mes, dos, tres, cinco, diez, un año... ¿Quién puede predecir el tiempo de lo que vive con nosotros? Pero no cabe duda que, á semejanza de una dolencia nerviosa, sobrevienen crisis terribles determinadas por circunstancias especiales, ya por cansancio físico, ya por repugnancias morales ó por hastíos repentinos que originan causas puramente fisiológicas... Todo cuanto atañe á las funciones fundamentales de nuestro organismo es anómalo y misterioso... Pero una vez vencida la crisis, la fascinación se renueva, el cerebro y el corazón continúan viviendo de aquellas impresiones que constituyen la mayor suma de su actividad, es decir, de lo que se imagina más grato y agradable. No hay, pues, necesidad de pintar con más pormenores la existencia de Boronat y de su amiga en estos tres meses de primavera, contando desde mediados de febrero. El estudio psicológico de la crisis experimentada por aquél sería enfadoso para los lectores, que exigen hechos ante todo, bastándonos con tomar nota de éstos y apuntar alguna que otra idea de las que los preceden.

Ya se recordará que entre las relaciones del banquero figuraba la del diputado don Eloy Pastor, á cuya casa subía de tarde en tarde.

Era una amistad antigua, pero poco cultivada, debido en su mayor parte á que no continuando Boronat en el campo político, no podía haber los encuentros, las expansiones y las confianzas naturales de las personas que giran en idéntico círculo. Á don Eloy se le veía en el Suizo, en el Casino, en el Congreso, y Boronat no pisaba estos sitios sino por pura necesidad en busca de un amigo ó de una noticia de importancia. Esto no obstante, siempre que se tropezaban, don Eloy, como de más edad y más caracterizado, le trataba con bastante familiaridad, dándole palmaditas en el hombro. —Pero, hombre, ¿dónde se mete usted que no le veo?... Estas hormiguitas de su casa... éstos que se llenan de dinero... ¿Qué se hace usted por ahí? En fin, ya sabe usted que se le quiere. Véngase usted por casa cuando pueda. No tiene usted perdón de Dios si no viene usted por casa.

Así que, por corresponder á estas repetidas instancias como por estímulos de sincera amistad, Boronat iba algún domingo que otro á la tertulia de esta reducida familia. La formaban don Eloy; su mujer, señora de mucha labia y más entendimiento que el marido, según decían, y una sobrina que no pecaba ni de corta ni de larga, ni de fea ni de bonita: una excelente muchacha, y nada más. El matrimonio

no tuvo descendencia. Como él era al fin personaje político y ella agradabilísima en su trato, y había además una señorita en la casa, no podían faltar amigos, correligionarios, aduladores y compañeras de la sobrina, relaciones de colegio ó de tertulia. Contábase entre estas últimas á la hija de don Antonio Pérez-Hita, empleado años atrás en el Tribunal de Cuentas, diputado de la Unión liberal y riquísimo propietario de la Mancha. Era hija única, y los padres, celosos de su bien hasta la exageración, andaban á la husma de una persona formal, inteligente, bien nacida, con instintos de orden y de economía, que hiciera la felicidad de este pedacito vivo de su corazón. La mamá, sobre todo, á imagen y semejanza de las antiguas dueñas, vestida con poco gusto, casi siempre de negro, le acompañaba á todas partes, sin separarse un solo momento de la muchacha. Esta apreciable señora hubo de simpatizar con la mujer de don Eloy Pastor, admirando su manera de tratar á la gente y su mucha sagacidad para conocerla. Entraron, pues, á formar este gran núcleo de simpatía, por partes iguales, una de cordial admiración y otra de conveniencia propia. Ved aquí el motivo por el cual las noches que se reunían en casa de la mujer de Pastor contase esta infinidad de pormenores personales y de su familia,

escuchándole su amiga con esa afectuosa benevolencia con que se atiende á las personas sencillas que buscan estimación y consejo. Hablando de tantas cosas, era natural que viniera alguna vez á propósito el problema de la colocación de la hija.—¡Oh! los hijos... crea usted—repetía en semejantes ocasiones la susodicha señora,—crea usted que *casi* es una felicidad el no tenerlos...—¿No es cierto que este casi, que ella prodigaba mucho en sus frases, pinta una de las facetas visibles de estos caracteres irresolutos que buscan lo mejor sin decidirse nunca por lo bueno? Ello es que, barajando nombres y apellidos, una de aquellas noches salió á colación el de nuestro banquero.—¿Y quién es ese Boronat?—preguntó doña Margarita, que así se llamaba la mujer del propietario.—Si usted debe conocerle; si ha estado aquí con ustedes no hace todavía una semana.—Pues no recuerdo, señora, si usted no me da más señas...

Con los datos que le proporcionó su amiga y otros que vino á recoger posteriormente, la buena señora se formó una idea muy ventajosa de Boronat, persona formal, bien nacida, de buenos antecedentes, solícito con la familia y cuidadoso de lo suyo. ¿Qué más se podía apetecer? Pues aún apetecía más aquella digna madre, enamorada de lo mejor: que fuera

joven, de esmerada educación y de buenas costumbres, ya que no de costumbres ejemplares. Con todo y con eso habló varias veces á la señora de Pastor del anterior sujeto y del gusto que tendría en conocerle personalmente y estrechar su mano. Tanto se debatió el asunto, que en otra ocasión la amiga, que no era envidiosa ni tenía hijas que colocar, expresó su opinión de la manera siguiente:—Crea usted, señora, y lo digo con toda sinceridad, que si se tratara de una señorita de mi familia, no pondría por mi parte ningún obstáculo. El señor Boronat es un caballero, un hombre de negocios, una persona muy amable y muy corriente...

Esto remachó el clavo, como comunmente se dice, y desde aquella noche doña Margarita no vivió satisfecha hasta no ver á Boronat mano á mano con su hija, en la misma sala donde los señores de Pastor recibían. Si esto puede llamarse trama, no hay duda que ambas mujeres supieron hilvanarla á maravilla, de forma que llegara á establecerse el conocimiento y relación de unos y otros como por pura casualidad. Enterado anticipadamente por su esposa, el señor Pérez-Hita fué el primero en romper el fuego en cuanto se presentó la ocasión. Un domingo apareció Boronat en escena; se aproximó el antedicho, saludó al banquero,

presentado por el dueño de la casa, y luego el mismo presentado extendió el beneficio de la aproximación, con pelos y señales, á su señora y á su hija. Al pronto no reparó Boronat en su sentido diplomático y secreto, porque cada día está uno conociendo caras nuevas y adquiriendo nuevas relaciones. Únicamente don Eloy, hablando aparte con el banquero de la familia de Pérez-Hita, alargó algún tanto sus comentarios y exclamó de repente:—Y á propósito, don Juan José: usted, que sigue viudo y en estado de merecer... ahí tiene una chica que vale lo que pesa, una muchacha que me quitaría á mí el sueño si estuviera soltero.

—Vamos, ya es algo... ¿Y á quién se refiere usted?

—¡Toma! pues á la de Pérez-Hita... Y no crea usted que es cháchara eso del peso... Nada, nada: aquí, para *inter nos*, puedo á usted asegurarle que esa chiquilla no va á recibir las bendiciones sin un par de millones en cada bolsillo. Esto sólo para alfileres, como dicen ellas, y como regalo de boda... que luego... Hay que contar también, amigo Boronat, que es hija única, y el padre... no sabe lo que tiene, no sabe lo que tiene, sí, señor. Es uno de los primeros contribuyentes de la Mancha; eran cuatro hermanos, dos varones y dos hembras, á cual más ricos. Pues bien, fueron muriendo

uno tras otro en poco tiempo, y como era natural, no habiendo hijos ni familia, todo lo ha heredado nuestro don Antonio. Conque figúrese usted si el hombre...

—Yo los conozco,—repuso Boronat queriendo recordar el aspecto, señas y figura de los señores citados.

—¡No los ha de conocer, hombre de Dios! Aquí mismo los ha visto usted y los ha saludado no sé cuántas veces...

—Cierto, cierto. Me parecieron excelentes personas.

—Muy buena gente... Un poco á la antigua, es decir, con ciertos hábitos de provincia; pero muy buena gente, ya le digo á usted.

Con esta preparación, y á pesar de las recientes impresiones que llevaba de su amiga Eugenia, al otro domingo el banquero se fijó muy especialmente en aquella familia de Pérez-Hita, que había pasado ante sus ojos inadvertida ó poco menos. El padre le pareció un hombre de suerte, preocupado con la política y no curado aún de la manía de figurar en ella. La ambición de la madre se cifraba únicamente en el porvenir de su hija, y olvidaba demasiado en su porte y maneras algunos pormenores que no son para olvidados en buena sociedad. En cuanto á la niña... la niña, como educada en colegio y mimada de sus padres,

presumía bastante de bonita, de lista, de exquisito gusto para vestir y presentarse en sociedad. Era un tipo simpático y distinguido por naturaleza, si bien luego su presunción y su vanidad le hacían desmerecer bastante en la estimación de los que la trataban. Sin embargo, la impresión de Boronat fué buena, y envalentonado con la victoria alcanzada sobre Eugenia, mujer tan difícil de conquistar como de vencer, se presentó con aire de triunfador, satisfecho y pagado de sí mismo. Lisonjeábale en extremo la idea de una nueva campaña donde consiguiera reverdecer sus recientes laureles. Ahora, para hallar lógico este excesivo amor propio del banquero, conviene tener en cuenta que su juventud se había consumido en una continua lucha con el trabajo. Fué una juventud sosa, sin amoríos de vecindad ni grandes trapisondas. La mujer que trató y conoció en aquellos días de relativa estrechez, fué la pobre mujer, traída y llevada, que ofrece sus atractivos al primero que se acerca.

No siendo vicioso ni disipado conservó, por lo tanto, el vigor físico que sustenta el calor de la imaginación y prepara esa madurez opulenta, expansiva, alegre que admiramos en las naturalezas privilegiadas. Seguramente que el alardear de joven á cierta edad, corre el inminente peligro de sufrir la tiranía de una pa-

sión avasalladora y temible. Temible por dos conceptos: por encontrar virgen el terreno de los afectos que los años agrietan y reblandecen, y por poder sostenerse en él con todas sus consecuencias, gracias al vigor y sanidad de la naturaleza. ¿Consideraremos á Boronat en este caso? En realidad, el hombre no obra solicitado tan sólo por su temperamento. Á esa multitud de circunstancias impulsivas y enérgicas que le inclinan ora á un lado, ora á otro, hemos dado en llamarlas el medio ambiente, y no hay por qué negarles su poderosísima influencia. De modo que á los hechos habremos de atenernos en último resultado.

Halagado por la idea de la conquista, Boronat acudió á las reuniones de la familia de Pastor con mucha más frecuencia. Después de saludar á don Eloy y de estrechar la mano al señor Pérez-Hita y quedar conformes con uno y otro en la manera de juzgar la política del Gobierno, se acercaba al grupo de las muchachas, acomodándose al lado de la señorita Isabel. Isabel Pérez-Hita no le miraba con malos ojos, recibía con gusto sus atenciones y lisonjas; pero no era tampoco de esas coquetuelas que se envanecen y loquean con el primar galancete que las llena de flores. Como discreta y vanidosilla, sabía guardar su puesto, rechazar lo que no fuese de buen gusto y hacerse valer

cuando se presentaran ocasiones como la presente. Este ten con ten picó desde luego el amor propio del banquero, que por esto mismo y por la viveza de su carácter quería hallar caminos expeditos, situaciones claras y despejadas. Para el trato y galanteo de la mujer le faltaban esos matices, esas insinuaciones, esas delicadezas que se aprenden únicamente viviendo algunos años entre la buena sociedad, sobre todo cuando no se adivinan por instinto propio ó por una superior cultura del espíritu. Hacía, pues, gala de su buen humor, trataba de aparecer ocurrente y chistoso; pero esto, que satisface al ingenio, que es pasto sabroso para la maledicencia, no llena el corazón de la joven que, por su falta de experiencia, no comprende la doble significación de las palabras. Además, la mujer que acaba generalmente por ser en la vida práctica y positiva, empieza siempre por idealismos y aspiraciones que son la flor de su organización nerviosa, de su instrucción deficiente y limitadísima. Vino á resultar en su consecuencia, el nacer entre Isabelita y Boronat una cierta quisicosa difícil de definir, por participar de la emulación, del pique y hasta del interés propio.

Esto sucedió al cuarto ó quinto domingo: retiróse Boronat más empeñado que nunca en salir airoso de aquella empresa, pues suele

ocurrir que para determinados caracteres las resistencias son á manera de espuela que los estimulan y precipitan. Después, á tiempo de acostarse, y mientras se desnudaba delante de la cama de matrimonio que podía recordarle tantas cosas, iba haciendo examen de conciencia. Sí, no había por qué dudar: le convenía por infinitas razones aquel negocio, que parecía llovido del cielo; pero llovido para él, como una prueba más de su envidiable suerte. La muchacha le interesaba, le encantaba, le seducía, por lo mismo que, á semejanza de una mariposilla, revoloteaba á su alrededor sin dejarse coger. Además, ¡qué lindo porvenir el de esta chica! El día en que la enorme herencia de sus padres se fundiese con su capital, bien podría compararse con aquel famoso marqués que asombraba á Madrid con sus proyectos, sus despilfarros y sus millonadas...

Luego dirigía una mirada de complacencia á su persona: se hallaba en la plenitud de la vida; no representaba más que treinta años; se sentía más fuerte, más ágil, más inteligente que á los veinte años; seis horas de trabajo diario eran para su imaginación como una partida de tresillo, ni más ni menos... Ciertamente que podía presentarse como un soltero, independiente y libre, sin obligaciones de ningún género. Y aquí asomaba el punto negro del nego-

cio: había que contar con sus dos hijos. Pero qué, ¿sería el primer viudo que se hallase en este caso? No sería ciertamente ni el primero ni el último. Sobre este particular convenía tener presente que el aditamento de los hijos es enfadoso y terrible cuando la familia no cuenta más que con un sueldo de seis mil reales con descuento. No sucede así donde, como en casa del banquero, sobra lo necesario y no falta lo superfluo.

—¡Donde hay pan, hay alegría! — repetía una y otra vez, empezando por convencerse á sí mismo de la verdad de este proverbio. Y reflexionando sobre el tal proverbio se quedó dormido.

Al otro día, á las nueve de la mañana, ya estaba en su despacho. A eso de las doce, Teodoro, el mozo que venía de recoger unas letras, subió una carta para don Juan José, que habían dejado en la portería. Conoció él la letra del sobre y la abrió al punto, aunque suponía el sentir de su contenido.

Era carta de Eugenia, que se lamentaba de una ausencia de tres días, y le rogaba que le explicase la causa. La atribuía ella á sus muchas ocupaciones y negocios; pero ¿y si se hallaba enfermo?... Por lo tanto, esperaba con ansia indecible la contestación, en el caso de que no fuese él mismo á llevarla. Después de

sepultar el pliego en su bolsillo, Boronat continuó el trabajo que traía entre manos, dejando para la tarde la solución de aquel terrible problema. Los tres días de ausencia venían á ser la preparación necesaria para dejarle planteado. Al poco rato entró en el despacho don Rosendo Benavides, aquel respetable personaje político que tenía el fatalísimo don de la palabra. Saludólo Boronat afectuosamente como á antiguo amigo de la familia, y lo pasó al gabinete que estaba próximo al despacho, donde recibía á las personas de mayor intimidad. El asunto no exigía, después de todo, gran reserva, pues se trataba únicamente de girar una gruesa cantidad á Cuenca para un señor canónigo, dignidad de la catedral y pariente de don Rosendo. Una vez arreglado, y hablando de las noticias del día, de las cuales nuestro personaje se daba siempre por muy bien enterado, le participó la que acababa de saber en aquel momento: la novedad del doctor Astudillo, que había caído en cama con una fuerte y temible pulmonía. Sorprendióse no poco al oirlo, sabiendo que era la cuarta que pasaba su reputado amigo y el secreto terror con que solía mirar este género de dolencias, tan comunes en Madrid. Otras noticias soltó luego el señor de Benavides sobre un cambio político más ó menos cercano; pero esto ya no interesaba tanto á

Boronat, y le acompañó al despacho sin entrar en más explicaciones ni pormenores.

Á la hora de la comida les comunicó á su madre y prima la triste nueva, y le pareció que la impresión no había sido tan grande como esperaba. La oyeron con cierta sorpresa, y nada más. ¿Se hallarían ellas también preocupadas y abstraídas hasta el punto de no tomar interés por cosa ni persona que no se refiriese á su preocupación?...

En otras ocasiones se habían mostrado desde luego más atentas y sentidas por las dolencias de un hombre que más de una vez se sentó á la cabecera de su cama afable y cariñosísimo, como si fuese su hermano mayor. Á Boronat no dejó de chocarle; pero no amenguó por de contado el interés y la necesidad que sentía de conocer el estado del enfermo. En cuanto acabó de fumar se vistió con alguna precipitación, como quien trae multitud de asuntos sin resolver en la cabeza, y se encaminó hacia la costanilla de los Ángeles. Había dos coches particulares á la puerta con estirados lacayos, de lo cual dedujo la gravedad del ilustre doctor cuando venían á visitarle aristocráticos y titulados clientes. Subió, en efecto, á la casa, y se encontró, no sólo con los distinguidos amigos que tenían su coche á la puerta, sino con una media docena de médicos, no-

tabilidades algunos de ellos, que acudieron espontáneamente á ofrecer sus servicios. Esto probaba las simpatías de Astudillo entre sus compañeros. Llegó, pues, nuestro Boronat en el momento en que empezaba la consulta, decidiéndose desde luego á esperar en la sala para saber el resultado y conocer por sí mismo la opinión de la mayoría. Entre parientes y relacionados se había reunido bastante gente, y se aproximó á un grupo de caballeros, á ninguno de los cuales pudo saludar como amigo por no distinguir las fisonomías entre la semi-obscuridad de la sala. Uno de éstos, sin embargo, tendió la mano á Boronat y le preguntó por su familia: llamábase don Emilio Yáñez de la Mata.

Este don Emilio, de filiación política moderada y hechura del Marqués de Miraflores, había estado en la Dirección de Beneficencia, y posteriormente en otros puestos de nuestra administración, con pingües sueldos y esperanzas de subir á mayores. Hubieron de conocerse en casa del hermano de su prima Manuela, militar muy bien relacionado en la corte por haber sido ayudante del general Ríos. Después lo vió algunas veces en Bolsa, pues era hombre que, á causa de su numerosa familia ó de su excesivo fausto, no le bastaban para sus atenciones los cuarenta mil reales que disfru-

taba como Director en uno de los negociados del Ministerio de Ultramar.

—¿Cómo sigue el enfermo, usted sabe?—le preguntó Boronat.

—Según dicen estos señores, la pulmonía no se presentó franca y desembozadamente al principio... Se creyó que era una fiebre, un catarro fuerte, cualquier otra cosilla menos eso. De modo que se augura muy mal. Ahora veremos lo que sale de la consulta. ¿Se espera usted á la consulta? Pues entonces pasaremos al despacho y no molestaremos tanto á las señoras...

Y tomando la delantera, como prueba de la familiaridad que tenía con los de la casa, invitó á los demás caballeros para que pasasen al despacho si gustaban. Una vez que entraron en este amplio y severo gabinete de estudio, sentóse al lado del banquero, y sacando una elegante petaca de plata, le ofreció un riquísimo tabaco habano diciéndole:—Se lo recomiendo á usted, señor de Boronat. Es de los que vienen para el señor Ministro... Y si algún día se sienta usted en la poltrona de Hacienda, y yo sería el primero en felicitarle, ya me devolverá usted el obsequio.

—Yo se lo agradezco infinito y no lo olvidaré; pero usted está en mejor situación que yo para llegar á ocuparla, créalo usted. Así me lo

parece por lo menos, y tampoco dejaría de celebrarlo.

—No, no; son ustedes los necesarios, los imprescindibles en todas las situaciones, los hombres de dinero.

—El dinero se encuentra en todas partes. Lo que se busca es la capacidad, una buena inteligencia. Esto sin que me cuente usted á mí entre los hombres de dinero.

—Vamos, señor de Boronat, no hay que quejarse. No ignoro que está usted en los comienzos; pero me consta también que es usted de los que saben hallarlo. En cuanto á la capacidad... ¡déjese usted de morondangas! el hombre que sabe enriquecerse tiene capacidad de sobra para gobernar, no una península, sino siete penínsulas como España.

—Como España, no lo dudo—repuso Boronat riéndose de buena gana y dando un fuerte chupetazo al cigarro.—Sí, señor, si aquí gobierna cualquiera: el moro Muza que viniese... Pues qué, ¿no gobernaría el moro Muza tan bien ó mejor que don Ramón María Narváez?

—No me toque usted á los míos, señor de Boronat. Don Ramón María Narváez es todo un caballero, con más corazón que el mismísimo Gonzalo de Córdoba.

—No lo niego; pero entiéndame usted: yo no soy político. Lo mismo pude hablar del

general Narváez, que del conde de San Luis ó del marqués de Miraflores...

—¡Tape, tape, tape esa boca y no diga más! Me está usted citando á la flor y nata de nuestros hombres de gobiernó. ¡Vaya un cogollito de ministros que usted me elige, compañero! Lo cual me prueba, dicho sea de paso, que usted tiene sus aficiones políticas como cada hijo de vecino. Resérvelas usted ó no las reserve, figure usted en un partido ó no figure, eso no quita ni un adarme de fuerza á mi afirmación: que usted, que sabe hacer dinero, cuenta con suficiente capacidad para ocupar un alto puesto en la política.

—Eso no, eso no... señor de Yáñez. No me considero yo...

Boronat aducía razones para no considerarse con méritos bastantes, ni siquiera con lo indispensable; pero el respetable Director insistía en sus alabanzas y en incensar al idolillo de oro de un modo indirecto, por medio de perífrasis, símiles y comparaciones. Interrumpióles al poco rato la salida de los doctores, que avanzaron por el pasillo en compacto pelotón, con los semblantes graves ó arrebatados, brillantes las miradas, nerviosas las manos, hablando y discutiendo en voz baja, sorda, de profunda resonancia.

—Ahí están,—exclamó el señor de Yáñez,

arrastrando á su compañero al encuentro de los médicos. Luego, asomándose al pasillo, detuvo al doctor Hinojosa, á quien conocía, y le interrogó con cierta familiaridad acerca del estado del paciente. Contestó el doctor que el peligro continuaba en pie; que se temían algunas complicaciones, por ejemplo, la inflamación del pericardio; que se creía no hubiera empezado la gravedad por un ataque de asma; que no era allí lo principal la expectoración como signo de la infiltración purulenta; en fin, que se reunirían de nuevo á las diez de la noche para... etc., etc. Mezclando en la conversación términos científicos y tocando muchas teclas, los dejó como á obscuras, sin saber á qué atenerse; mas al llegar á la puerta, despidiéndose de ambos, deslizó en su oído estas palabras:—Allí se ha discutido terriblemente; pero, créalo usted, nuestro amigo no tiene remedio. Esto va por la posta.

En cuanto les volvió la espalda, y mientras se dirigían otra vez al despacho, el señor Yáñez le dijo al banquero:—¿Usted ha visto? Como lo conozco bastante, por eso le pregunté á él... Es verdad que charla, y charla, y no acaba nunca. No importa, déjele usted despacharse á su gusto, que al fin y al cabo el hombre suelta la píldora... Ya lo oyó usted: esto va por la posta. Pues tenga usted entendido que no sue-

le equivocarse en sus apreciaciones. Este señor Hinojosa es un viejecillo marrullero que sabe mucho.

—Pero hay quien sabe más, por lo que yo veo...

Sonrióse con marcada satisfacción el respetable Director de negociado, y, sin darse por aludido, varió de conversación, volviendo á la cuestión de la capacidad política. Hablaron después de negocios y de otros asuntos, hasta que el sobrino de Astudillo les invitó á pasar un momento á la alcoba del enfermo, por si gustaban saludar á la familia. Allí estaban su señora, la hija casada, su marido y el médico Cortázar, discípulo predilecto y amigo cariñoso del doctor. Cumplido este deber de afectuosa cortesía, Boronat se despidió del señor Yáñez, y recordando haber recibido una nota de Javaloyes, se encaminó al almacén, establecido en un entresuelo de la Concepción, á dos pasos de la calle de Atocha. Con esto y con la anterior visita, tuvo bastante para consumir la tarde sin que le quedara media hora de tiempo disponible. Cuando salió del despacho del comerciante ya había obscurecido por completo, de modo que determinó retirarse á su casa con intención de revisar unas cartas, leídas de prisa, momentos antes de coger el sombrero.

Leyó, pensó, escribió, habló con la familia,

y después de cenar, siguiendo la costumbre de otras noches, tomó la dirección de la calle de la Estrella. Esperábalo Eugenia impaciente y temerosa, no comprendiendo que nuevos obstáculos podían haberle impedido el acudir por la tarde á su llamamiento. Así es que al entrar en la salita le echó los brazos al cuello y recostó su cabeza en el pecho, ocultando la emoción honda y viva que humedecía sus ojos.

—Dispénsame, hija mía...—expresó Boroniat sentándose al lado de su amiga,—me fué imposible, completamente imposible. Si parece que lo hace el diablo, mujer, el que todo se vuelva tropiezos y dificultades algunas veces. ¡Ah! ¿Sabes quién se está muriendo ó poco menos? Acabo de verlo y hablar con él... Y ahí tienes una de las visitas que me han consumido más tiempo.

—¿Y quién es él?

—Nuestro amigo Astudillo. Me dieron malísimas noticias, y según el dictamen de uno de los que asistieron á la consulta han sobrevenido complicaciones graves... ¡qué sé yo! la cosa se ha puesto muy fea. Yo lo siento en el alma, porque médicos como el doctor Astudillo debían ser eternos... Luego una persona tan fina, tan inteligente, tan cuidadosa para los enfermos... te digo que lo siento de verdad, lo mismo que si fuera de la familia.

—También yo lo siento...—repuso Eugenia con un cierto dejo de amargura que turbó algún tanto al banquero:—basta su manera de portarse con nosotros... Pero ya ves, yo aquí sola, aguardándote un día, y otro, y otro... Tres días y medio, y puede decirse que cuatro, has estado sin dignarte venir ni escribir una letra. Como supongo que habrás recibido mi carta, pensé para mí: «Esta tarde no falta.» Pues nada, como las demás; y gracias que te dejas ver por la noche. Antes, ya recordarás, te so-
braba un rato á cualquier hora de la tarde, ó después de cenar. Ahora...

—Las circunstancias varían: hay semanas en que todos los del despacho andamos atropellados; los negocios no esperan... en fin, tú sabes que si falto no es por capricho ni por gusto mío.

—No, si no es de esta semana precisamente de lo que me quejo. Las noches que has dejado de venir desde primeros de junio no tienen cuenta, de modo que... ya ves. Y aún no me parece esto lo peor, porque yo noto en tí una cosa particular... una cosa así tan... no sé cómo. Vamos, yo no acierto á explicarlo; pero lo siento y lo comprendo á mi manera. Algo bueno daría yo por equivocarme. Tú verás cómo no me equivoco. Y mira, aún no me has dicho si quería salir á tomar un poco el

aire en una noche tan hermosa como ésta...

—¿Serás niña? Eso no se pregunta, mujer; cuando tú dispongas,—apresuróse á afirmar el amigo, no poco asombrado de la profunda observación de Eugenia, que había conocido en sus ademanes ó en alguna que otra mirada el oculto pensamiento que presidía estas ausencias intencionadas de tres y cuatro días. Lo peor para Boronat era que, como hombre realmente apasionado, olvidaba su papel de galán frío ó indiferente en el momento en que se sentaba al lado de su amiguita. Pero acaso exista un ambiente moral que pese y se agite alrededor de cada sér humano, á semejanza de esa gran columna atmosférica que rodea nuestro planeta; y en tal caso la mujer amada, con ese instinto infalible de percepción, propio de ciertos temperamentos, sienta y descubra la variación de ese ambiente, el cambio gradual de su temperatura. Sea lo que fuere, sólo podemos decir que ese instinto es maravilloso. Nunca se había visto el banquero estudiado, analizado y comprendido de la manera que lo fué por Eugenia desde el día en que, realizada su posesión, vino á establecerse entre ellos la intimidad de marido y mujer. La sorpresa de Boronat estribaba en esto: en que sin haber indicado á su amiga la menor idea de rompimiento, ni siquiera de tibieza, hubiese sospechado

lo que bullía y atormentaba su imaginación. No aclarando, pues, este punto; dejándola con sus dudas y temores, discurrió que sería lo mismo que preparar el terreno para cuando llegase aquel triste caso.

—Gracias, gracias, veo que no traes muchas ganas y me resigno—expresó ella con tristeza; —pero dispongo que salgamos al terrado.

Cogió Boronat las dos sillas donde estaban sentados, y se trasladaron al terradillo en medio de ese silencio que precede á dolorosas determinaciones, ó es signo de incurable indiferencia. Por lo demás, la noche, quieta y sosegada, con un cielo sin celajes, cuajado de millares de estrellas, convidaba á respirar su ambiente, á sentir la paz y la serenidad de los grandes horizontes. Hacia la derecha, encima de sus cabezas, brillaba el segmento plateado del creciente, difundiendo por los tejados y cercanías una claridad tenue y apacible. El banquero, que continuaba callado, simulaba un gran cansancio; fué, pues, ella la primera en romper el silencio:

—No quisiera que te enojaras; pero compréndelo, Juan José: no te pareció bien que fuera á trabajar á casa de Flora ni á ningún obrador conocido; como ya te dije, nuestros quehaceres se concluyen muy pronto; aquí no entran hombres, y las amigas que me visitan

son contadas; de modo que los días que no vienes y tenemos poca labor, se me hacen eternos, fastidiosos, aburridísimos... Compréndelo, eso es natural. ¿Qué voy á hacer? ¿salir á paseo, echarme á la calle?... La calle no me gusta, además de que siempre llama la atención una señora que va á todas partes sola...

—Antes no sucedía semejante desgracia. ¿Cómo sucede ahora?—interrogó Boronat en un tono entre zumbón y serio.

—Antes venías todas las noches ó todas las tardes. ¿Cómo no vienes ahora?

—Las circunstancias varían; ya te advertí días atrás que...

—Yo creo que es la voluntad la que varía... En fin, clarito: por mi tranquilidad, ya que no por la tuya, dime de una vez lo que tengas que decirme, y salgamos de dudas. ¿No hay algo de por medio que te obligue á variar como has variado?

Boronat miró fijamente á su amiga, y no tuvo valor en aquel instante para confesarle la verdad. Diríase que la tristeza de la soledad y la tristeza de los presentimientos que apenas su corazón, habían echado sobre su rostro, pálido y ojeroso, un velo de imborrable melancolía. Sin querer, observando de frente ó de soslayo este rostro, comprendiendo lo que de-

bía sufrir bajo aquella máscara de melancólico reposo, Boronat se sintió algún tanto conmovido. Como preparación le pareció bastante: no quiso ahondar la herida con la revelación completa de sus propósitos. Era, á no dudar, que en el fondo de su corazón luchaban desesperadamente la pasión y el interés, alimentado por ideas de gigantesco engrandecimiento; la ternura sostenida por la sangre, por el temperamento, por la belleza de la persona amada, y el egoísmo latente, movedizo, sórdido, voluble, que todo lo sacrifica ante la conveniencia propia.

—Vamos, estos días te ha dado por ahí— contestó el amigo, intentando sonreirse, aunque sin conseguirlo.—En algo habías de pensar en esos ratos que has estado sola...

—¿De veras? ¿son cavilaciones mías? ¿no habrá motivo para sospechar lo que tanto temo? ¡Dios mío, si fuera verdad! ¿Será verdad?

De pronto recostó ella la cabeza en el pecho de Boronat; cruzó su brazo derecho por la cintura, y, cerrando los ojos, se quedó inmóvil, callada, adherida al cuerpo de su amigo como una niña mimada ó asustadiza. Así pasó un largo rato, hasta que, volviendo á levantarse y reparando aquél en la palidez de su semblante y en la lágrima que mojaba sus pestañas, le preguntó qué tenía.

—Nada, si no es nada... Me sucede algunos días que me levanto con pesadez en la cabeza, mal humorada, triste... luego me entran ganas de llorar sin saber por qué... me dan manías extrañas, me apetecen las cosas más raras. ¿Á que no aciertas tú lo que se me antojaba ayer tarde? Pues aquellos limones dulces que venden tan baratos en nuestra tierra. No sé lo que hubiera yo dado por media docena. Tenía una sed espantosa, una sed que no se calmaba con agua ni con ningún refresco; pero estaba segurísima que con un par de limones se me habría quitado. Ya ves que esto no son más que rarezas, la ociosidad, y luego... la pena de no saber de tí, de que no vinieras en tantos días... —Diciendo esto se levantó de la silla y se dirigió con algún apresuramiento hacia su gabinete.

—¿Te ocurre algo? Voy yo allá también,— preguntó Boronat un poco sorprendido.

—No, no vengas. Vuelvo en seguida.

Y, en efecto, á los pocos minutos se presentó en el terrado, sentándose de nuevo al lado del banquero, sobre cuyos hombros tornó á recostarse con languidez de muchacha enamorada, enferma, nerviosa, dolorida, que busca como refugio y amparo el tembloroso regazo de la abuela. Mientras ella parecía reposar no desplegando sus labios, él le hablaba de su país,

de la ciudad, del castillo perdido en las alturas del cerro, del paseo de la playa adornado de pequeñas palmeras, de familias conocidas y de cien recuerdos que anidaban en su imaginación como juguetes infantiles, unos brillantes y bien conservados, otros vagos, incoloros ó rotos. Á la hora de costumbre se puso Boronat de pie, y sin tocar ni por referencia la anterior cuestión, se despidió con gran afecto de su amiga hasta la noche siguiente.

Después, al llegar á su casa, variando de repente el rumbo de sus pensamientos y recordando los sucesos menudos del día, le ocurrió esta pregunta: «¿Por qué se mostraría tan cariñoso conmigo el señor Yáñez de la Mata?» pues es lo cierto que nunca le había prodigado semejantes elogios, ni le hubo de dirigir la palabra de una manera tan cortés y tan afectuosa. Por otra parte, el tal señor era hombre presuntuoso, muy pagado de sí mismo, no escaso, sino repleto de ambición, un gran personaje que no solía mostrarse familiar, llano y complaciente ni aun con personas de su categoría. Pensando en esta singular rareza, capricho misterioso ó llámese como se quiera, nuestro simpático Juan José empezó á cerrar los ojos.

Quedábale por recibir á la mañana siguiente otra sorpresa, no menos singular y rara, de parte de doña Balbina. Acabado el desayuno,

aún danzaban los niños por el comedor, desgreñados, con las blusillas sin abrochar y las calzas caídas, en mayor estado de perezoso descuido que la tía y la abuela, que tampoco se habían sentado delante del espejo para hacer la diaria tarea de su arreglo. En esta forma, pues, con una cofia negra en la cabeza y un pañolito de seda obscuro sobre los hombros, entró la buena señora en el cuarto de su hijo antes que éste pasara al despacho. Algo le extrañó á él la visita, por ser temprana y por haber cerrado aquélla la puerta con las precauciones de la que no quiere ser oída. Acercóse á Boronat y le preguntó si tenía en aquel momento alguna ocupación precisa por la cual no pudiera detenerse ni quince minutos. También le extrañó á él la tal pregunta, puesto que demasiado sabía que cualquier asunto, por perentorio que fuese, lo había de dejar ó diferir para escuchar á su madre. Entonces ella, aproximándose más, con ese cabeceo y ese misterio que adquieren las devotas en sus frecuentes cabildeos y murmuraciones á la salida de la iglesia, le contó cómo hubo de llegar á sus oídos las relaciones *non sanctas* que sostenía con una mujer casada. Movíale á tocar este punto las deplorables consecuencias, los disgustos sin número y las justas censuras que habían de caer sobre toda su respetable familia.

—Ya sabes que muy pocas veces me meto yo en tus cosas — y en esto decía la verdad la buena señora, que por rara, por devota y por su apego á la comodidad y al sosiego del espíritu, no acostumbraba á suscitar cuestiones desagradables ni aun á interponer su influencia hablando con unos y con otros;—ya sabes que no voy yo á dar consejos al que por su experiencia no los necesita... nada de eso. Esto es una advertencia de tu madre, y valga por advertencia, ¿entiendes ahora? Porque tú has de mirar que tienes dos hijos; que has nacido, gracias á Dios, en el seno de una familia honrada; que tú has sido siempre un hombre de conducta ejemplar...

—Bueno, madre, bueno, no diga usted más —expresó Boronat interrumpiendo á la buena señora y cogiéndole cariñosamente la diestra, con la cual acompañaba la cadencia de la frase por medio de un pausado movimiento de arriba abajo.—Ya reparé la otra noche que estaban ustedes como disgustadas. Y no dejo de comprender que para usted, como para ciertas personas, que ignoran lo sucedido, será esto salsa de poco chiste. Sé también que no es usted amiga de cuentos, de preguntar lo que ni le va ni le viene, ni es propio tampoco de señoras intervenir en esta clase de asuntos... Pues bien, madre, puede usted irse tranquila: esto

no va á traer ninguna consecuencia deplorable; esto concluye dentro de pocos días; esto es una tontería que se pone en la cabeza y nada más.

—¿Y dices que esto no traerá?...—interrogó doña Balbina, por no haber oído claro las últimas afirmaciones de su hijo.

—Nada nada, madre, descuide usted: esto concluye pronto.

Aunque ella venía con tela cortada para algunas más reflexiones, en cuanto entendió que Juan José pensaba cortar por lo sano, se animó su semblante, brillaron sus ojuelos algo adormilados, revelando hasta en su manera de mirar á la puerta la inmensa satisfacción y el puro gozo que regodeaba de nuevo su espíritu. Conseguir una victoria sin luchar, convencer á una persona y sacarla de su error sin herir su susceptibilidad, sin que medien palabras acres ni ofensivas, ¿no era esto para la buena señora lo más apetecido, la corona de oro de la fortuna? Contempló, pues, á su hijo con tierno agradecimiento y salió del cuarto pasito á paso, volviendo la cabeza y trazando con la diestra el consabido movimiento de cadencia mientras repetía en voz baja:—Bien, bien, ya entiendo. Pero mira que cuento con tu palabra... mira que no olvides lo dicho...

Concluyó Boronat de arreglarse para pasar en seguida al despacho; y aunque tenía la ima-

ginación ocupada con multitud de ideas y de asuntos, no dejó de reflexionar un buen rato acerca de la extraña iniciativa de su madre. ¿Quién diablos podría haberle enterado de aquellas trapisondas, y, sobre todo, cómo era que, contra su costumbre, tomaba arte y parte en el fregado?... Su prima Manuela debía también saber algo, puesto que la noche anterior parecían estar de acuerdo al presentarse en la mesa como preocupadas, graves y seriotas. ¡Vaya con el giro que mostraban inopinadamente los sucesos! Y menos mal que, al contrariar en apariencia sus planes, en el fondo concordaban todos y hasta los favorecían. Venía, pues, á resultar, en último término, que por la centésima vez en su vida la fortuna se declaraba amiga solícita, poniéndose de su parte.

Á la hora que el banquero andaba por el despacho con la pluma en la mano, vestía doña Balbina un peinador blanco sin mangas, y se acomodaba delante del tocador, teniendo detrás á la señorita Manuela dispuesta á destrenzarla. Empezada esta faena, la amable tía relató á la servicial sobrina, entre cortos y largos intervalos, la conferencia, ó mejor dicho, la conversación que había pasado entre ella y Juan José. Como ocurre en tales casos, la buena señora aumentaba con algo de su co-

secha la relación, y hasta ponía en boca del mencionado personaje frases y conceptos que no hubo de pronunciar ni mucho menos. Entre tanto, sin dejar su tarea, escuchábale ansiosamente la señorita con un interés que, no por ser disimulado, era menos grande, no perdiendo ripio ni palabra de lo que desembuchaba la relatante. Por último, después de enterarse de todo, no quedó descontenta, pero tampoco satisfecha. Esperaba, sin duda, algo más; alguna idea del plan que debía desarrollar su primo en cuanto cortara aquellas nefandas relaciones. Pues, si no había plan, ¿cómo le ocurría de repente dar semejante golpe? Como se ve, puesta en el lugar de doña Balbina, nuestra señorita hubiera sondeado muchísimo más: eso desde luego. Demasiado comprendía que para separarse de una mujer, que él había buscado, no bastaba una simple ocurrencia. Tendría razones, motivos, una causa fundada ó no fundada, grande ó pequeña; pero al fin una causa. Y esto precisamente es lo primero que le convenía averiguar. ¡Dios mío, y pensar que ella concluía de gastar tres meses en la ímproba tarea de convencer á su tía, es decir, de convencerla para que se arriesgara á dar el consabido paso con su hijo! Sin embargo, el corazón de nuestra exploradora, joven y ardiente todavía, aun sin estar satisfecho,

volvió á henchirse de nuevas y risueñas esperanzas. Tal era la fuerza de aquella inclinación, el vivo interés con que había mirado siempre todo cuanto se refiriese ó rozase con los antiguos proyectos de su primo.

Por eso quizás, cuando éste se presentó en el comedor algunas horas después, fué recibido por ambas señoras con la más expresiva y elocuente de sus sonrisas. Hasta los niños comieron en la mejor armonía, sin el menor exceso, con una formalidad encantadora, y todo ello por la promesa de no sé qué distracción ó juguete con que la amable tía había arrullado sus oídos. Observando este comportamiento, el mismo padre, complacidísimo en extremo, no pudo menos de exclamar al levantarse de la mesa:—¡Guapos chicos! Si fuérais siempre tan buenos, yo os llevaría al teatro el domingo por la tarde... Y ahora la verdad, ¿iríais vosotros de buena gana?

Lanzaron los chiquitines chillidos de alegría, y empezaron á saltar y á palmotear y dar vueltas, agarrándose á la levita de su padre para acabar de convencerlo, de tal manera que tuvo que intervenir la tía con el recuerdo de la compostura y formalidad que prometieron observar desde aquella mañana en adelante. Preocupado el banquero con sus negocios, y atenido únicamente al plan que traía

en su imaginación, no comprendió la significación de aquella escena de familia, ni la de otras muchas que se representaron por aquellos días en su casa. Hay hombres miopes para los pormenores, para la delicadeza de los detalles, y él era uno de ellos. Contribuía también á esta falta de atención el ser al otro día domingo: aquella batalla empeñada con la señorita Isabel, tenía para el conquistador el atractivo supremo de la novedad y las profundas emociones del amor propio interesado en el vencimiento. ¿Cómo, pues, no había de palidecer á sus ojos la realidad de los afectos pequeños, vulgares y humildes que florecen á nuestro lado, ante la perspectiva de los triunfos ruidosos, de las conquistas inesperadas? Tanto fué así, que al llegar la noche del domingo, faltando á la palabra dada á Eugenia, vistióse con mayor esmero del acostumbrado, y á eso de las nueve y media anunció su entrada en casa de los señores de Pastor.

Los de Pérez-Hita habían madrugado algo más. Boronat saludó á las señoras, se acercó al grupo de los caballeros, habló de política con don Eloy, de intereses materiales con don Antonio, de los presupuestos de Hacienda con otros dos conocidos, y luego se dirigió al gabinete de enfrente, donde tres ó cuatro solteritas charlaban alegremente de flores y trapitos.

Á la sobrina de don Eloy le gustaban de un modo extraordinario las malvas rosas, los geranios, las gardenias y las violetas. Sólo por el placer de cuidarlas, tendría ella atestados de macetas los cuatro balcones de la casa.—Y sin embargo—apuntó una de las muchachas,—en Madrid no las aprecian ustedes tanto como en Valencia. Lo que es allí... ¡Válgame Dios!—Ni como en Cádiz—añadió otra morenita que, por su acento, su finura y manera de expresarse, parecía gaditana.—¿Usted no ha estado allá por la feria? Pues aquello tiene que ver, hijita; créalo usted como lo digo.

Á este punto asomó Boronat la cabeza, y después de los saludos y sonrisas de ordenanza vino á colocarse al lado de Isabelita, que en apariencia no se mostró ni más ni menos afectuosa que las demás. Esto picaba un poco el amor propio de aquél, que hubiera deseado á toda costa una distinción, una señal, algo que le colocara en el gremio de los amantes afortunados. Por el momento la conversación se hizo general, y nuestro banquero expuso su opinión sobre las flores, preconizando el perfume del azahar como de lo más exquisito y delicioso que pudiera aspirar el olfato del hombre. Las opiniones absolutas suscitan casi siempre polémicas, apasionamientos, profesiones de fe, choque y diversidad de ideas, y co-

mo era esto precisamente lo que él buscaba, movióse en seguida entre unos y otros grandísima algazara.

Entró al poco rato más gente, siendo uno de los dos muchachos que llegaron con sus respectivas familias el famoso Manolito Calatrava. Con este motivo se redobló la charla, hubo más entretenimiento para las tiernas amadoras de las flores, y nuestro Boronat pudo recitar aquella noche, con el beneplácito de Isabel, una de sus mejores cavatinas.

—La encuentro á usted menos animada este domingo, Isabelita. ¿Qué será... qué no será?... Pero me parece que adivinaba yo el motivo.

—¡Muy bien! me gusta. Si lo adivina usted, se lo digo.

—Vamos... que usted no me lo decía.

—¿Por qué?

—Porque tiene usted más conchitas que un peregrino. Usted quiere saber lo mío y lo suyo, y eso ya es saber demasiado.

—No, no, con formalidad. Si usted lo acierta, se lo digo.

—Perfectamente. Pues allá va: esta noche falta en la tertulia una cierta personita de su agrado que usted esperaba.

—No, señor, no esperaba á nadie.

—Entonces es que ha venido á la casa otro individuo que á usted le desagrada.

—Tampoco es eso.

—¿Quiere decir que no sobra ninguno de los que estamos?...

—Ni falta ni sobra.

—¡Alabado sea Dios! No veo claro.

—¿Se da usted por vencido?

—Aguarde usted un poco...

—¡Qué cachaza!... Vamos, ¿se da usted?

—Nada, que me doy por vencido.

—¡Acabáramos!...

—Ahora está usted en el deber de aclararme el misterio. Después de tanto discurrir... me parece que bien lo merezco. ¿Conque me lo va usted á decir?...

—Se lo diré...

—¡Gracias, gracias mil, Isabelita! Es usted una muchacha incomparable, lo mejorcito que yo conozco.

—Se lo diré el domingo que viene.

—¡Carambis! Eso se parece al santo Advenimiento... Pues es una friolera el plazo que usted me pone.

—Amiguito mío, todo lo que vale... cuesta.

—Sí, sí, ya veo que cuesta. Por lo menos á mí me cuesta ciento sesenta y ocho horas de martirio, y no sé cuántos minutos más. ¡Qué poca compasión es esa, Isabelita!

Echóse á reir al punto la agraciada muchacha, observando el semblante entre risueño y

serio de Boronat, y la prontitud con que había sacado la cuenta de las horas que le quedaban. Luego, al notar en el centro de la sala el movimiento de las señoras que se levantaban y agrupaban para despedirse, tendióle disimuladamente una mano y le dijo en voz baja:—No falte usted el domingo.

Poco después el desfile de los amigos de la casa se hizo general, saliendo de los últimos nuestro banquero, feliz, altivo, contentísimo, pues no cabía en su pecho la satisfacción que hubo de producirle aquel dulce apretón de manos, seguido de tan sabrosa advertencia.





VIII.

REALIDAD DE LOS PRESENTIMIENTOS.

AQUELLA noche Eugenia, por sentir hacia las sienes la pesadez que de vez en cuando acostumbraba á molestarla, dejó la costura encima de una canastilla de mimbre blanco y salió á sentarse al terradillo. Hacía ya cuatro días que Boronat no subía á verla y aguardaba con impaciencia la hora de su llegada, que podía muy bien señalarse entre nueve y diez. Nunca se había dado el caso de pasar de la quinta noche sin escribirle anticipadamente ó ir siquiera un momento, por cuya razón creía ella que no había de faltarle esta visita. Al poco rato asomó Remigia su cara, que por el color obscuro, labios gruesos y nariz algún tanto aplastada, se asemejaba al tipo de la raza etiópica, y desde

el umbral del balcón que daba salida al terrado se dirigió á su señorita para decirle que había acabado el fregado de la vajilla y que todo lo tenía limpio y recogido.

—Y bien... qué, ¿ocurre algo nuevo?—le preguntó Eugenia, comprendiendo por la manera de anunciar la cosa que ello traía cola.

—No, señora... sino que me dijeron en la tienda que esta noche habría verbena en la Plaza Mayor, y puestos con faroles, y vendedores, y muchísima gente. ¡Vaya que aquello va á estar muy bien dicen qué! Y si la señorita... pensaba yo ahora, tuviera gana de dar una vuelta por allá, yo mismamente podría acompañarla, ¿por qué no?

—Pues... por una razón muy sencilla: porque el señorito Juan José vendrá esta noche.

—¡Qué jeta! verá usted cómo el hombre no viene. ¿A que no viene esta noche?

—Bueno, bien, déjame en paz. Me duele la cabeza, y aunque él no pareciera por aquí sería lo mismo.

Volvió Remigia á meterse en la cocina, re-funfunando un poco; cogió de mala gana el ovillo de hacer media y se sentó al lado de la candileja, después de espetar al aire como inconcuso axioma la siguiente frase:—¡Qué jeta! esta señorita se va á pudrir en casa.—Pero aún no haría cinco minutos que fué pronuncia-

da cuando se oyó la campanilla y se presentó Boronat, como si hubiera estado escuchando detrás de la puerta la conversación de las dos mujeres. Corrió Eugenia á la salita en cuanto conoció la voz, disimulando con una sonrisa su mal humor y hasta la mala impresión que recibió de pronto, sin saber por qué, al escudriñar el semblante de su amigo. Este semblante, obscurecido por un gesto indefinible que expresaba una seriedad fingida ó estudiada, no era seguramente el reflejo de un espíritu apasionado, simpático y sincero. Sentáronse uno y otro allí mismo; y después de las excusas de costumbre por su ausencia de cuatro días, preguntóle el banquero si tenía intención de enviar á la Remigia á algún recado. Como es natural, con esta sola pregunta arreciáronse los inexplicables temores de ella, y respondió que aunque no había encargo ni compra que hacer, le daría permiso, si él lo conceptuaba conveniente, para que fuera á ver la verbena.

—Sí, eso me parece bien—afirmó él después de reflexionar unos instantes.—Como pensaba hablarte de ciertos asuntos... siempre será bueno evitar que las criadas se enteren de cosa alguna, ni aun por palabras sueltas.

Levantóse Eugenia sin vacilación, y entró en la cocina para indicar á Remigia lo convenido, amén de algunas advertencias que aña-

dió por su parte, sospechándose el género de asunto que iba á discutirse aquella velada. Transcurridos unos minutos se oyó cerrar la puerta de la habitación y luego los pasos de la amiga, que volvía á la salita y se acomodaba como antes, en medio de un religioso silencio. Acercó Boronat su silla á la de ella; tomó con cariñosa familiaridad una de sus manos entre las suyas, y en voz algo apagada, que él se esforzaba en convertir en clara y natural, pronunció las primeras palabras:

—Puesto que estamos solos, querida Eugenia, y nadie nos oye, podemos hablar de un asunto que nos interesa á los dos, aunque en distinto sentido. Hasta el día de hoy, por un sentimiento que tú comprenderás muy pronto, había ido retrasando... retrasando el ponerte al corriente. Claro es que como había de llegar, al fin... ha llegado. Las cosas irremediables son así.

—¿Y qué es lo irremediable?—preguntó ella con voz más clara que la de su amigo.

—Pues lo irremediable son los compromisos de familia, compromisos adquiridos hace bastante tiempo... desde luego mucho antes de que tuviera el gusto de conocerte. Sin embargo, no creas por tal razón que lo que yo deseo, ni de eso se trata, es un rompimiento completo, definitivo, sin motivo ni causa que lo jus-

tifique. No, señor, no. Esto es únicamente un cambio de situación.

—¿Un cambio de situación?—tornó á interrogar Eugenia, palideciendo un poco y mirando al banquero con la indecisión, la vaguedad y el aturdimiento del que ha recibido un mazazo en la cabeza.

—Sí, querida Eugenia: no quedando otro camino que tomar, ¿cuánto más vale esta situación nueva que conserva entre nosotros el afecto de una leal amistad sin lazos ni obligaciones?... Porque es el caso que yo había dado mi palabra de honor á una familia conocida con quien nos unen relaciones antiguas, puede decirse que de toda la vida. Por cuestiones de poca monta entre señoras, por rencillas, por murmuraciones, por una mala inteligencia, hubo un ligero enfriamiento entre ambas familias. Pasó el enfriamiento, y ahora... como era de esperar, en testimonio de nuestro buen acuerdo, se me exige el cumplimiento de aquella palabra. De modo que...

—Más claro—le interrumpió la amiga irguiéndose de pronto y poniéndose de pie con súbita fiereza:—se ha cansado usted de venir aquí, ¿no es eso?

—No, Eugenia, no es eso precisamente... Yo vendré á esta casa con gusto, como siempre, en todas las ocasiones que me lo permitan

mis negocios. Vendré como un buen amigo, como una persona de tu familia que se interesa...

—Bien, bueno, no diga usted más. Ya está entendido. Puede usted coger el sombrero y marcharse cuando quiera.

—Vamos, Eugenia, cálmate... no hay que tomar las cosas de ese modo violento, irreflexivo. Las circunstancias varían, el hombre no es siempre dueño de su voluntad. Por encima de esta voluntad están la familia, las consideraciones sociales, los respetos humanos... vivimos en sociedad, y por vivir en sociedad no podemos faltar por completo á ciertos miramientos, á ciertas preocupaciones. Por mi parte, demasiado comprendo...

—Lo que usted no comprende es lo que no quiere, sí señor. Eso antes, antes, mucho antes de que llegara la ocasión de faltar á esos miramientos y respetos y consideraciones de que usted me habla. Ahora ya es tarde, sépalo usted, muy tarde para venir á recordarle á una que existen compromisos y palabras de honor con no sé quién... Si hubiera entre nosotros un motivo cualquiera, antipatías, riñas, disputas, muy santo y muy bueno sería el que nos separásemos. Cuando dos personas se han equivocado y no pueden sufrirse mutuamente, yo encuentro natural que corten sus relacio-

nes. ¿Sucede entre nosotros algo parecido? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Tiene usted alguna queja de mi comportamiento? ¿Hay algo que tachar en mi conducta?

—Pero, querida Eugenia, si no se trata de comportamiento ni de mala ni buena conducta...

—Déjeme usted hablar siquiera. Me he contentado con el afecto sincero de usted, porque me parecía ofrecido con la mejor voluntad. No dirá usted, pues, que he sido exigente, ni amiga de lucir galas, ni derrochadora de lo ajeno, ni mujer dispuesta á toda clase de diversiones. Mi carácter ya lo conoce usted. Con un poco de cariño y otro poco de tranquilidad, me basta y me sobra. Conque, vamos á ver, ¿qué más exige usted de mí?

Renunciando á interrumpir la perorata, habíase quedado Boronat con la frente reclinada sobre las cruzadas manos que se apoyaban en el bastón, mudo y asombrado al mismo tiempo de aquella elocuencia febril, apasionada, lógica á su manera, que nunca tuvo ocasión de escuchar de los labios de Eugenia. Además de la abundancia de palabras, le pasmaba en extremo el calor, la irritación, la santa cólera que ardía y fulguraba en la conclusión de algunas de sus frases. ¿Era ésta la misma mujer, aquella mujer discreta, sencilla, tan reservada en

sus apreciaciones y manera de ser, que no se dió jamás el caso de que sacara á conversaci3n, en bueno 3 en mal sentido, la conducta del difunto don M3ximo? Este car3cter sufrido, humilde y t3mido en apariencia, pod3a ser hechura de la educaci3n y herencia de la raza; pero la pasi3n profundamente sentida deb3a haberlo transformado de alg3n modo, agitando la sangre alicantina que corr3a por sus venas, pronta al hervor y al resentimiento.

Levant3, pues, la cabeza el asombrado banquero, coloc3 el bast3n entre las piernas, contempl3 el rostro de su amiga largo rato y contest3 con gran sosiego:—¿Sabes lo que yo te exijo? Una cosa bien f3cil y hacedera: que pienses y medites mis palabras; que te coloques en mi situaci3n, enfrente de los deberes que he contra3do; que te vayas acostumbrando 3 la idea de una separaci3n pac3fica, natural, amistosa; una separaci3n que yo soy el primero en lamentar y sentir de todo coraz3n...

—3 eso no me acostumbrar3 nunca... no, se3or, yo no podr3 acostumbrarme. Si hubiera un motivo fundado por su parte de usted 3 por la m3a... no esperar3a yo 3 que usted me lo indicase. Tengo ya alguna experiencia y sobrada dignidad para no dejar de comprender las cosas.

—Pues, amiga m3a... fuerza ser3 acostum-

brarse—repuso Boronat, poniéndose de pie al igual de su competidora, como para dar mayor firmeza y decisión á sus razonamientos.—No es esto un negocio improvisado que no lo haya discutido mil veces conmigo mismo; un asunto que me ha llegado á quitar el sueño, que me ha puesto de mal humor, que casi, casi me ha enemistado con la familia... Y créeme, querida Eugenia: si hubiera hallado un medio de conciliarlo todo, por difícil y por costoso que fuese, créeme, nos habríamos evitado desde luego este grandísimo disgusto. Lo busqué... no dí con él. ¡Qué le vamos á hacer! Pues nos resignaremos.

En este momento, que serían las once y media de la noche, vino á sonar como apéndice ó punto final de lo dicho un recio campanillazo dado en la puerta por la forzada mano de Remigia. Ya era hora de volver á casa. Salió Eugenia á abrir, y, en cuanto despachó este vulgarísimo cometido, se apresuró á replicar al banquero con no menos energía que antes:

—Sí, ya se ve que usted viene resignado. Para usted, que ni siente ni padece, aunque asegure lo contrario, es un asunto concluído, un negocio como cualquier otro. Para mí es otra cosa: sépalo usted si no lo sabía. Si usted me hubiera advertido con tiempo el desenlace que esto debía tener, difícilmente habría usted

cruzado la puerta de esa alcoba. En todo caso hubiera sido un favor otorgado por el momento, un favor cuyas consecuencias me pertenecerían á mí sola. Usted me habló de afectos, de sentimientos, de un cariño desinteresado, de dichas que nadie turbaría, de no sé cuántas cosas más. Yo creí entonces en la sinceridad de usted... y éste es mi castigo; pero las consecuencias nos tocan á los dos en buena justicia.

—¿Qué consecuencias?... No comprendo...

—Ninguna. Ya he dicho demasiado.

—Habla, explícate, mujer, ¡por todos los santos! ¿Qué consecuencias son esas?

Eugenia volvió á sentarse, como si se sintiera fatigada, y desdoblado el pañuelo blanco, que traía hecho una pelota en la mano, se cubrió los ojos y empezó á sollozar blandamente. Este último recuerdo de la felicidad pasada de tal modo aumentó la amargura presente, que como si rebosara del corazón subió á sus ojos convertida en abrasadoras lágrimas, y golpeó su garganta con latidos de ahogo repentino. ¡Qué dolorosos pensamientos ennegrecieron en este instante su imaginación! Aquel hombre, que parecía realmente enamorado, no sospechaba ni le ocurría la más remota idea de las consecuencias á que ella se refería. ¡Dios mío! ¿tan grande podía ser su ceguera?

¿Y si fuese intencionada, fingiendo una ignorancia de su estado que no cabía suponer con los antecedentes que él tenía? El cambio algún tanto marcado de su semblante, ¿no le daría algún indicio? ¿No permitía rastrear algo aquel desarreglo de sus gustos, que nunca fueron caprichosos ni exigentes? Si había, pues, la menor intención, era un crimen. Todos estos pensamientos y cavilaciones se condensaban para Eugenia y le arrojaban á la faz la enorme suma de olvido, de frialdad, de indiferencia que Boronat sentía ya en su fondo hacia ella. Representósele de repente como un verdadero monstruo. De este modo, atormentada por la idea de un imaginario desprecio, pensó que sería devolvérselo con creces el negarse á contestar á sus preguntas, y, por otro lado, repugnaba á su carácter la confesión de flaquezas que él no quería saber. El resultado, por lo tanto, fué encerrarse en el más absoluto silencio.

Boronat se acercó, como siempre que llegaban casos de duda ó de oposición por parte de ella, procurando convencerla con demostraciones de cariño, con la repetición de las razones que acababa de explicar y sostener momentos antes. Se cansó inútilmente. Diríase que ahora empezaba para él la temerosa batalla. Por último, cuando hubo agotado estos medios de convencimiento, dióse á pasear á lo largo de la

salita, quejándose y lamentando las terribles circunstancias en que le colocaba la suerte.

Pero al cabo de un rato volvió á la carga.—Créeme, Eugenia, créeme como si lo dijera en confesión—repetía el angustiado amigo.—No te he hablado nunca del compromiso que mediaba con esa familia, porque nunca imaginé hallarme metido en tamañas complicaciones. ¡Oh, si lo hubiese sospechado siquiera! ¡Qué de tormentos, qué de malos ratos y contrariedades sin cuento nos habríamos ahorrado uno y otro!... Esto es un pesar para tí, no cabe duda; pero ¿te figuras que yo no sufro, que no padezco, que no me he encomendado á todos los santos del cielo?... Mil veces me puse á pensar y me hice la reflexión siguiente: «Si uno fuera de esas personas piadosas, sencillas, buenas, casi perfectas, con una fe á toda prueba, que se acercan al tribunal de la penitencia sin una mancha, que pueden implorar con alguna esperanza la protección divina, ¡quién sabe si en ese caso!...» Pero, quíá, no; vamos, no puede ser.—Expresándose en esta forma se paró delante de Eugenia, se cruzó de brazos y exclamó:—¡Ya lo ves, no queda ningún recurso!... ¿Qué voy á hacer yo? ¿Qué me aconsejas que haga?

Con la cabeza reclinada en la cerrada mano, apoyando el brazo derecho en el respaldo de

la silla, y mirando de rato en rato á Boronat, que cruzaba por delante, Eugenia seguía ó no seguía el hilo de los razonamientos repetidos; pero al aproximarse aquél, lo midió de arriba abajo con cierta complacencia, y dijo:— ¿Aconsejarte?... ¿Yo?... Eso sería bueno cuando hubiera habido entre nosotros algún motivo serio de disgusto. Bien lo sabes: todavía no nos hemos peleado ni una sola vez, que yo recuerde. ¿Recuerdas tú alguna? Nada puedes tú echarme en cara... y nada puedo yo echarte tampoco.

—Esta es la tercera vez que vuelves al mismo tema, hija mía, y á mí me basta con una para aprenderlo de memoria. Además de que eso no resuelve nada.

—Pues ¿qué es lo que resuelve?

—Lo que te indiqué hace poco: una separación amistosa, paulatina, insensible... Yo te prometo venir con frecuencia los primeros días. Después... pasará el tiempo, se calmará la fiebre, tú irás olvidando...

—De ninguna manera. ¡Eso nunca!

—Pero Eugenia... querida Eugenia—suplicó Boronat intentando abrazarla.

—¡Apártese usted!...

El se apartó, en efecto, y tornó á cruzar la salita en todas direcciones, porque era pequeña y se le acababa la paciencia, y no veía so-

lución satisfactoria ni siquiera asidero á donde cogerse para salir airosamente de aquel reducido purgatorio. Empezado el paseo, vinieron otra vez las quejas, los lamentos, las frases sueltas, las preguntas aisladas que Eugenia tenía la bondad de no contestar. En uno de estos intermedios le ocurrió sacar el reloj y vió que señalaba la una y media de la noche. Llevaban cuatro horas largas de discusión inútil, puesto que al fin y al cabo se hallaban en el mismo punto de partida sin haber adelantado ni dos pasos. Aquel reducido purgatorio se iba convirtiendo en un inmenso infierno. Tantos horas en la misma tensión de espíritu, luchando con el mismo objeto mirado bajo múltiples y diversos aspectos, habían concluido por poner á Boronat atontado, de mal humor, rabioso y, sobre todo, con un violento deseo de verse en la calle y no pensar en nada.

Por fin cogió una silla, se sentó al lado de Eugenia, y echando mano al bolsillo sacó un rollo de papel blanco.—Queridísima Eugenia —le dijo suspirando suavemente, mientras el rollo del papel se agitaba en sus manos con movimientos en apariencia convulsivos,—he venido esta noche con el propósito decidido de dar solución á nuestro asunto. En tanto que no hallemos otra y tú no propongas un medio mejor que el que yo te propongo, no habrá más

remedio que aceptarla. Mira, querida Eugenia, yo he pensado muchas veces en tu porvenir. Ya te indiqué que esto no significaba un abandono, ni un rompimiento, ni nada de esas cosas terribles que duelen toda la vida. Vamos á ser amigos de verdad, amigos cariñosos; nos veremos con frecuencia; si mis consejos pueden servirte de algo, tú los tendrás siempre que los necesites. Y ahora vengamos á lo esencial. Como vuestro trabajo manual ó mecánico da poco de sí, me ha parecido que con este obsequio, recuerdo ó como quieras llamarle, se cubrirían tus necesidades...

—Y ¿qué es eso?—preguntó Eugenia con cierto despego no exento de curiosidad.

—Esto es la escritura de una casita que acabo de comprar al final de la calle del Mesón de Paredes. Una casa de dos pisos, con dos tiendas en los bajos, que te proporciona una renta de doce mil reales anuales. Con esto, una mujer sola puede vivir en Madrid modestamente, pero sin escaseces ni miseria. Tú la firmas, puesto que está puesta á tu nombre; yo la recojo, y dentro de unos días te la devuelvo legalizada y corriente. ¿Qué te parece?...

Dejó caer ella sus miradas sobre el papel desdoblado, y luego las llevó al rostro del banquero, sorprendiendo en sus ojos negros y vivaces uno de esos rápidos destellos, fosfores-

cencias de la pupila, que expresan la alegría contenida, cáustica, disimulada, al irradiar y llenar de extraña luz las fisonomías animadas. Advertida, además, por el instinto de conservación, propio de toda pasión viva y dichosa, comprendió que aquello era un corte de cuentas completo y acabado, una puerta que se cerraba para ella, una carta de pago en donde confesaba que nada se le debía, y en último término, por más que otra cosa afirmara su amigo, la separación, el rompimiento, la soledad, el desamor, una vida sin encantos ni esperanzas. Cogió, pues, el pliego, que aún conservaba la forma de cilindro, y en un instante, sin más reflexión ni vacilaciones, lo rasgó en mil pedazos y lo arrojó al suelo.—Eso es lo que á mí me parece.

—¡Eugenia!—gritó Boronat levantándose repentinamente de la silla.—¿Sabes tú lo que has hecho?

Aunque un poco turbada por la voz, por el gesto, por el brusco movimiento del interpe-lante, alzó ella la vista, le miró de frente y contestó con reposo:—Debías haberlo presumido, te lo he dicho infinidad de veces... y no es que yo desprecie los intereses, ni tal idea me ocurra; pero prefiero la persona. Sin la persona no quiero nada.

—¿Es esa la manera de mostrar tu agrade-

cimiento?—insistió él con alguna dureza.— Pues no lo harían peor mis enemigos. Es una solemne bofetada que tendré muy en cuenta... En fin, ni una palabra más. Todo ha concluído entre nosotros.—Dicho esto, recogió el sombrero de muy mal talante, dispuesto como estaba á aprovechar la primera ocasión para salir cuanto antes de aquel abrasador infierno de emociones, de combates, de esfuerzos desesperados y titánicos.

—¡Juan José, Juan José! ¡Por Dios! ¡No me abandones!—gritó entonces ella, lanzándose en su seguimiento, al ver que él se dirigía á la puerta con decisión imperturbable.

Volvió, pues, pasos atrás, un poco contrariado y algún tanto conmovido, porque aquel grito de mujer tenía para él sonoridades singulares, mezcla de dolor y de ternura, vibrando como vibraba con el sentimiento de la pasión humillada y dolorida.

—¿Qué quieres? Sepamos. No debía escucharte de ningún modo... después de lo que acabas de hacer. Pero, en fin, siéntate, no me voy, habla.

—¡Quisiera tantas cosas! Primeramente... ¿Porqué no te sientas tú también? Siéntate aquí, á mi lado. ¿De veras te marchabas? Pues bien, yo... ¡Dios mío! si ya no recuerdo lo que iba á decirte...

Boronat, que en medio de su impaciencia ya no podía estar quieto en ninguna parte, se aproximó al balcón del terrado y oyó claramente en el reloj de San Plácido las campanadas de las dos. Este solo detalle avivó de tal manera su deseo de concluir aquella interminable escena, fuese como fuese, que encarándose de nuevo con Eugenia le interrogó con demasiada acritud:

—¿Eso es todo lo que tenías que decirme? Pues para ese viaje no necesitaba yo perder el tiempo de oírte. Con razones de tanto peso... á cualquiera convences.

—Bueno, bien, márchate. No hablemos más,—repuso ella resentida, angustiada, dolorida, á pesar de haberse revestido para expresar semejante decisión de una serenidad casi heróica.

—Perfectamente. Pronto vas á estar servida.

—Como pierdes el tiempo hablando conmigo...

—De eso se trata precisamente: de no perderlo.

—Pues aprisa, porque me dolería que fuese por mi culpa.

—¡Gracias á Dios, mujer, gracias á Dios que nos hemos entendido!

—Sí, ya hace tiempo que venía entendiéndote.

—Lo eché de ver esta noche. Has estado tan razonable, tan prudente, tan comedida...

—En cambio tú estuviste bastante grosero.

—Vaya, buenas noches.

—Adiós, feliz viaje.

Enderezó sus pasos Boronat hacia la puerta de la habitación, oyéndose en seguida el resonante golpe que ponía fin á la escena. Eugenia se recostó en la silla, y contempló por algunos instantes el balcón medio entornado del terradillo por donde penetraba el ambiente fresquísimo de la noche.

De pronto se nublaron sus ojos; se levantó del asiento y corrió hacia la puerta, que acababa de cerrarse, con el ímpetu ciego de una loca que no mide distancias ni se detiene ante ningún obstáculo. Abrió como pudo, y saliendo al descansillo de la escalera gritó con tremenda y angustiada voz, perdiendo momentáneamente el juicio:

—¡Juan José, Juan José! sube, perdóname, ¡sube un instante! No te vayas aún... ¡sube, sube!

Nadie le contestó ni subió sér humano alguno, puesto que mientras ella clamaba arriba, Boronat cruzaba de un lado á otro de la calle por no tropezarse con un borracho, resto desperdigado de la verbena, que venía con guitarra en mano, aullando, gesticulando y ame-

nazando á cuantos hallaba á su paso. Viéndose, pues, sola por completo, entró Eugenia en su habitación y se dirigió á la alcoba con intención de acostarse inmediatamente. Pero una vez allí, dejóse caer, transida de pena, en la silla de la cabecera, y apoyando el codo en la almohada empezó á sollozar con mayor amargura si cabe que aquella triste noche en que el mísero don Máximo espiraba en brazos de extraños, á dos pasos de ella, en el inmediato aposento.

Metiéndose en cama bastante tarde y fuera de lo acostumbrado, tampoco Remigia pudo madrugar á la mañana siguiente. Eugenia, que no había dormido, echó pie á tierra al mismo tiempo que aquélla; y cuando cruzó la salita para ir á la cocina, vió esparcidos por el suelo los pedazos del pliego roto y una silla caída, que le recordaba el azoramiento y la turbación de sus sentidos. En un rincón de la entrada distinguió también la punta del cigarro puro que Boronat hubo de arrojar allí á poco de llegar de la calle. Todos estos objetos, sin valor en otras ocasiones, trajeron á sus ojos la imagen de la persona ausente, fueron como la representación de la desdicha consumada; y aunque se había sentido con alguna animación momentos antes, volvió á quedarse clavada en una silla, sin saber qué hacer, triste y desalentada.

Hubiérase derrumbado un tabique á tres pasos de ella, y no se habría movido. Este singular estado de postración moral se determina en ciertos temperamentos á consecuencia de dolorosas y perturbadoras contrariedades, que suelen ser en otros acicate de temerarias acciones. Por el momento no pensaba hacer nada. Después, al avanzar el día, reclamada por las menudas faenas de la casa, tuvo un ligero rebato de esperanza, y llegó á imaginar que alguna noche volvería á sonar bruscamente la campanilla, que alguien entraría, que se oiría una voz grata para su oído, que ese alguien se dignaría escuchar sus razones, que comprendería al fin el derecho que á ella le asistía, que variaríá su manera de ver el problema... ¡Dios misericordioso, quedábanle tantas cosas por decir!

Boronat, por el contrario, no tuvo que imaginar nada. Durmió aquella noche profundamente y se despertó tarde, repuesto á satisfacción de la pasada lucha, con mejor humor de lo que él esperaba después de lo sucedido. Tenía un plan vastísimo, portentoso, y lo que convenía era poner pronto manos á la obra. Lo había entrevisto como el inmenso bosquejo de un gran cuadro en uno de esos momentos felices, fugitivo solaz de la imaginación, estando sentado en el despacho con el cigarro en la

boca, sin parar apenas atención en el rasguear de las plumas de sus escribientes. Verdad es que le faltaban ciertos pormenores, ciertos accesorios, la distribución de las masas de color, la preparación de la perspectiva; pero la idea principal, y sobre todo el conjunto, lo veía claro, ordenado, simétrico, casi perfecto. Del bien concertado matrimonio con la heredera de Pérez-Hita nacían, como consecuencia lógica, el acrecentamiento de su capital y la solidez de las futuras empresas bancarias que él iba madurando en silencio, á ratos perdidos, con el pulso y detenimiento que su magnitud requerían.

Y siendo así como nuestro banquero lo creía, esperaba que en un plazo más ó menos lejano aquel elemento social que lo había rechazado cuando era débil átomo, lo llamase á su seno el día en que apareciese como planeta de segundo ó tercer orden. ¿No necesita en ocasiones la inteligencia de la ayuda de los brazos para realizar una idea? Pues del mismo modo la política, que es una fuerza en acción, podía reclamar el concurso y apoyo de su capital, siendo éste otra gran fuerza de impulsión. Entonces el problema que plantease de nuevo se trataría de potencia á potencia. No iría á pedirles la limosna de los mil ó dos mil votos de cualquier distrito, sino que el Ministro, el goberna-

dor, el alcalde, el secretario, los agentes y manipuladores se pondrían de acuerdo y le expedirían incontinenti el flamante título de diputado, como se expide á un afortunado licorista el de *Proveedor de su Majestad*. ¿Se sentaría en los escaños del Congreso, ó en los del antiguo convento de doña María de Córdoba y Aragón? Eso á su gusto, pero siempre dependería de las circunstancias. De todos modos, ¿no era éste un porvenir halagüeño y realizable para un hombre de inteligencia y de fortuna?

Firme en su propósito, no dejó de asistir puntualmente á la cita dada de un modo indirecto por la traviesa heredera de don Antonio. Solían verse los domingos y los jueves en casa de los señores de Pastor, aprovechando los festivos, que estaban destinados á los amigos y correligionarios, y los segundos, en los que recibían á las personas de su intimidad, parientes y relaciones antiguas, que faltaban pocas veces. Con esta primera parte de su programa no estaba del todo descontento. Algo desconocido para él debía ser el terreno que pisaba; pero la suerte amiga le hubo de colocar enfrente de un espíritu ávido, genial ó caprichoso, que recibiría con gusto y con aprovechamiento las discretas lecciones de la experiencia como supieran dárselas con algún ingenio.

Esto en cuanto á lo exterior; por lo que toca al interior de la familia, Boronat era el mismo de siempre, con algunos más proyectos en la cabeza y algunas más sombras en la imaginación. Una persona, sin embargo, seguía con vista atenta sus evoluciones, aun cuando estas evoluciones no imprimían carácter en él ni dejaban huellas indelebles dentro de casa. Ya se comprenderá que nos referimos á la señorita Manuela. Había esperado con ansia indecible que las *distracciones* del banquero concluyeran por cansancio y hastío, ya que no por las advertencias cariñosas de su madre. Redoblando los cuidados de su gobierno, marchaba la casa sin entorpecimientos ni confusiones, en medio de esa armonía relativa entre todos los individuos, que manifiesta y descubre la suma habilidad de una mujer interesada en esta admirable labor.

Pues en esta época precisamente, después de mostrar tanta solicitud, cuando ella imaginaba que su primo la recompensaría con alguna esperanza, supo que el rompimiento de sus relaciones obedecía á un nuevo proyecto. ¿De qué modo llegó á sus oídos este rumor, pues al presente no pasaba de ser un rumor? Le vino la mala nueva por dos conductos. En casa de las señoritas de Arriaga se lo dió á entender uno de los muchachos que estaban más al co-

riente de toda esta chismografía madrileña: Manolito Calatrava. Como el gran Manolito iba de vez en cuando á la tertulia de don Eloy Pastor y no pecaba de tonto, pudo observar algo de la táctica disimulada de Boronat y hacia qué plaza dirigía éste sus paralelas. El segundo conducto procedía de Nemesia, su doncella, que, como indicamos en otra parte, conocía á cierta mujer de su pueblo que era en la actualidad portera de la casa de Eugenia. Tales coincidencias no tienen nada de extraordinario, y el pintor sincero puede trasladarlas á su cuadro con la naturalidad y la frecuencia con que aparecen en la realidad. Sea donde fuere, esta portera, llamada la señora Bernardina, se encontró un domingo con su paisana Nemesia, y hablando una y otra de su manera de vivir, salieron, revueltas con otras menudencias, las flaquezas de los amos. La primera sabía al dedillo la novela de Eugenia, debido á la desmedida lengua de su criada. No ignoraba la segunda las aficiones amorosas de Boronat. Unidas, pues, estas dos partes, que andaban separadas, resultó la historia completa. No había más que pedir. El vulgo, al que le está vedado remontarse á las causas razonadas de los hechos, se parece por los pormenores, por los cuentecillos, por las minuciosidades, por lo inverosímil y disparatado, y existen personas que parecen el ar-

chivo desordenado de una calle ó de un barrio de doscientos vecinos. Esta señora Bernardina no era un archivo, porque le faltaba la suficiente retentiva; pero merecía serlo. Andando de portal en portal ó deteniendo á las comadres y conocidos que cruzaban por delante del suyo, podía tomarse por un signo de interrogación convertido en mujer. La misma Eugenia, á pesar de su acostumbrada reserva, no logró zafarse de estos melosos interrogatorios, en los cuales no cabe duda que mostraba hasta buena crianza la condenada portera.

Otra circunstancia nos explicará también la razón de estas invasiones de la política porterial en los asuntos personales de la viuda. En medio de su soledad, en el rozamiento diario con la criada, no contando con una amiga verdadera en quien desahogar su pena, Eugenia había pronunciado palabras y lanzado quejas de una significación alarmante. Remigia acabó de comprender de lo que se trataba. Añádase á esto el que en determinadas ocasiones hubo de echar mano de la señora Bernardina, porque viviendo en Madrid hacía quince años, conocía tiendas, puntos, servicios y despachos de los que la criada recién venida del pueblo no tenía la menor idea. Una mañana que aquélla subió al cuarto algo más temprano de lo ordinario, sorprendió á Eugenia al salir

de la cama, con un simple vestidillo viejo de percal, desceñida, floja, sin ningún arreglo ni disimulo. Aquel ojo escudriñador y curioso que todo lo veía, se fijó en el conjunto de sus rasgos fisionómicos, algún tanto variados; en la demacración y color del semblante, y en cierta redondez del vientre que desfiguraba un sí es ó no es la esbeltez natural de la alicantina. Para una mujer casada y de alguna experiencia como la portera, no podían pasar inadvertidas tamañas variaciones. Vinieron en seguida los sendos parlamentos con la Remigia, á quien detenía al pie de la escalera y le contaba sus cuitas, para tener luego el derecho de preguntarle por las suyas y por las de la señorita. Remigia empezó por negar toda suposición; pero después, ante las ocurrencias, la malicia y los dicharachos de la portera, concluyó confesando que la señorita no disfrutaba de buena salud, que la veía llorar á solas muchas veces, que algunas noches las pasaba en claro, que se había quejado de... en fin, cosas de la vida, y que lo que es á ella, la hija de su padre, Remigia Trapazo, no se le arrimaría ningún hombre, porque los hombres eran todos de la piel del diablo. En otro parlamento, la señora Bernardina pescó algunos pormenores de mayor entidad, y no quiso saber más. Lo de la viuda estaba más claro que el agua.

He aquí, pues, la fuente; el conducto, ó sea su paisana Nemesia, se encargó posteriormente de transmitir la noticia un poco más turbia, pero con el mismo sabor.

En el correr de estos tres años que la doncella llevaba sirviendo en la casa, hubo de captarse la confianza de la señorita Manuela; confianza que ésta tuvo la rara prudencia de mantener en un cierto límite. La exploradora no le preguntaba nunca, y mucho menos cuando le traía estos retazos de historia de la portería; pero la dejaba hablar, despacharse á su gusto, vaciar el saco, y luego, con las piezas sueltas, con las noticias exageradas, reconstruía la historia probable de los personajes. La mañana en que, sentada en el cuarto de costura, con la almohadilla de seda verde sobre la falda y la aguja en la mano conoció por instinto la gravedad del estado de Eugenia, quedóse por un momento estupefacta. Hemos dicho por instinto, porque la doncella, como tal, no debía expresarlo con la claridad y el donaire que lo expresaría la señora Bernardina puesta en el mismo caso. Para pintar las consecuencias de estas relaciones íntimas y secretas, empleó, por consiguiente, una serie de sutilezas, distinciones y rodeos que hubieran causado envidia al propio Talleyrand, obispo y diplomático. Despachado el preámbulo, Ne-

mesía continuó sirviendo esta especie de picadillo en la forma siguiente:

—Y ahora dicen por allí que está enferma á consecuencia de aquello...

—¿Enferma de qué?—preguntó la señorita por mera curiosidad.

—Al verse abandonada... era natural que lo sintiera, figúrese usted. Pero no le pasaría á él lo mismo, aunque el caso hubiera sucedido á la inversa.

—Las mujeres, en general, tienen mejores sentimientos que los hombres.

—Por eso lo pagan después, y bien caro por cierto. No se pueden tener buenos sentimientos en este mundo, sobre todo cuando... ya ve usted, cuando una es joven... Esa señorita es joven todavía.

—Muy joven no será, mujer.

—Joven, sí, señora, demasiado joven. ¡Toma! pues por eso está enferma... Si fuera de la edad de su tía de usted, no habría cuidado. Y ya tiene para algún rato la pobre señorita. Según me dijo la Bernardina, hablando de esto mismo, sería para más de seis, y de siete, y de ocho, y aun de nueve meses; lo menos nueve meses. Ya ve usted si la cosa va larga.

—¡Ah! ya.—Esta ligera exclamación, escapada involuntariamente de los labios de nuestra exploradora, señaló el colmo de su estupe-

facción. Luego, disimulando por un pudor tardío ó por razón de carácter la impresión recibida, añadió:—Vaya, vaya con la Bernardina: esa buena mujer todo lo sabe.

—Si es lo más preguntona que usted se ha echado á la cara, señorita. Y curiosa... ¡bendito sea el Señor! No pasará lo más mínimo en la vecindad sin que ella se entere, descuide usted.

Expresándose así, levantó Nemesia los ojos de la costura y miró á su señorita con cierta fijeza plácida y risueña, que venía á traducir este recóndito pensamiento: «Creo que me habrá usted comprendido.»

—Sí, ya voy viendo que no se le escapa nada de lo que por allí se guisa. Los vecinos le deben estar muy agradecidos... siquiera por el interés que se toma por ellos. Vaya, vaya con la señora Bernardina...

Á su vez la exploradora clavó la vista en la doncella, dirigiéndole una mirada rápida y significativa, cuando ésta alzó la cabeza, que por su intensidad, por el movimiento de cabeza y por la semi-sonrisa que le acompañó, decía mil veces más que todo lo hablado y sobrentendido anteriormente por las dos solteras.

—Pues ahora... como ellas todo lo escudriñan, han sabido también que el señorito va por la noche á una tertulia donde se reunen mu-

chas señoras y señoritas. Yo no sé lo que habrá de verdad en eso...

—En eso no puede haber mucha verdad—repuso la exploradora tomando un cierto aspecto como de enfado.—¿Le van á seguir los pasos?... Pues de otro modo no me explico que lleguen á enterarse de lo que el señorito no da cuenta á nadie.

—Mire usted, yo no diré ni lo uno ni lo otro, ni que sea verdad ni que deje de serlo; pero ellas citan la casa á donde va: una casa de la calle de la Greda. Y aún hay más: conocen á la propia persona á quien el señorito ha echado el ojo: una persona muy simpática y muy rica. Y aún hay más...

—No diga usted disparates, mujer—interrumpió la émula de la innominada con alguna viveza.—Eso lo supone la gente, porque ignoran lo que no pueden menos de ignorar... y en todo caso nacerá del despecho de la otra. Bien clara se ve la intención: la de molestar al prójimo para dar á entender que sus sentimientos no obedecen más que al cálculo, que es un hombre interesado y peor que un judío, y que, en pura plata, no va buscando otra cosa que el dinero. Esa es la intención, desengáñese usted, y no hay otra.

—Dispense usted, señorita, yo... lo que una oye—indicó la doncella al observar de nuevo

el hosco y anubarrado semblante del ama joven.—Esto es un decir... pues si una fuera á hacer caso de lo que habla la gente... ¡aviados estábamos! No, señora, no: por mi parte ya se lo espeté á mi paisana: «Mire usted, señora Bernardina, eso es un cuento que no tiene tres ochavos de substancia... Lo primero, porque lo que no se sabe se inventa; lo segundo, porque á nosotras ¿qué nos va ni nos viene? Nada se mete usted en el bolsillo; nada me llevo yo tampoco á casa. Conque en paz.» Más claro no se lo pude dar á entender.

—Son mujeres así, nacidas únicamente para menear la lengua, y hay que oirlas como quien oye llover—afirmó la señorita con gravedad de filósofo, pasando el dedo pulgar por la tela blanca como para asegurar la puntada. Después de unos minutos de silencio levantó la cabeza, y echando una ojeada á la labor que llevaba Nemesia entre manos, añadió:—En cuanto acabe usted ese ojal, va usted por una madeja de hilo del mismo número que el de la muestra.

Al punto que esta última, terminada su tarea, salió del cuarto en busca del encargo, dejó caer nuestra exploradora su diestra regordeta y sonrosada sobre la tela, y mordiéndose los labios dióse á revolver y fustigar todos aquellos malos pensamientos que le habían

inspirado las suposiciones de la portera, encauzadas y traídas por Nemesia. ¿Cabía en lo posible tan grande despropósito? Pues qué, ¿se resignó ella al fin á esperar, á confiar en los buenos sentimientos de su primo, tomándose el mayor interés por su casa, sacrificando los mejores días de su juventud para obtener semejante resultado? ¡Con qué coraje cayó una y otra vez sobre esta miserable consecuencia! Diríase que su imaginación tomaba la apariencia de un ave de rapiña, con su corvo pico y sus nervudas garras, para triturarla y saciarse en ella. ¡Esperar un mes, dos meses, tres, cinco, nueve, un año entero! Y ¿para qué? ¡Confiar en la rectitud, en la conciencia, en el agradecimiento de un hombre que la ve afanada, laboriosa y vigilante en la conservación de su hacienda y de los suyos! Y ¿para qué? ¡Ser la madre cariñosa, prudente y tolerante de sus hijos, convirtiéndose al propio tiempo en una hija solícita para su madre! y todo ¿para qué? ¡si esto no era nada, ni nada valía, ni significaba cosa alguna que le diese derecho á un afecto sincero, á una estimación profunda, ni siquiera á la esperanza de una lejana recompensa!... Que ella aceptase esta serie de sacrificios y desvelos como obligación, ó acaso en agradecimiento de la comida y casa que se le proporcionaba... á su primo debía serle indiferente. Servicio más

natural que el suyo no lo había. ¿En qué ha de emplear mejor el tiempo una mujer soltera que en dirigir la casa de unos parientes, poniendo en esta diaria labor todos sus sentidos y potencias? Picoteando rabiosamente sobre esto, sentía nuestra señorita la amargura del desengaño y la impaciencia biliosa de la venganza. Decimos mal: no expresa bien esta palabra de venganza el sentimiento que le animaba contra su primo, que no era otro que el del audaz general que, estando á la defensiva, comprende que sus posiciones son peligrosas, y se decide á tomar la ofensiva, arriesgando el todo por el todo. La idea de la lucha le vino, pues, como siempre, suscitada por el obstáculo imprevisto, por la contrariedad invencible.

Cuando transcurrida apenas media hora se presentó Nemesia con la madeja de hilo envuelta en un papel, aún seguía ella atormentando su imaginación con aquella serie de consecuencias que traían como enzarzados y revueltos el comportamiento del primo y sus nuevos propósitos. Fué esto bastante para que la conversación de las dos mujeres no se sostuviera en el resto de la mañana más que de esas trivialidades que son, en determinadas circunstancias, el reverso de una profunda reflexión caprichosamente interrumpida. De esta manera, entre párrafo y párrafo sobre la superio-

ridad del hilo inglés, sobre el último figurín, sobre el calor extremado ó sobre los nuevos baños del río, á donde fueron las chicas de Arriaga, acertó á discurrir un cierto plan de ataque que le había de dar un feliz resultado. Ahora, que para desarrollar y combinar este plan sería preciso esperar la ocasión, porque una hija de familia no puede, por lo menos en España, coger la mantilla y echarse á la calle en busca de un caballero, aunque el tal caballero sea un respetable anciano prototipo de la honradez y de la cortesía. ¡Cuántas veces hubo de lamentar nuestra exploradora este veredicto tradicional de las costumbres, que le cerraba el paso para toda grande y poderosa iniciativa! Dado su carácter y conocido su temperamento, es muy posible que nuestros lectores lleguen á imaginarse el tormento de este espíritu, activo, vivaz, inquieto, agitándose inútilmente dentro de un círculo de hierro. Con algo menos de reflexión, y puesta en mayores aprietos por el incentivo de una gran pasión, la señorita Manuela se hubiera lanzado como otras muchas á correr aventuras, saltando por todo linaje de consideraciones. Se decidió, por lo tanto, á dar tiempo al tiempo, conformándose con el destino pasivo de la soltera, que la condena á luchar desde el rincón humilde de la casa.

Días después, púsose á su alcance la suspirada ocasión bajo la forma de don Rosendo Benavides. Á este caracterizado personaje le hemos saludado de pasada en el comienzo y curso de nuestra historia, y como ahora volvemos á tropezarnos con él, justo será rehacer su boceto con algunas ligerísimas pinceladas. Como padrino de boda del banquero y como antigua relación de la familia los visitaba de tarde en tarde, consumiendo lo mejor de su tiempo en el Casino, en el Salón de conferencias y en el comedor de conocidos personajes políticos. Solterón rico, después de haber heredado á cuatro parientes célibes, accionista del Banco de España, dotado de esa elocuencia gárrula y fácil propia de los temperamentos meridionales, alimentó la ambición de ser algo en política, para lo cual se convirtió en satélite de uno de los planetas que se remontaban con mayor brillo sobre el campo del moderantismo histórico. Explícate de este modo cómo, al igual de otros muchos de la misma profesión, viviese atareado sin llevar á cabo grandes empresas, obligado á comer la mayor parte de los días en casa de sus correligionarios ó de aquellos personajes de talla á los que dedicaba su actividad, su atención, su apasionamiento, sus grandes facultades de asimilación y de propaganda.

Una de las tardes más felices de su vida fué

aquella en que, formando parte de una Comisión encargada de gestionar no sé qué embrollado asunto de la provincia, se presentó en los salones de la Presidencia y pudo estrechar la mano del general Narváez, jefe por entonces del Gobierno. Distinguióle el señor Duque de entre los demás compañeros de la Comisión, y le preguntó su opinión particular como representante de un distrito que merecía todas sus simpatías; pues es de advertir que á don Rosendo, que era granadino, debió tratarle, sin duda, con el aprecio y consideración de paisano.

Desde aquel momento la figura del Duque de Valencia creció y se agigantó de tal manera á los ojos del diputado, que le tuvo por la primera personalidad política de España. Sus actos, sus opiniones, sus hechos militares desde la derrota de Gómez en Majaceite, hasta la de los revolucionarios del 48 en las calles de Madrid, todas sus más pequeñas decisiones, en fin, hallaron en él un cronista perpetuo, un apologista sincero, un apóstol declarado. Y, sin embargo, este hombre que vivía sin familia, fuera de casa, respirando el odio de los partidos, exento de otras pasiones y afectos que no fuesen los que se engendran al calor de esos compadrazgos, variables como la temperatura, efímeros como los intereses de localidad, este solterón impenitente tenía el culto fervo-

roso de la familia. No el culto platónico de la mayoría de los creyentes, sino aquel otro que va acompañado de buenas obras. Tanto era así, que había logrado la dicha de ver realizados con toda felicidad los cuatro ó cinco matrimonios, cuyos secretos preliminares se debieron á su iniciativa. Al cumplir los cuarenta y siete años, nuestro don Rosendo se declaró inútil para el amor y arrepentido de no haber entrado bajo el santo yugo. Su arrepentimiento lo impulsó á la propaganda, y desde los cuarenta y ocho en adelante trabajó en este laudable sentido siempre que tuvo ocasión. Pudo trabajar con algún fruto, á consecuencia de venir precedido de una merecida fama de formalidad y de exquisita reserva entre las familias que le sentaban á su mesa. Hablaba largo y tendido de todo, razonaba, criticaba, se hacía escuchar, y ya se sabe que en la inmensa mayoría de los oyentes el poder de la palabra prepara la influencia del consejo.

Después que Boronat quedó viudo, don Rosendo Benavides se había permitido en diferentes ocasiones dirigirle alguna indirecta acerca de sus nuevos y santos propósitos. Indudablemente llegaría á sus oídos aquel misterioso amor, nacido en el mismo seno de la familia, que venía á difundir y declarar que el primo Juan José miraba con buenos ojos á su

prima Manuela. Como es natural, al padrino le pareció muy bien tal reincidencia, y, sobre todo, la persona en quien hubo de recaer la elección, porque á causa de una insignificante circunstancia, esta gran persona supo conquistar su estimación y hasta su afecto. Hablábase en cierta ocasión de nuestros hombres de gobierno, que mejor debían encarnar la opinión del país, y cada uno de los presentes exponía, más ó menos desembozadamente, sus preferencias y simpatías: sucedía esto en casa del banquero, y estaban enredados en la polémica, además de dos ó tres caballeros, contando con don Rosendo, algunas señoras amigas de doña Balbina. Cuando nuestro granadino tomó la palabra, no fué para expresar lo que opinaba de los hombres de gobierno, sino para hacer la apología política del Duque de Valencia, exagerando sus rasgos de energía y sublimando sus dotes militares. Las señoras se reían al ver tamaño apasionamiento en medio de aquel chorro de elocuencia, un poco gerundiana, que nunca se agotaba; pero la señorita Manuela, en cuanto vió un claro, quiso también apuntar su opinión:

—Dispéñseme usted, don Rosendo, y dispensen estos señores... Yo no entiendo de política ni sé una palabra de semejante cosa; pero si yo fuera hombre, por simpatía me de-

claraba partidaria de Narváez. Me gusta mucho lo que ha dicho don Rosendo del carácter y de la entereza del general. A mí me parece que no siendo así no se ha de poder gobernar. Lo primero es el orden...

—Sí, señora, el orden aliado con la libertad... que ha sido el programa del ilustre Regente,—repuso otro de los caballeros, que debía tirar un poco á progresista.

Se continuó, pues, discutiendo las personalidades, que son todavía para nosotros más importantes que los principios; pero es indudable que á la señorita Manuela le valió su espontánea salida la estimación secreta y decidida de don Rosendo. Después, siempre que la veía en casa ó la saludaba en la calle, le dirigía sonriendo preguntas por el estilo de ésta: —¿Marchan bien esos negocios, mi querida señorita? ¿Va haciendo bondad el señor don Juan José? ¿Habrà que echarle una peluca á ese sujeto que usted conoce?

Esto de los negocios se refería á que mediando la confianza que mediaba entre el banquero y su respetable padrino, cuando éste alguna rara vez le interrogaba acerca de los rumores que corrían, contestábale que, ante todo, tenía que enderezar bien los negocios. En cuanto los negocios estuviesen bien enderezados, entonces sería tiempo de pensar en la bo-

da. Dos años habían transcurrido sin que para don Rosendo hubiesen variado ni un ápice las circunstancias y las personas. Entregado por completo á sus devociones políticas, subía de tarde en tarde á casa de Boronat. Así es que le cogió de nuevas la primera vez que, al llegar el verano, se halló en el Prado con doña Balbina, la señorita Manuela y los niños, y supo por boca de ésta que los negocios no andaban ni medio bien.—¿Cómo es eso? Entonces marchan mal...—preguntó don Rosendo con verdadero asombro.—Usted lo ha dicho... Si usted va á vernos alguna noche, hablaremos de esto, —contestó la señorita.

Y, en efecto, como su estimación por esta correligionaria política no era fingida, nuestro hombre sacrificó una noche y fué á visitar á la familia de Boronat, por tener el gusto de conversar con la prima. No había mucha gente aquella noche: doña Balbina; tres respetables solteronas que pasaban de los cuarenta y pertenecían á varias hermandades, señoras piadosísimas, curiosas, un poco impertinentes, y á quienes se les veía siempre en conciliábulo, charlando á más y mejor; luego la señorita del segundo y las de Arriaga, acompañadas del aya. Pero á eso de las diez y media levantaron el campo unas y otras, y se despidieron hasta la próxima novena del Carmen, en cuya igle-

sia suponían ellas que habían de volver á verse con doña Balbina.

—Conque dígame usted, dígame usted, ¿qué novedades son esas?—preguntó don Rosendo sentándose de nuevo al lado de nuestra exploradora.—Francamente, yo vine por saber algo, porque lo que usted me indicó en el Prado me dió que sospechar.

—Pues nada, señor don Rosendo, que nuestros negocios van mal, pero muy mal.

—Me deja usted asombrado, desconcertado, poco menos que tonto con semejante noticia. ¡Y ahora, cuando yo creí que don Juan José se había determinado á darnos un buen día, salimos con que no hay nada, absolutamente nada de lo dicho!...

—Cómo ha de haber si... ¿usted no ha oído algo por ahí?...—preguntó la señorita cerrando el abanico que tenía en la diestra y echando una mirada á doña Balbina, que daba sus correspondientes cabezadas en uno de los sillones, según su costumbre.—Pues no han faltado personas que hayan venido con el cuento de si mi primo tenía ó no tenía relaciones con una mujer casada...

—¡Diantre! pues eso es más gordo de lo que parece. Ustedes no le darían crédito, por supuesto. No recuerdo que don Juan José haya dado que hablar nunca por ese lado.

—¿Usted conoce á Manolito Calatrava?...

—Un muchacho alto, delgado, de buena figura, que va á practicar al bufete de don Juan Nicasio Caviedes, el abogado de la señora marquesa de Valde-Otero, una de las azafatas de Su Majestad... Lo conozco, lo conozco... parece de buenas ideas ese muchacho. Lo he visto en casa de las de Pastor y en las de Bermúdez Guía, primas segundas de las de Cea Bermúdez.

—Pues bien, ese fué uno de los primeros que nos lo indicaron... El muchacho no se atrevió á declararlo terminantemente, ni citó nombres propios, ni había para qué, después de todo... Pero no le quepa á usted duda de que estaba en lo cierto.

—¡Vamos! ¿le parece á usted?...—exclamó don Rosendo removiéndose en la butaca y dando á la parte superior del cuerpo cierta oscilación de péndulo que hacía resaltar esta figura un poco quijotesca por lo grave, por lo espetada, por lo nervuda y valerosa.—¡Mire usted si el diablo tiene cara de conejo!... venirnos ahora con semejantes andróminas, meterse en fregados de ese género... perder el tiempo tan lastimosamente...

Volvió á abrir el abanico nuestra señorita para echarse aire mansamente, y en otro tono distinto que podía pasar por doliente deslizó

á modo de posdata estas singulares palabras:

—Sí, señor, yo tampoco quería creerlo; pero los hechos... los hechos que nos contaron dejan convencido á cualquiera. Nos han contado horrores, verdaderos horrores... Y por mi parte, señor don Rosendo, ni quitó ni pongo rey, después de lo que una ha visto...

—Pero esto es ir de sorpresa en sorpresa. Francamente, á mí se me figura como cosa de sueño ó de pura magia eso de que un hombre serio, formal, laborioso como don Juan José, se vaya á meter en esos libros de caballería.

—Pues sea lo que fuere y haya en ello mucha verdad ó no haya ni un comino siquiera... mi primo ha saltado por todo. Nos consta, nos consta,—afirmó la señorita abanicándose con alguna más fuerza.

—Es decir, que ha habido abandono completo de esa señora con quien él mantenía... Mire usted, mi querida señorita, yo aprecio muchísimo á Juan José y puede contar conmigo en cualquier evento y ante cualquiera necesidad... Unicamente sus ideas, esas pícaras ideas políticas son las que no me gustan; ese matiz de progresista que viene á ser como la roña, que á veces no se la quita uno de encima si no es con la piel... Créalo usted: un liberal puede ser un hombre de honor, probo, cabal, honradísimo, buen padre, buen marido, amigo leal...

ni ahora ni nunca lo he negado; pero, vamos, tarde ó temprano, á la larga ó á la corta, las pícaras ideas harán de las suyas. ¿No le parece á usted lo mismo?

La señorita Manuela no entendía gran cosa de política, según dijo, sin que dejara por esto de compartir la opinión de don Rosendo, pues algo debían influir las ideas políticas para que un hombre como su primo cambiara de miras y de sentimientos tan radicalmente, no habiendo un motivo fundado y razonable. Pero ella no estaba por la teoría, y sin andarse por las ramas acabó de contar lo que le convenía que el amigo supiera:

—Cada uno atiende á su conveniencia, y mi primo es muy dueño de hacer de su capa un sayo. Dios me libre de poner impedimento á la voluntad de nadie, y menos á la suya. Pero me parece raro que, sintiendo una inclinación por cierta persona, se abandone al poco tiempo por otra, y luego á los cuatro meses se deje esta misma persona por otra nueva persona.

—De modo que varía, carece de ideas fijas, no tiene plan determinado... Mediana señal es esa.

—Sabemos que ahora está en relaciones con la hija de don Antonio Pérez-Hita, una chiquilla de diez y siete años no cumplidos... Vaya usted pensando si eso es tener plan, ni cabe-

za, ni juicio, ni fundamento, ni pizca de nada. Ella es hija sola, educada con el mimo consiguiente, haciendo siempre su santa voluntad, no sabiendo ni lo que es coger una plancha, ni zurcir una camisa, ni bordar un mal pañuelo. Del carácter no hablemos: si le contara á usted lo que nos dijeron de esa niña, creería usted que era exageración mía, ó una de tantas invenciones que corren por ahí entre la gente de mala lengua.

—Comprendido, comprendido. Se trata de una señorita mal educada, y basta con eso. Los pocos años le dispensan de todo; pero no le dispensan á él de reflexionar sobre la gravedad del paso que va á dar. ¡Un disparate, un absurdo, un contrasentido!

—En cuanto á él, un hombre de treinta y ocho años, viudo, con dos hijos y una madre que no se ha de separar de su lado... figúrese usted qué linda pareja. Esto sin contar con que la familia de ella ignora todavía las trapisondas de esta primavera, y... lo que colea. Precisamente los padres son de esas personas que todo les viene estrecho, pobre y mezquino para su hijita: quisieran darle por marido algún príncipe de Austria; pero un príncipe puro, honesto, recatado, inteligente y hombre de bien, todo en una pieza. Yo le aseguro á usted, amigo don Rosendo, que el día en que la

madre, que es la que allí lleva la batuta, se entere de lo que Juan José deja detrás de sí... va á oír cosas buenas.

—Le dan la licencia absoluta.

—¡Toma! eso como si lo viera,—repuso la prima con tan pasmosa prontitud, que bien claramente denotaba el gusto con que se había llenado la boca de aquella rotunda y soberana frase.

—Y bien merecida. Porque es lo que le sucede al que va á buscar fuera de casa lo que tiene en la suya. ¿Quién más feliz que él, después de haber constituido una familia, de haber tropezado con una mujer digna y laboriosa, que sería la mejor madre de sus hijos?... Y á pesar de eso, nada, empeñado en pedir peras al olmo, ciego de remate, y más que ciego, estólido. Este es el mundo, mi querida señorita, y no hay que cansarse. Despreciamos la felicidad, cuando esta felicidad se nos da por poco precio; minamos cielo y tierra sólo por el gusto de encontrar nuestra desdicha, con tal que se presente algo remozada y suelta de lengua, con muchos dijes y perifollos.

Aquella idea del desprecio que trajo á cuento nuestro buen don Rosendo, entristeció por el pronto á la señorita Manuela, aunque pasado un rato, y cuando le entró la reflexión, la puso de un humor de todos los diablos. Con-

testó, pues, á su amigo en un tono entre amargo y rencoroso, como de persona desengañada: —Por mi parte... ya le he dicho á usted, que haga su santa voluntad. Cada loco con su tema. El día en que, por su suerte ó por su desgracia, se decida á dar ese paso; el día en que mi señor primo entre con su mujer por una puerta... yo salgo por la otra, y hemos acabado.

—Por Dios, señorita... Ese día no llegará, no debe llegar...

—Ya comprenderá usted que en tal caso mi situación había de variar necesariamente. Bien sé yo que para mí no habría nada más doloroso que esta separación... Los quiero, son los míos, he vivido con ellos, he considerado y he trabajado por su casa como si fuera la mía propia ó la de mis padres. Creo que este cariño ha sido recíproco. Si ahora me equivoco... no será por mi culpa, puesto que el mío fué tan natural como desinteresado. Pero las circunstancias cambian: ¿qué hacer entonces? Aceptaré el sacrificio, como aconseja la propia dignidad, y venga lo que Dios quiera.

—A mí me respeta bastante su primo de usted—afirmó don Rosendo levantándose de la butaca, con ese movimiento que implica una resolución tomada.—A su primo de usted le voy yo á calentar las orejas.

—No, eso no. Sería perder el tiempo, don

Rosendo, créalo usted: conozco su carácter. Lo más acertado, á mi parecer, si hubiera una persona de suficiente discreción que tratara á los señores de Pérez-Hita, era eso de la indicación... Todo depende muchas veces de la manera de decir las cosas.. Por esto, una persona discreta, bien enterada, que tomara el asunto con algún interés... ¡podía hacer tanto!

Así como en algunas cartas el verdadero pensamiento de la mujer que ama se encuentra en la última línea y todo lo anterior no es más que un pretexto, de igual modo, en la presente ocasión, puso nuestra señorita en la última palabra del diálogo toda la substancia y médula de su memorial, pues esto era, en resumidas cuentas, aquella exposición minuciosa de sus temores, propósitos y esperanzas. Comprendiéndolo al fin el señor de Benavides, que iba en la mayoría de los casos de buena fe, convino con ella en que la idea de la indicación podía dar un excelente resultado, y le anunció con cierta vaguedad, como quien no está decidido todavía, que no faltaría una persona que tocara aquel teclado, pero con mucha diplomacia.

Después de oír esto con la complacencia que es de suponer, acercóse nuestra exploradora á doña Balbina y le trompeteó en el oído, declarándole que don Rosendo Benavides les pedía

permiso para retirarse y se despedía afectuosamente de ellas. Levantó la tía la cabeza, alargó una mano y procuró sonreirse abriendo los labios y guiñando con infantil mueca sus ojos adormilados. Algo más expresiva la sobrina, le acompañó hasta el recibimiento y llamó á la doncella para que le alumbrara. A aquella hora aún no había vuelto Boronat á casa.





IX.

ÚLTIMA DETERMINACIÓN.

EL resultado de aquella conferencia de última hora no se hizo esperar ni quince días. Un domingo que fué Boronat, como de costumbre, á la tertulia de los señores de Pastor, se encontró con la novedad de no ver entre los concurrentes á Isabel Pérez-Hita. Acudió el jueves, que era día señalado para los amigos íntimos de la casa, y tampoco tuvo el gusto de saludarla. El segundo domingo sucedió lo mismo. Supo por el propio don Eloy que no había novedad ninguna en la distinguida familia de Pérez-Hita; pero por cualquier motivo que fuese no venían á su reunión con la frecuencia de antes. Cuando llegó la noche del tercer domingo y reparó que los padres estaban sentados en la sala conversando con mucha animación con la señora de Pastor, sin que Isabelita aso-

mara por ningún lado, pudo convencerse de que aquellas repetidas ausencias obedecían á un plan determinado. Se acercó á saludarles con la mayor afabilidad; y aunque ellos le respondieron en el mismo diapasón, dióle en la cara un cierto airecillo de frialdad que entibiaba algún tanto las expresiones cruzadas. No había por qué dudar; se comprendía desde el primer momento: los señores de Pérez-Hita no le miraban del mismo modo. Algo debía haber ocurrido para que se mostraran con él tan fríos, ó cuando menos tan indiferentes. Haciendo detenido examen de conciencia, se preguntó Boronat en qué situación, punto ó circunstancia les habría faltado involuntariamente, pues lo que es con voluntad nunca tuvo intención de ofenderles; y no encontrando de qué acusarse, vino en sospecha de que alguna mala voluntad fuese la causante de todo. ¿Quién sería este oculto enemigo? Por más que discurrió y se calentó los cascos, no pudo adivinar ni aun sospechar siquiera el género á que perteneciese: si respetable varón ó si donosa dama. Entonces, para rastrear alguna más luz, le ocurrió franquearse con su antiguo amigo don Eloy Pastor, y preguntarle lo poco ó lo mucho que él habría colegido de sus conversaciones con los señores de Pérez-Hita. En estas conversaciones algo se les escaparía, á no

dudar, que manifestase la clase de herida de la que se daban por resentidos.

Y, en efecto, en una de aquellas veladas de verano en que se hallaban en la casa contadas personas, Boronat se acercó á don Eloy con el objeto de hacerle una ligera indicación, aprovechando la oportunidad de haber entrado éste en el gabinete en busca de cigarros. Quedáronse, pues, allí; encendieron los puros, y nuestro banquero en pocas palabras le puso al corriente de lo que él llamaba su debilidad por la señorita Isabel, y de la extrañeza que hubo de causarle, después de haber sido bien recibidas sus atenciones, el repentino cambio de política operado por sus futuros suegros. De ninguna manera podía explicárselo, á no mediar en ello una mala voluntad, una persona extraña que había logrado torcer aquella predisposición favorable de los primeros días.

—Basta, no diga usted más,—expresó don Eloy interrumpiendo de pronto las dos ó tres consideraciones que el banquero juzgaba necesarias para aclarar la situación de uno y otro interesado. Sea por su carácter ó por proceder de la clase de tropa, cierta brusquedad, ciertas faltas de cortesía reaparecían de vez en cuando en nuestro antiguo coronel y jefe político. Por eso, sin duda el amigo, que le conocía, callóse por respeto y esperó que continua-

ra:—Por mi parte, bien seguro estaba usted de que le hablase una sola palabra de este asunto. No me gusta intervenir en lo que no se cuenta conmigo para nada. No obstante, usted me hace esta confianza, me pide mi consejo... ya entonces varía la situación. Sí, señor, yo sé poco de esto; pero lo poco que sé le va á usted á servir de pauta para obrar desde ahora en adelante.

—Poco ó mucho, yo le agradezco á usted en el alma, amigo don Eloy...

—Sin que me conste positivamente, creo, como usted, que alguna persona ha debido soplar en la oreja de los padres. Lo que esa persona les ha dicho, yo lo ignoro... pero hablándome la señora de don Antonio de los obsequios que usted dedicaba á su Isabelita, recuerdo haberle oído estas expresiones: «Ya ve usted, ella es casi una niña... y entre jóvenes no tendría nada de particular; pero el señor de Boronat no se halla en ese caso... El señor de Boronat es una persona muy estimable y muy digna, una persona á quien nosotros apreciamos mucho. No es, pues, rebajarla ni despreciarla porque no veamos con buenos ojos sus obsequios. Únicamente que... cada cual tiene sus compromisos y el señor de Boronat tiene los suyos, y queremos ser los primeros en respetarlos. Además, Isabelita es una joven sin

experiencia: ponga usted á esta criatura al frente de toda una familia; dele usted el gobierno de la casa, y ¿qué sucederá? Pues sucederá lo que es natural que suceda: tropiezos, dificultades, disgustos, cierto desbarajuste... porque, convenzámonos, es casi una niña y no hay que esperar milagros.»

—Tan niña era hace dos meses como es hoy, y, sin embargo...—repuso Boronat sin poder contenerse,—usted habrá comprendido que no se pensaba entonces en tantos tropiezos.

—Nada, nada—indicó don Eloy, sonriendo como sonreiría un *bull-dog* que sobre sus temibles incisivos ostentara recios mostachos entrecanos, y sobre los mostachos una nariz sólida y firme como un puño cerrado, que lo mismo que la boca y el ancho rostro eran una amenaza disimulada;—usted, que adoraba la peana, se dedica al santo. Mal será que si el santo se empeña no haga algún milagro, diga lo que quiera su bendita madre. Porque, eso sí, no hay por qué negarlo: son muy buenas personas esos señores de Pérez-Hita, y no va mal, yo lo aseguro, el que vaya por ese camino.

—Á cualquier precio pagaría ahora el saber quién les aconsejó en este asunto, y la especie de sambenito que me habrán colgado.

—¡Adelante, adelante! no haga usted caso; que despampanen lo que quieran, que le cuel-

guen lo que se les antoje: ellos hablan, usted obra.

Expresándose de este modo, echó don Eloy una mirada de curiosidad á la sala, como dando por terminada la consulta; pero en el fondo gozaba en extremo ante la perspectiva de esa secreta lucha que debía empezar entre el galán desairado y los padres de la consabida doncella. Por su parte Boronat, que estaba decidido á presentar la batalla, consiguió ocho días después el que su carta, una carta de enamorado razonable bastante bien escrita, llegase á manos de Isabelita sin permiso de la autoridad paterna. Y á pesar del atractivo que ejerce en las imaginaciones jóvenes este género de contrabando, no obtuvo contestación. El se resintió en extremo de aquello que á sus ojos aparecía como una falta de atención, teniendo en cuenta la suma cortesía y el caballeresco respeto de su misiva. De tal manera, que en el primer pronto, cuando lo supo por la propia intermediaria, vínole á los labios aquella vulgar frasecilla: el que con chiquillos se acuesta... porque, como ya dijimos, se consideró terriblemente chasqueado. Pensándolo luego con mayor detenimiento, figurósele que el no contestar dependía tal vez del natural respeto con que una jovencita, recién salida del convento, debía observar *ad pedem litteræ* las órdenes de

sus padres. Bien conocía él que, por su carácter, no pertenecería á la clase de las tímidas y escrupulosas; pero ¿quién sabe lo que pasa en el interior de una familia, y la independenciam ó el servilismo, más ó menos disfrazado, en que se vive? Por esta razón creyó lo más acertado buscar una persona de respetabilidad; depositar en ella su confianza, si la merecía, y encargarle la gestión de este asunto para que lo tratase con don Antonio de silla á silla.

Y no en vano nuestro banquero gozaba fama de activo, pues al otro día, con este mismo objeto, buscó á don Rosendo Benavides, persona caracterizada, á quien los señores de Pérez-Hita no le negarían el respeto y la consideración debida. Por ser sin duda domingo, lo halló en su casa, almorzando tranquilamente, entre un rimero de periódicos y una docena de cartas abiertas y cerradas, de las que iba separando, después de leídas, las merecedoras de contestación. Boronat le expuso en breves palabras la historia de sus relaciones, prelude y rondó final, y el inmediato favor que venía á recabar de su amistad como consecuencia lógica de aquellos endiablados antecedentes. Don Rosendo le dejó hablar sin dirigirle la menor observación, fumando, oyéndole atentamente ó echando un vistazo al periódico que tenía sobre la mesa; pero al fin, con gran asombro del

antiguo apadrinado, le puso la mano encima de una de las rodillas, y le dijo como quien hace el resumen de un debate:

—Amigo Boronat, por lo que usted me cuenta, por lo que yo he oído, por lo que ha pasado y por lo que se deduce de la manera de ser de esa respetable familia, comprendo que ese asunto no tiene solución, ni arreglo, ni compostura de ningún género. Mi opinión es ésta; pero usted no lo tome como cosa definitiva, ni como sentencia sin apelación, ni como aun consejo que pueda coartar su libertad: nada de eso. Ahora, que siendo éste mi punto de vista... naturalmente habrían de valer muy poco las razones que á mí me ocurrieran para conseguir el objeto que usted se propone. Esto es más claro que la luz.

Mas no ya en claridad, sino en completa sombra, se quedó el banquero después de escuchar al señor de Benavides, no acertando á comprender el verdadero motivo de su negativa. Que tuviera ó no arreglo aquel asunto, esto le importaría desde luego al interesado; pero, según su criterio, no debía ser obstáculo para dejar de intervenir en él. Respetando, sin embargo, la determinación del amigo, le contestó que lo hacía únicamente por hacer algo, pues hartó entreveía el significado de las frases pronunciadas por la madre de Isa-

belita, como comentario á sus repetidas ausencias.

—No obstante, amigo Boronat, si usted se empeña tentaremos el vado, iré á visitar á esos señores, procuraré explorar su ánimo y penetrar en el secreto de eso que los tácticos llaman cuarto de conversión. Á mí poco me cuesta, y no hay más que decidirse...—Esto lo dijo don Rosendo al observar la seriedad y la fijeza de nuestro banquero, que no pudo disimular, á pesar de los esfuerzos que hizo, la primera impresión.

—De ninguna manera, y no se hable más de ello—repuso este último levantándose de la silla, después de haber recobrado el completo dominio de sí mismo.—Para que no lo tome usted á mala parte, yo acepto su opinión de usted como un buen consejo. Pero crea usted que contra más lo pienso, más dispuesto me encuentro á renunciar á toda clase de gestiones... Que el interesado se ofusque y busque tres pies al gato, nada de particular tiene. Los amigos ven más claro, sí, señor, estoy convencido.

En cuanto don Rosendo lo vió en tan buen camino, según sus miras y propósitos, llevado de aquella buena fe que había hecho de él un *Petrus in cunctis* de la política, le ocurrió convencerle igualmente de que su ofuscación era

mayor de la que imaginaba. ¿Por qué iba á buscar fuera de casa la felicidad que hallaría en la suya? ¡Ah, sí! sabía él de buena tinta que una cierta persona, muy conocida de los dos, lo había de recibir con los brazos abiertos el día en que volviera á pensar en ella con los mismos nobles y honestos fines que en otro tiempo. Iba, pues, nuestro político á explayar esta oportuna interpelación con esa familiaridad y esa gratísima benevolencia que proporciona una buena digestión, cuando Boronat, que estaba ya de pie, le declaró la urgencia que traía de asistir á aquella hora á una junta de accionistas de un nuevo ferrocarril, á la que había sido citado. Don Rosendo lo sintió en extremo, porque ocasión tan á propósito se presentaría pocas veces. Por lo tanto, al despedirse, le exigió palabra formal de volver otro domingo por su casa y enterarle de la solución definitiva del asunto. Á esta circunstancia se debió el que Boronat no sospechara por entonces de dónde le venía el tiro, ni quién fuese el promovedor probable de aquella intriga de telón adentro. Claro es que desde el momento en que á la negativa de su cooperación hubiera unido su antiguo padrino la propaganda en favor de la señorita Manuela, cabía presumir lógicamente que uno y otro marchaban de acuerdo. Como esto no llegó á suceder, Boronat no

podía explicarse la conducta de aquél tratándose de un favor que no era costoso y de un hombre que había mediado como principal agente en cuatro ó cinco casamientos. El salir tan pronto de su casa fué, pues, un pretexto para huir de su vista y no verse obligado á disimular el resentimiento, la amargura, la terrible contrariedad que acababa de experimentar en aquel instante.

Cuando llegó al punto designado para reunirse á la junta de accionistas, la corriente de sus ideas había tomado tal fuerza, que estaba decidido á gestionar por sí mismo la solución del asunto, fuese la que quisiera. Se presentaría en casa de los señores de Pérez-Hita, y tendría una conferencia con don Antonio, á puerta cerrada. Ya comprendía lo difícil del caso, y que no era esto lo más correcto, como decimos hoy; pero todo lo afrontaba y sufría con gusto, menos la perezosa inacción rodeada de sombras y penumbras. En la junta se encontró con su paisano Javaloyes, que poseía el instinto de los negocios más bien que la inteligencia, y con el amigo don Saturnino Arriaga, siempre con su facha de paleta, disfrazado de caballero, pero que nunca faltaba allí donde había que colocar algo de dinero. Javaloyes, metido en su almacén y con sus cuentas á vueltas, ignoraba la mayor parte de lo que pa-

saba, no ya en el mundo, sino en su misma calle. En cambio don Saturnino, apenas saludó al banquero, le espetó la noticia que había recogido no sé dónde:—¡Caramba! don Juan José, ¿cuándo le damos á usted la enhorabuena? Me han dicho que se casa usted.

Á pesar de su mediano humor, Boronat se echó á reir, ya por la fuerza del contraste entre la noticia y su última determinación, ya por la animación de don Saturnino, que tenía algo de risueña y comunicativa.—No haga usted caso de lo que diga la gente —afirmó en seguida.—Todas esas gacetillas que corren por ahí... hay que tomarlas á beneficio de inventario.

—Pero cuando el río suena... señor don Juan José...

—Es que ni siquiera existe eso del ruido. Créanme ustedes á mí, que no soy hombre de inventiva: cuando haya cosa formal, ustedes serán de las primeras personas que lo sepan, —repuso el banquero, que hubiera querido ahogar en su propia cuna esta mal intencionada habladuría, así por la posición ridícula en que le colocaba, como por la completa ignorancia del asunto en que tenía á su familia. En su consecuencia, hora y media después, al salir de la junta y al recordar lo dicho por don Saturnino Arriaga, sintió con mayor vehemen-

cia que nunca el deseo de volver á insistir en sus tentativas. Si acertaba á dar en el blanco; si realizaba este sueño, que unía al ardor de la juventud el positivismo de la madurez, ¡oh! entonces... entonces no negaría la verdad de lo que se murmuraba, y dejaría que propalasen amigos ó enemigos las más absurdas noticias.

No faltó, pues, el siguiente domingo á la tertulia de los señores de Pastor, aunque se encontraba algún tanto desanimada á causa del calor, y en razón de haberse trasladado algunos de los tertulianos, al comenzar agosto, á las orillas del Irumea, ó bajo las frescas arboledas de la Granja. Sin embargo, tuvo la inmensa satisfacción de saludar entre los concurrentes á don Antonio Pérez-Hita. Como no la esperaba, su sorpresa fué tan grande como agradable, por cuyo motivo estuvo unos instantes indeciso entre sentarse á su lado ó permanecer desde luego á una respetuosa distancia. Optó por lo segundo, y así pudo observar, al generalizarse la conversación, que don Antonio lo miraba y respondía á sus preguntas con encantadora amabilidad y como si tal cosa no hubiese pasado. «¿No sería acertado, pensó Boronat, ir preparando el terreno?» Al poco rato, la casualidad le facilitó la realización de su pensamiento, porque al levantarse el dueño de la casa en busca de cigarros, vino

él á ocupar su sitio al lado de don Antonio, sin llamar la atención de nadie. Luego, volviéndose hacia éste, en uno de esos momentos en que, tocados dos ó tres temas, la tertulia entera, como obedeciendo á un reactivo, cristaliza en grupos, le dijo con admirable sencillez:

—Señor don Antonio, si usted tuviera la bondad de indicarme la hora, poco más ó menos, que le hallaría en su casa... tal vez fuese á molestarle por un momento.

—Molestarme, de ningún modo; tendría un sumo gusto en verle por allí. Pero mañana...

—Bien, mañana... ó cualquier otro día, el día que á usted le parezca.

—Pero es el caso...—repuso el ricachón en un tono que, aun revelando afabilidad y deferencia, conservaba en el fondo la firmeza del acero que se tuerce y encorva sin romperse,— que mañana me marchó á una posesión que tenemos cerca de Almagro, á preparar lo necesario para la familia. Luego van las señoras, y allí pasamos regularmente esta temporada de verano hasta fines de septiembre. Siempre hay que reponer cristales, tapar agujeros, recomponer el piso, añadir listones á las ventanas... en pura plata, que allí me ve usted convertido en hojalatero, carpintero, albañil, ¡qué sé yo! Si aquella gente es de lo más abandonada que pueda darse...

—¿De modo y manera que mañana no es posible contar con usted?—insistió Boronat sorprendido y contrariado por todo extremo.—Entonces... lo dejaremos para más adelante.

—Estoy seguro, créalo usted, estoy seguro que si uno no se cuidara de esto, la casa se venía abajo. ¡Ah! ¿decía usted que mañana?... No, mañana no, dispénseme usted, señor de Boronat; pero son tantos los encargos y los enredos que uno lleva... que no me va á quedar tiempo ni para persignarme.

A este punto volvió el dueño de la casa con los cigarros, lo cual sirvió de pretexto á nuestro banquero para levantarse y obligar á aquél á que recuperara su sitio. Con esto ya no tuvo que contestar ni una sola palabra á las últimas observaciones de don Antonio Pérez-Hita. Sin embargo, á la salida se tendieron la mano y saludáronse con la misma amable cortesía de antes, maestros ambos en el papel que se propusieron representar, porque el uno por su experiencia y el otro por su penetración venían á ser, en esta improvisada escena, tal para cual.

Dos días después, hallándose Boronat en el almacén de su paisano Javaloyes, por algunas dudas que se habían suscitado entre los asistentes á la última junta, vió cruzar desde la calle de Carretas á la de Atocha, á eso del obs-

curecer, á don Antonio, á su señora y á Isabelita. Lo mismo la niña que su mamá llevaban en la mano varios envoltorios de papel, que debían ser telas, ó cortes de vestido, ó pañuelos, ó cosa parecida. Aun cuando él los distinguía claramente, se acercó á los cristales del balconcillo para no quedarse con ningún género de duda. Eran ellos, y no obstante Boronat se quedó unos momentos alucinado, distraído, vacilante, como si en vez de la realidad hubiera pasado por delante de sus ojos desordenada visión que el entendimiento no concibe. ¡Tan vivo y tan profundo fué el desencanto causado por la aparición de aquel personaje que creía tenerlo á veinticinco leguas de distancia, caminando rápidamente hacia sus posesiones de Almagro! Lo singular del caso es que, cuando Boronat lo oyó de su misma boca, sospechó no fuese un pretexto para excusarse el recibirlo en su casa. Pero la intensidad de sus deseos había llegado á borrar aquella primera impresión, queriendo él creer que no fuera hilvanado pretexto, sino verdad inconcusa, llana y manifiesta. De pronto caía la venda de sus ojos, veía claro, y como es natural, su primer pensamiento se tradujo en la siguiente frase:—Vaya, ahora sí que hemos concluído.

Estaba tan interesado su amor propio en este asunto, que no tardó muchas horas en pre-

sentarse la reacción, violenta, brutal, ilógica, como toda esta clase de reacciones. Al despedirse de su amigo Javaloyes, observó que uno de los muchachos del almacén le entregaba á éste un papel cerrado de parte de las señoras. Después de ver lo que contenía, el comerciante se dirigió á Boronat preguntándole:—¿Quiere usted venir esta noche al Circo de Price con nosotros? Tenemos un palco, vamos solos, se divertirá usted... Esto es un empeño de las niñas, que rabian por aplaudir á ese *mossin Planquette* que sube sobre una enorme bola, por una especie de montaña rusa, á la altura de un cuarto piso; ¿eh? ya ve usted... y luego no sé cuántas cosas más.

Boronat, que no parecía deseoso de admirar tales maravillas, se decidió de pronto y contestó sonriendo:—Aceptado. Cuenten ustedes conmigo, que no faltaré á la hora. Pero con una condición: si no me divierto, queda usted obligado, amigo Javaloyes, á convidarme otra noche al mismo espectáculo y á la misma localidad. Sin esa condición, renunció á ver á *mossin Planquette*.

Tendióle la mano el comerciante, al mismo tiempo que la risa dilataba sus gruesos labios abriendo espantosa rasgadura en su boca, y prestaba á su fisonomía, á su cuerpo membrudo y recio, á su cabezota bien poblada de ca-

bello, el singular aspecto de un oso que danza sobre dos pies. Con todo este buen humor, en cuanto nuestro banquero salió á la calle cambió por completo su semblante, porque lo risueño no era más que engañadora máscara, volviendo á reaparecer para mayor mortificación aquella profunda herida hecha á su amor propio. Qué, ¿tan escaso era su valer que no merecía siquiera la atención de que se le escuchara? Ciertamente que le servía de mucho haber cortado las únicas relaciones ilícitas que tuvo para poder ostentar de nuevo el escudo de intachable conducta. Sí, no cabe duda: la recompensa superaba desde luego al sacrificio, por grande que éste hubiese sido. Y ante ciertos recuerdos y reminiscencias que no se habían borrado de su imaginación, sentíase como dolorido, malhumorado, descontento de sí mismo y de aquella sociedad frívola amiga del oropel y de la farsa, que se negaba á reconocer sus méritos. Hombres de sus antecedentes; hombres cuya fortuna proviniese de manantiales tan puros como la que él se había labrado con el solo esfuerzo de su laboriosidad y de su inteligencia, esos se hallaban á granel, á cualquier hora, detrás de cada esquina, esperando las órdenes de los señores de Pérez-Hita. Eso por de contado: no tendría don Antonio más que dar una patada en el suelo para que, á se-

mejanza de lo que sucede en las comedias de magia, brotase de la tierra un marido perfecto para su hija, un marido honradísimo, talentudo, millonario y en camino de ascender á archiduque ó poco menos.

Dominado por estos irónicos pensamientos, entró en su casa casi sin saber que entraba; habló de mil cosas de oportunidad, corrientes y del día, con la familia; mandó adelantar la hora de la cena, y luego se vistió para salir, después de haberles declarado en tono de broma que se iba á un fin de fiesta, ó como si dijéramos, á los postres de un convite que se celebraba en casa de Javaloyes. Doña Balbina, los niños, la señorita del cuarto segundo, que estaba allí, todos se sonreían y le abrumaban á preguntas. Sólo su prima Manuela permanecía algo seria, por imaginar que aquello del convite era una tremenda y descomunal mentira. Boronat, sin contestar á derechas, los dejó de este modo en la misma ignorancia que antes de cenar, y en cuanto llegó la hora se escabulló bonitamente para ser tan exacto como debe serlo el convidado modelo. Halló á don Martín Javaloyes dando vueltas por el cuarto, dispuesto y vestido, mientras la mujer y las hijas concluían de acicalarse, exagerando como siempre algún adorno, algunas cintas, algo del traje ó del sombrero, pues todo el afán

de estas señoras era el distinguirse y picar tan alto como las primeras de su clase. Por fin, á las ocho y media, una tras otra salieron del gabinete doña María, Merceditas y Victorina, y metiendo mucha prisa al marido, después de saludar á Boronat, empezaron á desfilarse abajera.

Cuando ellas entraban de allí á un rato por las puertas del Circo, algo sofocadas y sudorosas gracias al buen paso que habían traído, ya llevaban hechos algunos números de la función con gran sentimiento de ambas señoritas, que temían no estuviese entre éstos la peligrosa subida sobre la bola de *mossiu Planquette*. Afortunadamente, el intrépido equilibrista no tardó en aparecer sobre la arena del Circo, una vez armada la montaña, el gran parapeto de madera, sobre cuya ancha espiral subió al fin la bola con movimientos moderados, dócil á los pies, al impulso, á la habilidad de *mossiu Planquette*, que al descender después y acabar su ejercicio recibió una salva de nutridísimos aplausos. Los niños, sobre todo, mudos de asombro, contemplaban sin respirar aquella figura escultural de color de carne, con una simple faja roja ceñida á la cintura y parte del muslo, con los cabellos largos peinados á la romana, los brazos cruzados, colocada en lo más alto del parapeto y encima de algo

redondo que parecía una enorme pelota de piedra. Luego la figura, para ellos fulgurante al resplandor de las luces, se movía, iba descendiendo, descendiendo de las alturas, intrépida y risueña, como una especie de arcángel que habría podido volar ó saltar desde aquel punto si tal hubiera sido su voluntad. ¡Qué emoción entonces, qué placer más vivo, qué gustosa y picante vibración en todos los nerviecillos de su cuerpo!

En este momento Boronat, que respondía á una pregunta de su amigo, volvió la cabeza hacia la izquierda, levantó la vista, y al reparar en una joven que le miraba desde la galería, experimentó la sensación de un susto ó de una gran sorpresa. Aquella mujer, que le miraba con suma atención, tenía una maravillosa semejanza con Eugenia, así por el corte y color del rostro, como por sus gestos y movimientos. Al pronto, y desde cierta distancia, podía confundirse con ella, si bien el vestido claro de chaconada y la mantilla sencilla, casi desprendida de la cabeza, borra-
ban algún tanto estos fugitivos rasgos que habían causado su equivocación. Ahora, que cuando el banquero, echando mano á los gemelos, alcanzó á distinguir los menores detalles de la joven, ya no le quedó duda de que pudiera ser, ni remotamente, la viuda de don

Máximo Gali. Mas no por eso dejó de verse hostigado por ciertos recuerdos que adormecían y halagaban sus sentidos, sumiéndole en una inquietud extraña que nunca había experimentado. Componíase esta inquietud, desconocida para él, en parte de tristeza y en parte de un predominio excesivo de la imaginación que paralizaba, en determinados momentos, todo impulso activo, todo lo que fuera moverse en la esfera agitadísima de los negocios. Algunas noches los mismos recuerdos le perseguían en forma de ensueños caprichosos, desatinados, raros, de los cuales apenas conservaba memoria al despertar por la mañana, debilitado y rendido. ¿No sería esto acaso el principio de aquella reacción natural que debía operarse forzosamente, reclamada por la pasión, por la naturaleza y como en desquite de la contrariedad sufrida?

En uno de los intermedios, Boronat volvió á mirar con los gemelos hacia la galería, y con mayor detenimiento pudo observar que no era una sola joven la curiosa, sino que había dos, al parecer hermanas, que, sentadas en primera fila, se ocupaban de él por algún motivo especial que ellas tendrían. El caso es que el banquero las veía reirse, hablarse al oído y hacer ciertas demostraciones que tal vez no se encaminaban á más objeto que á llamar su atención

de un modo ó de otro. «Puesto que están de broma, pensó él, sería yo muy tonto si no se la siguiera.» Animado con esta idea, y antes de que la función acabara, pretextó á los señores de Javaloyes que iba á saludar á un compañero de Bolsa, y que á la salida volvería á reunirse con ellos. Colocóse, pues, en la puerta más cercana al asiento que ocupaban las dos risueñas jovencitas, esperando, con ojo avizor, que el ruido y movimiento de los espectadores le diese la señal de avanzar para saber la dirección que tomaban ellas. En cuanto estallaron los últimos aplausos, que correspondían á la exhibición de una pareja de elefantes muy atentos con el público, á quien saludaban de original manera, Boronat se acercó á la puerta y se quedó sorprendido al tropezarse con dos muchachas bonitísimas que salían á toda prisa. ¿Serían ellas las?... Desde el pasillo reparó él en los abanicos, en los vestidos, en las mantillas, y se convenció al momento de que eran las mismas, aunque miradas á alguna distancia no le hubieran parecido ni tan jóvenes, ni tan compuestas, ni tan bonitas.

Echó á andar tras ellas sin vacilación ninguna, como hombre decidido á todo, y así que estuvieron en Recoletos se puso á su lado y las saludó con natural y afable cortesía. Las

muchachas, que no eran cortas ni perezosas para contestar, le dijeron que el confundir su persona con la de un paisano á quien querían como á las niñas de sus ojos, había sido causa de aquellas risueñas demostraciones. Que ahora á la salida, al encontrarse con él, comprendieron su error, y de aquí el correrse ellas una miajita y el adelantar el paso cuanto les permitieron sus piernas. «Si ello es un embuste para disimular su juego, reflexionó Boronat, no está mal pensado.» De todos modos lo dió como verdad inconcusa, añadiendo que, por su parte, sentía mucho que lo del paisanaje no resultase cierto, y que si aquel gran amigo no estaba en Madrid por casualidad y desearan que él hiciera sus veces, podían desde luego disponer de su persona.

—¿Usted sabe bien lo que ofrece, caballero?
—preguntó con algo de zumba la que parecía más desenvuelta y de mayor edad.

—¡Toma! pues si no lo supiera no se le ofrecería... eso se cae de su peso. Cuando lo ofrezco, es porque tengo un verdadero gusto en que ustedes lo admitan.

—Mírelo usted bien, no diga usted pares y vengan á salir nones.

—¿Cuánto va—repuso Boronat maravillado del gracejo natural de la muchacha,—cuánto va á que si hablamos mucho rato voy yo á re-

sultar tan paisano como ese que buscaban ustedes en el Circo?

—Cabalito,—afirmaron las dos hermanas.

—¿Apuestan ustedes algo bueno?

—No, porque me aconsejó mi abuela que no apostara sino cuando hubiera de ganar. De modo que... ya usted ve: ¿qué voy yo ganando con que usted se acueste manchego y amanezca paisano mío?

—Esa es de las ganancias que al punto no se notan. Después, después es cuando á una le lucen y le... relucen.

—Sí, ya calé, como dicen en mi tierra. Eso será como cuando los chicos de la escuela van á buscar grillos: el primer bicho que trincan siempre sale grilla.

—No lo crea usted. Y estoy viendo, por lo que usted se explica, que aquí se juega más limpio que en su tierra de usted.

—¿Más limpio que en mi tierra? Vamos, caballero, no diga usted esas cositas;

No diga que ezo no ez higa,
Que jase mucho rei
Y me duele la barriga.

—Eso muy pronto se ha de probar. Y mire usted—añadió Boronat imitando el acento meridional de la muchacha,—mire usted, yo soy del mismo Jaén, conque... Apostaría doble

contra sencillo á que ustedes nacieron dos palmos más abajo.

—Pero, hijo, ¿usté nació apostándose algo? ¿ó es que viene usté de la feria de Lucena de vender su borrico, y le pesa el dinero que le dieron?

—A mí no me pesa más que el no ser paisano de ustedes. Francamente, eso es lo único que á mí me pesa. Ahora discurren ustedes el medio mejor para que llegue á ser paisano suyo, y... ya me tienen ustedes contento.

—*Contentis et gordis*, como decía mi primo Joselito.

—¡Ah! ¿tienen ustedes también un primo?— preguntó Boronat en tono de zumba.

—Primo, suegro, padre, cuñado y todo lo que á usté se le antoje. ¿Qué se había usté creído, que salimos de algún mal rincón como las arañas? Pues sepa usté, si no lo sabía, que nacimos en tan buenos pañales como la primera, y de sangre tan limpia y tan honrada como cualquiera duquesa de por acá.

—¿Quién dijo lo contrario?

—No, por si acaso... y que aquí viene bien aquello de «no por la letrilla, sino por la musiquilla,» ¿usté me entiende? Que aunque á mí me gusta la música tanto como á la primera, hay músicas que sólo son buenas para los difuntos.

—Como la de *Las habas verdes*,—añadió la otra hermana, con no menos gracejo.

—Completamente de acuerdo. Retiro lo que haya de ofensivo ó de mal sonante en mi pregunta, con tal que usted se desenoje, señorita... ¿Cuál es su gracia de usted?

—¡Tengo yo tantas gracias!... Pero, en fin, yo me llamo Trinidad, y mi hermana Nieves.

—Pues bien, señorita Trinidad, hemos llegado cerca de San José, y según á donde ustedes vayan, convendrá seguir de frente ó tomar hacia la derecha. Esto si puede saberse dónde sus mercedes se aposentan...

—¡No que no! como que va usted muy engañado si cree que somos nosotras como las señoras de tapadillo. No hay por qué ocultar nada, compañero: vivimos en la calle de Tudescos, en un cuarto piso, más cerca del cielo que de la tierra...

—Como los ángeles ó las sílfides esas que...

—No, señor, como las que no pagan más que diez duros de alquiler. Cabalito.

—Es verdad, es verdad—repuso Boronat riéndose de bonísima gana, subyugado por el humor ocurrente de la muchacha, á quien miraba de vez en cuando con gran atención y curiosidad.—Tonto de mí que iba á poetizar lo más prosáico del mundo, porque no hay nada más prosáico que un casero, sobre todo para ustedes.

—Y ¿para usted nó? Claro, vivirá usted en casa propia... y tendrá muchos parneses...

—No, mire usted, en esa parte estamos iguales: yo pago puntualmente todos los meses, sin que el casero me perdone ni medio real, como usted y como cada hijo de vecino.

—¡Oiga, oiga! camará. Y ¿de dónde ha sacado usted que yo pago con puntualidad, si no ha visto usted mis papeles?

—Es una suposición y nada más. Porque creía muy natural que ustedes pagasen con alguna puntualidad lo que disfrutan diariamente á su sabor y gusto.

—Más natural es tener dinero, y, sin embargo... no todos lo tienen.

Volviendo por los fueros del propietario, repuso Boronat, aunque en tono de broma, que el que no tiene dinero lo busca en el trabajo, para no llenarse de deudas y sufrir las consecuencias de la holgazanería. Ante la idea del holgazanear, riéronse mucho las dos hermanas, sosteniendo, con el descoco irreflexivo del papagayo que repite lo que ha oído, que el hombre nació para holgar, y que todo está reducido á saber si puede ó no puede. El pobre se fastidia y vive amarrado al trabajo; pero en cuanto puede... le pega un puntapié á la amarra, y ¡á holgar! ¡Á comer *tonono* y á tomar unas cañitas! Mucha gente hace como que trabaja y

no para de moverse... pero ¡quíá! no sudarán muchas camisas, ni se les harán callós en las manos, ni se les derretirán los sesos de puro discurrir, ¡quíá, nada de eso! al contrario, si revientan será de gordos y de que no les quepa ya la manteca dentro del pellejo. Boronat les contradecía con alguna viveza; pero luego acababa por reirse como un páparo, sin duda por ser tan comunicativo y contagioso el buen humor de las muchachas, representantes en pequeño y por aquella época de ese espíritu meridional que ha venido infiltrándose en las costumbres, en los vicios, en el traje y en la manera de ser y hablar del pueblo madrileño. La invasión y la renovación han sido tan grandes, que no ha faltado un ingenioso autor de frases, exagerador como todos ellos, que haya dicho:—Dentro de pocos años el barrio más grande de Sevilla será Madrid.

En estos dimes y diretes llegaron los tres al final de la calle de Tudescos; y como Trinidad se detuviese en uno de los últimos portales, Boronat se apresuró á llamar al sereno, añadiendo, antes que éste viniese, que tendría sumo gusto en volverlas á ver si le concedían su permiso. Concediéronselo á las pocas palabras las dos hermanas, por suponer que siendo, á su parecer, un caballero, no había de abusar en manera alguna de esta franqueza y con-

fianza ilimitada. Al despedirse, la mayor de ellas le recordó que era piso cuarto de la derecha, aunque bien podía pasar por quinto.

Poco después, cuando el banquero cruzaba la calle de Atocha, daban las dos y media en el reloj de la Trinidad. Apresuró el paso al oír tal hora, pero maquinalmente, porque su imaginación, enardecida con el incidente de la noche, no tenía delante más que las imágenes de las muchachas resueltas y decidoras, y recordaba tan sólo las frases breves, rápidas, chispeantes, ingeniosas, que, á semejanza del fósforo, adquieren cierta luz en la obscuridad, en el recogimiento, en el insomnio. ¡Habían excitado de tal modo su curiosidad aquellas incomparables beldades! ¿Qué podían ser, en resumen, unas jóvenes de tan honesta apariencia y singular atractivo, que no desdeñaban la compañía de un desconocido en las horas avanzadas de la noche? Sin haber logrado resolver este problema, que no era tan fácil como tal vez imaginen los que no conocen la vida anómala y extraordinaria de una capital, entró Boronat en su casa, se desnudó y acostó tranquilamente, aunque su sueño fué luego turbado por tristes y fatigosas pesadillas.

Al día siguiente no pudo levantarse á la hora de costumbre, porque una pereza superior á todo buen propósito, como si le tuviera sujeto

con blandas y maravillosas ligaduras, le impedía removerse y saltar del lecho en un repentino y desesperado esfuerzo. Serían, pues, las once de la mañana cuando se presentó en el despacho y se hizo cargo de dos telegramas y de un pliego remitido por el Banco del Crédito mobiliario, antes de escuchar las proposiciones del representante de una casa francesa interesada en la explotación de una gran cuenca carbonífera recientemente descubierta. Á las dos de la tarde le quedaban todavía por repasar y firmar cinco cartas y algunas facturas de negociación que esperaban de un momento á otro su vencimiento. Con esta detención se retrasó, como era natural, la hora de la comida; pero entre cinco y seis salía ya de casa, solicitado por cierta curiosidad y por el deseo de borrar de su imaginación los recuerdos, cada vez más vivos, de la única mujer que él había amado.

Al cruzar el portal del modesto tugurio donde moraban las consabidas muchachas, echó una mirada á la portera, que, á semejanza de un animalejo domesticado, ni siquiera levantó la cabeza ni se movió una línea dentro de su enorme jaula de cartón, pues tal parecía aquel mísero biombo, con un cristal de á cuarta por ventanillo, instalado como un tropiezo á dos pasos de la entrada. Subió despacio los noven-

ta y ocho escalones, llamó en el cuarto de la derecha y se halló á los pocos minutos con el rostro hechicero de Nieves, la hermana menor, que fué en esta primera visita su introductora. Un pasillo estrecho y algo escaso de luces conducía directamente á la salita y á un gabinete contiguo, si bien en el intermedio se tropezaba con algún obscuro cuartejo que pudiera servir para la propagación de cucarachas, arañas, polillas, *címici lectulari* y otros hemípteros no menos interesantes. La sala, aunque pequeña, no ofrecía mal conjunto, y se comprendía que lo mejorcito de su indumentaria se había reunido y puesto á la vista en este modesto centro de operaciones. Cuando entró Boronat, la llamada Trinidad estaba recostada en un sofá de anea, con el abanico en la mano y la mantilla puesta, como si acabara de subir de la calle. Hablaba con un hombre sentado á su derecha y á cierta distancia, el cual hombre vestía chaqueta negra, pantalón de dril de color plomo, sombrero bajo, y la pechera de la camisa que mostraba no parecía basta ni morena. Por lo que toca á su aspecto de criado servicial y comedido, Boronat lo tuvo al primer pronto por un mandadero de monjas; pero en cuanto observó más detenidamente su fisonomía de roedor con el hocico largo, los ojos vivos, la nariz picuda y las orejas muy despegadas de

la cabeza, como dispuestas á recoger el menor ruido, pensó si sería alguno de esos prestamistas ó agentes de baja estofa, á los que recurren ciertas mujeres en determinadas circunstancias.

Después de saludarle como á un íntimo amigo, se dirigió Trinidad á Boronat y le dijo:—No sabe usted bien, caballero, el gusto que me ha dado viniendo por esta jaulita de madera, porque si usted repara esto no es más que una jaulita un poco grande. No le falta más que el pájaro. ¡Ay, compañerito! aquí me viene usted ahora que ni llovido.

—¿Tanta falta le hace el pájaro?—preguntó el banquero sonriendo maliciosamente.

—No, hijo, no, ¿quién se acuerda de eso cuando hay otras cositas de más enjundia? Pero... usted es un caballero... y delante de usted puede hablarse de todo,—expresó la joven golpeándole suavemente la rodilla con el abanico cerrado. Volvióse á seguida hacia el desconocido de su derecha, á quien le apuntó con el mismo abanico, sin duda, para interrogarle con más fuerza:—¿No es verdad, usted, que el señor tiene cara de caballero? Es lo que yo digo: con sólo mirarle á la cara se comprende que mi amigo es todo un caballero. Y no hay que darme las gracias, porque eso no es favor, sino merecimiento. Pues como iba di-

ciendo... tenía yo la buena intención de tomar otro cuarto que estuviera más cerquita de la tierra. El señor, que es casi paisano mío y dueño de una tienda de muebles en el Rastro que no hay más que pedir, me hace el favor de ponerme la casa como una tacita de plata: todo nuevo, de moda y acabadito de salir del horno, como aquél que dice. La dificultad está ahora en que... el señor me pide mucho parné: de primera mano cuarenta y cinco duros... ¡que son una friolerilla! ¡Virgen de la Soledad! no diga usted que usted no es carero... usted es carerísimo. ¡Y eso siendo casi paisanos! Vamos, paisanito de mi alma, si usted no me rebaja lo que le pido... voy á creer que usted no nació en tierra de cristianos...

—Pero ¡cuánta palabra buena tiene esta señorita!—exclamó el mueblista del Rastro, riéndose y mostrando sus afilados dientes de roedor, al mismo tiempo que se ponía de pie y daba vueltas al sombrero, que conservaba entre las manos.

—¡Oiga, oiga! las obras son mejorcillas todavía.

—Bueno; pues *miusté*, señorita, ni la suya ni la mía: deme usted cuarenta y cuatro de primera mano, y trato hecho.

—Treinta y ocho, á toca teja,—repuso la joven volviéndole á apuntar con el abanico, de

igual manera que le apuntaría con una pistola.

—Cuarenta y dos. Ni un ochavo menos.

—Treinta y ocho.

—No puedo, no puedo, señorita: si pudiera... ¿á qué está uno sino á vender?...

—Treinta y ocho,—repitió imperturbablemente la compradora, después de mirar á Boronat con disimulo y guiñarle el ojo. De pronto saltó ella del asiento y se dirigió al gabinete contiguo, haciéndole una nueva seña para que le siguiera. Del cajón de una mesita sacó un envoltorio de papel, y se puso á contar el dinero que había reunido entre pesetas, medios duros, duros y doblones de á cuatro, aunque por lo ligera que anduvo en la cuenta debía tenerla bien sabida y clavada en la memoria. Puso el envoltorio delante de los ojos de Boronat, y entre angustiada y risueña, con un gracioso mohín de contrariedad y una mirada de súplica, le expuso en voz baja la situación particular en que se hallaba:—¡Ay! compañerito, si usted supiera... Voy á ser franca con usted; pero... usted me promete decirme después si una tiene lacha ó no la tiene... Como usted es un caballero, bien me parece que puedo yo darle esta prueba de confianza. ¿Usted va calando? Mire usted, estoy segurísima que ese señor Antonio me pone los mueblecillos donde yo quiera por los treinta y ocho. Aquí en el papel tengo

veintisiete cabales... y crea usted que una proporción así no se pesca ni con caña de azúcar. Si usted fuera tan bueno... si usted fuera tan bueno que me adelantara ese cachito de rabo.

Boronat, en vez de asombrarse ante semejante salida, echó mano al bolsillo del chaleco y sacó dos centenes nuevecitos y un duro, cuyas tres piezas fueron depositadas delicadamente en el fondo revuelto del envoltorio. Al ver esto la joven, recogióse la mantilla, que se le venía á la cara; miró de frente al banquero, y con vivacidad de pájaro, risueña y provocativa, le estrechó la mano diciendo:—Choque usted, caballero; usted es mi paisano.

—No tanto, no tanto...—repuso Boronat sin poder contener la risa.

—Que sí, hombre; que le digo que es mi paisano de corazón. Porque toitos los nobles corazones han debido nacer por fuerza en mi tierra, que es la tierra del rumbo, de la generosidad, de la gracia, del aquél y de toito lo bueno que su Divina Majestad ha criado en el mundo para nuestro regalo y alegría. ¿No es eso? Diga usted que sí, hombre, y no me deje fea por poco.

Expresándose así, dió media vuelta y salió á la salita con mucha compostura, seguida del banquero, que deseaba ver la forma y manera que tenían ambas partes de cerrar aquel chis-

tosísimo trato. Acercóse, pues, la joven al llamado señor Antonio, y poniéndole el dinero en la mano, como el que acepta un doloroso sacrificio, le espetó la siguiente jaculatoria:—Tome usted, ¡bandido! tome usted. Ahí se lleva la sangre de una pobre huérfana; pero hágase su santa voluntad, y Cristo con todos.

—¿Qué me da usted aquí, señorita?—interrogó el hombre, aproximándose al balcón para contar y examinar las monedas.

—Más dinero del que usted vale, señor Antónete, contando con su ropa y la camisa limpia, que no parece del todo mala.

—Aquí no salen más que treinta y ocho duros.

—Es que esos son de los que crían. Ande usted, ande usted, que cuando llegue á su casa ya habrán echado fuera á los *churumbales*.

—No, señora, no nos podemos arreglar, no me conviene... El trato no era ese.

—¡Virgen de la Soledad! Y aún dice que no le conviene llevarse treinta y ocho duros.

Boronat, que permanecía callado, se dirigió entonces al mueblista, observando que éste no se daba por convencido, y le habló en el mejor tono de conciliación:—Ya sé yo que no tengo vela en este entierro; pero por lo que he oído á ustedes, se me figura que esta señorita no se pondrá fuera de razón al ofrecerle ese precio.

Además, que le da á usted una prueba de confianza al pagarle por adelantado.

—¡Qué adelantado ni qué ocho cuartos!— exclamó al punto el hombre un si es ó no escocido,—si hace mes y medio que están los muebles en la casa. Ahí ve usted la muestra: esa media sillería nuevecita, un armario-ropero, un espejo, un lavabo y otras dos piezas que no se trajeron, porque el oficial que las hacía no se puede lamer, llenito como está de dolores. Quedamos en los cuarenta y cuatro; de modo que...

—¿Ha concluído usted?—preguntó la muchacha entre risueña y seria.—Pues si ha concluído usted... yo también. Devuélvame usted esa bonita cantidad que usted no quiere. Perfectísimamente, y muchas gracias por su amabilidad. Ahora, señor Antoñete, quedemos en algo: quedemos en que el día que se levante usted de buen humor ó le caiga la lotería, va usted á venir á verme. Ese día nos arreglamos nosotros. Porque la verdad se ha de decir: á mí no me gusta ver malas caras, ni que nadie me tuerza el hocico por la miseria de cuatro duros. Cuando este caballero sacó la razón de lo adelantado, ya usted se me puso tan serio que pensé y me dije: «¿Qué pedazo de torrezno ó de perdiz estofada se le habrá indigestado á ese buen señor?» pues no sé que haya

otro motivo para que me venga usted á chillar á las orejas con sus tratos y contratos. Entre personas decentes, como nosotros, no hay más trato que la palabra de cada cual. ¿Va usted calando? ¿Que á usted no le convienen los treinta y ocho duros que le ofrezco de primera mano?... pues se da usted una vueltecilla por ahí, y me compra una peina de regalo para cuando vuelva, que yo se lo agradeceré.

Tornó nuestro hombre á sonreír y á mostrar sus agudos dientes de roedor, acabando por andar dos ó tres pasos en dirección á la puerta.—Lo que es buenas razones no le faltan á la señorita... pero, en fin y remate, haga usted cuenta de que si subo cualquier otro rato yo no me voy sin los cuarenta y dos duros. Si usted supiera lo que he pagado por esos muebles... si usted supiera lo que son los artistas... ya tendría más ley la señorita y no me haría venir tantas veces á su casa.

—Ley no me falta, señor Antoñete: lo que me falta es dinero. Y ya usted comprenderá que unas pobres huérfanas que no tienen tíos en Indias ni parientes á quienes heredar, no sé de dónde lo han de sacar... si no van á robarlo.

—Pues yo sí lo sé,—repuso el mueblista sonriendo y guiñando el ojo, por no atreverse, en presencia de Boronat, á lanzar el chiste

que le habían sugerido las últimas palabras de la joven, y que hubiera sido seguramente una grosería.

Á este punto se oyó la campanilla de la puerta, y la hermana menor corrió á ver quién era, mientras el llamado señor Antonio se despedía de Trinidad y del banquero con su acostumbrada mueca de animalejo ladino y engolosinado. Volvió á entrar Nieves en seguida con el recadito de que el hijo del administrador deseaba hablar dos palabras con su hermana, si no le servía de molestia. Salió ésta apresuradamente, rogándole antes á Boronat que se sentara como si estuviera en su casa, porque ella despachaba el asuntillo en un periquete, y, si podía, en menos que cantase un gallo. Reparando entonces en la hermana menor, que vino á ocupar en el sofá el puesto de Trinidad, quedóse poco menos que absorto ante la semejanza maravillosa de las dos jóvenes. No suele la naturaleza, uno de cuyos caracteres es la inagotable variedad, producir dos hermosos ejemplares de una misma obra; y siempre que el hombre se encuentra en presencia de algo singular que se parezca á este fenómeno de una identidad casi perfecta, se siente, como Boronat, profundamente sorprendido. La misma estatura, el mismo color moreno claro, la misma forma de cabeza, de

busto, de caderas, de brazos y manos, que serían, por la suavidad de sus líneas, por la corrección graciosa del dibujo, por la morbidez adorable de sus carnes, el encanto y la desesperación del escultor que se atreviera á reproducirlos en mármol. No había más diferencia entre las dos hermanas que en la menor de edad apuntaba, algunos días, un ligerísimo sonrosado en las mejillas, que, más que color, diríase que era el reflejo imperceptible de una llama. En cambio, Trinidad poseía mayor desenvoltura en los movimientos y ojos más vivaces, que correspondían, desde luego, á un espíritu inquieto, sagaz, travieso; á un carácter abierto y dominante, si bien el de Nieves no pecaba de corto ni de tímido. Contribuían también á este gran parecido el ser de igual estatura y vestir el mismo traje: zuava y chaleco de merino, con falda de chaconada, muy clara, adornada con tiras de lo mismo, color de maíz obscuro, y un pequeño *fichú* de capricho, que eran de moda en aquella época, puesto que los cuerpos se llevaban bastante escotados. Sin perder un ápice de su admiración, Boronat la había pasado de la hermana mayor á la menor, y no se saciaba de contemplar los menores primores de esta criatura de diez y seis años, que aparentaba ya veinte, digna de figurar, por su belleza, entre las Mo-

raimas, Celindas, Zaidas y Zulemas, cantadas por los poetas anónimos de nuestro romance-ro. Mientras ella sostenía una conversación animadísima con el banquero, llegaban á oídos de éste algunas palabras sueltas de la que la otra hermana sostenía en el pasillo con no menos animación. Á intervalos se oía asimismo la voz del hijo del administrador, clara y algo dura de tono, cuya dureza podría atribuirse, con algún viso de verdad, á la insistencia con que el joven reclamaba la entrega de cierta cantidad que había de presentar á su padre. Esto es lo que vino á comprender Boronat al cabo de un cuarto de hora que duró la sesión. Por fin, la elocuencia mimosa y persuasiva de Trinidad fué apagando, como por ensalmo, los fuegos del reclamante, hasta quedar reducidos á un imperceptible ruido. Juraría él que se había oído algo más alarmante y expresivo que concluyó con el murmullo; pero esto no pasó de ser mera suposición ó un refinado exceso de malicia.

—¡Ay, caballero, qué fatigas más negras se pasan en este mundo!—exclamó la muchacha, entrando en la salita con un airecillo de soberanía y de gracioso desenfado que formaba singular contraste con las palabras que acababa de pronunciar.—Yo no sé si porque nos ven solas se atreven con nosotras; pero si son aquí cos-

tumbre todas esas solfas con que nos marean los caseritos... le digo á usted que no hay costumbres más antipáticas que éstas de Madrid. ¡Vaya con el hombre, y con qué humos venía! Créalo usted, hay muchas personas que lo que es de educación... ni pizca, ni la conocen, ni la han visto, ni la han olido. ¡Ah! y á propósito de oler—añadió ella apuntando á Boronat con el abanico desde el sofá, donde se había acomodado al lado de su hermana,—¡si supiera usted qué pimpollitos de flores ví ayer tarde en casa de *El Valenciano!*

—¡Ay, es verdad! nosotras nos morimos por las flores—afirmó Nieves apasionadamente.— ¡Está una tan acostumbrada á las cositas buenas de su tierra!...

—Digo, si aquello es una bendición de Dios; si aquello... figúrese usted, caballero, que toito el cielo se ha venido abajo, y que esos miles de estrellas y luceros de tantos colores y tan rebonitos que vemos allá arriba se han convertido en flores; pues esa es nuestra tierra: un cielito florido.

—Un día de éstos me voy con ustedes por allá—expresó el banquero con gran animación.—Siendo tan bueno como ustedes lo pintan... ¿quién se queda por aquí?

Sin dejar de sonreír ante la idea de una súbita escapatoria, Trinidad indicó en otro tono,

y echándose mucho aire con el abanico, cierto antojillo que le asaltó al pasar por delante de la tienda de *El Valenciano*:—¡Ay, cada vez que me acuerdo!... mire usted, no sé lo que yo daba ahora mismo por tener dos búcaros y seis ó siete tiestecillos.

—Si es por eso sólo, no suspire usted más, señorita Trinidad. Mañana á estas horas podrá usted colocarlos en el balcón ó en donde quiera.

—¿De veras?... ¡Ay, paisanito de mi alma! no sabe usted bien en lo mucho que aprecio ese recuerdo...

—Justamente por eso, para que usted se acuerde de mí, es por lo que me he apresurado á complacerla.

—Diga usted que sí, que Trinidad Reguero tiene memoria para eso y para mucho más, y que favores como ese no se pueden pagar más que en una moneda: con un cachillo de esto— y la joven señaló con la diestra al corazón, al mismo tiempo que lanzaba á Boronat una mirada de acariciadora insistencia, que obligó á éste á adelantar la silla dos pasos para ponerse más cerca de ella; pero á esta sazón volvió á sonar la campanilla de la puerta, por lo cual se dirigió á su hermana y le dijo:—Anda, mujé, cómo ha de ser... que puede que sea don Nicasio ó don Nicanor ó don no sé cuántos,

ese buen señor tan espigado y tan alto, que parece la escalera de encender los faroles... Si es ese, que perdone por esta vez: le dices que me he ido á comprar tres cuartos de chochos y seis de cotufas con un paisano.—Luego que Nieves hubo salido, se recostó de nuevo en el sofá y añadió con graciosísima formalidad:—Mire usted, le dije eso del convite, porque ese caballero es más seco que el esparto y más apretado que una cuña. Créalo usted, aquí se ha colado alguna que otra vez, porque el hombre parecía interesarse por el asuntillo de nuestra pensión, pues en jamás de los jamaeses le pasó por el magín el traernos una flor, un dulce, una *biscotela*, cualquier friolerilla; nada, ni el polvo de la calle.

—El mismo, mujer, el mismo—afirmó la hermana menor tornando á entrar en la salita.

—Parece que te lo apuntó el diablo. En cuanto que le ví la fila, le solté de corrido que te habías ido á comprar dulces y que yo no tenía gana de palique. Él echó mano al bolsillo...

—Ahí es donde le duele al camará.

—Eché mano al bolsillo y me dió este papel, que es una copia de no sé qué señas que necesitamos para... ir á no sé dónde.

Picado por la curiosidad se levantó Boronat de la silla, y con pretexto de no abusar en la primera visita que había tenido el gusto de

hacerles, se despidió en seguida con el solo objeto de alcanzar al caballero á quien negaban la entrada y ver qué casta de pájaro fuese.

—Para usted, ya lo sabe, todas las tardes estaremos recogidas en casa—le indicó Trinidad al estrechar afectuosamente su mano; pero él acercó de pronto la cabeza y le dijo al oído unas cuantas frases de doble interpretación. Sonrióse ella al comprenderlas, y exclamó bajando la voz y guiñando el ojo:—¡Ay, paisanito! pero qué conchudo y qué remalo que es usted...

Debido á una improvisada coincidencia, nuestro banquero consiguió el objeto que se proponía, pues al llegar al último tramo de la escalera distinguió á un caballero de alguna respetabilidad, alto y flaco, que hablaba por el ventanillo con la portera. «Según los pelos y señales, pensó él, éste debe ser el susodicho.» Cruzó luego por delante muy despacio, y una sola palabra que pudo oír le dió la clave de aquella particular conferencia. Al respetable señor no le había hecho gracia la tal negativa, y, sin duda, trataba de sonsacar á la misteriosa portera para saber á qué atenerse. De lo bueno ó malo que resultase, poco le había de importar á Boronat: le bastó aguardar en la calle cinco minutos á que despachara y saliera el conferenciante, para acabar de satisfacer su curio-

sidad. Era un hombre como de cincuenta años, que á pesar de su figura, algo desairada por lo estirada y angulosa, no parecía antipático ni envejecido; antes bien se le hubiera juzgado como un solterón ó viudo perfectamente conservado y de buena ropa, según la que sobre sí traía. De todo lo cual dedujo nuestro banquero que el buen señor no iba allí únicamente por la gestión de las pensiones, sino por otro género de distracciones más agradables y chistosas. Este pensamiento le suscitó á él otros de idéntico orden y tendencia. ¿No era también él viudo, independiente y rico? Pues ya que la casualidad le proporcionaba la posesión y disfrute de una de las más hermosas obras de la naturaleza, ¿por qué había de rehusar ocasión tan oportuna? ¿Á qué ceder una primacía que debía corresponderle? Cuando llegó, al poco rato, á los asfaltos de la Puerta del Sol, todas sus reflexiones se compendiaron en esta breve frase, que, al igual de las que había deslizado en el oído de Trinidad, tenía anverso y reverso:—Nada, nada, resueltamente, me habré de encargar yo de la gestión de sus pensiones.

Subiendo luego por la calle de Carretas, reparó en una señora joven, vestida de luto, que bajaba por la acera de enfrente, y que, por la manera de mirar, debió llamarle algún tanto

su atención. Así que Boronat le dirigió la vista, quedóse helado y sin saber lo que le pasaba. ¿Sería ella? Volvió pasos atrás con alguna presteza, y fué á colocarse en la misma entrada de un portal, por delante del cual, siguiendo su camino, había de cruzar la enlutada. Con ansia de enamorado esperó unos instantes. No era ella: en la palidez de su rostro, en su estatura, en su distinción, en su manera de andar, había algo del tipo que vivía en su imaginación... pero no era ella. ¡Qué no habría dado en aquel momento porque la señora enlutada, pálida y bella, se transformara de repente en la olvidada amiga, aunque este milagroso trueque le trajera, como consecuencia, el aborrecido insomnio de la noche y la inquietud del día! Y, sin embargo, al cuarto de hora, variando su espíritu de temperatura, se acordó de las muchachas de la calle de Tudescos, y pensó para sí: «¿No es esto una niñería? Resueltamente, la vida hay que tomarla como viene. ¿Nos llaman á divertir?... pues á divertirnos.»

Y en efecto, á la tarde siguiente, después de arreglar un asunto que tenía en Bolsa, emprendió la ruta que conducía á casa de Trinidad, y allí estuvo hasta el obscurecer más divertido y ocurrente que de costumbre. Las dos hermanas lo recibieron tan alegres, porque era un

caballero de muy buen humor, y principalmente por ser rumboso, y generoso, y espléndido como los guapos y galanes de su tierra. No hay para qué añadir lo que ellas ponderaron y sublimaron el regalo de los seis tiestecillos que estaban en el balcón, y los dos lindos búcaros que rebosaban en tulipanes, violas, francesillas y pensamientos, puestos en una mesa minúscula, que hacía en la salita el oficio de jardinera. En fin, Boronat, halagado y contentísimo, se despidió, como dijimos antes, al obscurecer, con intención de volver al otro día con un segundo regalo. Estas visitas se repitieron por espacio de tres, cuatro, cinco y hasta seis semanas, sin la menor nubecilla ni tropiezo. Las consecuencias las indicaremos en pocas líneas. Por cuenta de Boronat alquiláron y amueblaron las dos hermanas un cuarto tercero en la calle de la Puebla, que les costaba diez y ocho duros mensuales. Los muebles, adornos y alguna ropa de cama, subieron en redondo á dos mil quinientos reales, no entrando en este presupuesto algunos ramitos de flores que ambas hermanas ostentaron en las lunetas del teatro. El banquero tomó, pues, á su cargo el hacer las gestiones necesarias para que las huérfanas del capitán don Nicolás Reguero cobrasen las pensiones atrasadísimas que se les adeudaban. Hay

que tener también en cuenta, para el cálculo aproximado de los gastos, una escena, maravillosamente cómica, que solía repetirse dos ó tres veces por semana, según el déficit que presentaba la caja particular de Trinidad. Ya se sabía: entre cinco y seis llegaba Boronat al cuarto tercero de la calle de la Puebla, donde era recibido por las dos hermanas vestidas con notable elegancia y buen gusto. Buen gusto para vestir no puede negarse que lo poseían. Estaban bellísimas con aquel traje nuevo de organdí rayado rosa y blanco, con el corpiño escotado, cubierto por un *fichú* de *guipure* blanco, con plegados de tafetán color paja, y las mangas anchas, flotantes, orladas de un galoncillo. Así compuestas, pasaban horas mortales asomadas al balcón, atisbando y burlándose de todas las pequeñas miserias, enredos y trapisondas que los vecinos dejaban traslucir de puertas afuera. En poco tiempo conocieron los nombres y profesión de la mayor parte de éstos, sobre todo los que se significaban por algún defecto ó costumbre que á ellas les cayera en gracia. Boronat se reía lo indecible cuando las oía bromear sobre la gravedad cómica del tendero, que había sido miliciano nacional, ó sobre el rentista viejo del principal, que le habían sorprendido siguiendo á las criadas más bonitas del barrio.

Luego Nieves desaparecía del gabinete y se iba á otro cuarto á leer la *Dama de las Camelias*, para dejar en completa libertad á sus vecinos, pues desde su llegada á la nueva vivienda dieron en la gracia de llamarse unos á otros «vecinos.» Desde este momento empezaba la consabida escena. Sentábase Trinidad al lado de Boronat, y en ocasiones sobre sus rodillas, y echándole los brazos al cuello, tras un ruidoso suspiro, le decía apasionadamente:— ¡Ay, Joselito mío! Casi estoy avergonzada de lo remucho que te quiero.—Sobre este interesante tema las variaciones se multiplicaban hasta lo infinito, halagando el excesivo amor propio del banquero, que le había hecho tilín por la nobleza de su corazón, gallardía y buena planta. De pronto se enderezaba en el asiento, tomaba un aire decidido de formalidad, y exclamaba:— ¡Ay, vecinito de mi alma! Si vieras qué corsé ví ayer tarde tan rebonito y tan precioso...— ¡En dónde?—En esa tienda del *Corsé Nuñcial*.—Allí deben ser muy caros.—No lo creas, vecino. Palabra: el que á mí me gusta es de los baratos.—Si no recuerdo mal, tú te compraste uno de color rosa claro.—Esos ya no son de moda; pero... ¡qué remedio!... con tal de que no me pongas esa carita de capitán corsario... Oye, vecino, ¿te gustan á tí los cuerpos bonitos?— ¡Mira qué pregunta! Eso

se cae de su peso... y mucho que me gustan, si son como el tuyo.—¡Olé, mi salerito! y que viva esa benditísima boca que tantas cositas buenas dice. ¿Pues no sabes tú lo que le falta á este cuerpecillo que Dios me ha dado y que se cría para tí solo?... ¿No lo sabes? Pues yo te lo diré de aquí á poquito.

Trinidad cambiaba de conversación y volvía á sentarse al lado de Boronat, hasta el momento en que, deslizando sus dedos en el bolsillo del chaleco de aquél con una habilidad que envidiarían los discípulos de Monipodio, pescaba varias monedillas de oro ó de plata. Hecha la presa, se ponía de repente de pie; saltaba en medio del gabinete como una galguilla inglesa que parece montada sobre muelles de acero, y estallaba en risas, voces, chillidos de animal en celo, nerviosa, aguda, provocativa, incitante, echando por ojos y boca vahos y reflejos de alegría enloquecedora:

—¡Esto para el corsé, para el corsé nupcial! Ya no me lo pescas. ¡Eh, vecino! es que yo no lo permito. ¡Chasco, chasco!

Corría Boronat detrás de ella con la risa en los labios, aunque por dentro le quedaba cierto mal humor producido por la repetición de estas intempestivas bromas, que al fin y al cabo no tenían otro objeto que dejarle con cinco duros de menos en el bolsillo. Pero él la per-

seguía siempre: se metía en la alcoba, salía por la puerta de escape, tornaba al gabinete, y aun cuando consiguiese alcanzarla ó rendirla, no por eso rescataba las doradas prisioneras. Boronat protestaba en buena forma, con frases irónicas y ocurrentes, de aquella incautación, prometiéndole un rédito del veinte por ciento en el caso de que le devolviera el capital. Otras veces no podía disimular su enfado, que se manifestaba en la gravedad del semblante y en una serie formidable y compacta de sólidos razonamientos:

—Trinidad, haz favor: devuélveme esos doblones. ¡No me gusta que seas así, vamos! ¿Necesitas alguna cosa?... pues yo me encargo de comprártela. ¿Te hace falta dinero para algún capricho tuyo ó de Nieves? Dime la cantidad neta, sin ambajes ni rodeos, y no tardo ni veinticuatro horas en ponerla en tus manos. Créeme, muchacha, te saldrá mejor cuenta. Porque si esos ataques á la propiedad del vecino que más te quiere fuesen quincenales... vamos, aún se podrían tolerar. Pero, hija, ante esa desconsoladora frecuencia, ¿quién resiste? ¿Tú sabes lo que se me llevan al cabo del mes esos dedos bandoleros que se meten en mi bolsillo?...

Al oír tales razones, la joven, puesta de pie frente á su protector, doblaba una rodilla so-

bre la butaca, y alzando la diestra con la actitud, la gravedad y la recia voz de un orador sagrado, decía pausadamente:—Iglesia de San Antonio. Cuarenta horas. Continúa la novena de los Siete Dolores, predicando el padre Juan José Boronat, misionero apostólico y eterno.— Luego, cambiando de tono y cogiéndole la barba con un ademán de cómica y picaresca familiaridad, añadía:—Ya ha empezado el sermón. ¡Muy bien, señor, muy bien! Pero á mí no me convencen los sermones, ¡ea! y me voy á la calle, como los músicos. ¿Usté se entera, vecino? conque... ¡ojo con los sermones!

Boronat entonces la sujetaba, la atraía hacia sí; y al contemplar aquella cabeza de hechiceros contornos, tan acabada y llena de vida; aquel rostro moreno de virgen árabe; aquellos negros ojos, cuyas largas y movibles pestañas recordaban el aleteo de la mariposa; aquellos labios pulidos, sonrosados, frescos como la fruta humedecida por la lluvia, sentíase deslumbrado y vencido, al igual del forzudo Sansón en brazos de Dalila, aun conservando en sus manos la libertad y la fortuna.

—Pues te voy á pegar, —amenazaba él teniéndola sobre sí recostada y como dormida.

De pronto abría ella los ojos, le miraba con súbita fiereza, y después de saltar al suelo le decía, poniéndosele delante, altiva, resuelta,

segura del poderoso encanto de sus atractivos:—¡Pega si te atreves!—En seguida, con el aplomo de una traviesa cómica, hacía una cabriola acompañándose del castañeteo de los dedos, y se lanzaba como una flecha al cuello de Boronat, á quien procuraba enloquecer con sus mimos, con su charla viva, apasionada, salpicada de incongruencias y de hipérboles:— ¿Tú me vas á pegar á mí, chiquillo?... ¿tú eres hombre para ponerme á mí los *langustios* en mitad de la jeta... cuando sabes y te consta que la niña de mi alma está chaladita por tí? Eso no lo harás tú, ¿verdá? porque una cosa es predicar y otra dar trigo. Pero ojo con los sermones, ¿eh? *japanda el mirlo* y á casa! ¡Vaya un vecino retrechero y saragatero y saleroso que tengo yo!... Y la verdá es que no eres tan feo como yo creía; no, palabra: con ese bigote negro tan retorcío, y esa seriedad, y esas facciones, y ese buen pelo, y ese empaque, y esa buena planta, te vas pareciendo mucho al capitán Centellas...

Vencía, pues, ella, puesto que no volvía á recordarse, ni siquiera por broma, la cuestión tan debatida de la devolución del dinero. Únicamente que al entrar Boronat en su casa, con más serenidad de espíritu, solía preguntarse entre resentido y maravillado:—Esta semana un saqueo de veinticinco duros. ¿Pero en qué

gastará esa mujer tanto dinero? Por curiosidad... sólo por curiosidad quisiera saberlo.

Así transcurrió mes y medio. Una tarde, á últimos de septiembre, llamó Boronat en el cuarto, y le sorprendió no poco la tardanza con que salieron á abrirle. Sin embargo, como la falta pudiera atribuirse á la sirvienta y no halló nada de particular en la casa ni en las que la habitaban, fué cosa de olvidarlo á los cuatro minutos. Otra tarde que adelantó la hora de su llegada, ocurrió la misma circunstancia, sin que él lo estimara más que por una de esas innumerables distracciones en que incurrimos involuntariamente unos y otros. Entró. Nieves, asomada al balcón, se entretenía en dar almendras cubiertas á la mona, riéndose, como una chiquilla, de las muecas, de los movimientos, de la insolencia soberanamente burlesca con que el animalejo cogía el dulce con una zarpilla y con la otra se terciaba el gorrete encarnado, ó se rascaba la barriga. Abajo, en la calle, el infatigable italiano del organillo repetía en dulces y aflautados tonos el *Himno de Garibaldi* ó el final apasionado de *Lucía*, en medio de un apretado corro de chucuelos que esperaban el descenso de la mona. Cuando Boronat pasó al gabinete, cerró Trinidad el libro que fingía leer, para levantarse y correr á sus brazos.

— Media hora me tenéis plantado en la puerta, vecina. Nieves, que está en el balcón, no me habrá visto venir, de seguro.

— Dispense usted, vecino: otro día compraremos un catalejo para saber á qué hora ama-
nece esa personilla por la calle. ¿No te sientas? Tontín, Joselito, riéte un poco... si me hubiera calado que eras tú, yo misma habría salido á abrirte.

Que riera ó que se enojara, siempre había de hallar ella disculpa para las menores faltas, olvidos y desatenciones que ocurrieran, lo cual, á juicio de Boronat, constituía un delito de lesa caridad, ó cuando menos de agradecimiento, puesto que más bien debía fallar en su favor que en pro de los extraños ó parientes. Sobre este delicado tema discutieron largo rato. Precisamente aquella tarde, al pasar por la calle del Carmen, había visto un objeto nuevo y bonito que le hizo pensar en Trinidad, en su adorada Trinidad, á quien quería sorprender con la novedad citada. ¿Qué podría ser ello? ¿un collar, una pulsera, un abanico, un chal-manteleta?... La muchacha se empeñaba en saberlo á toda costa. Boronat se cerraba en que lo había de adivinar, y mientras no lo adivinase, no habría regalo. En esta puja de ingenio, de astucia, de habilidad para engañarse, de ocurrencias felices ó diabólicas,

bien transcurrirían dos horas y media. Antes de acabar oyéronse tres golpecitos en el tabique de la derecha, que correspondía á la casa de al lado. Paró atención él, y volviéndose á Trinidad le hizo seña que callara. Se acercó despacio á la tapia y esperó. Los tres golpecitos se repitieron al poco rato. Entonces ella empezó á decir que no hiciera caso, que aquello era una broma de su hermana, y que muy pronto... Pero Boronat le cerró la boca con la mano, amenazándola seriamente con enfadarse si no enmudecía al instante. Algo sospechó él la segunda vez que sonaron los golpes, porque la muchacha no pudo disimular la impresión que asomó á su semblante, y algo extraño, inexplicable y fugitivo que cruzó, como una sombra, por sus ojos. Aún no habrían pasado diez segundos. Á tal punto, Boronat, resuelto, vivo, nervioso, excitado por los esfuerzos de imaginación, por el calor de la contienda, por la presencia de la mujer, tuvo un momento feliz de inspiración. Hacia el mismo sitio donde se oyeron los golpes, dió él otros tres con una moneda de plata. El efecto fué mágico. Al través del tabique se percibió la voz clara y limpia de un muchacho que interrogaba:—¿Estás ahí, Trini? ¿Se marchó el gran capitán? ¿Puedes asomar la cabecita por el balcón para una pregunta suelta?

Á la segunda frase, Boronat clavó la vista en la muchacha. Ésta seguía sentada en la butaca, con el cuerpo inclinado hacia adelante, seria, meditabunda y algo pálida. Pero se repuso al momento, y empezó á sonreír, á moverse y á hacer ruido abriendo y cerrando el abanico. Después de un corto intervalo de silencio en que protector y protegida volvieron á cruzar sus miradas para estudiarse, él, cambiando un poco de color, se acercó al asiento donde ella estaba, y le dijo con fingida calma: —¿Quieres hacer el favor de explicarme lo que esto significa? Ahora mismo vas á salir al balcón...

—No, Joselito, no, dispénsame... yo no salgo. Eso se lo cuentas á Nieves,—contestó la protegida con el mismo aplomo y naturalidad con que hubiera contestado la insigne Matilde Díez en *Batalla de damas*: «¡Flavigni! un joven de un aire tan dulce... ¡Oh, jamás hubiera creído tal cosa de él!»

—¡Á Nieves!... ¿Qué tiene que ver Nieves con eso?

—¡Cabales! Como que voy yo á cargar con los pecados ajenos sólo porque á tí te pase por la cabeza. Tendría eso salero. No, hijito, no: á mí lo que me sobra es nobleza y buena calidad... Que se te quiten esos chirlos mirlos que se te han puesto en el churumen, y cree que

lo que yo digo en este instante es tanta verdad... como lo que hoy se celebra en la misa.

—Pronto saldremos de dudas,—repuso Boronat volviéndole la espalda y yendo hacia la puerta del gabinete. Entonces Trinidad, corriendo detrás de él, empezó á gritar:—¡Nieves, Nieves! ven aquí un momento;—pero su protector, que era hombre de puños, la empujó violentamente hacia adentro, cerró la puerta con llave y se dirigió al balcón de la sala, á donde aún seguía la hermana asomándose de rato en rato. La hizo entrar en seguida, y le preguntó:—¿Quién es el que se entretiene en dar golpecitos en el tabique del gabinete? Por fuerza aquí hay algún belén... y tu hermana asegura que tú tienes la culpa.

—¡Yo!—exclamó la muchacha por un movimiento irresistible de asombro.

—Tú, sí, señor.

Reparó ella en el semblante arrebatado de Boronat, en la voz, en el gesto, en la manera de preguntar, y comprendió al instante, con la celeridad del relámpago, que se trataba de alguna cuestión grave surgida entre su hermana y él. Algo había oído de *aquello*; pero no estaba en todos los pormenores y antecedentes. Hizo un esfuerzo supremo de memoria, y comenzó á sonreír:

—¡Ah! ya calé, ya calé... ¡Y vaya un susto

que me has dado! Mira, Joselito, aquí nadie tiene la culpa... porque cada uno en su casa hace lo que bien se le antoja... Y luego hay vecinos tan fastidiosos y tan pesadillos de por sí, que yo diría que tienen plomo en la sesera. De manera que... ¿quién va á tomar frío ni calor por esas chirigotas? El hombre que quiere algo, cuando hay formalidad en la personilla, busca á la mujer y se lo canta claro: esto quiero, ó esto no quiero. Eso es.

—¿Tú conoces entonces al sujeto que se entretiene en esas bromas?

—Lo conozco y... no lo conozco. Yo lo veo en el balcón, lo veo salir, lo veo entrar... pero no sé quién es, ni qué clase de bicho sea, ni si se mantiene de alpiste ó de yemas finas.

Á Boronat no se le había borrado la impresión del asombro tan natural de la muchacha, y al verla ahora sonreír y expresarse con tanto donaire y desenfado, le vino á las mientes este cáustico pensamiento: «Esta... pájara va á salir de tan buena madera como la otra.» No quiso insistir en pedirle la explicación de lo que suponía bastante claro, ó tenía que renunciar, por su parte, á leer en las fisonomías, en los ademanes, en las miradas de las personas que trataba. La turbación de Trinidad, la estupefacción de Nieves, eran dos notas acusadoras que se compaginaban admirablemente

con otros significativos detalles que no habían pasado para él inadvertidos. Volvió, pues, al gabinete, y en cuanto abrió la puerta se le vino encima Trinidad, manoteando y chillando en son de queja por aquel injusto atropello del que se declaraba víctima. Al verla tan furiosa y descompuesta, Boronat le suplicó que se moderara, porque no era la herida para tanto; además de que, entre personas de su clase, unas señoritas en apariencia bien educadas, no se ventilaban las cuestiones á gritos. ¿Cómo qué?... De ninguna manera, ella no se callaría, no sufriría, no toleraría que un hombre, por hombre y por alto que estuviese, así fuera el Príncipe de Asturias ó el Arzobispo de Toledo, pusiese en tela de juicio su nobleza de corazón, su buen comportamiento, y mucho menos que la tratase de aquel modo tan bárbaro y grosero. ¿Qué podía él echarle en rostro? ¿En qué le había faltado? ¿De cuándo acá no le era permitido á una persona joven el gastar una broma con el vecino, una broma sencilla, inocente, sin malicia ni consecuencias de ningún género?... ¿De cuándo acá?...

En voz baja, con frialdad, moderadamente, arriesgábase Boronat á exponer algún considerando, á recordar alguna circunstancia agravante; pero ella le salía al paso, lo exasperaba, lo aturdía, lo sofocaba á fuerza de gritos, de

palabras, de exageraciones, de incoherencias, porque eran asombrosos la verbosidad y los recursos de aquella sin par heredera de las Moraimas y Zulemas. Llegó un momento en que fué tan grande el empuje de su sofistería, tantas y tan briosas las sutilezas amontonadas, que el mismo banquero, rendido y deslumbrado, vino á dudar hasta de la visible turbación de la joven, y del sentido de las frases escuchadas al través del tabique, y del asombro de Nieves, y de todo cuanto había sospechado y oído. ¡Qué mujer! ¡qué facundia de mujer, Dios de bondad! Por último, sentándose en un rincón del gabinete, vuelta de espalda á Boronat, le ordenó ella que se quitara de su vista, que se arrojara por el balcón ó que se fuera á la calle. Ni quería verle, ni consentiría que pisara la escalera de su casa. Nunca podía consolarse de aquel terrible desengaño sufrido por causa del único hombre á quien ella hubo de colocar y poner en las mismas entretelas de su corazón. Por consiguiente, ¿á qué hablar más? Todo lo que se hablase de avenencias y nueva conformidad de pareceres, estaba de sobra. Ella no había de olvidar la ofensa... de modo que... ¡fuera! ¡fuera! que se marchara á tomar viento.

Y como acontece por lo común, la reacción del amor propio de Boronat, herido y lastima-

do, fué provocada por la exageración y la violencia de los sentimientos de Trinidad llevados á un lamentable extremo. Así es que aún no acabó ésta de repetir la frase, cuando desde la puerta del gabinete, con el sombrero calado y bastón en mano, le dirigió él, como si se la escupiera al rostro, esta irónica advertencia:

—Descuida, tú descuida; no tendrás que dè-círmelo segunda vez.

En cuanto salió á la calle experimentó como un ligero cambio en el modo de ver y considerar las cosas, reflexionando sobre lo sucedido y sobre las consecuencias de aquellas relaciones que empezaban á pesarle más de lo que imaginó al principio. Cierto que cualquier hombre de gusto no dejaría de hallar distracción, buen humor, alegría, un placer dulce y exquisito en la intimidad y trato de estas incomparables mujeres; pero... si fueran menos exigentes, menos dominantes... no tan artificiosas y ladinas... ¡y sobre todo, tan insaciables y gastadoras!... En este punto sí que podían llamarse las perlas de la clase, lo más superior y fino en el género. No había conocido nunca Boronat personas que gastaran el dinero de una manera tan suave, tan original, tan estupenda y tan terrorífica por la fecundidad de medios del derroche. En trajes, en dulces, en adornos y caprichos para su uso ó para las

habitaciones, era incalculable lo que llevaban gastado las dos hermanitas. Calculando el total de lo invertido en estos tres meses de agradable distracción, supuso Boronat que subiría, aproximadamente, á unos veinticuatro mil reales. Entraban también en este cálculo los imprevistos asaltos de Trinidad dirigidos contra su bolsillo, pues aunque no se hacían á ciencia y paciencia del despojado, fueron tan repetidos y en tan gran número, que por fuerza habían de figurar entre las mayores partidas del cargo. ¡Bonitas distracciones! ¡encantadores entretenimientos! no cabe duda; pero era pagarlos muy caros. Por lo cual... última determinación: resolvió adoptar como medida de economía y de independencia la supresión inmediata y absoluta de este género de distracciones.

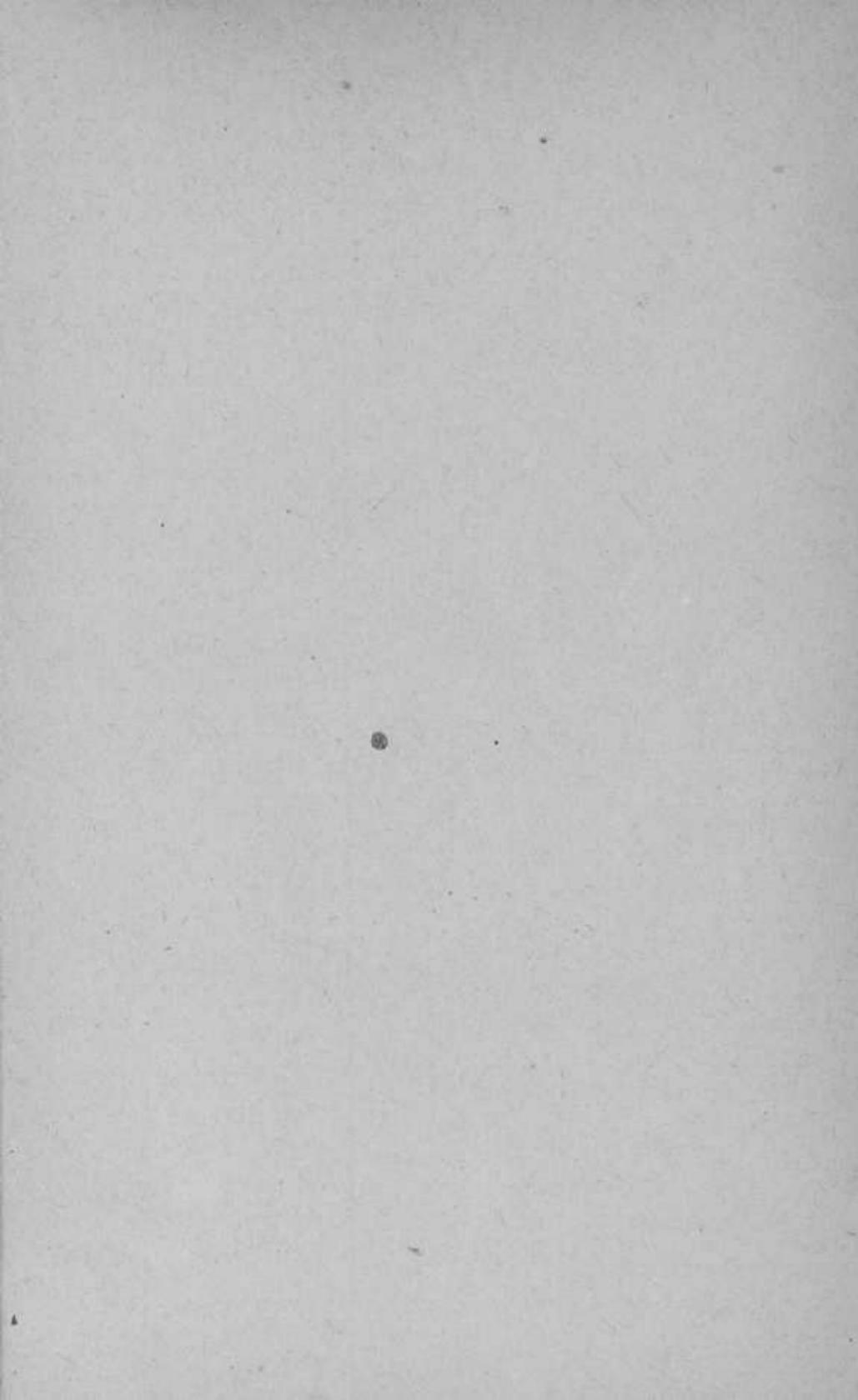
FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE.

	Páginas.
Dedicatoria.....	5
I...—Tropiezo.....	11
II...—Política y negocios.....	35
III...—Tentativa.....	49
IV...—Boronat y su familia.....	75
V...—La iniciación.....	115
VI...—Tristezas.....	155
VII...—Tristezas y alegrías.....	195
VIII.—Realidad de los presentimientos.....	249
IX...—Última determinación.....	299









525 52525



525252525

JACQUE

A LA REINA

525252525



525252525

